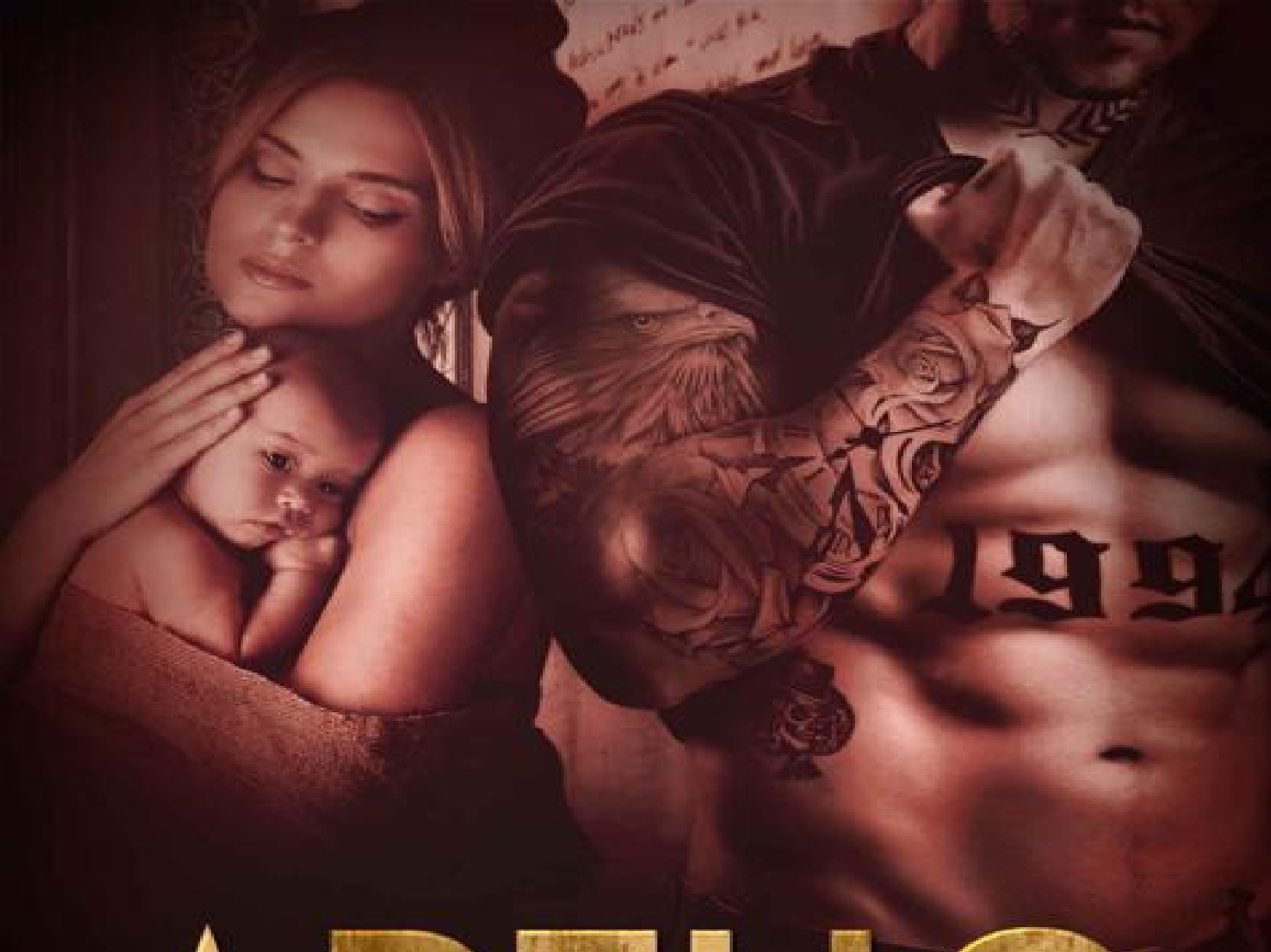


ARTHO

CLUB DE CANALLAS

un fake dating de

SIL ZAFIA

ARTHO

CLUB DE CANALLAS

ARTHO

un fake dating de

SIL ZAFIA

ARTHO: CLUB DE CANALLAS

1.ª Edición.

Portada: Sil Zafia.

Revisión: Sophia Marques.

Maquetación: Sil Zafia

Traducción: Jackson Rocha

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en forma alguna, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento y la autorización por escrito del autor/editor.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98, castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Resumen

Sinopsis

Observaciones Preliminares

Prólogo

Fase 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

FASE 2

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Carta 1

Carta 2

Carta 3

Carta 4

Carta 5

Carta 6

Carta 7

Carta 8

FASE 3

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

SINOPSIS del cuentro

Antes de lo reencuentro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Nacimiento de Nicolás

Capítulo 4

Luna de miel

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Eros – Club de Canallas

Sinopsis

Él es un canalla mujeriego, ella una virgen tímida. Son completamente opuestos, pero ambos tienen algo que el otro necesita desesperadamente.

Artho Becker es uno de los miembros del Club de Canallas. Veterano de la facultad de Derecho, su reputación de ligón irresistible está intacta, pero su fachada de músculos y tatuajes esconde peligrosos secretos.

Charlotte Castro es una estudiante de primer año, pero su vida social es un fracaso y nunca ha salido con nadie. Cuando empiezan a lloverle las invitaciones a las fiestas de moda del campus, la desesperación y la timidez se apoderan de ella.

Un acuerdo de *fake dating* es la salida perfecta y la única regla es no enamorarse.

Pero cuando los encuentros ficticios se vuelven más calientes y reales de lo que habían planeado, y el ardiente deseo consume sus cuerpos, ¿cuál de los dos será el primero en resistirse a la inminente tentación?

Observaciones Preliminares

Este es mi primer libro traducido al español. Ha sido un paso emocionante y desafiante, y espero que disfruten de la historia tanto como yo disfruté al escribirla. Si encuentran algún error, les pido disculpas y agradezco su comprensión. A cada lector, gracias por acompañarme en esta nueva etapa y por darle una oportunidad a mi trabajo.

Artho es el primer libro de la serie de libros independientes: Clube dos Cretinos.

El libro contiene desencadenantes como: violencia, violencia doméstica, consumo de alcohol y drogas.

Prohibido para menores de 18 años.

Prólogo



São Paulo — Capital

"Sweater Weather" de la banda The Neighbourhood. Hacía un siglo que no escuchaba esa canción.

Son las 16h16 de una tarde ajetreada.

Tamborileo con las manos en el volante del Jaguar mientras espero a que se abra la señal.

Acelero cuando el semáforo se pone en verde y tiro del nudo de mi corbata para aflojarlo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme el traje y darme una ducha.

Quedé con mis cinco mejores amigos para vernos por la noche en el club nocturno que Nathan y Gabriel han abierto recientemente: el Clud de Canallas. Hoy gané mucho dinero con un caso y tengo que celebrarlo. Además, el club está teniendo mucho más éxito del que esperaban los gemelos.

No puedo conducir mucho tiempo, se cierra otro semáforo y me detengo en la calzada junto a la acera de un restaurante italiano.

Veo a la gente cruzar la calle y siento que algo me obstruye la garganta y me roba el aliento al ver una cara conocida.

Lleva un vestido negro y sandalias de tacón, su pelo castaño ondea alrededor de sus hombros como el de una modelo de pasarela.

Busco su nombre en mi memoria. No necesito más que unos segundos para recordarlo.

Se me acelera el pulso. ¿Qué hace en São Paulo? Paso por aquí todos los días cuando recojo a mi hija del colegio y nunca la he visto.

Se me cae la mandíbula, porque había olvidado lo bonito que es.

— Te las has arreglado para conseguir aún más... — murmuro, viéndola pasar delante del Jaguar —. *Joder, qué buena está*.

— ¡Papi! — me regaña mi hija desde el asiento trasero.

— Lo siento, cariño — digo, tocando su mano sobre mi hombro, pero no puedo apartar los ojos de la mujer. Llega a la acera y entra en el restaurante.

El semáforo se abre y un coche toca la bocina detrás de mí, pero aún puedo verla a través de la ventana del restaurante. El corazón me empieza a doler como la última vez que la vi.

Lleno mis pulmones de aire. El coche sigue tocando la bocina.

— ¿Quién es, papá? — la suave voz de mi hija me devuelve a la realidad y acelero de nuevo.

— Es alguien que conocí hace muchos años, cuando estaba en la universidad, en Bento Gonçalves — murmuro.

Intento convencerme de que el pulso acelerado y el nudo en la garganta se deben a la sorpresa de encontrarla, ocho años después.

Dejarla fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Pero lo hice y conseguí olvidarla. Estoy seguro de ello.

Fase 1

Capítulo 1



Bento Gonçalves — Rio Grande do Sul

Sábado, 5 de agosto de 2017

El Bar Culture está a tres cuadras del Edificio Universitario. Hay muchos estudiantes fumando en la acera, con chaquetas con el emblema de la universidad y vasos de bebida en la mano. Se oye música desde la calle.

Las paredes son de cristal y puedo ver las luces rojas del interior. *La luz roja me recuerda al cabaret.*

Raquel Mendes aprieta fuerte mi codo. Es mi nueva compañera de habitación, la persona con la que compartiré un minúsculo dormitorio durante los próximos años.

Tengo la cabeza gacha, estoy tan nerviosa por estar aquí que se me revuelve el estómago.

— Son los chicos más guapos de la universidad — dice en voz baja.

Hace unas horas me he trasladado de Santo Antônio das Missões, una pequeña ciudad de unos diez mil habitantes en el noroeste de Rio Grande do Sul, a Bento Gonçalves, en la Serra Gaúcha, donde voy a estudiar Derecho en la Universidad Federal.

Apenas tuve tiempo de deshacer la maleta y mi compañera de habitación ya había conseguido convencerme para venir a este bar que, según ella, siempre está lleno de universitarios.

Ya me arrepiento de haber aceptado. Me pasé toda la secundaria metida en los libros, luchando por conseguir una plaza en una universidad federal, y nunca había estado en un lugar como este.

Raquel vuelve a sacudirme el brazo, hasta que levanto la cabeza y le veo de pie bajo la farola.

— Es Artho Becker —murmura Raquel cerca de mi oído.

Está a menos de dos metros de nosotros, llama la atención porque es uno de los tipos más altos de aquí y lleva una corona de laurel tatuada en el cuello. Aunque lleva una chaqueta de cuero, veo que tiene los hombros anchos.

Analizo su rostro durante unos segundos, pero me moriría de vergüenza si me descubriera mirando. Tiene la barbilla bien formada y los ojos marrones, y se ríe mientras habla con dos niños gemelos.

— Cinco reales por el couvert —dice la recepcionista en la puerta, distrayéndome de Artho Becker.

Levanto las cejas. No sabía que tendría que pagar para entrar.

Tengo que administrar muy bien el dinero que me ha dado mi madre, o lo voy a pasar mal fuera de casa.

Quiere que me dedique a mis estudios en el primer semestre de universidad. Ha reunido un poco de dinero para mantenerme durante los próximos meses hasta que consiga unas prácticas relacionadas con el Derecho.

Saco un billete de cinco reales del bolsillo y pago a la recepcionista. Siento que me pesa la

conciencia, no es por esto por lo que mi madre trabajaba tan duramente dobles turnos como cuidadora de ancianos, para que yo pudiera gastármelo en bares y discotecas.

Por la cara que pone Raquel cuando le da el dinero, gastar le duele en el bolsillo tanto como a mí.

Entramos en el pub y ahora soy yo quien le agarra el codo, temeroso de quedar solo en medio de todos estos desconocidos.

— Esos son las universitarias que viven en el ático de lujo —me informa Raquel, haciéndome mirar a un grupo de chicas guapas y elegantes que están cerca de la banda —. Cuanto más dinero tiene tu familia, más alto es el piso que ocupas en el Edificio Universitario, y ellas son muy ricas. Hacen las mejores fiestas en nuestro edificio, pero a mí nunca me han invitado.

— Los pisos más baratos siempre están en las plantas bajas— digo.

— Por eso vivimos en el segundo piso con el resto de la *plebe*, es lo máximo que se pueden permitir nuestros padres —dice Raquel.

Por su forma de vestir, me doy cuenta de que intenta disimular al máximo su clase social. Estudia moda y tiene una máquina de coser en su habitación. Me ha dicho que ella misma se hace la ropa.

La banda está tocando *Sweater Weather* de *The Neighbourhood*. Al menos la música es buena. Meto la mano libre en el bolsillo de los vaqueros, intentando controlar el temblor de ansiedad.

Soy la única chica en mi campo de visión que lleva pantalones rectos. Todas las demás llevan vestidos o minifaldas. Es más, apuesto a que también soy la única que lleva zapatillas de correr y una camiseta de los personajes de película. No sé cómo Raquel se atrevió a salir conmigo vestida así.

Lleva una falda y una blusa rojas, un abrigo negro *oversize* y botas a medio muslo.

— ¿Compramos algo de beber? — me pregunta Raquel mientras me lleva hacia la parte más concurrida del bar.

No puedo permitirme gastar más dinero, pero la sigo de todos modos.

El local está lleno y tardamos un rato en llegar al mostrador. Susurra comentarios sobre cada persona con la que nos cruzamos. Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a la información.

— ¡Dios mío, Artho está en la cola! — dice mientras se arregla rápidamente el pelo y empieza a abrirse paso entre los jóvenes hasta llegar a donde quiere estar. La sigo con mi mano en su codo, chocando con los hombros de la gente. Se topa con el chico que compra bebidas en la caja.

— ¿Artho? — dice ella, fingiendo sorpresa cuando le ve darse la vuelta —. Me he tropezado contigo sin querer, lo siento.

El chico, que antes estaba en la acera con los gemelos, devuelve la mirada a Raquel y le guiña un ojo.

— No hay problema— responde con voz grave.

— ¡Qué cliché! — susurro, riéndome de la escena, cuando me doy cuenta de que se está enroscando un mechón de pelo en el dedo, coqueteando.

Debe ser agradable sentirse así tan segura para ligar a los chicos. A mí, en cambio, me acelera el corazón sólo de verla hablar con él.

— ¿Raquel Mendes, del curso de Moda? — le pregunta Artho, y ella asiente, contenta de que sepa su nombre. — ¿Qué vas a tomar?

— Cerveza — dice Raquel y le da un billete de diez.

— ¿Y tú? — pregunta Artho mientras me mira a la cara por primera vez y luego desvía la mirada hacia mi camiseta —. *Bat... girl*.

Siento que mis mejillas se sonrojan ante la atención que no esperaba recibir de él.

Me meto la mano en el bolsillo y busco el dinero, maldiciéndome por haber gastado tanto la primera noche.

— Una Coca-Cola— le digo con voz débil y le doy un billete de diez.

El tipo guapo y atlético compra las bebidas y nos devuelve el cambio. Doy un largo sorbo

a la Coca-Cola fría y siento cómo me refresca la garganta.

— ¿Has venido aquí a beber refrescos, *Batgirl*? — bromea Raquel, guiñándome un ojo.

Ignoro sus burlas y bebo unos sorbos más. Me avergüenza mi aburrida camiseta de Batman. Todo el mundo a mi alrededor va bien vestido y yo no encajo aquí. Agradezco mentalmente que nadie, salvo Artho, se fije en mí.

La banda empieza a tocar una canción más animada y oigo al hombre tatuado sacar a bailar a Raquel.

— Puedes irte— le digo cuando me mira preocupada. Me da miedo quedarme sola, pero no puedo exigirle que esté a mi lado todo el tiempo.

No me gusta la sensación que me invade el pecho al ver cómo Artho y Raquel se alejan de mí y se dirigen hacia las otras parejas que están bailando.

Frunzo el ceño al verlos moverse al ritmo de la música. Ella sabe bailar muy bien y, cogida de la mano del chico, mueve las caderas con sensualidad, atrayendo la atención de las miradas masculinas a su alrededor.

Veo a los gemelos sonreír a su amigo. El pelo rubio oscuro de Raquel ondea mientras baila. Otras parejas empiezan a bailar y yo me aprieto cada vez más contra una columna de hormigón.

Aparto la mirada de ellos, pongo la lata de coca en una mesa a mi lado y observo a la banda tocar unas cuantas canciones.

Las chicas ricas del ático de lujo rodean al cantante con risitas y palmas.

Es moreno, tiene el pelo hasta la barbilla y los ojos claros, además canta muy bien.

— Estás devorando a Victor con la mirada —oigo la voz de Artho Becker cerca de mi oído y doy un respingo.

Me llevo la mano al pecho mientras la sangre fluye por mi cara.

Raquel cuelga del cuello de Artho y parece delicada en sus brazos. Es varios centímetros más baja que él, incluso con sus botas de tacón alto. Me doy cuenta de que yo tampoco le llego a los hombros.

— ¿Otra cerveza? — pregunta Artho.

— Claro, sí — responde Raquel y le entrega el dinero.

Pongo los ojos en blanco, podría invitarla a una copa.

— ¿Otra Coca-Cola, *Batgirl*? — me pregunta Artho.

Odio cómo mi corazón se comporta tan exageradamente solo porque un chico atractivo me presta atención. Me pregunto cómo mi compañera de habitación parece tan tranquila.

— Es Charlotte —. Me armo de valor y digo mi nombre, ya que Raquel no nos ha presentado, y luego me doy cuenta de que lo olvidará al momento. — Todavía estoy bebiendo mi Coca-Cola.

— Es un encanto, ¿verdad? — pregunta Raquel en cuanto Artho se aleja —. Además de muy guapo, dicen que aguanta toda la noche.

Ensancho los ojos y casi me atraganto, sorprendida por la naturalidad con que habla.

— Yo no... — Empiezo a tartamudear.

— Tendré que averiguarlo. ¿No te gustan los tatuados, *Batgirl*? — me pregunta y me regala una sonrisa maliciosa.

— Nunca he probado a ninguno — confieso. La verdad es que nunca he probado a ningún hombre, y ahora me siento mal sabiendo que ella va a salir con él y yo tendré que volver sola al edificio.

Tengo que disimularlo, ella no puede darse cuenta.

— El está regresando. — Raquel se muerde el labio bien dibujado, pintado con un carmín nude. — Quiero follar hasta que salga el sol.

— Espero que lo consigas— susurro, atando mi pelo en un moño.

Artho se acerca y me mira a los ojos mientras entrega la cerveza que Raquel le ha pedido. Desvío la mirada rápidamente, pero puedo ver que tiene un aire de superioridad. Quizá viva en uno de los pisos caros, al lado de las chicas que mencionó Raquel. Desde luego tiene dinero, es el un típico playboy.

Al menos Raquel podrá ver un ático de lujo.

Se besan a mi lado y no puedo evitar ver sus lenguas pasando de una boca a otra mientras Artho aprieta a mi compañera contra su pecho y la levanta del suelo. Raquel cabe perfectamente entre sus brazos.

Desvío mi atención de la escena y veo que sus amigos gemelos me observan. Estoy segura de que están pensando: *la amiga extraña que sujeta una vela*. Me molesta tanto que consigo tragarme mi timidez y les devuelvo la mirada con seriedad, un tras otro, hasta que dejan de mirarme.

Vuelvo mi atención a la pareja.

La mano de Artho agarra el pelo de la nuca de Raquel y con el otro brazo la estrecha contra él. Sus labios se separan, él la deposita en el suelo y ella le pasa los dedos por la boca para quitarle las marcas de carmín. Ambos se sonríen.

Me siento ridícula por desear que alguien me bese así. Aparte de que Raquel es súper amable conmigo, Artho no es el tipo de chico que besaría a una chica como yo. Raquel se da la vuelta y toma mi mano sin que yo espere. Mi corazón late aún más deprisa cuando frota su pulgar contra el mío, porque mi mente fantasea con que va a ofrecerme a Artho para que él también me bese.

El pensamiento es tan absurdo que pierdo el aliento, me niego a mirar a Artho ahora. Aunque parecer un tipo arrogante, es muy atractivo y no estoy dispuesta a que me devuelva la mirada, no con las cosas que me están pasando por la cabeza.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, Charlotte— dice Raquel y me acaricia la mejilla caliente —. ¿A que es preciosa, Artho?

Mi pecho se mueve rápidamente mientras mi respiración se acelera. Me armo de valor y le miro fijamente un momento. Tengo que morderme la comisura interna de la mejilla para aliviar la tensión.

Artho me guiña un ojo, pero no responde a la pregunta.

Me siento transparente, como si las personas que me rodean, incluidas los entrometidos gemelos, pudieran saber lo que acabo de imaginar.

Raquel saca su móvil del bolso y tira de mí para que aparezca en una *story de* Instagram con ellos dos.

— ¿Cuál es tu arroba, Artho? — pregunta ella.

— No tengo Instagram — dice —. Ni Facebook.

Mira perpleja al chico.

— ¿Y cómo te relacionas con la gente?

— Así— responde él, tirando de ella para darle otro beso con lengua.

Vuelvo la cara avergonzada, acalorada y ansiosa.

Me doy cuenta de que el grupo ya no está en el escenario. Un DJ ha ocupado su lugar. Los gemelos han desaparecido. Las chicas del ático también, probablemente se han ido a una orgía. Todos juntos, incluido el cantante.

— ¿Quieres salir a merendar? — pregunta Raquel —. Artho tiene coche. Y este sitio va a ser una locura con el DJ. Muchas drogas.

— ¡No, no! — Lo niego rápidamente. — Podéis iros, estoy cansado de viajar, me vuelvo a la residencia. Espero que lo paséis bien.

Me marcho plenamente consciente de que fue una mala decisión venir. Aparte de sentirme avergonzado la mayor parte del tiempo, ya he gastado suficiente dinero para una noche.

Pero la pareja me sigue fuera del Bar Culture.

— Te acompañaremos de vuelta al edificio —dice Artho Becker cuando llego a la acera, lejos de la música a todo volumen.

— De ninguna manera —respondo, alzando la voz por el nerviosismo—. No me hace falta.

— ¡Charlotte! — Rachel me lanza una mirada de advertencia.

— Te divertirás. Puedo volver andando, son sólo tres manzanas.

— ¿Te molesta que me quede con él? —susurra mi compañera de habitación acercándose a mi oído—. Es tu primera noche, podemos pasarla juntas. No le necesito.

— No, Raquel. De ninguna manera, puedes irte en paz —pido, retrocediendo unos pasos,

pero me siguen.

— Acabas de llegar a la ciudad, no te dejaría ir sola a casa después de robarle a tu amigo en tu primera noche aquí —se justifica Artho—. Es tarde y a estas horas hay muchos borrachos por la calle.

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que sólo pareceré una mocosa si sigo insistiendo.

— No hay problema.

Dejo que Raquel se acurruque en el hueco de mi brazo. Artho camina a mi otro lado, con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

La fría brisa agita mechones de su cabello castaño claro contra su frente.

Miro nuestros pies. Artho lleva botas marrones, Raquel botas negras y yo zapatillas de correr.

Apoya la cabeza en mi hombro y me coge del brazo con fuerza hasta que llegamos a la puerta del Edificio Universitario, donde viven la mayoría de los estudiantes que vienen de otras ciudades para estudiar en la UFBG.

— ¿Estás segura de que quieres estar sola? —insiste ella.

Intento mantenerme optimista, pero la verdad es que me molesta un poco que prefiera salir con él a pasar el resto de la noche conmigo, aunque ella diga que no le importa.

— Puedes ir a divertirte —digo, esbozando una sonrisa amarilla.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, *Batgirl* —dice Artho.

Siento que el corazón se me acelera al oír su cumplido. Sonrío tímidamente y les doy la espalda.

Dentro de la habitación, decido terminar de desembalar y organizar mi ropa gastada en el pequeño armario que ahora me pertenece.

La antigua compañera de habitación de Raquel se quedó sin trabajo y abandonó unas perchas, que yo utilizo para colgar mis camisetas de personajes y la nueva chaqueta de lona que me regaló mi madre.

Me doy una ducha y me meto bajo las sábanas en una de las dos camas individuales con

cabecero de hierro, la más alejada de la puerta principal.

Es la primera vez que duermo fuera de casa. Echo de menos a mi madre y su regazo seguro.

Me doy la vuelta en la cama y me trago el nudo que tengo en la garganta. No puedo llorar como una niña, ya soy mayorcita y tengo que aprender a sobrellevarlo. No pensé que estaría tan sola, que me sentiría tan fuera de lugar.

Se me encoge el corazón al recordar a los gemelos, la forma en que me miraban mientras Raquel besaba a Artho, y cierro los ojos.

No soy encantadora ni deseable como las chicas del bar. Soy consciente de que no visto bien y nunca me he esforzado por cambiar.

Debe de ser por eso que me revuelco sola en la cama un sábado por la noche, en la cúspide de mis dieciocho años, mientras Raquel pasa toda la noche con Artho.

Todo el mundo habla de la belleza interior, pero al final lo que realmente importa es la apariencia.

Incluso yo quería tener un novio guapo y sexy. No voy a ser una hipócrita.

En medio de los pensamientos despectivos, acabo quedándome dormida.

Me despierto sobresaltada por un ruido en el dormitorio. Oigo susurros. Intento enfocar la vista hasta que veo a la pareja abrazada cerca de la cama de Raquel.

— Eso no está bien— oigo murmurar a Artho Becker —. Charlotte se va a despertar.

¡Acaba de decir mi nombre! No *Batgirl*, sino Charlotte, y suena tan... hermoso en su voz profunda.

— Está dormida— susurra Raquel mientras se quita la blusa.

He dejado la luz del baño encendida para que no se choque con los muebles al entrar, así puedo ver cómo se desnudan sus cuerpos. Lentamente, me subo la manta a la cabeza, dejando sólo los ojos abiertos. Apenas puedo respirar, y eso hace que mi corazón martillee contra mis oídos.

Capítulo 2



Las cosas se calientan mientras los observo en la penumbra. A Raquel se le cae el sujetador, Artho se inclina y pone la boca en uno de sus pechos. Hace ruido mientras chupa. Raquel gime, Artho *hace shiii* para que se calle. Le sujeta las muñecas cuando empieza a quitarse la camiseta, pero al final cede.

Nunca he visto a nadie teniendo sexo en directo. Sé que todos están equivocados. Ellos, por hacérmelo en el dormitorio, y yo por espiarlos sin que lo sepan, pero no puedo cerrar los ojos.

Siento que mi cuerpo se calienta como nunca.

La camiseta de Artho cae al suelo y puedo ver su cuerpo musculoso. Intento verlo mejor, identificar los tatuajes en su cuerpo, pero Raquel está frente a mí.

Desliza los dedos por su pecho, su abdomen, luego se arrodilla y baja la cremallera de los pantalones de Artho.

Me relamo los labios cuando empieza a chupármela.

Está tan mal que me hace arder por dentro.

Artho la pone en pie y murmura que deberían ir a otro sitio, pero ella tira de su cuello,

hasta que lo calla con su pecho en la boca. Las manos del chico empiezan a bajarle la cremallera de la falda. El resto de su ropa ha desaparecido.

Me quedo de piedra cuando se tumba en la cama con las piernas abiertas.

Lo veo tumbado encima de ella. Raquel echa la cabeza hacia atrás y gime mientras él la penetra. Artho le tapa la boca con la mano y empieza a entrar y salir lentamente.

Tengo tantas ganas de saber qué se siente que muerdo la manta con desesperación. Inconscientemente, me llevo la mano derecha al pecho. Cierro los ojos, pero luego los abro. Algo ocurre.

Miro a Artho y me sorprendo al ver que me devuelve la mirada. Mi mundo se derrumba.

Quiero apartar la mirada de sus ojos marrones, pero no puedo. No deja de mirarme mientras se folla a Raquel. No sé cuál de los dos es peor.

Justo entonces, Artho se detiene. Parece haberse quedado dormida y empieza a levantarse de la cama. No quiero mirar su cuerpo, pero no puedo evitarlo. Miro cada centímetro *de él*.

Artho se levanta, coge su ropa y se dirige al cuarto de baño. Cierra la puerta y deja la habitación a oscuras. Me quedo sentada, sin saber cómo procesar lo que acaba de ocurrir.

¿Me molesta el hecho de que empezaran a tener sexo mientras yo estaba en la habitación? Sí, pero me molesta mucho más que hayan dejado de hacerlo.

Me siento depravado. Más aún cuando Artho abre la puerta del cuarto de baño y se asoma a la luz. Tiene el pelo castaño revuelto, los labios entreabiertos y el cuerpo rígido. Me mira fijamente.

— ¿Quieres? — le oigo susurrar.

Miro a Raquel, sintiendo que se me sube el sudor a la nuca.

— No se despertará— añade Artho.

Vuelvo a mirarle fijamente y sacudo la cabeza positivamente una sola vez.

Se acerca rápidamente, se mete bajo las sábanas y me aparta las bragas. No tengo en cuenta que es mi primera vez, no pienso en Raquel, en nada.

Muerdo su hombro mientras me penetra, sin siquiera besarme.

La cama cruje cuando él empieza a moverse. Quiero gemir, pero Artho me tapa la boca con la mano. Quiero cerrar los ojos e imaginarme a otro hombre, pero lo único que veo ante mí son los ojos marrones de Artho, sus labios rosados, su pelo pegado al sudor de su frente. Me mira como si supiera exactamente lo que quiero.

No pienso en nada más. Solo abro las piernas para que me penetre más y más, y suelto gemidos ahogados contra su mano, hasta que...

Domingo 6 de agosto de 2017

— ¿No fue bonito lo que te hizo Artho? — Oigo la voz de Raquel en cuanto me levanto y me dirijo al baño. La habitación está oscura, las ventanas cerradas.

Siento que me arde la piel y mi mente está revuelta por la avalancha de recuerdos de la noche anterior.

— ¿Qué me ha hecho Artho? — murmuro con voz afectada.

¿Estaba realmente aquí en la habitación o fue todo un sueño ridículo? Si lo estaba, ¿realmente se metió bajo mi manta? No puede ser tan tacaño como para hacer eso. Si fue real, soy alguien aún peor por haber cedido.

— Sí, Charlotte. Ve al baño primero, luego hablaremos — dice.

No tengo valor para darme la vuelta y mirarla a la cara. Doy unos pasos hacia el cuarto de baño y cierro la puerta. A plena luz, investigo mi cara y me toco las bragas.

¿Sabría si era real? ¿Si realmente había perdido la virginidad con el chico que se estaba quedando con Raquel?

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! — repito, sacudiendo la cabeza, sin querer aceptarlo.

Todo el mundo habla de la virginidad, pero nadie me ha contado lo que se siente al día siguiente.

No siento más que vergüenza. Aunque no haya ocurrido, me odio por soñar con él. Yo no soy así, no deseo a los chicos con los que salen mis compañeras. Fantaseo con personajes

literarios, superhéroes, actores de cine y músicos. No soy taladrada, ni siquiera me han besado nunca en la boca. Soy estudiosa y no pierdo el tiempo preocupándome por los hombres.

Respiro hondo, hago lo que tengo que hacer y vuelvo al dormitorio. Intento mantener una postura erguida, pero siempre he caminado con los hombros caídos, me cuesta empezar ahora con Raquel mirándome así.

— ¿Qué hizo Artho que era tan guay? — pregunto y me siento en el borde de la cama. Mis ojos recorren la habitación en busca de cualquier rastro de que realmente haya estado aquí.

— Insistió en acompañarte hasta aquí— dice y se sienta en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero de época —. Ha sido muy amable por su parte.

— Hunrum. Él... — murmuro. Aprieto el colchón de la cama e intento mirarla a la cara, tengo que aclararme la garganta con un resuello para continuar—. ¿Él... aguantó toda la noche, como esperabas?

Siento que la sangre se me sube a la cara. No puedo creer que te esté preguntando esto.

Raquel se ríe y se pasa las manos por el pelo revuelto. A pesar de que acabo de despertarme en la penumbra, todavía puedo ver lo hermosa que es.

— No, no duró toda la noche— dice y tira las piernas fuera de la cama, va a la ventana y la abre, trayendo la luz del día a la habitación. — En realidad, no pasó mucho después de que nos fuéramos de aquí.

— ¿No? — Ahora tengo más curiosidad.

— Compramos un tentempié y nos fuimos a una zona alejada del centro de la ciudad donde la gente suele ir después del bar. Encienden el equipo de música del coche, beben y fuman. Allí había muchos universitarios, entre ellos los amigos de Artho. Pero no pasamos mucho tiempo allí, porque alguien le llamó —explica Raquel, apoyada en el escritorio y arreglándose el pelo en un moño—. Dijo que tenía una urgencia familiar y que tenía que irse. Pero antes me trajo a mí.

— Ah — eso es todo lo que digo.

Intento imaginar cómo me comportaría con un grupo de universitarios bebiendo y

fumando. No se me ocurre ningún escenario positivo para mí, en todos mis pensamientos soy demasiado tímido para relacionarme con nadie. Fue inteligente por mi parte no aceptar ir con ellos.

— Pero estoy segura de que era otra chica la que llamaba — continúa Raquel. — Y me despidió para quedarse con ella. Qué excusa más floja, una *emergencia familiar*.

— No veo por qué te despediría para estar con otra. Eres muy guapa— le digo con un cumplido sincero. — ¿Tiene tu número? Quizá te llame hoy.

Raquel agita las manos y niega con la cabeza.

— Ya no me quedo con Artho. Besa muy bien y es muy simpático, pero yo apuntaba al nido y acabé dándole al pájaro equivocado.

— ¿A qué te refieres? — pregunto frunciendo el ceño. — No le entiendo.

— Es una expresión. El nido son sus amigos, el pájaro es Artho. Dije que me equivoqué de pájaro porque acabé conociendo a uno de sus amigos que era mucho más interesante. Eros Giordano. [1]Heredero del Grupo Editorial Giordano . ¿Has oído hablar de ellos?

— No desconozco el apellido— digo, pero no consigo recordarlo.

— Sus padres iban en el avión que se estrelló hace unos años cuando iban de aquí a São Paulo.

— ¿Han muerto? — pregunto sorprendido.

— Sí, por desgracia. Y Eros heredó toda la fortuna familiar por su cuenta. Él, Artho y otros cuatro amigos viven en la casa de la familia Giordano, es una especie de hermandad pija. Nunca he estado allí, pero eso es lo que dicen.

— Esos gemelos son sus amigos, ¿verdad?

— Sí, Nathan y Gabriel. Y luego están Dimitri y Lion. Son los seis hombres más deseados de la Universidad Federal de Bento Gonçalves.

— Entendido. ¿Y ahora quieres quedarte con Eros? — Pregunto.

— Aún no nos han presentado, pero no es mala idea. Pero él sólo sale con chicas muy

populares. No creo que salga con una chica del segundo piso del Edificio Universitario— dice y suelta una risita.

Tu situación económica es algo que te molesta mucho. Yo también odio no tener dinero para otra cosa que no sea sobrevivir. Te entiendo, Raquel.

— El caso es que he perdido todo interés por Artho. Mi atención se centra ahora en Eros Giordano— dice y me guiña un ojo.

Me alivia saber que ya no está interesada en Artho. No es que tenga ningún interés en el chico, pero sería muy extraño que estuvieran saliendo, porque tuve un sueño muy explícito con él.

Me muerdo el labio y me pregunto si debería decírselo a Raquel, pero pronto desisto. Sólo ha sido un sueño inútil. No voy a molestarla con mis tonterías.

— Voy a la panadería a comprar pan para que podamos tomar un café. ¿Has visto la cocina común de esta planta?

— "Todavía no— le respondo y empiezo a ordenar la cama antes de que me lo diga.

— Disponemos de una cocina por planta, de la primera a la séptima del edificio, con fogones, microondas, mesa y frigorífico, pero todos la comparten. Si necesitas cocinar, tendrás que compartir el espacio con otros estudiantes. Lo bueno es que los universitarios viven de las comidas y los fideos de la RU. A menos que seas inquilino de los pisos más altos, claro.

— ¿Y qué significa RU?

— Restaurante Universitario — nos cuenta Raquel. — Allí come todo el mundo entre semana. Es muy asequible, pero la comida es muy buena. Incluso los más ricos comen allí, porque está dentro de la universidad.

— Entendido. ¿Estaban ayer las chicas del ático de lujo? ¿El lugar al que fuiste con Artho?

— Sólo dos de ellos. Deberías haber ido.

— Estaba cansada, y todavía no estoy acostumbrada a estar en estos ambientes. Me pone nerviosa.

— Cuando llegaste me dijiste que eras tímida en el colegio, pero poco a poco te irás acostumbrando— dice Raquel.

Se equivoca, estoy seguro.

Capítulo 3



Lunes, 7 de agosto de 2017

Tengo que confesar que mi intento de pasar desapercibida en mi primer día de universidad fue infructuoso.

Llevaba unos vaqueros rectos, una camiseta gris con el símbolo de Mujer Maravilla en tonos oscuros y mi chaqueta de lona. Nada que llamara la atención de los presentes, pero resulta que dos de los tres profesores con los que tenía clase pidieron a todos los alumnos que se presentaran. Hay seis clases, dos seguidas para cada asignatura.

La primera vez fue un desastre. Tartamudeaba y no tenía nada interesante que decir sobre mí, aparte de mi nombre, mi edad y mi lugar de origen.

Para colmo, Artho Becker entra en el aula del primer período, en la cuarta lección de Economía Política, llevando un casco negro y una mochila a la espalda. Las sillas están dispuestas en círculo, un chico inquieto se sienta a mi izquierda, la silla de mi derecha está vacía. Artho elige un asiento a siete asientos de mí.

Me sorprendió su presencia. Raquel no me dijo qué carrera estudiaba, no me di cuenta de

que era Derecho.

Mientras la profesora Claudia Schmitz se presenta a la clase, intento no pensar en el sueño, pero cuanto más intento apartar la escena de mi mente, más clara se vuelve la ensoñación. Me viene a la mente la forma de su cuerpo, el contorno de sus músculos y la suavidad de su piel me hacen jadear.

Artho es el tercer alumno al que Claudia pide que se presente. Se coloca delante de su pupitre y empieza a hablar con seguridad, como si no tuviera ningún miedo al público.

Es algo en lo que tengo que trabajar cuanto antes. Quiero ser juez, y la timidez no encaja.

Le miro a la cara mientras habla. Su voz es profunda y envolvente, me dan ganas de no dejar de escucharle nunca.

— Me llamo Artho Becker, tengo veintidós años, soy estudiante de octavo curso de Derecho y hago prácticas en el Registro Judicial desde quinto. No me matriculé en Economía Política en el primer semestre porque tenía algunos problemas personales, por eso acabo de incorporarme a la clase.

Observo su nuez de Adán mientras habla, recorriendo la suave piel de su cuello donde lleva tatuada la corona de laurel.

Sólo puedo imaginar lo mucho que debió doler hacerse un tatuaje en esa zona y me pregunto si habrá otros diseños grabados en su piel, debajo de los pantalones negros, la camiseta de algodón y la chaqueta de cuero.

Así que me culpo por mirarlo con tanta avidez, aunque no funcionara con Raquel, es raro.

— Si no me equivoco, quedaste primero en el examen de acceso a Derecho en 2014 — comenta la profesora Claudia, dejándome aún más estupefacto.

Oigo a algunas de las pocas chicas de la sala decir "vaya" ante la información. Artho Becker mira a algunos de los estudiantes, pero no a mí. No me ve aquí, no me reconoce del Bar Culture, es como si fuera invisible.

— Sí, yo también— contesta y esboza una encantadora sonrisa esquinada, y las mismas chicas que comentaron *wow* empiezan a cuchichear.

Parece darse cuenta, mientras hincha el pecho y levanta la barbilla, animado por ellos.

Cierro la cara. Quiero decirles que no miren así a Artho, porque está saliendo con Raquel y eso no está bien. Pero Raquel ya me ha dicho que no quiere nada con él, así que ¿por qué me pongo de su parte?

Pienso en Eros y me pregunto qué tiene, aparte de dinero, que pueda llamar más la atención que Artho.

Antes de terminar su presentación, Artho me lanza una rápida mirada y la comisura izquierda de sus labios se curva en una sonrisa que hace que el aire se me quede atrapado en la garganta. Parece haberme reconocido, quizá no sea tan invisible después de todo.

Artho se sienta y da golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno mientras observa la actuación de los demás alumnos.

Cuando llega mi turno, respiro hondo y me pongo de pie. Intento ser lo más breve posible para poder sentarme enseguida. Los alumnos no hacen ningún comentario sobre mí, pero noto los ojos de Artho clavados en mí todo el tiempo.

Mientras vuelvo a sentarme y otro alumno se levanta para la presentación, veo a Artho levantarse de su asiento y acercarse a mí. Deja el casco y la mochila en el suelo entre los pies, se acomoda con el trasero en el borde de la silla vacía que hay a mi lado, dejando las piernas estiradas, casi tumbado, y sigue dando golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno.

Siento los latidos de mi corazón resonando en mis oídos.

— "Hola, *Mujer Maravilla*— murmura mientras se inclina hacia mí, tan cerca que puedo olerle: una atractiva mezcla de hierbas, madera y menta.

Me paso la lengua por el labio inferior y aprieto las uñas contra las palmas de las manos en un intento inútil de reducir la tensión que siento.

Se me ocurren decenas de cosas que decir, como "enhorabuena por haber quedado el primero en el examen de acceso— "me gusta tu tatuaje— "no pensaba encontrarte aquí— "¿qué tal, señor buenorro, cómo estás?— pero lo único que consigo murmurar es *hola*.

— Te gustan mucho los superhéroes— comenta en voz baja.

Me subo rápidamente la cremallera de la chaqueta y empiezo a dar golpecitos con mis zapatillas negras de correr en la pata de la silla con gesto ansioso, temiendo que Artho se dé cuenta de que me he sonrojado por su comentario.

El último alumno se ha marchado y la profesora Claudia Schmitz ha vuelto a clase.

No respondo a lo que dice Artho, que no vuelve a hablar hasta el final de la clase. Pero soy consciente de su mirada sobre mi letra. También le miro de vez en cuando, es el alumno más guapo de aquí, y es interesante ver el tatuaje de su cuello cuando se mueve, pero no dejo que se dé cuenta.

Cuando el profesor sale del aula, entra un grupo de alumnos de segundo curso y empieza a hablar de la tradicional fiesta de bienvenida a los alumnos de primer año que se celebra cada semestre. Nos explican que tenemos que pagar 30 reales por la comida y la bebida, y que la fiesta tendrá lugar el sábado en una granja.

— Tu presencia es obligatoria— bromea una chica pelirroja que sonríe amistosamente a Artho cuando lo ve sentado a mi lado. Ella también me mira, luego se acerca a mi escritorio y me entrega una hoja de papel. — Firma con tu nombre. Puede pagar los treinta reales antes del jueves.

— No sé... — murmuro. Ir a fiestas no entraba en mis planes, y menos gastar tanto dinero.

— No puedes perdértela, es la fiesta más importante para los de primer año —insiste la chica pelirroja. — ¿Verdad, Artho?

Veo que está mucho más guapa cuando le mira. Debe de ser el estudiante más popular de la facultad de Derecho.

— Fírmalo, Mujer Maravilla, no te arrepentirás —me pide con la misma voz ronca que en el sueño, sin mirar a la chica, sólo a mí.

— ¡Vamos, Mujer Maravilla! — pide la chica.

Suelto un suspiro por los labios. No puedo creer que gracias a Artho me pongan un mote en mi primer día de universidad.

Escribo mi nombre en la hoja y vuelvo a respirar hondo.

— Ya tenemos la firma de la Mujer Maravilla. No te quedarás fuera, ¿verdad? — bromea la pelirroja en voz alta, para que lo oiga toda la clase. — Sólo recuerda que a la fiesta sólo pueden ir estudiantes de Derecho. Nada de amigos o novios de otras áreas.

— ¿Mujer Maravilla? — oigo preguntar a uno de los alumnos de la segunda clase, que ha entrado con ella en el aula.

Me arde la cara de vergüenza. Necesito urgentemente ropa nueva.

— ¿Sabías que el apodo que te ponen el primer día de clase te acompaña el resto del curso? — pregunta Artho en un susurro. — No hace falta que te pongas rojo. Será mejor que te acostumbres.

¿Cómo puede ser tan entrometido? Ahora todo el mundo me mira. *¡Qué bien!*

— ¿Qué apodo te pusieron el primer día? — No puedo disimular la irritación en mi tono.

— No era tan popular como tú— dice y esboza una sonrisa arrogante, mostrando sus dientes blancos y rectos. Me doy cuenta de que sus caninos son puntiagudos y sobresalen. Si no fuera tan tonto, podría *enamorarme* de él.

— ¡Es Charlotte! — Le corrijo.

— Cuanto más enfadado parezcas, más se burlarán de ti.

Pongo los ojos en blanco, estoy cansada y aún me queda un plato antes de comer.

Los veteranos esperan las firmas, poniendo apodos a los demás estudiantes mientras firman la lista.

Meteoro de Pasión para la alumna inquieta sentada a mi lado, que se parece vagamente a la cantante Luan Santana; *Piruleta* para una chica de pelo rizado que chupa caramelos*; Burguesinha* para la alumna más ordenada de la clase, a la que vi salir con las chicas del ático de lujo; *Pinscher* para una alumna que ya conocía a los mayores y tiene fama de pendenciera.

— La Mujer Maravilla no tiene tan mal aspecto ahora, ¿verdad? — murmura Artho antes de levantarse para salir de la habitación.

Quiero preguntarle si va a ir a la fiesta, pero me callo.

El profesor de Introducción al Estudio del Derecho I entra en el aula y se presenta

brevemente, mientras borra la pizarra. Me gusta porque no insiste en que nos volvamos a presentar.

Después de clase, sigo a un grupo de estudiantes hasta el Restaurante Universitario, que está a unos seiscientos metros del Sector de Humanidades I. El campus de la UFBG es mucho más grande de lo que esperaba. Quizá incluso más grande que mi antigua ciudad, Santo Antônio das Missões.

Veo a los alumnos de mi clase más adelante charlando, haciendo amigos, y me pregunto cómo sería si realmente fuera a esa fiesta.

No es que sea antisocial. Me gustaría socializar y sé que lo necesito por mi carrera, pero es algo con lo que todavía no puedo lidiar. No sé cómo acercarme a la gente y entablar una conversación, como hacía Artho conmigo. Y cuando se me acercan, me da vergüenza y no digo gran cosa.

Me soplo un mechón de pelo, estresada conmigo misma, y siento vibrar mi móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo cojo y leo el mensaje de Raquel preguntándome si voy de camino al restaurante.

Me apresuro y me reúno con ella en la cola.

— Te he guardado un sitio— dice con una sonrisa amable.

¡Qué alegría encontrar una cara amiga! Incluso noto cómo se me relajan los hombros cuando me abraza.

— ¿Qué tal tu primer día? — quiere saber.

— Organizan una fiesta para los alumnos de primer año del curso.

— Es una tradición. Todos los cursos hay fiesta la primera semana. ¿Puedo disfrazarte? — pregunta y me mira de arriba abajo, seguramente juzgando mi elección de vestido. — Puedo coserte algo, ¿qué te parece?

Damos unos pasos para seguir la cola. Lleva un vestido de lino marrón, las mismas botas del sábado, calcetines de lana y un abrigo bien estructurado.

— ¿Has hecho tú este abrigo? — pregunto mientras toco el cuello perfectamente cosido.

— Sí, pero eso no cambia el tema. ¿Puedo arreglarlo?

— No voy a ir a esa fiesta— respondo, sorprendida de que no suene obvio.

— ¡Claro que sí! — dice Raquel frunciendo el ceño. — Es la fiesta más importante de primer año, te arrepentirás si no vas. Es una oportunidad para hacer amigos.

— Es solo una fiesta —refunfuño y doy unos pasos más hacia el mostrador donde están las bandejas. — ¿Fuiste a la tuya el semestre pasado?

— ¡Claro que sí!

— ¿Y dónde están los amigos que hiciste allí? — pregunto, sonando irónico. No suelo ser tan franco con alguien a quien conozco desde hace poco, pero Raquel me hace sentir tranquilo.

— Son esnobs. Es una competición de quién viste mejor, quién diseña la mejor ropa. — Pone los ojos azules en blanco. — Una disputa ridícula. Me llevo bien con todo el mundo, pero no me llevo bien con ninguno.

— No entiendo cómo alguien puede dibujar o vestir mejor que tú— digo mientras me dirijo al autoservicio y me pongo en el plato arroz, alubias, ensalada, farofa, carne hervida y patatas fritas. — ¿La comida es siempre tan buena?

— Es perfecto. Por cinco reales, es lo mejor que encontrarás, y cabe en el bolsillo.

Asiento con la cabeza. Elegimos una mesa en el centro de la cafetería y nos sentamos.

— ¿Qué tal la clase? ¿Hay un gato en tu clase? — pregunta ella.

— No, pero el tuyo estaba allí.

— ¿Quién? ¿Eros Giordano? ¿Eros Giordano?

— No, Artho Becker— le respondo. — Hablando de él...

Estoy de cara a la puerta de entrada y señalo con la barbilla en dirección al grupo de seis chicos que pasan con sus bandejas por la mesa del fondo. Artho lleva el casco colgado del codo y la mochila al hombro. Me sonríe y me guiña un ojo al pasar.

— Hola de nuevo, Mujer Maravilla— murmura en voz baja. En la cacofonía de estudiantes de la cafetería, sólo puedo entender porque leo sus labios. — Raquel.

Artho asiente al saludarla. Ella le dedica una breve sonrisa, muy distinta de la sensual

forma en que le tiró los tejos el sábado.

Desde donde está Rachel, puede mirar fijamente a su mesa.

— Es difícil elegir cuál es el más delicioso.

— ¿Sabes quién es cada uno? — pregunto.

— Ya conoces a Artho. Eros es el rubio de pelo corto y labios carnosos— me explica, y yo asiento con la cabeza al reconocerlo. — Los gemelos son Nathan y Gabriel. El de pelo castaño y piel bronceada es Lion, tiene un Lion tatuado en el brazo. El más serio, con los ojos muy azules, es Dimitri. Es un bonito club, ¿verdad?

— Pues sí. — Tengo que estar de acuerdo, son el tipo de chicos que los introvertidos como yo miran de lejos.

— Ahora vuelve a la fiesta, vete y te coseré un bonito traje para que te lo pongas— dice.

— Raquel, ni siquiera sé si tengo dinero suficiente para pagar la fiesta, ¡y mucho menos para comprar tela! El dinero que me manda mi madre es contado: alquiler y comida. Mientras no consiga unas prácticas, tendré que controlarme mucho.

— No te preocupes, tengo algunas telas en casa. Entonces podrás comprarme algunas cuando tengas algunos ingresos. Todo saldrá bien, Charlotte. Mi padre también me envía lo justo para que no me muera de hambre. Tengo que comer bien para almorzar y dividir una comida de fideos en dos días para cenar para poder comprar mis telas— explica.

— Trabajas tanto y aun así quieres compartirlos conmigo— digo, y se me hace un nudo en la garganta, porque nunca he tenido a nadie, aparte de mi madre, que hiciera algo así por mí. — No puedo aceptarlo.

— ¡Sí que puedes! — insiste. — No te preocupes por mí. Esta misma tarde estaré repartiendo currículos. Pronto tendré más dinero. Y tú irás a la fiesta.

Enderezo los hombros y corto un trozo de carne.

— No sé si te has dado cuenta, pero no soy muy sociable— admito y hago una mueca. — Si pudiera llevarte conmigo, haría un esfuerzo por ir, pero solo es para estudiantes de Derecho.

— Por supuesto, las fiestas de bienvenida son siempre exclusivas para los alumnos del

curso.

— De ninguna manera iré sola. Sería una tortura para mí — lo confieso. — Pero muchas gracias por su apoyo.

— No tienes por qué ir solo. La mayoría de los alumnos de tu clase son hombres, ¿verdad? — me pregunta, y yo asiento con la cabeza. — ¿No hay chicas con las que hayas hablado y te lleves bien?

— Hay cinco chicas contándome a mí. Vi a una de ellas caminando con las chicas del ático de lujo, las otras tres sentadas una al lado de la otra. No he hablado con ninguna de ellas.

Raquel se muerde la comisura de su labio rosado, mientras sus ojos azules recorren la mesa pensativos.

— Tengo una idea— dice y levanta el dedo índice, luego se inclina hacia la mesa donde están sentados los seis chicos. — Artho, ¿vienes?

Pongo los ojos en blanco.

— Vas a ir a esta fiesta con uno de los hombres más deseados de la universidad— me susurra Raquel.

Se me van a salir los ojos de las órbitas cuando se levanta y se acerca a nuestra mesa.

— *No, no, no, no, no* —empiezo a murmurar, con el corazón saltándome en el pecho. — No sé qué tienes en mente, ¡pero la respuesta es no!

— Tranquila, *Batgirl* —bromea y me guiña su ojo azul. Odio lo fácil que les resulta guiñar el ojo así, yo nunca me atrevería.

Artho se detiene junto a nuestra mesa. Me siento pequeña, frágil y transparente. No tengo fuerza psicológica para enfrentarme a él en este momento.

— Siéntate— dice mientras adopta una postura sensual. Palmea el asiento de al lado y se muerde el labio.

Él la obedece. Tengo el estómago helado, pero siento que podría derretirme en la silla.

— Necesito que me hagas un favor— dice Raquel con el mismo tono de voz que utilizó cuando se topó con él en el bar.

Le veo levantar la barbilla, como un chico malo.

— ¿Qué favor? — preguntarás.

Agacho la cabeza y le doy vueltas a la comida del plato con el tenedor. Acabo de perder el apetito porque tengo el estómago lleno de mariposas.

— Necesito que acompañes a Charlotte a la fiesta de Derecho. Iría con ella, pero es sólo para los alumnos del curso — dice Raquel.

Trago saliva, incapaz de levantar la cara. Me encantaría meterme en un agujero ahora mismo.

— No voy a ir a esta fiesta. Tengo una cita — se niega, lo que hace que mi vergüenza doble.

Quiero pedirle a Raquel que pare, pero ni siquiera puedo hablar.

— ¡Vamos, Artho! ¿Qué clase de compromiso es ése? — Raquel quiere saberlo.

— Trabajo los sábados— dice.

— ¿Y no te lo puedes perder? — insiste.

— En absoluto— respondió Artho.

— Para mí— murmura y le da un pequeño picotazo. Veo que Artho aparta la mirada de ella y me observa un momento.

— Necesito el dinero— confiesa. — No puedo prescindir de él.

— Te debemos un favor. Te lo devolvería si pudiera, pero no tengo dinero. — Raquel me da la puñalada final.

Quiero morirme de vergüenza. Me siento incapaz, como si fuera alguien tan indeseable que una amiga tiene que rogarle a un chico que salga conmigo.

Pero no es sólo lo que siento, es la realidad.

— ¿Puedo cobrarte cuando quiera? — pregunta con voz ronca, como en un sueño...

Ambos permanecen en silencio, entonces me doy cuenta de que están esperando mi respuesta.

Respiro hondo y trato de acorazarme para que no me golpee ninguna emoción más, luego

levanto la cabeza y le miro a la cara.

— No tienes por qué venir conmigo. Ni siquiera quiero ir— murmuro y me encojo de hombros. — Es ella la que insiste.

— Es una fiesta importante— dicen los dos al unísono.

— Es sólo una fiesta, no vale una marca — puedo expresarme mejor.

Artho me mira fijamente, su pelo castaño cae sobre su frente y ahora casi parece mono.

— También tienes que divertirte. No se trata sólo de estudiar— dice, como si se preocupara por mí. Luego se remueve en la silla y busca el móvil en el bolsillo del pantalón. — Apunta tu número, intentaré encontrar la manera. No quiero que te pierdas la fiesta.

Me paso la lengua por el labio reseco y alargo la mano para coger el aparato. Noto la marca de un tatuaje que surge en su muñeca, a través de la manga de su chaqueta, y trago saliva, invadida por la curiosidad de ver un poco más de su cuerpo.

La pantalla se desbloquea y veo la foto de un hombre sin camiseta con varios tatuajes, que sostiene contra su pecho a un bebé con un lazo rosa en el pelo.

Ensancho los ojos, ¡es él!

Pero, ¿quién es la niña?

Antes de que Artho se dé cuenta de que estoy mirando, abro la agenda y marco mi número. Hago clic en añadir nombre al contacto y lo escribo: Charlotte Castro.

Le devuelvo el móvil y me mira con una sonrisa torcida que muestra sus puntiagudos dientes caninos.

— Sabes que voy a cambiarme el nombre por el de *Mujer Maravilla*, ¿verdad? — bromea.

Pongo los ojos en blanco.

— No hace falta que faltes al trabajo para llevarme— digo mientras reúno la dignidad que llevo dentro. — No necesito una cita.

Su sonrisa se ensancha aún más.

— Nos vemos en clase de Economía Política —dice Artho, mirándome fijamente, y luego

se vuelve hacia Raquel. Por un segundo, creo que va a besarle la boca. No sé por qué me molesta esa idea. — Nos vemos, Oiapoque.

Raquel le gruñe.

— Esa es una de las razones por las que no vamos a quedarnos más— dice, mirándome con odio. — Siguió llamándome *Oiapoque* durante el resto de la noche, después de que saliéramos del pub.

Artho se levanta con una amplia sonrisa.

— Es el apodo que te pusieron el primer día de clase— dice, antes de volver a su pupitre.

— *¡Ugrh!* — vuelve a gruñir. — ¿Y todavía te ríes?

— No te enfadaste cuando me llamó *Batgirl* —me defiendo, feliz de haberme relajado tras la humillación. — ¿Por qué Oiapoque?

— Es la ciudad más septentrional de Brasil, y yo soy de Chuí, la ciudad más meridional. Dos alumnos de último curso sólo me llaman así.

— Tendré que dárselo a Artho. La Mujer Maravilla ya no tiene tan mala pinta— bromeo y le doy un codazo en la pierna.

Pone los ojos en blanco, pero sigue comiendo.

Capítulo 4



Lunes, 7 de agosto de 2017

Me fijé en el aspecto de Eros durante todo el tiempo que estuve en la mesa con las chicas en el restaurante de la Universidad. Es gruñón por naturaleza, pero hoy en la comida estaba especialmente irritable.

No habría besado a Raquel Mendes, del curso de Moda, si hubiera sabido que mi mejor amigo estaba colado por ella. Pero es tan cerrado que ni siquiera me lo aclara. ¿Cómo iba a saberlo?

Al menos me di cuenta a tiempo y descarté a Raquel antes de acostarme con ella. Habría sido mucho más raro. Pienso en esto mientras ordeno unos documentos en el archivo de la Oficina del Registro Judicial, donde trabajo de lunes a viernes, de trece a dieciocho.

Aprovecho que no hay nadie mirando y cojo el móvil de la estantería. Abro WhatsApp, ignoro las nuevas notificaciones, todas de mujeres de la facultad, y tecleo el nombre de la novata en la búsqueda, solo para ver cómo es su foto de perfil. No me sorprendo cuando veo que no hay foto, Charlotte debe haberla hecho privada sólo para que la vean sus contactos. No tiene mi número.

Le cambio el nombre por Mujer Maravilla, bloqueo la pantalla y vuelvo al trabajo. Sólo vuelvo a coger el móvil cuando me subo a la moto para irme. Veo que hay tres llamadas de mi padrastro.

No había acordado con él trabajar hoy como su ayudante, pero no puedo prescindir del servicio. Tengo muchos gastos y estoy ahorrando para viajar a finales de año.

Me pongo el casco y me dirijo a toda velocidad a la obra donde Celso Weber trabaja como albañil. No he traído ropa vieja y no puedo ensuciarme la camisa nueva con cemento, y mucho menos la chaqueta, así que me las quito mientras sigo en la moto. Hace frío al principio de la noche, pero llevo sacos de cemento y tablones, así que mi cuerpo se calentará pronto.

— Déjalo ahí, chico —grita Celso en cuanto me ve llenar la carretilla de cemento bajo el foco. — No te he llamado para eso.

Dejo caer la pala al suelo y aplaudo. Su tono me preocupa.

— Es tu madre— dice mi padrastro y algo se agita dentro de mí.

— ¿Qué le pasa? — pregunto. Ahora hace aún más frío.

— Volvió a beber — Celso es directo — parece que pasó la tarde fuera y la niña lloró durante horas.

Sus palabras hacen que me duela el pecho. Llego a la moto a grandes zancadas, meto la camisa en la mochila y me pongo sólo la chaqueta. Celso viene detrás de mí.

— Joder, es lunes— refunfuño.

— Fui por la tarde porque una vecina la oyó llorar y me llamó. La calmé, le di de comer y desperté a su madre, pero no pude quedarme mucho tiempo porque ya estaba atrasada con el trabajo.

— ¿Fue sólo la bebida lo que la noqueó o usó algo?

— No lo sé— responde mi padrastro. — Deberías saberlo mejor que yo.

Saludo con la mano antes de ponerme el casco. Acelero más hacia el barrio más alejado de la ciudad, donde Celso, Ayla y mi madre viven en una casa pequeña pero ordenada que construyó mi padrastro.

Durante todo el camino temo encontrarme el coche del consejo de tutela aparcado en la acera. Me aterra la idea de que se lleven a Ayla lejos de mi madre.

Para mi alivio, no hay ningún coche.

Me bajo de la moto y me apresuro a entrar. Encuentro a la niña de dos años y medio garabateando con el bolígrafo de colores que le compré la semana pasada, dibujando una especie de bigote verde a mi madre, entre el desorden de juguetes y ropa esparcidos por la habitación.

— Mi princesita— digo levantándola.

— ¡*Tutú*! — grita emocionada cuando me ve.

Mi madre está fuera. Quiero pelear, quiero insultarla, sacudirla hasta que despierte, pero francamente estoy cansada de lidiar con eso.

Me desplomo en el suelo, con Ayla en mi regazo, e intento pensar en algo claro, algo que pueda hacer con esta situación.

— *Tutú, quelo meu mamá* —pregunta Ayla mientras me sujeta la cara con sus manitas garabateadas. Me mira fijamente con sus grandes y brillantes ojos azules.

— ¿Tienes hambre? — pregunto con un nudo en la garganta.

Ella niega con la cabeza y yo beso su mejilla regordeta.

No tengo tiempo para pensar. Me levanto y voy a la cocina a preparar el biberón como a ella le gusta. Encuentro el fregadero lleno de platos sucios y respiro hondo, pero es al abrir la lata de mucilón y encontrarla vacía cuando pierdo el resto de mi paciencia.

Miro en la nevera y no encuentro los bollos ni los zumos que le gustan a Ayla, por no hablar de la fruta y la verdura.

— *Joder*, mamá— grito, asustando a la niña en mis brazos.

— Ca... — Ayla empieza a repetir, pero yo la interrumpo.

— "He dicho *'hostia puta'*, y eso que se supone que no hay que aprender a decir cosas así — pregunto mientras vuelvo a la habitación.

— ¡Mamá! — grito, sacudiendo sus hombros.

Abre los ojos y me mira, sorprendida. Tiene el pelo rubio revuelto y la cara crispada,

junto con el bigote verde.

— ¿Dónde está la comida de Ayla? — le pregunto. — Te di dinero el sábado, te lo di para que le compraras cosas. ¿Qué ha pasado?

— "Hola, Artho— dice mientras se sienta y se frota la cara.

— Oi, Artho porr —empiezo a insultar de nuevo, pero me controlo. No quiero que Ayla lo repita. — ¿Por qué no le compraste *comida*? Nos hemos quedado sin mucilon y ella quiere sus gachas.

— Se lo debía a alguien— explica.

— ¿Qué persona?

— Lo sabes muy bien, no necesito decírtelo.

Pongo a Ayla en el sofá a su lado y le tapo las orejitas. Si no lo juro, exploto de rabia.

— ¿Usaste el dinero de la comida de la chica para pagar a un puto traficante de drogas? — pregunto, pero es retórico. — Mamá, por el amor de Dios. Sabes muy bien lo que nos ha pasado por culpa de las drogas, ¿cómo puedes...?

— Lo he dejado. Estoy limpio. — Levanta las palmas en señal de rendición. — Sólo he pagado lo que debía y no he comprado más. Hoy me apetecía consumir, pero en vez de eso he bebido.

— ¿Y te dan crédito por beber, desmayarte y dejar a Ayla sola? ¿Y su comida? ¿Cómo la comprarás?

Paso la mano por el suave pelo de mi princesita, solo ella puede calmarme ahora. Odio que Ayla vea estas cosas, sé lo mucho que la marcan, aunque sea tan pequeña.

— Debes tener dinero. Sé que te han pagado hoy.

— ¿Todavía le debes algo más al concesionario? — le pregunto. Sé que es inútil, que me mentirá si quiere, pero no puedo evitar esperar un poco de sinceridad.

— Sólo un poco. Pero no hay prisa— dice y sonríe de una forma que me duele. Odio que haya vuelto a tomar drogas, que se haya rendido a la adicción.

— No sé qué más hacer, mamá— digo, derrotada.

— "*Tutu, mi mami*— pregunta Ayla, tirando de mi chaqueta para llamar mi atención.

— ¿Puedes esperar unos minutos, princesita? — le pregunto. — Sólo unos minutos.

— *Tiene hambre*— dice y pone una cara que precede al llanto.

Cojo el móvil y llamo a Eros.

— ¿Dónde está usted? — pregunto en cuanto contesta.

— En casa. Acabo de llegar a casa.

Respiro aliviada de que no esté en la cama tirándose a una estudiante de primer año de empresariales.

— ¿Te importa si Ayla se queda esta noche? — Quiero saberlo.

— Por supuesto que no. Vaya pregunta, Artho —responde Eros, ofendido.

— ¿Puedes recogerla aquí en casa de mi madre? Voy en moto y no puedo llevarla.

— No hay problema. ¿Ha pasado algo?

— Lo de siempre— digo. — ¿Puedes venir ahora?

— Sí, ya me voy. Estaré allí en unos minutos.

— Gracias.

Guardo el móvil y me dirijo a la habitación de Ayla para coger algunas mudas, con la esperanza de encontrar ropa limpia y pañales.

— No tienes por qué llevártela— dice mi madre mientras me sigue, tambaleándose. — Ya estoy bien. No voy a volver a beber. Celso llegará pronto...

— Sigues borracho. Puedo olerlo desde aquí— replico. — Deberías apreciar al marido que tienes. Es trabajador y paciente contigo, y así es como se lo pagas. La casa está hecha un desastre y los platos del fregadero apestan. Lleva tanto tiempo trabajando que va a llegar a casa cansado y tener que ver la casa en este estado. Me llevo a Ayla conmigo para pasar la noche y vendré mañana temprano. Asegúrate de mantener sus documentos separados, mañana iremos a la guardería para tratar de encontrar un lugar.

— Mi hija no necesita una guardería. Sólo fue a la escuela a los seis años y ¡está bien!

Me quedo inmóvil un momento. Mi mente tarda un rato en asimilar sus palabras.

¿Me veo bien? ¿De verdad ha dicho eso?

Casi me arranco la chaqueta para que se acuerde de todo. Pero no voy a hacerle eso a mi madre, ella también ha sufrido.

Cierro las manos en puños y abro la cómoda en busca de ropa. Por suerte, encuentro algo. Sólo encuentro tres pañales en el paquete. Ayla puede prescindir de ellos todo el día, pero aún los lleva para dormir. Este era un artículo que debería haber estado incluido en las compras que mi madre no hizo.

Lo meto todo en su bolso rosa, así como la mullida manta con la que le encanta taparse, y vuelvo al salón para recoger los juguetes y la ropa que han quedado esparcidos.

— Ayla no necesita una guardería— insiste mi madre. El bigote verde de su cara la hace parecer peor.

— Irá a la guardería, sí, aunque tenga que dejar la universidad y buscarme un trabajo a tiempo completo para pagar una privada. Ya no pasará el día contigo aquí hasta que esté segura de que no volverá a hacer travesuras.

— Celso está en casa el sábado por la tarde y todo el domingo. Ella puede pasar ese tiempo aquí. Él la quiere, siempre me ha ayudado a cuidar de Ayla.

— Cuando está en casa, puede quedarse contigo todo el día, pero no los dos solos.

Ordeno el desorden, le hago cosquillas en la barriga a Ayla para que no llore más y lavo algunos platos. Voy por la mitad cuando oigo la bocina del coche de Eros.

Me seco las lágrimas de dolor. Sé que mi madre se puso así porque tuvo que lidiar con las agresiones del bastardo que la dejó embarazada a tan temprana edad, que se comió el pan que horneó el diablo cuando no pudo más y huyó de Porto Alegre conmigo, sin un céntimo en el bolsillo.

Trago saliva y me seco las manos en un paño de cocina.

— Ya estoy en casa, *Patata* — oigo la voz de Eros al entrar en la habitación. — Buenas noches, Sra. Alice.

— ¡Tío *Elo*! — grita Ayla emocionada, arrojándose a sus brazos.

— ¿Por qué lloras, mi dulce Potato?

— "Te dije que no la llamaras patata— me quejo, pero no frunzo el ceño.

— Pero si es tan mona que parece una patata —bromea Eros, haciéndole cosquillas en la barriguita regordeta. — Dile a tu tío por qué llorabas.

— *Tutú no hizo a mi mamá* — dice Ayla mientras cierra la cara y suelta un sollozo de disgusto. Es lo mismo que pegarme un tiro en el pecho. — *Tengo hambre*.

— Te lo explicaré en casa— murmuro. — Mientras te la llevas, voy a pasar por un supermercado a comprar algunas cosas. Pero voy contigo, vuelo.

— No tienes que volar, Artho. Le daré de comer cuando llegue a casa. Vamos, Patata, el tío te va a dar un montón de basura para comer.

— Tómatelo con calma con ella —le pido mientras le sigo hasta la acera, mi madre le sigue de cerca—. ¿Has traído la sillita del coche?

— Sí, señor. — bromea Eros y saluda, antes de abrir la puerta de su Mercedes negro y sentar a Ayla en el asiento del coche.

— Conduce con cuidado y cuida bien de mi hija— le pide mi madre.

Eros me echa una breve mirada, estoy segura de que debe de estar riéndose por dentro al ver el bigote de su cara, y luego asiente a mi madre.

— Está bien, Sra. Alice. Conduciré con mucho cuidado.

Miro cómo se aleja el coche hasta que dobla la esquina y entro en casa a por mi casco.

— Estate lista a las siete de la mañana. Voy a faltar a la primera clase para que podamos ir a la guardería e intentar conseguir una plaza— digo en tono autoritario. — Si vuelves a beber, mamá... No iré más...

No puedo terminar la amenaza. No por ella. Por eso hace travesuras, sabe que me tiene a mí para arreglar su mierda.

Le doy un beso en la mejilla y la dejo de pie en la acera, con los brazos cruzados y el pelo revuelto. Es duro ver a mi madre así.



Llego a casa con las bolsas de la compra. Pulso el botón del mando de la verja de hierro y se abre. Hay cien metros desde la verja hasta el porche de la casa, con el camino de piedra flanqueado por jardines cuidados por un jardinero que trabaja aquí desde que Eros era niño.

La puerta de la lujosa mansión mide unos cinco metros de alto, y siempre está ordenada porque hay dos empleados a tiempo completo.

Los antiguos propietarios de la casa, Elena y Gustavo Giordano, murieron en un accidente de avión mientras volaban de aquí a São Paulo hace tres años y medio. Sin hermanos, Eros se quedó solo.

Dimitri, Lion, Gabriel, Natan y yo nos mudamos aquí un mes después del accidente porque no podíamos soportar verle solo en casa. Y aquí es donde vivimos desde entonces.

Atravieso el vestíbulo y recuerdo claramente los rasgos de Elena Giordano. Sólo tenía cuarenta años cuando murió. La casa está prácticamente igual a como ella la dejó, salvo por la placa de madera con CLUBE DOS CANALLAS escrito en letras grandes que cuelga en el vestíbulo.

En realidad no va con la casa, a pesar de su estilo rústico, pero Lion lo hizo cuando Eros descubrió que le engañaba su novia en el instituto. A partir de entonces, prometimos no enamorarnos de ninguna mujer.

Cuando nos mudamos, Lion pensó que sería perfecto colgar la placa, para que cada uno de nosotros recordara la promesa cada día al cruzar la puerta de entrada.

Estuve a punto de romper mi promesa meses después, pero conseguí mantenerme firme.

Este es nuestro hogar, nuestra casa club, y es tan agradable llegar y escuchar las risas de Eros y Ayla jugando en la cocina, trae una felicidad genuina a la casa, como lo era cuando Elena y Gustavo estaban vivos.

Miro a los pies del piano, que está en el salón, y veo la montaña de pelo negro que yace junto al instrumento sobre la alfombra.

— Hola, campeón— digo, mientras me agacho para acariciar la cabeza de Darth Vader, el rottweiler más listo que he conocido.

Abre los ojos y me mira fijamente, pero es perezoso y no se levanta. Eros debe de haberle dado de comer hace poco.

Me apresuro a entrar en la cocina y encuentro a Ayla sentada en la isla de mármol con la mano metida en un tarro de Nutella, toda embadurnada de crema de avellanas. Lion y Dimitri están sentados junto a la isla.

— ¿Qué haces, princesita? — pregunto, preocupada por si los dulces le hacen daño.

— ¿Nunca le has dado Nutella a la patata, Artho? ¡Le encanta! — bromea Eros.

— Si le duele la barriga, te mato— la amenazo, mirando con tristeza su ropa sucia. Pero ella da un pisotón y se ríe, es imposible que me quede serio mucho tiempo.

— Es nuestra mascota— oigo decir a Dimitri desde el otro lado de la isla mientras devora un gran trozo de filete.

— Sí, un club necesita una mascota— dice Gabriel, saliendo de la lavandería. Coge un plato blanco y sirve una ración de picanha y polenta. — Es perfecta.

— Ayla no es una mascota, ya tenemos a Darth Vader— digo.

— Pon tu otra mano en la Nutella — Lion anima a Ayla. — A por ello, nena. ¡A Artho le encantará!

— Vete a la mierda... — Casi digo palabrotas, pero recuerdo que no puedo decir palabrotas delante de Ayla.

Me mira con una sonrisa socarrona, como si supiera lo que estoy pensando, y luego saca la mano del cazo, dejando que la crema corra por su ropa y la encimera, y luego mete la otra mano, tal como dijo Lion.

— Sí, Patata, ¡sucia todo! A Artho le encanta — dice Eros.

— No voy a limpiar este desastre— bromeo, luego me pongo serio. — Gracias por dejarla

pasar la noche.

— Traes mujeres aquí todo el tiempo y nunca me preguntaste si podías. ¿Ahora te vas a poner ceremonioso por Patata? — Eros comenta.

— También traes a muchas mujeres, no soy la única, pero un niño es diferente.

— Puede vivir aquí, Artho. Si no le parece bien quedarse con su madre, puedes traerla aquí permanentemente. Hay una habitación libre, me encantaría tenerla aquí — dice Eros.

— Te lo agradezco, pero es sólo temporal. No vamos a entrometernos en las fiestas de todo el mundo, ¿verdad, princesita? — pregunto. Cojo unas toallitas de papel y te limpio la Nutella de las manos. — Vamos a ducharnos y luego te preparo el biberón.

— ¡Sí! — celebra con una hermosa risita.

— Artho, ¿ya te has tomado ésta? — me pregunta Nathan entrando de repente en la cocina y poniéndome el móvil delante de los ojos.

Veo a la chica pelirroja de grandes pechos en la pantalla y me río.

— Sólo era una *prueba*— bromeo. — Si te sirve de consuelo, es muy buena en lo que hace.

No puedo dar más detalles delante de Ayla.

Nathan resopla.

— Si quieres estar con una chica a la que Artho o cualquiera de nosotros no ha conocido nunca, será mejor que busques en otra ciudad— se burla su hermano gemelo.

— Creo que es mejor no buscar en las ciudades vecinas —añade Dimitri, riendo libertinamente, sosteniendo el tenedor en el aire—. Si quieres exclusividad, será mejor que tengas cuidado.

Cojo a Ayla en mi regazo y salgo de la cocina. Mientras subo las escaleras hacia mi habitación, hago una nota mental para enviar un mensaje despidiendo a la chica con la que había quedado esta noche.

— También tengo que mandarle un mensaje a Charlotte— digo en voz alta.

— *¿Chaloti*? — repite Ayla. — *¿Qué Chaloti, Tutú?*

— Una chica de mi universidad. Tengo que encontrar la manera de llevarla a una fiesta el sábado. Tendré que buscar una excusa para no ayudar a Celso en la obra. Realmente necesito el dinero para las dietas, pero no puedo defraudarla —le digo a Ayla como si pudiera entenderlo.

— *"No puedo*— dice y agita el dedo índice. — *¡No, no, no, Tutú!*

— Es increíble que *no sea* la palabra que mejor se pronuncia— comento.

La dejo en la cama y voy al baño a llenar la bañera, compruebo la temperatura del agua y vuelvo al dormitorio a recogerla.

Froto el cuerpo mimoso de Ayla con una esponja para limpiar los garabatos de bolígrafo de colores, luego la seco rápidamente, le pongo el pañal y la visto. El fuego está apagado y la habitación helada.

Le seco el pelo para que no se enfríe, luego se lo peino y le pongo un moño.

Envío un mensaje de voz a Charlotte mientras bajo las escaleras con las piernecitas de Ayla enroscadas alrededor de mi torso.

Yo: *Buenas noches, Mujer Maravilla. Iré a la fiesta contigo el sábado.*

Envío el mensaje y bloqueo la pantalla. De todos modos, ya estoy jodido económicamente.

Capítulo 5



La ventana está abierta y oigo el rugido de los motores de los coches que pasan por la calle delante del edificio. Estoy leyendo el capítulo dos de un libro de derecho civil que me prestaron en la biblioteca de la universidad.

Antes de eso, saqué una tarjeta de restaurante universitario e ingresé dinero suficiente para comer de lunes a viernes hasta el mes que viene, cuando mi madre ingresará dinero en la cuenta que he abierto recientemente.

Cojo el móvil de la cama y veo que he recibido un mensaje de un número con el prefijo de aquí. Desbloqueo la pantalla inmediatamente al leer el nombre que aparece en el contacto. Ha enviado un mensaje de voz.

Artho Becker: *Buenas noches, Mujer Maravilla. Iré contigo a la fiesta del sábado.*

Mi mano vuela inmediatamente al corazón cuando oigo el timbre ronco de su voz.

Justo en ese momento, Raquel entra en nuestra habitación, cargada con una bolsa de supermercado y con aspecto agotado.

— ¿Qué ha pasado? — me pregunta al ver mi cara de susto.

— Artho me acaba de mandar un mensaje para decirme que viene conmigo a la fiesta— le

explico.

— ¡Ah, perfecto! — vibra. Deja caer la bolsa sobre el escritorio, junto con su bolso, y da una palmada. — Lo sabía. Es un tipo duro, pero al final se ablandaría.

— No sé si quiero ir— digo. Pero la verdad es que sí quiero ir a esa fiesta, sólo que no sé cómo comportarme, cómo ser menos inhibida.

— ¡Oh, lo harás!

— ¿No es extraño? ¿Has estado alguna vez...

— Charlotte, lo besé dos veces y eso fue todo. No es que haya salido con Artho montones de veces. No tenemos nada. ¿Has olvidado que tengo otros planes?

— "Eros Giordano— respondo y pongo los ojos en blanco.

No la conozco lo suficiente como para saber si está siendo sincera.

— Vas a una fiesta con uno de los chicos más guapos del campus. ¿Te das cuenta de que todo el mundo se te va a quedar mirando? — comenta Raquel.

— ¿Se supone que eso es un punto a favor? — pregunto frunciendo el ceño.

— Es evidente. Te invitarán a todas las fiestas. Supongo que eso es lo que pasa cuando sales con un chico popular.

— Por el amor de Dios, Rachel, Artho sólo me va a acompañar una vez, y por pura lástima y presión, no vaya a ser que sigamos saliendo.

— Podría acompañarte más a menudo, y si te acercaras mucho, también me invitarían a mí— dice. — Y acabaría estando cerca de Eros.

Entrecierro la mirada hacia ella.

— Era tu plan desde el principio, ¿no? Entregarme a Artho en bandeja sólo para acercarte a Eros— la acuso bromeando, mientras se tumba a mi lado en la cama y me mira con falsa inocencia. — Lo malo es que Artho nunca se interesará por mí.

— ¿Por qué no? — Raquel pregunta lo obvio.

— ¿De verdad estás haciendo esa pregunta? ¡Mírame y mírale! — exclamo, mostrándole la foto que aparece en su perfil de WhatsApp—. Eres el tipo de chica con la que sale. Yo soy de

las que sueñan con un hombre como él. Es totalmente diferente.

— Eres hermoso, amigo. ¡Basta ya! Es más, voy a coserte un traje muy elegante y a maquillarte. A Artho se le caerá la baba.

Sus palabras me hacen reír. Cualquiera puede ver que no tengo nada que le interese.

— Ahora te llama Mujer Maravilla — insiste Raquel. — Debe pensar que eres maravillosa. Y lo eres.

— Es sólo mi camiseta— le explico, señalando el símbolo de Mujer Maravilla en mi pecho.

— Me llama Oiapoque, Charlotte. Deja de rebajarte.

— Raquel, sólo me acompaña a una fiesta por la presión psicológica que ejerces sobre él. Eso es todo. Ni más, ni menos. ¡Eso es todo! Dejemos de hablar como si fuera una cita de verdad.

Pone sus ojos azules en blanco, se da la vuelta en la cama y se levanta.

Aunque digo que es sólo eso, me viene el recuerdo del sueño que tuve con él. Pienso en contárselo a Raquel, pero me da vergüenza admitir que soñé con Artho mientras ella le besaba. Es ridículo.

Capítulo 6



Martes, 8 de agosto de 2017

Me despierto antes de lo habitual, ya cansada por no haber dormido bien. Ayla se movió toda la noche y me preocupaba que se cayera, aunque hice una barrera de almohadas a los lados de la cama para evitar un accidente.

Preparo el biberón en la cocina antes de despertarla. Erika y Marcela ya han llegado al trabajo. Erika coge los productos de limpieza y se dirige arriba.

— ¿Pasó Ayla la noche aquí, Artho? — pregunta Marcela, mientras llena la tetera para preparar el mate. Ella ya conoce toda la historia.

— Sí, mi madre no estaba bien ayer— le explico.

— ¿Quiere que le prepare algo?

— No hace falta, muchas gracias. Voy a darle de comer, luego iré a una guardería e intentaré encontrar un sitio.

— Tu madre no puede soportarlo, ¿verdad? — pregunta preocupada. Es una señora simpática de cincuenta y seis años, de las que cuidan de todo el mundo. Nos conoce desde que éramos niños.

— No lo está, y no confío en dejar a Ayla con ella todo el día. Necesito la guardería.

— Ya te vas, ¿verdad? — me pregunta, y yo asiento con la cabeza. — ¿Quieres dejar a Ayla conmigo? Yo la cuidaré hoy.

— Gracias, pero no quiero molestarte. Además, quiero llevarla a ver el lugar.

— Si me necesitas, aquí estoy.

— "Gracias de nuevo— digo, antes de salir de la cocina.

Sé que la casa es enorme y tienen mucho que hacer, además, es Eros quien paga los sueldos de Erika y Marcela, nunca traería más trabajo para las dos.



Para mi alivio, mi madre está lista con todos los documentos de Ayla cuando llego. Si aún estuviera en la cama, sería el presagio de un día infernal.

Entra en el coche y se abrocha el cinturón en silencio. Está resentida y apenas mira a Ayla, que dormita.

— ¿Ha curado la resaca? — Pregunto.

— Estoy bien— responde.

Respiro aliviada, no sé qué haría si no estuviera bien. No quería perderme las clases de hoy y faltar al trabajo.

— Luego voy a ayudar a Celso en la obra— digo, intentando entablar conversación.

— Eso está bien, no es muy simpático— dice, aún seria.

— ¿Me prometes que estarás sobrio esta noche? No puedo quedarme en casa y vigilarte, mamá. Si todo va bien, Ayla empezará la guardería mañana.

— Ya te he dicho que estoy bien, Artho— se queja. — No volverá a ocurrir.

— ¿La recogerás puntualmente todos los días y la cuidarás bien?

— Sí, hijo. Te lo prometo. Cuidaré bien de mi hija. Deja de preocuparte, tienes que estudiar. ¿Cuánto falta para que te gradúes y te conviertas en abogado?

— Un año y medio— respondo.

— Qué orgullo. Quién iba a pensar que Alice Becker tendría un hijo abogado — dice y sonríe, con aspecto menos irritado. — Tú vas a seguir estudiando, yendo a clase por la mañana, trabajando por la tarde y estudiando por la noche, y yo me voy a quedar en casa con esta preciosidad. Es mía, Artho, no me la vuelvas a quitar ni una sola noche.

— Mientras puedas permitirte mantenerla. La vecina llamó a Celso, pero podría haber llamado al consejo tutelar —le recuerdo. — Por no hablar de que te gastaste el dinero que te di.

Respiro hondo para controlar la ira repentina por lo que ha hecho. No quiero odiarla.

— Fue la última vez, cariño. Te lo prometo— me dice y me da una palmadita en el hombro, como si ese gesto pudiera borrarlo todo.

Llegamos frente a la guardería más cercana del barrio. Estamos de suerte, hay una plaza disponible para Ayla y puede empezar mañana.

Se sienta en mi regazo todo el tiempo, mirando los dibujos de las paredes con sus atentos ojos azules, pero no muestra ningún interés.

La chica que nos recibe nos explica que la primera semana es de adaptación y que pueden llamar a la madre para que venga a recoger al niño si llora mucho.

Estoy sermoneando a mi madre desde la guardería hasta casa para que no se aleje del móvil en los próximos días, y para que no se acerque ni a una gota de alcohol ni a un traficante de drogas.

Dejo a los dos en casa con el corazón encogido. Si pudiera, me llevaría a Ayla lejos, pero aún no puedo hacerlo. Estoy terminando la universidad, no puedo dejarlo todo antes de obtener mi título. He trabajado demasiado para llegar hasta aquí.



Llego justo a tiempo para mi clase de Economía Política con la profesora Claudia Schmitz. Hoy los pupitres están organizados en filas.

Veo a Charlotte tomando asiento en la fila de la esquina y recuerdo que no ha respondido a mi mensaje, sólo ha escuchado el audio.

Me doy cuenta de que el asiento frente a ella está vacío y me acerco a ocuparlo. Ella se estremece al verme y empieza a rizar un mechón de su pelo castaño con la yema del dedo.

— Hola, Mujer Maravilla — Te saludo.

Tiene los hombros encorvados, pero saca la barbilla y me mantiene fuera de su campo de visión todo el tiempo que puede, con la mirada fija en la pizarra donde escribe la profesora Claudia, actuando como si yo fuera invisible, lo que resulta bastante molesto.

— Eh, *psiu*— digo y chasqueo los dedos para llamar su atención.

Sus fosas nasales se inflan mientras respira hondo, antes de mirarme con seriedad.

— ¿Qué pasa, Artho? — pregunta ella, irritada.

— ¿Por qué no me contestas?

— No voy a hablar contigo hasta que se me ocurra un apodo a tu altura— dice con dureza.

— Hablando así, parece que no te gusta que te llamen Mujer Maravilla —susurro para que no me oiga la profesora.

— Y no me gusta.

— ¿Por qué?

— Porque es ridículo y vergonzoso.

— Eres una mujer y eres maravillosa, ¿qué tiene eso de ridículo? — pregunto, pero no estoy preparada para tu reacción.

Charlotte pone los ojos en blanco y expulsa el aire, haciendo que un mechón de pelo flote delante de su cara, su semblante muestra que está molesta. Nunca le he hecho un cumplido a una chica y se ha enfadado.

Aprieto los labios, recojo mi mochila y me levanto, no voy a estar cerca de alguien que claramente no quiere que esté allí.

Encuentro un asiento vacío en la última fila, junto a una chica que se me presenta como Larissa Ferrari. No para de pasarse la mano por el pelo negro y liso, revolviéndolo en distintas direcciones, mientras sonríe y hace comentarios sobre mi letra.

Antes de la mitad de la clase, ya tengo su número guardado en la agenda de mi móvil.

— Podríamos ir a un pub alguna vez— susurra Larissa. — Soy nueva en la ciudad, ¿cuál me recomiendas?

Oigo su pregunta, pero mi atención se centra en la chica de la fila de la esquina, con el pelo castaño recogido en una trenza desordenada que cae sobre su jersey de lana azul. Con los hombros encorvados hacia delante, está tomando apuntes de la lección.

Contengo la respiración mientras ella se remueve en el asiento y vuelve la cara.

Tiene la barbilla apoyada en la mano, mis ojos se encuentran con los suyos y nos miramos fijamente durante un largo momento.

Odio no tener ni idea de lo que está pensando.

— ¿Artho? — Siento el contacto de una mano en mi brazo y giro la cabeza, dándome cuenta de que no he respondido a la pregunta de Larissa.

— ¿Qué? — murmuro.

— ¿Tiene algún bar que recomendarme? — susurra la pregunta.

— Cultura de bar— respondo vagamente.

— Ya he pasado por eso.

Charlotte se da la vuelta una vez más y me mira. Saco el móvil y le escribo un mensaje.

Yo: *Si quieres mirarme, puedo volver y sentarme ahí.*

La veo coger discretamente el móvil sin que el profesor se dé cuenta, luego sus caderas se

mueven en la silla y flexiona los hombros, pero no vuelve a mirar en mi dirección.

Odio esta falta de respuesta.

— ¿Podemos vernos allí algún día? — Larissa insiste.

— Por supuesto— le respondo. — Te llamaré.

Dejo el móvil junto al cuaderno y me quedo mirando la pantalla cada vez que tomo una nota, con la esperanza de que Charlotte me conteste, pero a ella le resulta más divertido ignorarme, lo cual es muy despistado por su parte.

¿Qué esperaba, que le contestara que de ninguna manera iba a ir a la fiesta con ella?

Intento ser amable y ella me lo devuelve con indiferencia.

Tal vez debería ir sola. Tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme que un novato.

Capítulo 7



Ojalá supiera comportarme mejor, pero me niego a creer su cumplido. *Eres una mujer y eres maravillosa*. Estas palabras se repiten en mi cabeza, con su voz profunda.

¿Qué se creía Artho? ¿Que me iba a hacer un cumplido así y yo le iba a creer? Debe de ser muy divertido para él hacer falsos cumplidos a alguien como yo y reírse porque se cree un mentiroso tan convincente.

Quise decir que no le creía, pero preferí callar. A veces el silencio y la indiferencia son las mejores respuestas.

Pero al final de la lección de Economía Política, ya me estoy autocompadeciendo.

Pasa por delante de mi mesa cuando salgo de la habitación y no me saluda.

— Media hora con él resolvería el noventa por ciento de mis problemas— oigo susurrar a una chica a otra mientras Artho pasa entre nuestras filas para salir de la sala.

No sé exactamente qué podría hacer en media hora para aliviar sus problemas.

Releí el mensaje que me envió al menos cinco veces.

¿Por qué se preocupa tanto por mí?

¿De verdad Artho cree que soy maravillosa?

Este pensamiento es tan ridículo que me avergüenzo de mí mismo.

Recojo mis cosas y me dirijo a la UI, donde Raquel ya me está esperando en la cola. Quiero hablarle de Artho, pero temo que empiece a inventarse *fanfics* sobre nosotros en su creativa cabeza.

Recogimos nuestras bandejas y nos servimos arroz, polenta, ensalada de rábanos con bacon y pollo.

— Esta noche te tomaré las medidas— dice en cuanto hemos elegido mesa.

Abro la boca para decir que no voy, por el desenfreno de Artho, pero me abstengo, sé que ya me estoy aburriendo de negarme a ir cuando realmente me apetece.

— ¿Seguro que no te estorbaré? — pregunto yo. — ¿No necesitarás las telas? No puedo comprarte nuevas en un futuro próximo.

— No lo harás— dice y agita la mano. — Fíjate.

Está sentada frente a la puerta y señala con la barbilla al grupo de seis tíos buenos que entran en la cafetería.

Los veo pasar junto a la mesa. Son los típicos chicos malos, con su postura erguida y sus cuerpos atléticos, y todos son altos. Ninguno de ellos nos mira, ni siquiera Artho, lo que me hace estar segura de que no va a ser mi cita del sábado, de que me ha jugado una mala pasada.

Decido que voy a pasar el resto de los días preparándome psicológicamente para ir sola, pero ya sé que voy a fracasar. Tal vez me arregle y me pasee por la calle hasta la noche, sólo para que Raquel piense que me he ido. Es ridículo, pero mejor que recibir otra mirada de lástima.

Veo que uno de los amigos de Artho me mira fijamente con ojos azules y estrechos, sus rasgos faciales son angulosos y su mirada gélida me produce un escalofrío. La expresión "si las miradas matasen" nunca había tenido tanto sentido para mí.



Por la noche, Raquel enciende la estufa de aceite de nuestro dormitorio y me obliga a quedarme en calzoncillos y sujetador para tomarme las medidas. Anota los números en una hoja y me felicita por mis *supuestas* curvas.

— Ahora verás cómo surge la magia— dice entusiasmada.

Me siento en la cama y cojo un libro de derecho constitucional, mientras ella abre una tela a cuadros beige y marrón que tiene sobre la cama y empieza a cortarla.

Una hora después, tras mucho zigzaguear de la máquina y varias páginas de estudio, Raquel me presenta una falda de cuadros plisada que no me cubre ni la mitad de los muslos y una blusa negra de manga larga y cuello alto.

— Pruébalo con estos calcetines míos y tu par de botas con tachuelas que has estado guardando en el fondo del armario para una ocasión especial— pregunta mientras coge un par de calcetines negros 7/8 de su cajón.

— No los guardo para una ocasión especial —explico, buscando el par de zapatos—, simplemente no voy a llevar tacones a clase cuando tengo mis zapatillas de correr.

Me pruebo la falda y la blusa, luego me pongo las medias y las botas. Para mi sorpresa, me encanta el resultado.

— Me encanta —digo pasando la mano por el grueso tejido de la falda mientras me miro en el espejo de cuerpo entero—. Es el conjunto más bonito y mejor confeccionado que he tenido nunca.

— Imagínatelo con eyeliner, máscara de pestañas y un poco de colorete.

— ¿Crees que es demasiado? Como, es sólo una fiesta de clase.

— Nunca te sientas mal por ir bien vestida— pregunta Raquel. — "Eres preciosa, Charlotte, pero con esto estás aún mejor. Sé que te encantan tus camisetas de superhéroe, pero las faldas también te sientan bien.

Asiento con la cabeza y chasqueo la lengua. Solo de pensar en el sábado por la tarde me entra ansiedad, pero es algo con lo que tengo que aprender a lidiar.

— Tengo un abrigo marrón que combinará perfectamente— dice.

— ¿Te importaría prestármelo?

— En absoluto.

— Sólo puedo decir que muchas gracias. No creo que mi chaqueta de lona vaya muy bien con él— digo y frunzo el ceño.

Raquel es espontánea, un poco exagerada, pero tiene un corazón enorme.

— No hace falta que me lo agradezcas, me encanta coser, sobre todo cuando tengo un buen motivo— dice.

La pillo por sorpresa y me acerco a ella para darle un fuerte abrazo.

Me llama a la cocina de nuestro piso. Allí calienta agua, prepara unos fideos y los comparte con nosotros dos.

He estado tan preocupada sacando libros de la biblioteca que aún no he ido al supermercado a comprar algunas cosas para comer por la noche. El restaurante de la universidad abre a la hora de cenar, pero no tengo dinero suficiente para comer dos veces al día allí, sobre todo si tengo que pagar 30 reales para ir a una fiesta.



El resto de la semana no tengo clase de Economía Política y no vuelvo a encontrarme con Artho en mi aula. El miércoles me lo encuentro en el pasillo. Está charlando con una chica del segundo curso. Si me ve, finge no conocerme.

Ese mismo día, como forma de asegurarme de que no me afecta, pago la cuota de la fiesta e intento intercambiar unas palabras con un chico de mi clase, el mismo al que los veteranos han apodado el Meteoro de la Pasión, pero no es fácil, porque me quedo sin cosas que decir muy rápidamente.

El jueves, el profesor de Introducción a la Sociología Jurídica pide a la clase que nos

dividamos en grupos de cinco para preparar un seminario que tenemos que presentar la semana que viene.

La crisis de ansiedad es instantánea.

— Mujer Maravilla, ¿quieres hacerlo con nosotros? — Meteoro de Pasión pregunta.

Tiene el pelo castaño y espeso, la piel clara y los ojos oscuros, y realmente se parece a Luan Santana.

Acepto sin pensármelo dos veces y me uno a su grupo, en el que ya hay otras dos chicas y un chico rubio con pinta de haber sido devorado y no haberle gustado. Una de las chicas, Gabriela, es de piel clara, con algunos granos en la cara, pelo y ojos color miel, la misma que hizo el comentario sobre que media hora con Artho solucionaba la mayoría de sus problemas. La otra es Bruna, pero la llaman Piruleta, una chica de piel morena, cara en forma de corazón y pelo rizado y voluminoso.



El viernes por la noche, Raquel llega tarde, agotada por haber recorrido la ciudad a pie repartiendo currículos, pero torturarme con pinzas le resulta una actividad muy relajante.

Después de arreglarme las cejas, me pinta las uñas de rojo y luego compartimos una cena de fideos con huevos y galletas de mantequilla de postre, porque he ido al supermercado por la tarde y me he permitido el lujo de gastar en un cartón de treinta huevos y tres paquetes de galletas, uno dulce y dos salados, además de algunas manzanas. Me siento rica.

— Tengo que estudiar para un seminario— dice Raquel mientras se estira.

— Yo también lo necesito— respondo mientras me levanto y recojo nuestros platos.

Yo lavo los utensilios en el fregadero de la pequeña cocina, mientras Raquel limpia la mesa y la cocina, luego yo seco los platos con un paño de cocina y ella los guarda en el armario.

Todos los alumnos que comparten el piso tienen que dejarlo todo limpio después de usarlo. Hay carteles por todas partes.

En cuanto nos vamos, dos chicos del curso de biomedicina entran a preparar sus cenas.

Raquel se va a su habitación y yo bajo al vestíbulo y llamo a mi madre por videollamada. Echo de menos mi casita de Santo Antônio das Missões, en el noroeste del Estado, a unos quinientos kilómetros de Bento Gonçalves.

Nunca he pasado tanto tiempo lejos de ella ni de mi hermano Tomás, dos años mayor que yo. Necesito hablar con ellos todos los días, porque no los veré pronto.

Todavía en el vestíbulo, veo entrar en el edificio a una chica de mi clase que se dirige a los ascensores. Se llama Larissa Ferrari y probablemente vive en el ático de lujo, bien vestida y encantadora.

La saludo con la mano, porque intento ser sociable, si se da cuenta, hace como que no ve.

Vuelvo a mi habitación y hago lo posible por no pensar en el evento del día siguiente, que empezará a las dos de la tarde. Me sumerjo de cabeza en los libros y, antes de darme cuenta, Raquel se ha quedado dormida encima de un cuaderno con líneas rosas.

Saco lentamente el cuaderno, le quito el bolígrafo de la mano y dejo sus pertenencias sobre el escritorio, luego lo tapo y apago la luz de la habitación.

Utilizo la linterna del móvil para estudiar hasta las dos de la madrugada.

A la mañana siguiente, abro los ojos hacia las 6 de la mañana. El reloj de mi cuerpo ya se está acostumbrando a despertarse temprano, pero decido aprovechar la mañana tapándome la cabeza y durmiendo hasta el mediodía.

Tomamos café con galletas de nata y huevos, y luego me ducho. Raquel me seca y peina el pelo para que resalten las capas y luego me maquilla.

Intento disimular lo ansiosa que estoy en todo momento, guardo mis emociones dentro de mi pecho.

— Si no aparece— dice mientras se pinta los ojos, "cogeré el autobús contigo. Sé dónde está la granja, luego iré a la fiesta de mi curso.

— Artho no va a ir, amigo— le digo. — Si realmente fuera a ir, me habría enviado un mensaje para acordar una hora y un lugar de encuentro.

— ¿Y le mandaste un mensaje? — Raquel quiere saberlo.

— En realidad no, si tiene cosas más importantes que hacer, no voy a insistir. Pero no hay problema, estoy en un grupo para la presentación de un seminario con algunos de los estudiantes de mi clase, puedo quedarme en la fiesta con ellos.

Es mentira. No dije nada al grupo aparte de unas palabras sobre el trabajo.

— Listo— me dice después de pasar el pintalabios rojo por mis labios carnosos. — Este color combina perfectamente con tus uñas.

Me miro en el espejo, satisfecha de que me guste el resultado. Casi me siento segura de mí misma.

Estoy terminando de ponerme los calcetines 7/8 cuando oigo vibrar mi móvil sobre la mesa.

Raquel se está maquillando y grita mientras mira la pantalla parpadeante.

— ¡Ni siquiera guardaste su número! — protesta ella. — ¡Charlotte!

— ¿Cómo sabes que es él? — pregunto mientras cojo el móvil, pero reconozco el número en cuanto miro la pantalla.

Respiro hondo antes de pulsar el botón de respuesta. Mi corazón empieza a latir más deprisa.

— ¿Diga? — murmuro.

— ¿Estás lista, Mujer Maravilla? — oigo preguntar a la voz grave, seguida de una bocina que escucho tanto en el móvil como procedente de la calle.

Sigo a Rachel hasta la ventana y veo a Artho apoyado en una gran moto blanca.

Trago saliva. No me había preparado psicológicamente para esto.

Capítulo 8



Hay cola de jóvenes en el ascensor y Raquel decide que es mejor subir por las escaleras.

Doy cada paso con cuidado, no estoy acostumbrada a llevar tacones altos, aunque no me considero un desastre.

Veo a Artho de pie junto a la acera, sentado de lado en su moto mientras juguetea con su teléfono móvil. El tiempo está frío y nublado, y el viento le revuelve el pelo castaño claro contra la frente.

Noto que algo parecido al asombro cruza su rostro cuando nuestras miradas se encuentran.

— Disfrútalo, amiga. Está muy bueno — dice Raquel mientras bajamos las escaleras del Edificio Universitario. — Y se le cae la baba.

— Raquel, ¡no te pases!

Con unos pocos pasos cruzo la acera. Mi respiración es acelerada, al igual que los latidos de mi corazón, pero me engaño pensando que es solo el esfuerzo de las escaleras.

— Has venido de verdad— dice Raquel en cuanto nos detenemos frente a él.

— Te dije que vendría, Oiapoque —dice Artho para burlarse de ella, se queda mirándola un momento y luego vuelve a centrar su atención en mí.

— Pon a mi amiga a salvo, ¿entendido? — Raquel demuestra su superioridad ignorando el apodo. — Es la primera vez que asiste a una fiesta.

— Nunca ha estado tan segura— dice Artho y me guiña un ojo.

Odio cómo reacciona mi cuerpo cuando él hace esto, odio mucho más la forma en que las mariposas se despiertan en mi estómago, y mi corazón reacciona furiosamente, como un caballo salvaje galopando sin riendas.

Lo disimulo saludando a Raquel.

— "No esperaba verte tan guapa, Mujer Maravilla— murmura Artho, mientras Raquel regresa al edificio.

Respiro hondo y enderezo la postura.

— Parece que voy a oír ese apodo toda la fiesta —murmuro, molesta por el mote que insiste en repetir.

— No me estoy burlando de ti. Y si lo estuviera, no te llamaría Mujer Maravilla, de hecho, el apodo nunca me ha sentado mejor —comenta, tras oír mi murmullo y luego me coge la muñeca.

Trago saliva mientras Artho me frota el dorso de la mano con su cálido pulgar.

— Pido disculpas por no haberme expresado mejor— murmura con voz más grave.

Tengo miedo de que me explote el corazón en el pecho.

— ¿No era realmente para burlarse de mí? — insisto en preguntar.

— ¿Por qué iba a burlarme de ti? Eres preciosa— dice, y me entrega un casco.

— Nunca he montado en moto— confesé rápidamente, intentando disimular lo mucho que me afectó su comentario.

Me ayuda a ponerme el casco antes de ponerse el suyo.

Pongo el pie en el caballete y me subo torpemente a la moto, lo más lejos posible de él, segura de que puedo caerme en cualquier momento.

— Tienes que agarrarte a mí— dice Artho. — No hay por qué tener miedo, puedes agarrarte a mi cintura.

Siento el temblor de la moto bajo mis piernas cuando arranca el motor. Me deslizo unos centímetros hacia delante, pero no lo suficiente como para tocarle. Estoy tan tensa que apenas puedo moverme.

Se sube la cremallera de la chaqueta y equilibra la moto.

— Ya puedes agarrarme— repite Artho, pero es demasiado para mí. Siento que mi cuerpo empieza a temblar, siguiendo la vibración del motor.

Estoy pensando en decirles que dejen la moto aquí y cojan el autobús. Es una idea terrible.

— Tengo miedo— admito débilmente.

Artho echa la mano hacia atrás y me toca la base de la columna vertebral, lo que me hace estremecer, y luego tira de mí hacia su espalda.

De repente me olvido de cómo respirar, con mi cuerpo apretado contra el suyo. Los pechos y el vientre contra su espalda, el interior de los muslos contra su culo. Es como si fuéramos uno.

Luego me coge las manos y las coloca cruzadas delante de su estómago.

— Agárrate fuerte— dice.

Trago saliva cuando aparta sus manos de las mías, se inclina hacia delante y empieza a acelerar.

Le aprieto el vientre mientras la moto empieza a recorrer la carretera, cada vez más rápido. Puedo sentir la firmeza de su abdomen incluso por encima de la chaqueta, creo que nunca he tocado un cuerpo masculino así. Aunque llevo casco, puedo oler el aroma de las hierbas en su nuca.

Cuando la moto alcanza gran velocidad, empiezo a relajarme, sorprendido por la sensación de libertad. Veo cómo los árboles del bulevar caen rápidamente a mis espaldas.

No me distancio de Artho ni siquiera cuando se para en los semáforos en rojo y se queda atascado.

— ¿Va todo bien? — pregunta en un cruce, con la voz amortiguada por el casco mientras equilibra el peso de la moto sobre sus piernas.

— Sí, está bien— le digo, cerca de él.

— ¿Disfrutas abrazándome? — Artho quiere saberlo.

— Es mejor de lo que pensaba— admito, y luego me arrepiento. No necesito ser tan franca con él.

— Eso está bien— dice, y ya me imagino la cara de tonto que se le queda.

Él acelera la moto y a mí me encanta la sensación del motor acelerando, así que rodamos entre los coches.

Siento la adrenalina recorriendo mi cuerpo. Ir a lomos de una moto es confiar tu vida en manos del piloto, y eso, en cierto modo, es bastante loco.

Atravesamos el centro y pronto los edificios comerciales dejan paso a las casas, que crecen cada vez más separadas en los límites del casco urbano. Pienso en abrir los brazos y disfrutar de la sensación de libertad, pero claro, no soy tan atrevido.

En un momento dado, gira hacia una carretera secundaria sin reducir la velocidad, la moto se inclina hacia un lado y nuestras rodillas casi tocan el suelo.

Suelto un grito de miedo y me agarro a su cuerpo con más fuerza. Ya nada podía separarme de Artho Becker.

Cuando el asfalto da paso a una pista de tierra, Artho aminora la marcha.

Mi ansiedad aumenta cuando empiezo a ver las urbanizaciones con varios coches aparcados delante.

Estaba tan nervioso por la moto que me olvidé de la fiesta.

Me quito el casco, al igual que Artho, cuando se detiene frente a una verja donde un veterano de segundo año saluda a la entrada.

— ¿Mujer Maravilla? — pregunta el chico, después de saludar a Artho, mientras yo me paso rápidamente los dedos por el pelo, arreglándomelo en un intento de desenredar los mechones.

Me sorprende que me reconozca. Sólo ha estado una vez en mi clase, el día que nos dijeron lo de la fiesta.

— "Es Charlotte para ti— dice Artho con tono serio.

Imagino que está bromeando, pero el chico de delante parece avergonzado.

— Por supuesto, Charlotte— dice mientras sacude la cabeza.

Trago saliva y esbozo una sonrisa amarilla.

— Es Charlotte Castro, de la primera legislatura— me fuerzo a decir. Mi voz sale tan débil que me avergüenzo.

El chico abre la verja y Artho guía la moto por una rampa hasta la casa, que está en lo alto de una pequeña colina. Veo varios coches nuevos aparcados. No hay muchos pobres como yo en el curso de Derecho.

Artho aparca su moto junto a otras dos, pero la suya destaca porque es mucho más grande.

— Creía que no ibas a venir— le digo mientras bajo. Mis piernas no están muy firmes, pero espero que no se dé cuenta.

— Y yo que pensaba que no querías que viniera. No has contestado a ninguno de los mensajes que te he enviado— dice mientras se pasa una mano por el pelo castaño.

El sol salía de detrás de una espesa nube y los rayos casi le hacían parecer rubio.

Miro la corona de laurel de su cuello y siento la tentación de tocar el tatuaje, de averiguar qué otros diseños tiene grabados en la piel. La idea es tan tonta que sacudo la cabeza para ahuyentarla.

— No sabía que necesitabas una respuesta— digo mientras me agacho para colocarme los calcetines 7/8 en los muslos a la misma altura.

— Hoy estás muy guapa, de verdad —dice y yo hago una mueca—. Por qué crees que me burlaría de ti?

Me lamo el labio inferior. ¿No es obvio?

No soy como otras chicas guapas y seguras de sí mismas que reciben cumplidos. Siempre paso desapercibida, así que ningún chico me ha dicho nunca que soy guapa, y mucho menos maravillosa. Es comprensible pensar que se estaba burlando de mí.

Pero no necesito explicarle nada de esto a Artho.

— No voy a llamarte más Mujer Maravilla, si tanto te molesta. Tampoco dejaré que nadie más lo haga— dice y se baja de la moto. — No quería hacerte sentir mal.

Cuelga su casco en uno de los espejos y hace lo mismo con el que yo llevaba.

— ¿Podemos? — Pregunta.

Tengo miedo de que se reúna con sus amigos de clase y se olvide de mí en cuanto entre por la puerta, pero no puedo exigir su compañía en la fiesta. El acuerdo era que me acompañara y no que hiciera de canguro.

Muevo la cabeza en señal de afirmación. Ojalá Raquel estuviera aquí.

Camino con cuidado por la hierba, concentrándome en mantener el equilibrio sobre los talones, pero me detengo a pocos metros de la casa.

Artho se detiene y me mira, puedo ver curiosidad y quizá un poco de preocupación en sus ojos.

— ¿Puedes darme un segundo? — pregunto y empiezo a respirar profundamente, llenándome el pecho de aire y vaciándolo lentamente.

— ¿Tienes un ataque de ansiedad? — pregunta.

No sé si me da más vergüenza ir a esta fiesta o admitir ante él lo tímida que soy.

— No es una crisis —respondo—. Sólo estoy respirando aire fresco.

Es una mentira ridícula y él no se la cree. Entrecierra los ojos y me analiza detenidamente.

— ¿Quieres irte? — Artho quiere saberlo.

La idea parece tentadora, pero pronto me doy cuenta de los 30 reales que he pagado por venir. Pienso en todos los fideos y huevos que podría comprar, así que vuelvo la cabeza hacia otro lado.

— Voy a estudiar Derecho, no puedo tener miedo de aparecer en público— murmuro.

Entonces Artho me sorprende cogiéndome la mano y estrechándola con fuerza. Su piel es cálida y su tacto me reconforta.

Me mira de una forma que parece decir "todo va bien". No sé si se refiere a eso, pero me ayuda mucho. Siento que se rompe una barrera en mi interior y, sin dejar de mirarle, asiento con

la cabeza. Relajo los hombros y camino a su lado. Sigo nerviosa y avergonzada, pero no me detengo.

Larissa Ferrari, la morena apodada Burguesinha, es la primera persona que veo en mi clase.

— Artho, has venido — dice en cuanto lo ve y sonríe de oreja a oreja. Pero la sonrisa parece desaparecer en cuanto me ve a su lado. Sus ojos verdes se cruzan con nuestras manos y arruga la nariz.

— Ya conoces a Charlotte— dice sin soltarme la mano.

— ¿Charlotte? — pregunta y arruga la frente. — ¿Eres veterana?

Tu pregunta me hace darme cuenta de lo mucho que me ignoran.

Levanto la barbilla, soy unos centímetros más baja que Larissa y no quiero dejar que me intimide. Hoy no.

— Charlotte es del primer curso —dice Artho con un tono de voz distinto al que utilizaba para hablar conmigo.

— Oh, por supuesto — dice Larissa. — He estado tan distraída esta semana que no me he dado cuenta.

Alarga la mano para estrechármela, pero Artho empieza a caminar por el balcón, liberándome de la obligación de devolverle el apretón.

En la gran sala con techo de madera hay una mesa de billar con algunos alumnos jugando, así como dos mesas con cuatro sillas. Una de ellas está ocupada por cuatro chicos que reconozco como del segundo trimestre. Están jugando al truco y golpeando la mesa con excitación. Uno de ellos bebe mate y los otros tres beben de jarras de cerveza.

Todos los presentes se acercan a saludar a Artho, como si fuera la persona más esperada de la fiesta. Rompiendo mis expectativas, no me suelta. Sólo me suelta la mano para que pueda saludar a cada una de las personas que me presenta.

Es extraño porque parecen realmente interesados en conocerme.

— Artho, ¡la Mujer Maravilla! — Oigo la voz de la alumna de segundo curso, la misma

que me hizo firmar la lista del partido.

— Es Char... — Artho empieza a decir, pero le clavo las uñas rojas en la mano para detenerlo.

— "Lo haré yo mismo— respondo. — Me convenciste para venir.

— Haces honor a tu apodo, estás maravillosa. Me encanta la falda.

— Mi compañera de habitación lo hizo. Raquel Mendes, del programa de Moda. Cose ropa preciosa — le explico.

— ¿Consigue venderla? — pregunta el veterano.

— Tengo que consultarlo con ella.

— Compruébalo y me lo cuentas el lunes— dice el veterano. — Nos veremos más tarde.

Se aleja hacia un grupo de chicos de mi clase que acaban de llegar.

Artho me mira confuso, pero yo estoy muy orgulloso de mí mismo por no haberme avergonzado hasta ahora y no me inmuto.

— Si no me has llamado así para burlarte de mí, está bien —susurro para que sólo él pueda oírme, y me froto el pulgar sobre la piel donde me he clavado las uñas.

— Entonces, ¿puedo volver a llamarte por tu apodo? — quiere saber.

— Puedes— le respondo. — Pero no presiones.

Levanta la barbilla y esboza una sonrisa que me acelera la respiración.

Me gusta cómo Artho me coge la mano con fuerza. Nunca había cogido la mano de un chico y, aunque solo lo haga por lástima hacia mí, su tacto me reconforta.

Capítulo 9



Debería avergonzarme por conformarme con tan poco, pero hoy no quiero criticarme. Ya me he estresado demasiado.

Dejo que Artho me guíe por el pasillo que conduce a la parte trasera de la casa. Veo una piscina cubierta con una cubierta azul, así como algunas mesas en las que están sentados varios estudiantes. Otros están de pie, escuchando música, bebiendo o fumando.

Sólo hay cinco niños alrededor de la barbacoa. Ahí es exactamente donde Artho me lleva.

Me presenta a los alumnos de séptimo curso y me lleva a una mesa en la que están Meteoro da Paixão, Lollipop, Lorenzo Moretti y Gabriela Rossi, todos ellos alumnos de mi grupo de seminario.

— Vaya, Mujer Maravilla, estás preciosa —dice Meteoro de Pasión. No me enfado con él, entre otras cosas porque no me atrevo a llamarle Lucas Rech, solo por su apodo.

Lollipop y Gabriela saludan a Artho con un beso en la mejilla, y entonces recuerdo uno de sus comentarios sobre cómo media hora con mi compañera resuelve el noventa por ciento de sus problemas.

Una mezcla de sentimientos me golpea. No quiero que ninguna chica piense que puede

estar con él y, al mismo tiempo, me siento orgulloso de ser yo quien va de la mano con alguien tan deseable.

Tengo que recordarme todo el tiempo que sólo está aquí conmigo porque Rachel insistió mucho.

— ¿Por qué estás tan serio? — me pregunta Artho cuando se da cuenta de que frunzo el ceño. Me suelta la mano y desliza las yemas de sus dedos por mi mejilla.

En ese momento, un viento helado sopla desde el oeste y hace que mi cuerpo se estremezca bajo la ropa. Me aprieto la chaqueta contra el pecho y cruzo los brazos, sintiendo que se me agarrotan las piernas.

— ¿Quieres mi chaqueta? — pregunta Artho.

— De ninguna manera— respondo rápidamente. Nunca aceptaría, sabiendo que se enfriaría.

Se acerca un paso y me rodea con los brazos. Me tenso aún más al sentir sus miembros rodeando mi cuerpo. Me abraza tan fuerte que mi cara se apoya en su pecho, rígida bajo su camiseta de algodón. Artho me acurruca contra su cuerpo y me envuelve los hombros con su chaqueta, dándome el calor de su piel.

Arfo. Sé que es sólo un gesto de cortesía, pero no estoy acostumbrado.

Tardo unos segundos en armarme de valor y devolverle el abrazo, rodeando su torso con mis brazos. Noto sus músculos, la fuerza de su espalda y la firmeza de su vientre.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración y respiro hondo. Aspiro el aroma de su suavizante, su jabón y el perfume que usaba.

— ¿Así está mejor? — pregunta Artho contra mi pelo.

Mi corazón late deprisa, no sé si es por el frío o por tu contacto, pero temo que pueda sentir mis latidos.

— Ya me siento mejor— digo, refugiándome entre su cuerpo y su chaqueta.

— ¿Todavía quieres jugar al billar? — grita alguien desde la puerta. — La mesa está libre.

— Queremos — responde Meteoro de Pasión. — ¿Quieres jugar, Artho? Podemos ir por

parejas. La Mujer Maravilla y tú, Piruleta y yo.

— No sé tocar bien— digo.

— Yo te enseñaré.

Antes de volver al interior de la casa, Gabriela lleva un plato de barbacoa y polenta frita, y Lorenzo, jarras de cerveza para Artho y para mí.

No estoy acostumbrada a beber, pero acepto. Les sigo al interior de la casa y doy un sorbo a la bebida por el camino.

Artho apoya su jarra de cerveza sin tocar sobre la mesa, coge nuestros tacos y tiza en el extremo. Yo le imito, conozco las reglas del juego y lo que hay que hacer, pero se me dan fatal los tiros.

Comienza la partida y Meteoro de Pasión sugiere que las damas vayan primero. Artho me insta a coger el taco correctamente y se coloca detrás de mí, con sus manos sobre las mías y su aliento contra mi cuello, me anima y golpeo la bola blanca con facilidad. Ésta golpea una de las verdes, que a su vez cae en el agujero y se emboca.

Parpadeo, sorprendido, aunque sé que yo no he sido el responsable del golpe.

— "Bien hecho, Charlotte— dice Artho, aún apoyado contra mí.

Me doy la vuelta y le miro. Estoy tan emocionada que tengo que contenerme para no abrazarle.

Me deja jugar el segundo solo, pero cometo un error.

— ¡Oh, mierda! — maldigo en voz baja.

— No pasa nada. La próxima la haremos bien— dice y guiña un ojo, sonriendo torcidamente.

¿Sabe lo encantador que es, tiene idea de lo tentadora que es esa sonrisa en la esquina? ¿O es consciente de todo esto y lo hace a propósito?

Pero, ¿por qué iba Artho a desperdiciar su encanto en mí? No tiene ningún sentido.

— Tienes suerte, Charlotte— oigo decir a Lollipop mientras le dejo espacio a Artho para que haga su movimiento.

— ¿Por qué? — pregunto.

— Viniste con el tío más bueno de la Facultad de Derecho. Si me guiñara el ojo como a ti, lloraría, y no sería por los ojos.

Frunzo el ceño, sin entender lo que acaba de decir. Pienso en confiarle que solo ha venido conmigo por lástima porque mi amiga, que ya ha estado con él, insistió en ello, pero me gusta la idea de que piense que realmente podría salir con un hombre como Artho.

— He oído que puede durar toda la noche— susurra Gabriela, mientras se muerde el labio y mira el culo de Artho enmarcado por sus pantalones negros. — ¿Es eso cierto, Mujer Maravilla?

La única razón por la que no me atraganto con mi sorbo de cerveza es porque recuerdo a Raquel hablando de ello el sábado pasado.

Suelto una risita, pero no contesto.

Podría mentir diciendo que sí, que *Artho dura toda la noche cada vez que dormimos juntos*, pero eso sería algo muy feo. Desde luego, no me gustaría que difundiera mentiras sobre mí y no pienso hacerlo con él, pero tampoco voy a suponer que este encuentro es falso.

Cuando termina su disparo, le toca jugar a Lollipop, y me encanta que se acerque a mí y me rodee la cintura con el brazo, como si supiera exactamente lo que tiene que fingir.

Es la primera fiesta a la que voy y me va bien. Me gusta la atención que me presta la gente, cómo se me presentan, sin mirarme por encima del hombro ni fingir que soy invisible, como hacía Burguesinha, igual que yo en el instituto.

Aunque sé que sólo son amables conmigo porque he venido con el alumno de último curso más guay, no me quejo. A decir verdad, le pagaría a Artho para que me acompañara a todas las fiestas y se hiciera pasar por mi novio, si tuviera el dinero, claro.

Pero sé que no será así cuando no esté conmigo. Respiro hondo e intento no sufrir por lo que está por venir.

Sosteniendo mi bate, de pie en medio de los demás estudiantes, observo lo bien que se lo pasa, cómo sabe exactamente qué decir para hacer reír a todo el mundo, cómo cae bien a la

gente.

Me pregunto qué se siente cuando te quieren así, cuando sabes cómo comportarte.

Artho sabe seducir y me sorprende que aceptara la petición de Raquel de traerme cuando podría haberse quedado con cualquiera.

Cuando ganamos el partido, al mejor de cinco, yo ya me había bebido toda mi pinta y él no había probado la suya.

Ya he hablado con la mayoría de los alumnos de mi clase, que han pasado por delante de la mesa de billar y nos han visto jugar, y ya sé que, de todos ellos, Meteoro da Paixão y yo somos los únicos alumnos que aspiramos a ser jueces. Algunos alumnos quieren ser abogados laboralistas, otros optarán por el derecho fiscal y otros incluso por el derecho deportivo.

Es estupendo poder hablar con ellos, conocer sus nombres y sus objetivos. Creo que la cerveza me ha hecho más hablador.

Ahora entiendo por qué Raquel quería que viniera. La fiesta es importante para hacer amigos. Los cuarenta alumnos de la clase están aquí y sería terrible quedarse fuera.

— ¿Quieres irte? — pregunta Artho, hacia las cinco de la tarde.

— Sí, por favor— respondo. Empiezan a dolerme los pies dentro de las botas y no sé cuánto tiempo más podré aguantar.

Nos despedimos y le seguí hasta su moto.

Esta vez me apoyo en Artho con algo más de intimidad, pero el contacto entre nuestros cuerpos sigue poniéndome nerviosa.

— Primero me voy a casa— me informa, antes de arrancar el motor y hacerlo vibrar debajo de mí.

— "Sí— digo, un poco desconfiado.

De camino a la siguiente parada, me preocupa lo que vaya a hacer Artho. Nunca he estado en casa de un chico. Recuerdo que Raquel me explicó que vive con otras cinco amigas en una especie de hermandad pija, pero nada me prepara para la mansión donde paramos.

La puerta electrónica se abre en el muro cubierto de enredaderas. El edificio parece un

castillo, creo que fue construido hace al menos cien años.

Conduce la moto por un camino empedrado que lleva desde la verja hasta los escalones de entrada de la casa. Veo balcones en el primer piso y un jardín bien cuidado. Debe de valer unos cuantos millones de reales.

— Vaya — digo en cuanto me bajo y me quito el casco. — ¿De verdad vives aquí?

— Sí, pero pertenece a Eros Giordano. Vivimos aquí desde que murieron sus padres — dice Artho y apoya el casco en el retrovisor.

— Raquel me lo explicó— le digo.

— Voy a dar de comer a mi perro, no tardaré. Ven conmigo— me pide.

Le sigo escaleras arriba y me impresiono al entrar en la casa. En el vestíbulo, veo una placa de madera con tres palabras escritas en negrita CLUBE DOS CANALLAS, que sobresale del gran salón decorado rústicamente que hay justo enfrente.

Observo un piano de cola y una criatura tumbada a su lado, de pelo negro y corpulento, que se levanta en cuanto se da cuenta de nuestra presencia.

El rottweiler corre hacia mí con la lengua fuera.

— Cálmate, chico— oigo que me pide Artho mientras me agacho para acariciar la cabeza del perro. — Lo siento, creía que estaba fuera.

— ¿Cómo se llama? — pregunto, haciéndole cosquillas en el brillante y corto pelaje del rottweiler.

— Darth Vader — Artho dice. — No tenías miedo...

No es una pregunta, sino una afirmación.

— Me encantan los animales— respondo, mirando fijamente los ojos oscuros y amistosos del perro.

— La mayoría de las mujeres le temen a primera vista— explica Artho. — Pero él sólo avanza con alguien a quien no le gusten los animales.

— Reconocen cuando no eres bueno— digo. — No me dan miedo los perros. Son mejores que muchos humanos.

— Es cierto — Artho me da la razón y sonríe. No el tipo de sonrisa seductora que da en público, sino otro tipo de sonrisa, algo así como la sonrisa de un niño. — Voy a ponerle algo de comida y vuelvo enseguida.

— ¿Me das un poco de agua? — pregunto.

— Por supuesto, siéntete como en casa. Los demás que viven aquí se han marchado y el personal está fuera de servicio. La cocina está en esa dirección —dice y señala con la barbilla, luego chasquea los dedos para que Darth Vader le siga.

Veo cómo se alejan y me doy cuenta de lo mucho que parece querer y cuidar al perro.

Miro la enorme lámpara de araña que cuelga del techo del salón y me pregunto cómo debe de ser vivir aquí. Veo una chimenea y unos troncos de madera en un soporte de hierro junto a ella. Los sofás son de color beige y parecen mullidos. Hay lámparas y obras de arte sobre las mesas de centro y los aparadores.

— Tienen personal— susurro y suelto una risita. — A mi madre le encantaría ver esta mansión.

Camino en la dirección que me ha indicado. Hay tres grandes vasos de cristal en el escurridor, mucho más elegantes que los vasos de cuajada en los que suelo beber agua en casa. Cojo uno y lo lleno en la artesa que hay junto al fregadero.

Los armarios son de color gris claro, con tiradores dorados, y los mostradores están ocupados únicamente por cestas de fruta y algunos bonitos jarrones. No hay expositores de electrodomésticos como en mi casa. Todos los utensilios están guardados. La placa de inducción está debajo de una campana extractora muy sofisticada, y la mesa está pegada a unos armarios, formando una isla en la cocina.

Termino de llenar mi vaso y bebo el primer sorbo, mirando el paisaje más allá de las puertas de cristal que dan a un balcón, donde hay una mesa y sillas de hierro con arabescos tallados.

Oigo pasos detrás de mí y me giro para ver venir a Artho, pero me tropiezo con otro hombre que entra en la cocina.

Permanezco inmóvil, observando su rostro de rasgos angulosos y ojos azules. Es tan alto como Artho y me mira fijamente de una forma que me produce aprensión.

— ¿Quién es usted? — pregunta con voz ronca y seria.

— Ah, yo... —tartamudeo al ver su figura. Lleva pantalones negros y una chaqueta de cuero, como Artho, y veo que tiene una maraña de tatuajes que sobrepasa el cuello de su camiseta negra y le llega hasta el pelo.

— Nombre — exige.

Aprieto el vaso para que no se me resbale de los dedos.

— Char—Charlotte — consigo decir. El corazón me martillea contra los oídos.

— ¿Con quién has venido? — quiere saber el hombre.

— Artho — eso es todo lo que puedo responder.

Sonríe, parece relajar los hombros y coge su vaso del escurridor que hay detrás de mí. Está tan cerca que puedo oler los cigarrillos y el perfume de su ropa.

— Así que Artho te ha traído— comenta, antes de empezar a llenar su vaso. — Soy Dimitri Romano.

Miro su gran mano extendida hacia mí y tardo un momento en estrechársela. Incluso tiene tatuajes en el dorso de la mano.

Temo que note el temblor de mi cuerpo, pero Dimitri me estrecha la mano con firmeza y me dedica una sonrisa amistosa. Aún tensa, le devuelvo la sonrisa.

— ¿Qué haces en casa? — oigo que pregunta la voz de Artho, en tono acusador.

Dimitri se pasa el pulgar por los labios, sus ojos azules siguen fijos en los míos, y abre aún más su sonrisa.

— Estoy bebiendo agua— responde, de espaldas a Artho.

Sólo entonces, tras una larga mirada, se da la vuelta.

— ¿No ibas a la fiesta de los novatos de Periodismo? — pregunta Artho con suspicacia.

Ahora, sin Dimitri delante, puedo verle. Sus ojos son tan duros como nunca los he visto, de una forma que resulta incluso más amenazadora que la presencia de Dimitri.

A grandes zancadas, llega hasta mí, me coge de la mano y se postra entre el otro hombre y yo.

— Ella no— murmura entre dientes, casi como si gruñera.

Frunzo el ceño, sin saber qué quiere decir con esas palabras.

Dimitri parece entenderlo, porque se ríe libertinamente.

— ¿Ahora quieres exclusividad? — le toma el pelo.

— Ella no— repite Artho.

Capítulo 10



Sábado, 12 de agosto de 2017

No voy a explicarle a Dimitri las razones por las que no puede ir a por Charlotte, porque el hecho de que sea tímida, novata y adorable sólo hará que la desee aún más. Y sé que la está deseando ahora mismo, conozco esa mirada.

— Nunca te molestaste en coger la nuestra— dice Dimitri y abre aún más su sonrisa.

Tengo que contestar, pero es difícil pensar en algo cuando tiene razón, nunca me importó ligar con las chicas con las que salían mis amigos, porque nunca fue un gran problema. A excepción de Nathan, el gemelo que tiene un poco más de escrúpulos que nosotros, no nos importa compartir.

— Charlotte, no— insisto, esta vez con un tono de voz más serio, para que Dimitri lo entienda.

Recorre su cuerpo con la mirada, deteniéndose en la piel de su muslo expuesta entre la falda plisada y las medias, apenas cuatro centímetros de piel, pero que hace fantasear a nuestra imaginación con muchas cosas.

— Lo respetaré, sólo por esta vez — dice Dimitri, deja el vaso sobre el fregadero y se va.

— Si hubiera sabido que estaría en casa, no te habría dejado sola— le digo a Charlotte.

— A ver si lo he entendido, ¿se refería a que ligas con las chicas con las que salen tus amigos? — pregunta ella.

Me encojo de hombros y empiezo a lavar los dos vasos en el fregadero.

Ayer no me habría importado.

Planeaba llevar a Charlotte a la fiesta, como le había prometido, luego llevarla a casa, volver a la fiesta y salir con Larissa, la estudiante de primer año de Derecho que me había estado mandando mensajes toda la semana.

Entonces apareció Charlotte, vestida para matar el corazón de cualquier chico. Mis planes se esfumaron en cuanto vi la falda plisada ondeando alrededor de sus caderas y el carmín rojo en sus labios.

¿Cómo puede saber que me gustan las chicas con los labios pintados de rojo?

No sólo tenía tan buen aspecto, sino que estaba perfumada con aroma de jazmín y azahar. Tuve que contenerme para no estallar contra todos los que miraban su cuerpo con lujuria en la fiesta.

¿No les bastaba con estar acompañados para controlar sus miradas?

Y ahora, Dimitri.

Dejo los dos vasos lavados en el escurridor y me giro para mirarla. Tiene las pestañas largas y los ojos de un azul grisáceo y, cuando me mira, parece estar siempre llena de preguntas.

Mis ojos se encuentran con sus labios carnosos y aún rojos en el momento en que los muerde, y sé que no volveré a ninguna fiesta esta noche. La mejor fiesta será en mi habitación, y solo Charlotte está invitada.

Veo aparecer su lengua entre sus labios y tengo que contenerme para no besarla aquí mismo.

Pienso tomármelo con calma...

— ¿Quiere ver el resto de la casa? — pregunto.

— Quiero hacerlo — dice Charlotte y sonríe. Eres realmente maravillosa.

Apoyo la mano en su columna, justo encima de sus nalgas, que sobresalen cubiertas por la falda de cuadros, y la guío. Le enseño la biblioteca, el comedor, que apenas se usa, el salón donde Eros suele dar fiestas, y luego la llevo arriba.

Mi corazón late deprisa y mi polla se despierta cuando abro la puerta de mi habitación y ella entra.

A estas alturas, sé que no necesito hacer nada más. Ella ya debe saber por qué la traje aquí.

Da unos pasos hacia el interior y espero que se dé la vuelta, se quite el abrigo y venga a besarme, como hacen todas las demás, pero Charlotte no se da la vuelta, sigue hacia las puertas de cristal que dan al balcón.

— Aquí hay unas vistas preciosas— dice, como si no tuviera ni idea de lo que está a punto de ocurrir.

Me apresuro y abro las puertas para que pueda ver mejor el balcón.

Me gusta el juego que hace conmigo, cómo finge que no le importo.

Se acerca a la barandilla de hierro y se apoya en ella para contemplar el jardín y el bosque que se extiende detrás de la casa. El sol acaba de ponerse y deja un resplandor dorado en el paisaje.

— Es precioso— susurra.

Espero que Charlotte se dé la vuelta y me bese, pero sigue mirando al sol, que desaparece tras las montañas.

— ¿Te gusta ver la puesta de sol? — te pregunto.

— Me encanta— dice. — Deja una buena sensación, ¿verdad?

— Pues sí.

La felicito. Nunca una chica había tardado tantos minutos en quitarse la ropa en mi habitación.

— ¿Quieres ver una película? — pregunto.

— No sé. Raquel iba a una fiesta, no sé a qué hora volverá.

— ¿Tienes que estar en casa cuando llegue? — le pregunto.

Charlotte se vuelve hacia mí y se coloca el pelo castaño detrás de la oreja.

Me pregunto cómo voy a envolverlo alrededor de mi muñeca y quitármelo.

— Quédate un poco más— susurro y le cojo la mano. — Vamos dentro, aquí fuera hace un frío que pela.

La conduzco de nuevo al dormitorio y le digo que busque una película, mientras enciendo la chimenea, situada en la pared opuesta a la cama, debajo del televisor.

— ¿Qué te gusta ver? — pregunta ella.

— Mujer Maravilla— le digo y se ríe.

— Tu habitación es preciosa— la oigo decir.

— Los muebles ya estaban en la casa cuando me mudé. Incluso la televisión. Sólo traje mi ropa y mis libros— admito. — Puedes acomodarte en la cama, ya termino.

Pongo las manos sobre las llamas para calentarlas cuando he terminado de encender el fuego, luego me acerco a la cama y ocupo el lado vacío.

Tiene la espalda recta y la falda por las caderas. Acomodo las almohadas y la arrimo a ellas, luego cojo el mando a distancia y lo enciendo.

Empieza la película, pero me pregunto qué me pasa. ¿Por qué no me besa, por qué no empieza a quitarse la ropa? ¿Será que mi capacidad para conquistar mujeres es defectuosa, o simplemente no siente ninguna atracción por mí?

Sea cual sea la respuesta, mi polla lo desea aún más ahora.

— ¿De verdad te gustan las películas de superhéroes o sólo las ves por mí? — pregunta y se cruza de brazos, apoya la cabeza en las almohadas y me mira con curiosidad.

— A mí me gusta. Las he visto todas— respondo.

Le cojo un mechón de pelo y se lo paso por detrás de la oreja. Charlotte se estremece y se mueve, como si estuviera inquieta. Por un momento, miro hacia abajo y veo que el movimiento ha hecho que la falda se deslice por sus muslos de tal forma que puedo ver un trozo de sus bragas negras.

Se me corta la respiración y siento que el corazón se me acelera en la boca, la polla me palpita y la boca me saliva por el deseo de tenerla. Este retraso no hace más que ponerme cada vez más caliente.

Miro directamente a sus labios carnosos y trago saliva. Dejo que el dorso de mis dedos se deslice por su barbilla perfectamente cincelada y luego llego a su cuello. Siento su pulso en mi yugular y me inclino hacia él, dispuesta a devorar su deliciosa boca.

— ¿Qué haces, Artho? — susurra cuando mis labios están a escasos centímetros de los suyos.

— Lo que debería haber hecho ya— respondo con voz ronca, afectada por la calentura que me consume.

— ¿Cómo? — pregunta y se echa hacia atrás.

Mi mano suelta su cuello y cae junto a mi cuerpo.

— ¿Querías besarme? — Charlotte quiere saberlo.

Por la expresión de su cara, veo que esto no se le ha pasado por la cabeza ni una sola vez.

Capítulo 11



Artho parpadea con sus ojos castaños y me mira confuso. Creo que he ido demasiado lejos con mi pregunta. Por supuesto que no quería besarme.

— Tal vez... — dice.

Sus palabras me dejan boquiabierta. Me muevo en la cama, incapaz de comprender cómo alguien como él puede querer algo conmigo.

Me arreglo la falda y me ato el dobladillo entre las piernas. Inclino la cabeza hacia abajo y me agarro al edredón blanco para aliviar la tensión que me embarga. Mi corazón acaba de duplicar su tamaño y parece resonar en cada parte de mi cuerpo.

— Nunca he besado a nadie— confieso, para que sepa de una vez por todas con quién está tratando. ¿Qué tipo de chico que acaba la universidad quiere besar a una chica que no sabe hacerlo?

Levanto la cabeza lentamente y miro su cara de asombro.

— ¿Nunca has besado... como... nunca? — pregunta Artho, como si fuera incapaz de formular una frase.

— Como nunca, jamás —confirmo.

Él también se mueve, luego se tira contra las almohadas y se lleva la mano a la frente.

— ¿Eres virgen? — quiere saber.

Me río porque tu pregunta no tiene sentido.

— Claro que sí— le digo. — ¿Me has traído aquí, me has enseñado tu habitación y me has pedido que vea una película con segundas intenciones?

Podría ofenderme, pero no puedo ofenderme por saber que me quiere así.

Este es el tipo de invitación que sólo he visto en películas y libros románticos, cuando el chico bueno invita a la chica buena al cine y la besa cuando se apagan las luces.

Respiro hondo, es bueno sentirse deseado.

De repente, miro tu camiseta blanca, expuesta por la chaqueta abierta, observo cómo la tela revela la forma de tu pecho y me pregunto cómo es tu piel sin esa ropa.

Siento que se me calienta la cara. No recuerdo exactamente qué aspecto tenía en el sueño, pero lo vi sin camiseta en la pantalla del móvil, con un bebé en brazos, y estoy casi segura de que tenía algunos tatuajes en el pecho.

Trago saliva, incómoda por la cantidad de pensamientos que tengo en la cabeza.

— No te he traído aquí *sólo* para besarte— dice Artho. Su voz es más ronca que de costumbre.

Debería avergonzarme que estemos hablando de besos, pero hoy me ha hecho sentir especialmente cómoda.

Doblo las rodillas, me siento sobre los talones y apoyo los puños cerrados junto al cuerpo. Le miro fijamente y me río al darme cuenta de que miente.

— ¿Qué le pasa? — Artho quiere saberlo.

— No es para tanto, simplemente no esperaba que me quisieras así— digo y me muerdo el labio.

Creo que despertó algo en mí. Siempre pensé que esto de salir y estar con alguien nunca me pasaría, pero estoy muy contenta de que casi me pasara.

— ¿Por qué no te querría a ti, Charlotte? — pregunta Artho.

No respondo. No necesito reafirmar lo guapo, atractivo y deseable que es. Seguro que muchas chicas ya lo han hecho.

Me quito las botas antes de sentarme en la cama, así que salgo de puntillas al balcón. El suelo está frío y el aire de fuera aún más, pero necesito este momento.

Es una emoción que nunca había sentido. Me subo la cremallera de la chaqueta por delante del pecho y me río de las montañas oscuras que hay detrás de la casa.

Siento que Artho se acerca y se detiene a mi lado.

— ¿Cómo llegaste a la universidad sin haber besado nunca? — le oigo preguntar.

Vuelvo a reírme. Quizá me habría besado si un chico lo hubiera intentado.

— Creo que me concentraba demasiado en mis estudios— digo, lo cual no es una mentira completa.

¿No salía porque estaba estudiando o estudiaba porque no salía de casa?

Creo que la segunda opción es la mejor. Nadie me invitó a fiestas, y mucho menos a una cita.

— También estudié mucho— murmura.

— La profesora Claudia Schmitz ha hablado de que llegaste el primero de tu curso. Es increíble. ¡Felicidades!

— Gracias. Se me da muy bien aprender. Estudié en un colegio público con una beca completa porque siempre sacaba las mejores notas —me cuenta Artho—. No vengo de una familia rica, como los otros amigos que comparten casa conmigo.

— ¿Los conociste en la escuela? — pregunto.

— Sí, yo era un empollón y ellos también. Seis torpes alumnos de sexto curso. Éramos el hazmerreír hasta que explotaron las hormonas de la pubertad— dice y mira al suelo.

— Así que dejasteis de ser empollones y os convertisteis en el grupo de chicos populares que todas las chicas del colegio querían— concluyo. — Os habéis convertido en el Club de los Gilipollas.

Se ríe de nuevo.

— Fue Lion quien colgó el cartel— confiesa. — ¿Le conoce?

— Le he visto en la cantina contigo.

— Es una broma interna— dice Artho.

— Soy como tú antes de la explosión hormonal— digo en voz baja.

Artho levanta la cabeza despacio, como si estuviera apreciando lentamente mi cuerpo, hasta que su mirada se encuentra con la mía.

— Eres preciosa, Mujer Maravilla —susurra, luego levanta la mano y me toca el cuello—. Es una pena que no pueda estar contigo.

Toda la felicidad que sentía se ha esfumado, y me odio por haber permitido que se metiera tanto conmigo. Es ridículo, en realidad no lo quiero, solo está bueno y es atractivo.

Quiero seguir estudiando, sacar buenas notas, hacer un aprendizaje y luego convertirme en una excelente juez, para darle a mi madre una vida más cómoda, ya que está trabajando muy duro para mantenerme aquí. En estos planes no caben las ilusiones con chicos.

— ¿Por qué? — pregunto, a pesar de todo.

— Porque eres virgen. Como dice el cartel de fuera, soy un gilipollas y, por mucho que quiera besarte, no voy a insistir. Ya estuve una vez con una chica virgen y fue el mayor error que pude cometer en mi vida.

Aprieto los labios. Se me hace un nudo en la garganta. ¿Qué tiene de bueno ser virgen? No le estoy suplicando que me quite la virginidad. Eso es ridículo.

— "Sí, eres un gilipollas— murmuro. Por suerte, fuera está oscuro y Artho no puede ver cómo me han afectado sus palabras.

Reflexiono sobre ellos un momento. Se acostó con una chica virgen y fue un gran error. ¿Por qué? ¿Se enamoró? ¿Estaba ella detrás de él?

Quiero preguntar, pero ya me siento demasiado rara.

— ¿Quién es esa niña que aparece en la pantalla de tu móvil? — decido preguntar.

— Es Ayla, mi hermana —dice con voz más relajada—. Es lo más importante de mi vida.

— ¿Y dónde está?

— Con mi madre y mi padrastro — dice Artho. — Viven en un barrio más alejado del centro, pero voy a verlos todos los días.

Respiro hondo. Ahora parece muy dulce cuando habla de su hermana pequeña. Empiezo a odiar esta montaña rusa de sentimientos.

¿Cómo se las arreglan las chicas para seguir con los chicos y lidiar con estas emociones? Es tan agotador.

— Debe de ser muy guapa— digo. No sé por qué sigo aquí humillándome.

Tengo la aplicación Uber descargada en el móvil y puedo pedir un coche. Respiro hondo, preguntándome cuánto me costará el viaje. No puedo creer que vaya a gastar más dinero en este fatídico día.

En definitiva, no fue tan fatídico, al fin y al cabo, conocí mejor a la gente de mi clase, me llevé bien con ellos, y eso ya es un gran paso para mi desarrollo social.

— Sí, lo es— dice y busca su teléfono móvil en el bolsillo.

Me presenta un vídeo de ella cantando una canción infantil mientras garabatea en un cuaderno con lápices de colores.

— *Tutu, te estoy dibujando* — dice la niña y mira a la cámara con una bonita sonrisa que deja ver sus diminutos dientes. Sus mejillas son preciosas y me dan ganas de apretarlas, aunque no puedo.

Mi instinto maternal se despierta con toda su fuerza y le quito el móvil de las manos para verla mejor.

— Es muy guapa— le digo. — ¿Cuántos años tiene?

— Cumplió dos años en marzo— dice orgulloso.

— ¿Sois sólo vosotros dos, niños? — pregunto mientras le devuelvo el aparato.

— Sí.

— Dijiste que vive con su madre y su padrastro. ¿Qué pasó con su padre?

— "No lo sé— dice Artho y se encoge de hombros mientras vuelve a guardar el aparato. — Hace muchos años que no le veo.

Trago saliva y cambio mi peso a la otra pierna. Tampoco tengo a mi padre, murió cuando yo tenía seis años, pero no necesito darle detalles de mi vida personal.

— Voy a pedir un Uber— digo. — Se hace tarde y Raquel ya debe de haber llegado.

— Aún no son las diecinueve— dice Artho.

— Las diecinueve es tarde para que una virgen salga de casa— digo con sarcasmo.

— Termina de ver la película conmigo, luego prepararé algo para cenar. ¿Qué te parece?

— Guarda tu encanto y tus dotes culinarias para alguien con quien puedas quedarte— digo y vuelvo al dormitorio.

Me siento en la cama para ponerme las botas. Me duelen los pies cuando vuelvo a levantarme.

— No pretendía ofenderte— me dice cuando llega hasta mí.

— Me has dejado claro que no eres bueno para mí, no era una ofensa, era un favor —digo con la cabeza alta—. Agradezco tu sinceridad.

Me dirijo hacia la puerta y salgo al pasillo. La casa está a oscuras.

— Te he recogido y te llevo de vuelta— dice mientras enciende las luces.

— No hace falta, llamaré a un Uber, dije.

— Insisto.

Me acompaña hasta la puerta. No veo señales de Dimitri ni de nadie más en la casa.

Acepto que me lleve sólo por el dinero. Me subo a su moto y Artho me lleva al Edificio Universitario.

La noche está helada cuando llegamos. Tengo tanto frío que se me agarrotan los músculos. Me duelen los pezones. Pienso en el chocolate caliente de mi madre y en lo bien que me sabría ahora.

Me quito el casco y oigo el sonido de música electrónica procedente del edificio. Levanto la cabeza y veo luces de colores parpadeando en las ventanas del tejado.

— ¿Quieres ir allí conmigo? Me han invitado —dice Artho cuando me pilla mirando.

— Dos fiestas el mismo día es demasiado *para* mí, lo admito.

— ¿Y qué vas a hacer el resto de la noche? — pregunta.

— Voy a comer algo, darme un baño caliente, estudiar para la presentación de un seminario y luego leer una novela que me caliente el corazón.

— Eres encantadora— dice de repente. — Espero haber ayudado en la fiesta.

— Tengo que admitir que me ha ayudado. — Muchas gracias. Te debo un favor.

— Y te voy a cobrar— me dice, guiña su ojo castaño y me dedica una sonrisa torcida y traviesa.

Pero estoy tranquilo, sé que Artho no quiere nada malicioso que implique a una virgen.

— Te invitaría a pasar, pero no hay nada interesante en mi habitación.

— Estás tú— bromea, "pero no voy a entrar en eso otra vez.

— Hasta luego, Artho, y gracias de nuevo.

— Nos vemos en clase de Economía Política. Guárdame un sitio— dice antes de ponerse el casco.

Capítulo 12



Lunes 14 de agosto de 2017

Toco la bocina del coche por segunda vez delante de la casa de mi madre. Son las siete menos veinte de la mañana y tengo que llevar a Ayla pronto a la guardería para no llegar tarde a clase.

La tercera vez que pulso la bocina y no me contestan, salgo del coche y me meto en casa.

La oigo llorar mientras me acerco al picaporte.

Encuentro la llave en el fajo y abro la puerta. Levanto a Ayla de la cuna y trato de calmarla, solo entonces busco a mi madre.

La encuentro en el dormitorio y veo restos de polvos blancos en la mesilla de noche.

Cojo el móvil y llamo a Celso Weber, mientras vuelvo a la habitación con Ayla y la cambio lo más rápido que puedo.

— Salió de casa ayer por la tarde. Volvió después de medianoche, yo ya estaba dormido —explica Celso con voz aburrida.

— ¿Has visto lo que llevaba puesto? — Le pregunto.

— No vi nada. Lo único que sé es que cuidé de Ayla yo solo. No terminé la relación por

la niña— dice mi padrastro. — Es mi casa, yo la construí y no voy a irme y dejárselo todo a ella. Quiero a tu madre, pero no puedo soportar otra de estas.

Me duele el estómago. No puedo permitirme cuidarla a tiempo completo a menos que deje la universidad.

— Voy a buscar tratamiento, esta vez tendrá que hacerlo ella— le respondo. — No la abandones todavía.

— Dudo que funcione —responde Celso—. Ayla y tú no merecéis pasar por esto.

Con Ayla ordenada y todavía lloriqueando, voy a la cocina y le preparo el biberón.

La pongo en la silla del coche y toma el pecho de camino a la guardería. Cuando llegamos está tranquila y sonriente.

Me mira como si supiera cuánto amor siento por ella. Sólo eso me hace creer que hay una salida a esta situación.

Ya no puedo dejarla con mi madre, no puedo dejar esta responsabilidad en manos de alguien que sufre de drogadicción y se ve perturbada a diario por los terribles recuerdos del pasado.

No sé qué hacer. Si al menos mi horario de oficina terminara antes de que se fuera la guardería, podría recoger a Ayla y llevármela a casa. Eros ya me ha dicho que no le importaría que viviera con nosotros, al menos entre semana, y solo sería por las tardes, pero mi trabajo en el registro civil termina una hora después de que se vaya la guardería.

Sigo preocupado por esto cuando salgo de mi clase de Derecho Procesal Penal II y me dirijo al bloque de la primera hora.

Veo que el pupitre frente a Charlotte está ocupado por un alumno al que los mayores llaman Pinscher. Es de la ciudad y conozco su fama de buscar pelea.

No me gusta verlo cerca de ella.

— Hola, Artho —oigo la voz aguda de Larissa que me llama. — Te he guardado un sitio.

Me quito la pesada mochila de los hombros y le hago un gesto con la cabeza, luego tiro la mochila encima del escritorio que ocupa Pinscher. Media página de su cuaderno está arrancada

del alambre en espiral.

— Fuera— le digo, sin molestarme en mirarle.

Veo que Charlotte abre mucho los ojos. Gira el cuello hacia la clase y su cara se sonroja.

— Hijo de puta, mira lo que has hecho — se queja Pinscher.

— Sal ahora mismo— le pido pacientemente.

— ¿Artho? — susurra Charlotte.

— Primero cogí esta cartera— dice.

— "Ya deberías saber que el asiento de al lado de Charlotte es mío— murmuro y empujo sus hombros con mi mochila.

Cojo la silla en cuanto sale gruñendo e insultando a mi madre, a la que ni siquiera conoce.

— Cuando te pille, te voy a partir la cara— amenaza.

Levanto las cejas y le miro fijamente hasta que se sienta en la fila más lejana.

— ¿Qué coño ha sido eso? — pregunta Charlotte en voz baja, sonando molesta. Es increíble lo bien que suenan las palabrotas en su voz. — ¡Todo el mundo está mirando!

— No quiero que camine contigo, ni que te hable, ni mucho menos que se siente a tu lado — le explico.

— ¿Por qué? — pregunta Charlotte.

En ese momento, la profesora Claudia Schmitz entra en la sala. Por suerte, llega tarde. Si me viera peleándome con el estudiante de primer año, es muy probable que me pidiera que abandonara su clase, y en tres años y medio de universidad, eso nunca ha ocurrido.

— "Porque no confío en él— murmuro.

— Eso no te da derecho a... — empieza a decir, pero me inclino hacia ella y pongo el dedo índice sobre sus suaves labios.

— Hizo algo hace un tiempo... ligó con una chica en una fiesta y ella estaba tan borracha que no reaccionó.

— ¡Dios mío! — Charlotte está asombrada.

— Por si fuera poco, lo filmó y lo envió a sus amigos.

— ¿Y cómo es que no está en la cárcel?

— Su familia es rica, pagaron mucho dinero para que los padres de ella se mudaran de la ciudad sin presentar cargos.

— Le han pasado la pelota a... — dice y mira en su dirección.

— Lo silenciaron y sólo lo sabían los más allegados. Pero Lion Bianco, uno de los amigos que vive conmigo, jugaba en el mismo equipo de fútbol que él y nos lo contó. Por esta razón, no hará ningún trabajo contigo, no hablará ni caminará contigo, y mucho menos se sentará a tu lado. Si me entero de que se me ha vuelto a acercar, no le pediré educadamente que se vaya, le partiré la cara.

Charlotte me mira con ojos grises asustados. Es tímida, dulce y no tiene experiencia con los hombres. No puedo dejar que le pase nada malo.

Los alumnos de primer año siguen hablando de lo sucedido, susurrando entre ellos, cuando el profesor empieza a hacer preguntas sobre el último capítulo del libro.

Golpeo el bolígrafo contra el cuaderno. La voz de la conciencia sigue diciéndome que no puedo permitirme más problemas, más gente a la que cuidar, pero no puedo escucharla, no si va en contra de proteger a Charlotte de esos gilipollas.

Tú también eres un gilipollas, dice la voz molesta. *No eres mejor que ninguno de estos tipos.*

Nunca me quedaría con una chica borracha, y mucho menos se lo enseñaría a mis amigos— le digo a la voz de mi cabeza.

Pero mientes, engañas, prometes, usas y luego descartas. ¿A cuántas chicas del curso has hecho creer que estabas enamorado de ellas, cuando la verdad es que nunca has estado enamorado de nadie? mi conciencia insiste en recordarme quién soy.

Jódete, maldigo mis propios pensamientos.

Mira a Larissa, lleva casi una semana esperando tu llamada, ¿y tú qué haces? Apareces en la fiesta con otra persona, tu conciencia continúa. *Apuesto a que Camila murió de pena.*

— Vete a la mierda —gruño suavemente y me golpeo la oreja derecha con la palma de la

mano, ya no puedo más.

— ¿Va todo bien? — pregunta Charlotte y me pone la mano en el hombro.

Sujeto sus dedos para mantener el contacto y me deslizo por la silla hasta que mi trasero está en el borde del asiento. Apoyo la cabeza en la pared junto a él y froto el pulgar contra el dorso de su mano.

— Pareces disgustada —su dulce voz suena cerca de mi oído. Es lo mejor que se puede oír después de un ataque de malos pensamientos.

Le beso la punta de los dedos y sigo cogiéndole la mano para que Charlotte no se aparte.

— Tengo algunos problemas, no es para tanto— susurro.

Miro por encima del hombro y contemplo sus ojos brillantes. Sus labios no están pintados de rojo, pero son tan deseables como si lo estuvieran. Es una pena que no pueda besarlos.

Le suelto la mano y espero a que Charlotte se aparte, pero ella prolonga el contacto y luego me frota la nuca con las yemas de los dedos.

Cierro los ojos e intento vaciar mi mente, pero es imposible.

— ¿Puedo pedirte ese favor? — pregunto en voz baja.

— Depende... — parece sospechosa.

— Te lo explicaré después de clase.

Charlotte se me queda mirando un momento, como si quisiera insultarme, luego asiente y mira hacia otro lado.

Capítulo 13



Todavía estoy disgustado por lo que me dijo Artho. Había quedado con Pedro Ludwig, al que todos llaman Pinscher, en que estudiaríamos en la biblioteca después de comer.

No quiero pensar en las cosas de las que es capaz este tipo. Me da asco y escalofríos. Estoy en contra de la violencia y de la ridícula forma en que Artho llegó a él, pero paso ahora que conozco sus motivos.

Termina la clase y Artho me pide que le acompañe al pasillo. Estoy ansioso y curioso por saber qué me va a pedir a cambio de acompañarme a la fiesta del sábado.

Sinceramente, no estoy en posición de quejarme.

— Entonces... — pregunto chasqueando los dedos.

— Mi madre no se encuentra bien y esta tarde no podré recoger a mi hermana pequeña de la guardería. No tengo a nadie más a quien pedírselo. ¿Podrías hacerlo por mí? Estaré en el trabajo... Se lo pediría a Eros, pero sé que hoy tiene una reunión con su abogado. Lion estará en el entrenamiento, Dimitri también está en el trabajo y los gemelos...

— Iré, está bien, lo prometo. — Su nombre es Ayla, ¿verdad?

— Sí. Necesitaré una foto de tu documento de identidad para enviarla a la escuela y

autorizarte a recogerlo.

Asiento con la cabeza. Al recoger el documento, me doy cuenta de lo preocupado que parece, como si tuviera la cabeza llena de problemas.

— ¿La recojo, la llevo a tu casa y me quedo con ella hasta que llegues? — Pregunto.

— Sería estupendo.

Le entrego a Artho mi documento de identidad y me hace una foto con el móvil.

— Eres la primera persona a la que veo bien en una foto de un documento— bromea y sonríe mostrando su diente canino derecho.

Siento que se me calienta la cara, no por tu comentario, sino por cómo sonríes.

— Era un cumplido— comenta Artho y se acerca para tocarme la mejilla.

Que se dé cuenta de que acabo de sonrojarme hace que la sangre se concentre aún más en mis mejillas.

Le quito el carné de la mano y lo meto en mi cartera.

— Dame la dirección en mi WhatsApp— le digo, antes de volver a mi despacho.



A la hora de comer, Artho me entrega un billete de cincuenta reales y me dice que es para pagar el Uber. Estoy preocupado porque no sé cómo se comportará la chica cuando me vea.

Me encantan los niños, pero tengo miedo de que no le guste y llore todo el camino.

Después de comer, Raquel me acompaña a la biblioteca y me explica qué autobús debo coger para llegar a la guardería y de ahí a casa de Artho. Me ha dado dinero para el Uber, pero no pienso gastármelo. Sé cuánto necesita.



Ayla es la niña más mona que he visto nunca. Tiene unos ojos azules grandes y expresivos, una carita preciosa, mejillas sonrosadas y una boca en forma de corazón. Su pelo castaño claro, del mismo color que el de su hermano, está recogido con lazos de terciopelo rosa.

Me mira extrañada, en brazos de la niña que la lleva a la puerta de la guardería.

— Hoy no ha llorado ni una vez — me dice la niña. — Solo ha hecho pis en el váter y se ha comido todos los bocadillos.

Asiento con la cabeza y la levanto.

— Me llamo Charlotte. Tu hermano me ha pedido que te recoja —le explico con la voz más calmada posible—. Tu madre no se encuentra bien y voy a llevarte a casa de Artho.

— ¿Dónde está *Tutú*? — pregunta, pero acepta sentarse en mi regazo.

— Está trabajando. Pero lo verás pronto— le explico, mientras la niña de la guardería cuelga su bolsa rosa de mi hombro.

Arropo a Ayla en mi regazo, le pongo la capucha de su abrigo lila sobre la cabeza y camino con ella hasta la parada del autobús.

El aparcamiento está lleno, pero un joven se levanta para que pueda sentarme con Ayla.

— Muchas gracias— digo y me siento.

Sigue mirándome, pero esta vez con curiosidad. Empieza a reírse cuando juego con sus dedos regordetes.

— *Chaloti* — dice mi nombre a su manera, luego empieza a aplaudir y a cantar cuando ve acercarse el autobús. — *Motolista, motolista, mire el posti, mire el posti. No es de la galleta, no es de la galleta, ¡Va chocar! Va a chocar.*

— Artho no me había dicho que fueras tan lista— la felicito mientras me levanto y me dispongo a subir al autobús repleto.

Compruebo el número del autobús al menos cinco veces para asegurarme de que realmente va al barrio de la casa de Eros Giordano y el Club de los Canallas.

Tengo miedo de tropezar y tirar al bebé, pero consigo llegar al asiento más cercano a la puerta de salida sin caerme. Me siento con ella en cuanto el autobús se pone en marcha.

Mantengo los pies en el suelo para no resbalar en el asiento liso y duro a cada paso.

Ayla está sentada frente a mí y lo mira todo con curiosidad.

— ¿Qué tal el día? — pregunto, solo para volver a oír su dulce voz.

— *Mamá no ha movido los hilos*— dice con seriedad, levantando el dedo meñique y agitándolo de un lado a otro. — *Nenê lloró lloró lloró. Estaba muy enfadado. Entonces llegó Tutú y el biberón. A Tutú le gusta mucho el nenê.*

Intento comprender sus palabras.

— ¿No se ha despertado tu madre? — le pregunto.

— *No, no*— dice y sacude el dedo meñique. — *Dejé al bebé con hambre y llorando*.

El corazón se me oprime en el pecho. No sé si le ha pasado algo grave a tu madre. Artho no entró en detalles, pero parece que Ayla estuvo llorando mucho tiempo antes de que él llegara.

— Tu madre estaba enferma, por eso no se despertó— le digo y le acaricio la mejilla. — No fue culpa suya.

— *Tutú se enfada, se enfada mucho porque mamá bebe cheveja y no cuida a un bebé.*

Trago saliva y espero haberme equivocado.

— ¿Qué otra canción puedes cantar? — Decido cambiar de tema, no sé si podré soportar otra declaración como ésa. Necesito que Artho me cuente qué pasa con su madre y esa criaturita tan mona.

Ayla sigue cantando canciones infantiles, equivocándose de letra de forma muy dulce, hasta que llegamos a la parada de autobús de la calle donde se encuentra la mansión de la familia Giordano.

Me bajo con cuidado, equilibrando a Ayla en un lado con sus piernas alrededor de mi cintura, su bolso rosa en el otro, junto con el mío.

— *Bebé quiere hacer pis* — dice que en cuanto se vaya el autobús.

— ¿No llevas pañal? — pregunto y le toco el culito para comprobarlo.

Pongo los ojos en blanco cuando me doy cuenta de que no lleva pañales.

— Estamos llegando a casa, mi amor. ¡Corramos! — Eso digo yo. — Agárrate fuerte.

Empiezo a correr por la cuesta que lleva a la casa de Eros. Me duele la espalda y me falta el aire, pero no me rindo, quiero que me orine en la ropa.

A mitad de la cuesta, veo que un coche blanco se detiene a mi lado.

— ¿Ayla? — pregunta una voz áspera y masculina. — ¿Charlotte?

Me doy la vuelta y veo a Dimitri Romano caminando hacia el coche.

— Sube— pide y alarga la mano para abrir la puerta del carruaje.

Sé que a Artho le molestó mucho que Dimitri hablara conmigo, pero necesito urgentemente llegar pronto.

Salto al coche con Ayla y cierro la puerta.

— Tiene que hacer pis— le explico, sin molestarme en ponerme el cinturón.

Dimitri saluda y acelera el coche, haciendo cantar los neumáticos. Cuando diviso la verja entre los muros cubiertos de enredaderas, ya se está abriendo. En unos segundos estamos delante de la casa.

Coge a Ayla de mi regazo y la sube rápidamente al segundo piso.

— *¡Pis! ¡Pis!* — dice con urgencia.

La cojo de los brazos de Dimitri, que nos abre la puerta del baño y la cierra para darnos intimidad.

Sólo vuelvo a respirar cuando termina y mueve sus piernecitas.

— ¿Has tenido tiempo? — oigo preguntar a Dimitri, mientras vuelvo a ordenar a Ayla.

— Sí, ¡muchas gracias! — grito a la puerta cerrada.

— No fue nada.

Lavo las manos de Ayla y las mías, salimos del baño y envío un mensaje a Artho para avisarle de que estamos en casa.

Cuando salgo, Dimitri sigue de pie en la habitación. Solo entonces me doy cuenta de su presencia y de lo amenazador que parece.

— ¿Tienes hambre, Patatita? Hoy el tío ha vuelto pronto del trabajo y te va a preparar chocolate caliente— dice y tiende las manos hacia Ayla.

— *¡Yupi!* — grita Ayla y se lanza sobre él. — *¡Hambre!*

— Ven con nosotros — invita Dimitri.

Me muerdo el labio y le sigo.

Cuando estoy en la cocina con ellos, evito mirar, aunque me atraen los tatuajes de su cuello, de los lados de su cabeza, donde lleva el pelo rubio rapado, y de sus manos. Lleva una chaqueta de lona verde y vaqueros. A Ayla no le molesta en absoluto su presencia; al contrario, le divierte todo lo que dice.

Hay un pastel de maíz sin tocar en la mesa. Dimitri nos sirve porciones generosas mientras termina de preparar el chocolate caliente.

Oigo el sonido de la puerta de entrada abriéndose, luego el sonido de pasos acercándose.

Me doy la vuelta y veo al chico que supongo que es Lion. Saluda a Ayla con un beso en la mejilla y coge un trozo de tarta.

— Lion Bianco — dice, ajustándose la correa de la mochila al hombro. Lleva una camiseta del equipo de fútbol local bajo una chaqueta negra. — ¿Eres esa Charlotte?

— Sí— digo, avergonzada.

Lion se inclina y me besa la mejilla.

— Es un placer— afirma.

No sé qué decir, así que guardo silencio.

Deja la tarta sobre una servilleta en la mesa y se sirve un chocolate caliente.

Tomo el primer sorbo, sin apartar los ojos de mi taza, tímida por estar en la misma habitación con dos hombres que no conozco.

Ayla está sentada en la mesa y responde a las preguntas de los chicos sin ningún pudor. Es genial ser una niña.

Cuando vuelven a llamar a la puerta, mi corazón se acelera. Espero que sea Artho, pero me equivoco.

Los gemelos entran en la cocina, haciendo que la gran habitación parezca pequeña.

Son morenas de ojos azules, pelo liso, labios carnosos y ambas llevan tatuajes idénticos

en el cuello. Al principio, no veo ninguna diferencia entre ellas. Rodean la mesa y cogen un trozo de tarta cada una.

— Natan, tienes que conocer a la chica que persigue Artho— dice Dimitri —. Es Charlotte.

— Es un placer, Charlotte— dice uno de los gemelos. — Natan Valentini.

También se inclina y me besa la mejilla.

Esbozo una sonrisa amarilla, intentando no ponerme roja. El otro gemelo se presenta como Gabriel y hace un comentario sobre que es la oportunidad perfecta para que su hermano se vengue de Artho.

Ya sé que Artho se queda con las novias de sus amigos y ellas están deseando quedarse también con la suya.

— No quiero desanimarte, pero Artho y yo solo somos compañeros —explico, antes de que uno de ellos empiece a tirarme los tejos.

Lion se agarra el estómago y echa el cuello hacia atrás mientras ríe a carcajadas.

— ¿Artho y tú sólo sois amigos? — Dimitri se ríe esta vez.

— Artho no tiene amigas —dice uno de los gemelos, el que se ha presentado como Nathan, luego se inclina y le tapa las orejas a Ayla. — Porque se las folla a todas.

Trago saliva. No puedo describir la vergüenza que siento.

Ayla grita, aparta las manos de Nathan y le libera los oídos.

— Has dicho demasiado— dice Dimitri con semblante serio. — Lion, la leña corre de tu cuenta.

Lion termina de comer su tarta, hace una señal con el pulgar hacia arriba, deja su taza sobre la mesa y alcanza el interruptor que enciende las luces del césped exterior.

Le veo salir por las puertas de cristal y empezar a quitarse la chaqueta y la camiseta del equipo. Aparto la mirada de su cuerpo, pero puedo ver el tatuaje del Lion en su brazo.

Me levanto, cojo a Ayla en brazos y salgo de la cocina antes de que aparezca Eros Giordano y me avergüence con comentarios como los que han hecho sus amigos.

Veo a Darth Vader, el rottweiler de Artho, en el salón y le invito a subir las escaleras con Ayla y conmigo.

Juego con ellos varios minutos y abro la puerta de la habitación cuando Darth Vader empieza a lloriquear para salir. Enciendo la tele y pongo *"La rana no se lava las patas"* para Ayla. Ayla se pone a bailar y a saltar delante de la cama. Observo la escena con una sonrisa y aplaudo para animarla.

— ¿Charlotte? — Alguien me llama desde el pasillo.

Salto de la cama de Artho y voy a ver quién es. Me tropiezo con un hombre alto, rubio y de ojos castaños, que sostiene unos cuantos trozos de leña en ambos brazos.

— Artho me ha pedido que te avise de que ha ido a ver a su madre, pero que no tardará — dice Eros Giordano. — He traído leña para encender el fuego, Dimitri me ha dicho que la caseta está vacía.

— "Por supuesto— digo, apartándome de la puerta para que Eros pueda entrar.

Ayla deja de bailar y corre a agarrarse a su pierna. Eros deja la leña en el atril y la coge en brazos.

— Patatita, el tío se moría de nostalgia— dice con un tono de voz afectado.

Me encanta cómo los niños pequeños hacen que hasta los hombres más serios parezcan tontos.

Termina de saludarla y comienza el proceso de encender el fuego.

Ayla viene a la cama conmigo y se pone a saltar cuando oye la canción de *la mariposa*, que empieza justo después de la de la rana. Se la ve muy contenta, sonriendo, enseñando los dientecitos y moviendo el culito al ritmo de la música.

— Nunca he visto un niño más mono— dice Eros mientras se levanta, después de encender el fuego.

Se acerca a la cama y le hace cosquillas en la barriga a Ayla, lo que la hace caer sobre la cama entre risas.

Se me ocurrió coger el móvil y grabar la escena para enseñársela a Raquel. Creo que se

moriría si lo viera así, jugando con un niño. Pero filmarlo sería demasiado raro, sobre todo para enseñárselo a otra persona.

Cuando termina, Eros le lanza un beso y nos deja solos.

Ayla está aún más agitada y quiere que salte con ella.

Aunque estoy cansada, me pongo en pie, le cojo firmemente de las manos y empiezo a saltar sobre el mullido colchón de la cama de Artho.

Estoy jadeando cuando entra y nos pilla así.

Capítulo 14



— *¡Tutu!* — Ayla grita, me suelta las manos y se precipita fuera de la cama, lanzándose a los brazos de su hermano.

Me hago rápidamente un moño con el pelo revuelto y empiezo a alisar la colcha que hemos estropeado.

La chimenea ha calentado la habitación y sólo llevo mis vaqueros y una camiseta de Linterna Verde.

Artho ataca a su hermana con besos crujientes mientras se acerca a un escritorio y deja caer su mochila.

— ¿Te has divertido, mi princesita? — le pregunta.

No entiendo muy bien lo que dice Ayla, pero es algo así como "Cogí *el autobús con Charlotte*".

Cojo el cambio del autobús en el bolso, mientras Artho se quita la chaqueta de cuero y la deja sobre la cama. Solo lleva unos pantalones negros y una camisa de vestir gris.

— Toma— le digo mientras le tiendo la mano para darle el dinero.

— ¿A qué se debe? — pregunta Artho.

— Fui en autobús, no cogí un Uber— explico y me encojo de hombros. — Eso es lo que queda.

— Espera, quédate el dinero un poco más, no me lo devuelvas todavía — pide.

Me muerdo el labio, sin saber qué hacer.

— Voy a bañar a esta tontita e intentar dormirla. ¿Puede esperar? Te llevaré más tarde.

— Claro, está bien. ¿Quieres que te ayude?

— Hoy ya has hecho mucho por mí— dice Artho.

— *Domi no Tutú* — se queja Ayla.

— Sí, duerme, mi princesa— le dice y la deja en el suelo.

Cuando la bañera está lo bastante llena, Artho le quita la ropa a Ayla y la mete en el agua caliente. Me apoyo en la pared y veo cómo se desabrocha los puños de la camisa y se los dobla hasta la mitad del antebrazo. Veo una rosa tatuada en su brazo derecho y un escorpión en el izquierdo.

Trago saliva y siento que el corazón se me acelera, pero no sé por qué.

Artho enjabona el cuerpo de su hermana y luego le lava cuidadosamente el pelo, mientras ella juega con la espuma que se forma en el agua, cantando la canción de *la Mariposa*.

— Es muy lista— la felicito cuando Artho la envuelve en una toalla blanca para secarla.

— Sí, lo es— dice y sonríe.

Me ofrezco a ayudar, pero él se ocupa de ella rápidamente, mucho más rápido de lo que yo lo haría. Le aplica crema hidratante en su cuerpecito lleno de suaves pliegues, le pone un pañal y una sudadera roja y beige, luego le seca el pelo y se lo recoge con un lazo.

Me deja alucinada. Dudo que mi hermano Tomás pudiera cuidarme así si nuestra diferencia de edad fuera mayor.

Cuando está lista, la lleva a la cocina y le da unas cucharadas de sopa, pero ella sigue llena de tarta y chocolate y sólo quiere a su mamá.

Me deja en la biblioteca para hacerla dormir sola.

La habitación está helada y me siento ansiosa por saber qué tiene que contarme Artho.

Paso los dedos por los lomos y veo varios títulos que quiero leer. Alcanzo un libro del autor irlandés Bram Stoker, titulado *Cuentos extraños*.

Cuando Artho llega, yo ya he terminado de leer el primer relato, *El invitado de Drácula*, sentado en un sillón reclinable junto a una chimenea apagada.

— ¿Ha dormido? — pregunto y cierro el libro.

Tomo nota mental de buscar el título en la biblioteca de la UFBG mañana para seguir leyendo.

— Es testaruda, pero siempre se duerme rápido— dice Artho y sonríe.

Se sienta a mi lado, con las piernas a cada lado del asiento para que yo quede entre ellas, y deja caer la espalda contra el respaldo del sillón reclinable. Parece muy cansado.

— ¿Está mejor tu madre? — pregunto en voz baja.

Me mira con ojos expresivos y asiente.

— No va a mejorar pronto— le oigo decir con voz ronca.

Trago saliva al recordar las palabras de Ayla.

— ¿Qué le pasa?

— Es adicta a la cocaína desde los veinte años— confiesa y desvía la mirada hacia la cristalera que tengo detrás.

Enderezo la postura, me duele la espalda porque la biblioteca está helada. No esperaba esta respuesta y no sé qué decir.

Le veo coger una especie de radio blanca y ponerla en el suelo junto al recamier. Me doy cuenta de que es un vigilabebés. Debe de haber dejado la otra radio en el dormitorio por si su hermana se despertaba.

— Lo siento— susurro. — No me había dado cuenta de que era tan grave.

— Es una buena persona, pero la drogadicción nos ha jodido la vida durante años— dice Artho. — Ahora es Ayla quien sufre.

— ¿Por eso no la recogió de la guardería? — le pregunto.

— Sí, ayer estuvo fuera toda la noche. Llegó al amanecer. Mi padrastro está a punto de

echarla de casa, pero aún no lo ha hecho por Ayla.

— ¿Es su padre? — pregunto.

— No biológicamente, pero la considera su hija— responde.

Frunzo los labios, avergonzada de verle así y sin saber qué decir.

— Estoy intentando convencerla de que vaya al hospital. Si no acepta la semana que viene, intentaré la hospitalización obligatoria.

— ¿Necesitas una orden judicial para eso?

— Sí, pero no quería hacerlo contra su voluntad.

Se me pasan varias preguntas por la cabeza: quién es el padre de la niña, por qué no ayuda, si su madre trabaja o su padrastro los mantiene a los dos, desde cuándo su madre vive con él... Pero ninguna de ellas me incumbe. Pero ninguna de ellas es de mi incumbencia.

— Espero que puedas convencerla— susurro. Tengo las manos metidas entre las rodillas y los hombros encorvados, porque puedo sentir su angustia. No me gustaría estar en el lugar de Artho.

Se pasa la lengua por el labio y me mira fijamente.

— Ayla se quedará aquí después de la guardería, al menos entre semana. Mi padrastro se quedará con ella los sábados y domingos. Él trabaja en la construcción y vuelve a casa muy cansado durante la semana, así que ella tiene que quedarse aquí de lunes a viernes.

Asiento con la cabeza porque no sé qué más decir.

— Tengo una propuesta que hacerle— dice Artho de repente.

— ¿*Para* mí? — pregunto con el ceño fruncido.

— Tú recoges a Ayla de la guardería todas las tardes y te quedas con ella hasta que yo llego del trabajo. A cambio, yo te acompaño a las fiestas y a donde me necesites, como si fuera tu novio.

Ensancho los ojos, perpleja.

— Charlotte, no te lo pediría si no fuera la única salida que se me ocurre. La guardería cierra a las diecisiete, pero yo no salgo del trabajo hasta las dieciocho. Hago prácticas en la

Oficina del Registro Judicial, en el centro, y hasta que obtenga mi diploma y apruebe la OAB, es el mejor trabajo que puedo conseguir.

Me recojo el pelo con cuidado detrás de la oreja. Tengo que pensar bien lo que voy a decir. No necesito que finja ser mi novio, y mucho menos que me acompañe a fiestas.

Sí, lo sabes— grita una voz dentro de mi cabeza. Parece Raquel hablando.

Pero si acepto, estaré asumiendo que soy tan fracasada que necesito un novio mentiroso. Y no estoy tan desesperada.

Era genial cuando todo el mundo te prestaba atención y te trataba bien, ¿verdad?— se burla de mí la voz de Raquel.

Sí, era perfecto, pero... Artho está en un callejón sin salida, si lo acepta, es como si me aprovechara de él.

Me cruzo de brazos, no sé qué más pensar.

— ¿Te lo estás pensando? — le oigo preguntar.

¿Soy alguien que se aprovecha de una situación así sólo para demostrar a los demás que estoy saliendo con un hombre muy guapo e inteligente?

No creo que lo sea, pero...

Pero lo propuso él, no yo.

Mi dignidad está en juego y depende de la respuesta que dé.

Enderezo los hombros y descruzo los brazos.

— No puedes enamorarte de mí— digo con una audacia que no sabía que tenía.

— ¿Por qué? — pregunta Artho y esboza esa sonrisa torcida.

— Hay muchas razones— respondo sacando la barbilla.

— Por ejemplo.

— "Número uno— digo y levanto el dedo, "eres un gilipollas que probablemente ya ha estado con la mayoría de las chicas de la universidad; número dos, no sé si lo recuerdas, pero yo soy virgen, tú ya has dado tu palabra de que no estarás con vírgenes, y tienes prohibido romper esa promesa, número tres, vi a Jamie Sullivan decírselo a Landon Carter en *Un amor para*

recordar y siempre he querido hacer lo mismo".

— Landon rompió su promesa— dice Artho, "se enamoró de Jamie.

Entrecierro los ojos, sorprendida de que sepa de qué estoy hablando.

— Pero no vas a romperlo— insisto.

No contesta, sólo me mira fijamente.

— No quiero sentir que haces caridad— digo.

— No es caridad, eres tú quien hará el peor trabajo.

— Ayla es mona, no me importa cogerla. Todavía no trabajo. Mi madre ahorró dinero durante mis últimos años en la escuela y prefiere que me dedique a mis estudios durante el primer semestre. No puede mandarme una fortuna, pero me basta para sobrevivir.

— Da gracias por ello. Siempre he tenido que trabajar y estudiar.

— Siento mucho lo de tu madre.

— Las personas a las que quiero son las que más daño me han hecho— murmura.

Tengo curiosidad por preguntarle qué le pasó a su padre, pero Artho está demasiado triste para que aborde el tema.

— Deberías saber que te ayudaría aunque no me ofrecieras nada a cambio— le confesé mientras le tocaba la rodilla.

Me mira y me pasa la lengua por el labio inferior. Su gesto despierta en mí un enorme deseo de saber qué se siente al ser besada.

Imagino sus labios contra los míos, cómo saben, cómo me sentiría si me metiera la lengua en la boca...

Me levanto, jadeante. ¿Qué demonios me ha llevado a pensar semejante cosa?

Artho también se levanta. Es impresionante cómo la camisa le queda como un guante sobre su ancho pecho y sus hombros.

Recorro con la mirada sus tatuajes al descubierto y recuerdo aquel sueño pervertido que tuve la primera vez que lo vi. Le imagino sin ropa, abriéndome las piernas y acomodándose entre ellas. Incluso me invade el sonido de los muelles del colchón, pero no recuerdo exactamente

cómo fue el beso.

Respiro hondo y me sacudo discretamente. Me arden las mejillas.

— Tengo que irme, mi abrigo y mi bolso están en tu habitación— anuncio.

Empiezo a caminar hacia la puerta, pero antes de que pueda girar el picaporte, Artho se pone delante de mí y lo sujeta con la mano.

Me doy la vuelta, interponiéndome entre él y la puerta, con el corazón a punto de salírseme por la boca.

Su brazo extendido impidiéndome salir, su pecho rígido, su pelo y sobre todo su piel tatuada, todo es una invitación para que le toque.

Me muerdo el interior de la mejilla para estar despierta y consciente. Nunca he hecho nada parecido y no voy a lanzarme ahora a los brazos de un hombre.

— ¿Qué te pasa? ¿He dicho algo que te ha molestado? — pregunta Artho en voz baja, su voz profunda y aterciopelada al mismo tiempo.

Está tan cerca que puedo oler su perfume. Había olvidado lo fragante que es.

Si supieras lo que estoy pensando, ¿qué me dirías?

— Nada. Acabo de recordar que hace tiempo que no miro el móvil y Raquel debe estar preocupada.

— ¿Está seguro? — insiste Artho.

Se ve tan encantador con esa ropa, nunca me sentí tan mal vestido.

— "Sí, quiero— respondo sin entusiasmo. — ¿Puedes llevarme?

— ¿No quieres dormir aquí?

Creo que mi corazón explotaría si me atreviera a pasar una noche entera con Artho, sobre todo después de todos estos pensamientos.

— Ni hablar. Si no puedes llevarme, pediré un Uber.

— Lo tomaré, por supuesto. Le pediré a Eros que vigile el monitor del bebé.

Me disculpa y abro la puerta. Subo las escaleras sintiendo sus ojos en mi cuerpo. Nunca había estado tan despierta.

Entro de puntillas en su habitación, recojo su bolso y su abrigo, beso la frente de Ayla, mientras Artho entra y coge su chaqueta.

Para mi sorpresa, viajamos en un sedán negro y no en una gran moto blanca. Cruzo las piernas y me aferro a pensamientos coherentes, pero no puedo contener la respiración para evitar oler su delicioso perfume, impregnado en el coche y en su ropa.

Hace el trayecto desde su casa hasta el Edificio Universitario en unos quince minutos, aparca junto a la acera y baja para acompañarme a mi habitación.

Me pregunto si todas las chicas que viajan en coche con él son tentadas así.

Hay una cola de estudiantes esperando el ascensor, pero no puedo esperar más. Tengo que ducharme y ordenar mis ideas. Mis pensamientos son un caos que tengo que organizar.

— Iré por las escaleras— le digo. — Son sólo cuatro tramos.

Para mi sorpresa, Artho me sigue.

Abro la puerta y pulso el interruptor, pero las luces de los dos primeros pisos están fundidas.

— Genial— murmuro en voz baja.

Empiezo a subir los escalones y, cuando llego al rellano del primer piso, Artho me agarra de la muñeca y me empuja contra la pared.

Vuelvo a jadear cuando siento su cuerpo contra el mío, tan cerca que puedo sentir su aliento contra mi boca.

— ¿Soy sólo yo quien se muere por besarte? — susurra la pregunta con voz ronca.

No respondo, no puedo, pero tampoco me alejo. Me paso la lengua por el labio inferior y trago saliva. Me suelta la muñeca y me sujeta el cuello con las dos manos, luego me lo aprieta ligeramente.

Oigo escapar un gemido de su garganta y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Sus caderas presionan contra las mías y siento que algo duro me aprieta el bajo vientre.

Ya no puedo respirar, mis pensamientos son incoherentes y mi corazón parece querer atravesar mi pecho.

Artho se inclina hacia mí y me rodea los labios con la punta de la lengua.

Mierda, eso es delicioso.

Esa cosa dura aprieta aún más mi cuerpo, al mismo tiempo que aprieta sus dedos alrededor de mi cuello de una forma de la que no hay escapatoria.

Cuando su boca me chupa el labio inferior, algo se estremece en mi sexo. Aprieto los muslos con fuerza en un intento de aliviar la agonía que siento entre ellos.

Dejo caer la bolsa al suelo y le agarro el torso, hundo los dedos en su espalda y lo atraigo más hacia mí.

No sé qué hacer, no sé cómo besar, pero aparto los labios y saboreo su lengua cuando invade mi boca, acompañada de otro gemido.

Sigo mis instintos y obedezco a las hormonas desbocadas por el deseo. Deslizo las manos hasta la cintura de sus pantalones y acerco aún más sus caderas a las mías. Me encanta cómo me agarra del cuello, casi robándome el aliento que me queda.

Me derrito con su lengua en la boca, y cuando la retira, soy yo quien invade sus labios, intentando imitar sus movimientos.

Aparto el muslo derecho mientras él desliza sus caderas contra las mías. Una de sus manos baja de mi cuello y me aprieta el culo a través del pantalón. Suelto un gemido cuando esa cosa dura golpea el interior de mis muslos. Saber lo que es me pone aún más cachonda.

Siento que mis bragas se mojan y estoy segura de que estoy perdida. Artho vuelve a deslizarse contra mí, luego suelta su otra mano de mi cuello y me sujeta uno de los pechos.

Nunca pensé que me sentiría tan bien si me tocaban así. Su mano baja y me agarra el culo, acercando mis caderas a las suyas.

Sé que necesito alejarme, pero no puedo contenerme.

Mis manos sacan su camisa de la cintura de sus pantalones como si tuvieran mente propia. Toco la cálida piel de la base de su columna vertebral y Artho suelta otro gemido, que queda amortiguado contra mi lengua.

De repente, oigo el ruido de la puerta de la escalera que se abre, un piso por debajo de

nosotros, y me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Lo empujo lejos de mí, cojo mi mochila del suelo y subo a toda prisa el resto de los escalones. El corazón me late traicionero en el pecho, los pulmones me piden aire.

Oigo los pasos de Artho corriendo detrás de mí escaleras arriba.

— Charlotte, espera— me pide, pero no me detengo hasta que estoy delante de la puerta de mi habitación.

Saco la llave del bolsillo de mis vaqueros y me esfuerzo por encajarla en la cerradura. Cuando lo consigo, empujo la puerta con todas mis fuerzas y corro hacia el cuarto de baño. Necesito calmarme, pensar con claridad, estar sola.

— Charlotte, ¿qué ha pasado? — Oigo la voz de Raquel, pero no me vuelvo para mirar.

Dejo caer la mochila al suelo e inspiro aire en los pulmones justo cuando Artho entra y cierra la puerta tras de sí.

— "Dios mío— murmuro mientras avanza hacia mí.

Necesito apartarme, pero vuelvo a agarrarle cuando sus brazos me cogen de nuevo. Artho vuelve a besarme y me empuja contra el lavabo. Me encanta que esta vez presione con más fuerza contra mi cadera. No puedo resistir la tentación de tener su miembro rígido contra mis profundidades y gimo en sus labios.

Estoy rodeando sus caderas con mi pierna cuando Raquel empieza a llamar a la puerta.

— ¿Qué ha pasado? — pregunta ella. — Charlotte, ¿estás bien?

— Ah, ¡que te jodan! — maldice Artho mientras vuelve la cara hacia la puerta.

Puedo ver la forma de su mandíbula resaltando sobre su piel, tan cerca de mí que no puedo resistirme a besarle.

— Ven conmigo, puedo llevarte a algún sitio donde podamos estar solos —susurra y me acaricia el cuello, que momentos antes había apretado.

— No — consigo responder, tan tentado como estoy de ir.

— ¿Charlotte? — pregunta Rachel después de volver a aporrear la puerta. — ¿Qué coño está pasando?

— Enseguida salgo— le grito. — Un momento.

— Ven conmigo, por favor — vuelve a pedir Artho. — Te prometo que será la mejor noche de tu vida.

— No — repito. Mi conciencia está anulando mis pensamientos incoherentes. — No, no y no.

— ¿Por qué? — quiere saber.

— Porque no te quedas con vírgenes, ¿lo has olvidado? — murmuro.

Consigo escapar de sus brazos, aunque mi cuerpo me pide más contacto con él, me suelto el pelo e intento peinármelo con las yemas de los dedos.

Sus brazos vuelven a alcanzarme y Artho me rodea el cuello con ambas manos.

— Esto no va a acabar así— me dice al oído, luego me aparta rápidamente el pelo y me lame la piel de detrás del cuello.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y me estremezco.

Apoyo las manos en la puerta que tengo delante y me muerdo el labio con fuerza, dejando que me pase una de sus manos por los pechos una última vez.

Entonces me doy la vuelta y le miro tan severamente como puedo.

— Sí, va a terminar aquí— digo. — Y ahora te vas.

Mueve la cabeza negativamente, pero le ignoro.

Me pongo un moño encima de la cabeza y abro la puerta del baño. Cojo la mochila del suelo y salgo.

Capítulo 15



Raquel está de pie con los brazos cruzados en medio de la sala, esperando una explicación.

No puedo creer que Charlotte señale con la barbilla en dirección a la puerta, no entiendo cómo puede resistirse al deseo, que no quiere ir más allá.

Es la primera vez que entro en la habitación de una chica y salgo sin correrme. Me duele el saco de la excitación.

— Charlotte... — Te llamo por tu nombre, no puedo soportar irme así.

— Nos vemos mañana en clase, Artho— dice como si no hubiera correspondido, me agarra y gime así.

Aprieto la mandíbula y salgo de la habitación.

Inmediatamente después da un portazo y me deja solo en el pasillo.

Enderezo los hombros y miro hacia el ascensor. Estoy furiosa y ardiente de deseo al mismo tiempo. Me follaría a cualquiera ahora mismo solo para aliviar lo que me consume.

Me arreglo los pantalones, metiéndome la polla dentro, y me dirijo al ascensor. En lugar de pulsar en la planta baja cuando se abre la puerta, pulso el botón que me lleva al ático de lujo. Hay otros estudiantes en el ascensor, pero los ignoro a todos.

Me vuelvo a meter la camisa en los pantalones y llamo a Larissa en cuanto llego al ático de lujo.

— ¿Quién es? — pregunta.

— "Artho— respondo. — Estoy en tu puerta.

Cuelgo la llamada y espero a que aparezca, pero a medida que pasan los segundos, la idea de saciar mi deseo por ella en el cuerpo de otro me parece cada vez peor.

— Desgraciada— maldigo en voz baja.

Larissa abre la puerta y me mira. Veo que se muerde el labio y estira la mano para que entre. Doy un paso atrás, sin reconocerme.

El sexo vacío siempre me ha funcionado. Ella tiene un coño y eso es todo lo que necesito, así que ¿por qué coño me alejo más?

— ¿Qué coño quieres, Artho? — grita.

— Yo no... — murmuro, apoyándome en la pared del otro lado del pasillo.

— ¿No qué? — Larissa sigue preguntando. — ¿Te follaste a todas las demás chicas de este piso y ahora vas a jugar conmigo?

— No he venido aquí para follarte— miento.

— Ah, vete a la mierda— dice con el dedo ladeado. — Y borra mi puto número de tu móvil. No soy mujer para andar persiguiendo a un gilipollas como tú.

Sigo sintiéndome como un idiota cuando llego a casa. Frustrado, necesitado y odioso.

Charlotte es una bastarda que acabó con mi noche, como si necesitara una adversidad más en mi vida.

— ¿Por qué bebes sopa con el tenedor? — oigo que pregunta la voz de Lion y miro el caldo que gotea entre las púas del cubierto.

— Me estallan los problemas en la cabeza— murmuro.

— ¿Con tu madre? — Lion quiere saber. Busca una cuchara en uno de los cajones y me la da.

— Gracias— digo, cogiendo la cuchara. — Mi madre ha sido un verdadero problema. Voy a tener que hospitalizarla, no puedo hacer otra cosa.

— ¿Aceptará? — pregunta Lion.

— Me ha pedido una semana para decidirse, pero no sé si Celso podrá aguantar unos días más— le respondo.

— Puedes contar conmigo para cualquier cosa, ya sabes.

Asiento con la cabeza, tomando una cucharada de la sopa que ha hecho Marcela. Siempre prepara la cena antes de irse.

— ¿Tienes algún otro problema aparte de ése? — pregunta Lion mientras se sienta en el banco frente a mí.

Abro la boca para hablar de Charlotte, pero no quiero exponer su intimidad, aunque estoy enfadado.

— ¿Recuerdas a Pedro Ludwig?

— ¿Pinscher? — pregunta Lion. — ¿El que pilló a la chica borracha, la grabó y la envió al grupo de WhatsApp?

— Él mismo.

— ¿Qué ocurre?

— Es estudiante de Derecho, está en la misma clase que Charlotte, y hoy le he pillado sentado con ella— le digo.

— ¿Y qué hiciste?

— Le he dicho que no se acerque, si no, le parto la cara— respondo, breve y tajante.

— Es un gran requisito, sencillo y fácil de recordar— bromea Lion. — Pero ¿y si no lo respeta?

— Creo que podemos darle una pequeña advertencia, sólo para asegurarnos de que no desobedece.

Lion sonríe.

— Será un honor volver a golpear a ese vagabundo— afirma.

No se lo dije a Charlotte, pero la chica de la que abusó era la novia de Lion. Le dimos una buena lección en su momento, pero no está de más recordarle con quién está tratando.

— No quería disgustarte con esto, pero no sólo debes preocuparte por los Pinscher— dice Lion.

— ¿A quién? — Exijo saberlo.

— Nathan y Dimitri se quedaron aquí para rodear a tu chica. Sé que es importante, porque no dejarías a Ayla con cualquiera.

Aprieto la cuchara tan fuerte que el mango se dobla.

— Ya le advertí a Dimitri que se mantuviera alejado de ella— murmuro. — ¿Y ahora Nathan?

— Sabes que tienes la culpa de eso. Le coqueteas a las chicas que levantan. Natan es sistemático, no le gusta compartir, y Dimitri...

— Charlotte no es una de las chicas que recogemos— digo entre dientes.

La verdad es que es peor, de esas que te ponen las pilas y luego te dan una patada en el culo.

Joder, si no dejo de pensar en ella, me voy a volver loco.

Me levanto, aún más enfadada que antes, me lavo el plato y subo al dormitorio. Encuentro a Eros dormido en el borde de mi cama. Ha hecho una especie de recinto con almohadas y ha puesto a Ayla en medio.

— Despierta, Eros— le digo, golpeándole en las costillas.

Salta de la cama y se frota los ojos.

— ¿Qué hora es? — susurra.

— Son más de las once. ¿Está despierta?

— Sí, no paraba de preguntar por tu madre, así que me quedé aquí con ella hasta que me dormí, pero creo que yo me dormí primero.

— Va a sufrir, y eso es todo lo que quería evitar.

— Es pequeña, no recordará esa fase— dice Eros.

Ojalá fuera tan fácil.

— ¿De verdad vas a hospitalizarla? — quiere saber.

— Sí, mañana voy a llevarla al CAPS para ver cómo funcionan las vacantes en una clínica del SUS— le explico. Mi mente ya está cansada solo de pensar en lidiar con esto.

— Si no encontramos una clínica pública, podemos buscar una privada— sugiere.

— De ninguna manera— me apresuro a decir. — Ya haces mucho por mí al dejarme vivir aquí gratis.

— Eres mi mejor amigo, Artho. ¿De qué me sirve el dinero si no puedo ayudar a las personas que quiero, las únicas que me quedan?

— No somos tu responsabilidad. Querernos no significa gastar tu dinero en nosotros— intento explicar.

Resopla y se dirige a la puerta.

— Espero que algún día dejes de ser tan orgullosa. Y que sepas que no es por ti, es por tu madre y por la increíble mujer que es cuando no toma drogas.

Me trago el nudo en la garganta y asiento con la cabeza.

— Buenas noches, Eros.

— Quédate con Dios, Artho.

Es increíble cómo no ha perdido la fe, a pesar de todo lo que ha pasado.

Creo que todos estamos familiarizados con el sufrimiento, algunos en menor medida, pero Eros perdió todo lo que era más importante en su vida.

Miro a Ayla, profundamente dormida, y le acaricio el pelo. No sé qué haría si la perdiera a ella o a mi madre. No podría soportarlo, como ha hecho Eros.

Me doy una ducha y me duermo nada más meterme en la cama, mañana va a haber tormenta.

Capítulo 16



Martes, 15 agosto 2017

Marcela prepara el desayuno y me exige que coma antes de salir para llevar a Ayla a la guardería.

La mesa está llena de salami, cucas, quesos, jamones, cassetinho, cueca virada y pasteles, además de café y leche.

Preparo el biberón de Ayla y la pongo en uno de los bancos de la isla.

Acepto el mate que me prepara Marcela, porque afuera hace mucho frío. Se congeló durante la noche y apenas puedo ver el césped congelado a través del espeso aserrín que rodea la casa.

Ayla lleva puesto su mono más calentito, una bufanda y un gorro de lana, pero odio sacarla de la casa calentita cuando se ha terminado el biberón.

— Nube, *Tutú* — dice con voz chillona en cuanto salimos del coche, señalando el aserradero que nos rodea.

— Sí, mi princesita, la nube ha bajado del cielo para desearte buenos días— bromeo mientras la coloco en su sillita en la parte trasera de mi coche.

Da palmas y tiene la risa más dulce del mundo. Aunque me estoy congelando, Ayla consigue calentarme el corazón. Me inclino y beso la punta fría de su nariz respingona.

Conduzco hasta la guardería. No quiero ni pensar en la deuda que habrá contraído mi madre con algún traficante local.

Espero que Charlotte pueda quedarse con ella al menos hasta las ocho y media, así podré echarle una mano a Celso con la mansión que está construyendo. Pasaré menos tiempo con Ayla, pero es por una buena razón, necesito ayudarle para que no eche a mi madre hasta la semana que viene.

Le mando un mensaje de buenos días a Charlotte en cuanto dejo a Ayla en la guardería. El sueño nocturno me ha hecho darme cuenta de lo imbécil que he sido, no solo por besarla, sino también por entrar en su cuarto de baño, y más aún por ir detrás de otra persona cuando Charlotte me echa de la habitación.

Sé que me merecía eso y los insultos de Larissa, pero no quiero que Charlotte se enfade. Prometo no volver a besarla, si es necesario.

¿En qué estaba pensando?

Aunque sea un gilipollas, tengo mis principios y, por su culpa, los he roto.

Mujer Maravilla: *Buenos días, Artho. ¿Cómo está Ayla?*

Me sorprende su mensaje. Respiro aliviada al ver que no se ha enfadado. Tal vez no necesite hacer promesas después de todo.

Yo: *Está bien. Acabo de dejarla en la guardería.*

Mujer Maravilla: *Fue estupendo pasar tiempo con ella ayer. Es la niña más guapa e inteligente que he conocido.*

Leo tu mensaje y se me dibuja una sonrisa en la cara.

Yo: *Realmente lo es.*

Pongo el móvil debajo del freno de mano y arranco el coche. Antes de llegar a casa de mi madre, oigo sonar una nueva notificación.

Tenemos que hablar de lo que pasó ayer.

Trago saliva. No puedo preocuparme por eso ahora.

Salgo del coche y entro en casa, como de costumbre Celso ya se ha ido a trabajar.

Encuentro a mi madre sentada en el borde del sofá. Veo la almohada, sus mantas y la estufa de gas encendida a su lado. Llora como una niña inconsolable.

— Me quitaste a Ayla— murmura en cuanto me ve. — La única alegría que tenía.

— Ya no puedes cuidar de ella, mamá— le digo mientras me siento a su lado. Huelo la cerveza en su aliento y contengo la respiración para acercarme. — ¿De dónde has sacado el dinero para comprarte una copa?

— Vendí ropa que ya no usaba y... — señala con la barbilla en dirección a la cocina: el microondas. Ya no lo necesitamos.

Aprieto los ojos con las yemas de los dedos índice y pulgar. Las lágrimas hacen que me ardan los ojos, pero tengo que tragármelas. Estuvo muy cerca de esto cuando yo era niña, y consiguió recuperarse sola gracias a mí, ahora soy yo quien tiene que salvarla de este agujero. No hay nada que odie más que ver a mi madre así.

— No tiene sentido pelearse contigo— susurro y le acaricio la cabeza. — ¿Por qué has dormido en el sofá?

— Tu padrastro no quiere que me acueste con él— responde y suelta un sollozo. — No sabes lo humillante que es para mí a esta edad.

Apoya la cabeza en mi hombro y se abraza a mi cintura. No puedo quitarle la razón, ya ha tenido bastante.

— ¿Por qué no nos vamos a vivir juntos? Ayla, ¿tú y yo? Ya has estado bastante tiempo en casa de los Giordano, es hora de que cuides mejor de tu madre— sugiere.

— Me ocuparé de ello, pero no será llevándote a vivir conmigo y confiándote de nuevo a Ayla —digo—. Estás vendiendo cosas de casa para comprar drogas y bebida.

— Sólo lo que ya no usamos, intenta defenderse.

— Necesito que te duches, te laves los dientes y te prepares, mientras te hago un café. Ya sabes adónde vamos y no voy a volver a discutir contigo.

Respira hondo, pero se levanta y se arrastra hacia el baño.

Encuentro la cocina ordenada y me doy cuenta de que no ha sido ella quien ha limpiado, sino Celso.

Preparo el café y unto con margarina una cazuela que encuentro en la bolsa de pan duro, que está en el espacio donde antes estaba el microondas.

Aparece con el pelo húmedo y enmarañado, y yo se lo peino mientras ella prepara el desayuno.

— ¿No deberías estar en la universidad? — pregunta mi madre.

— Sí, debería. Pero es mejor faltar a clase que trabajar. Iré en cuanto pasemos el CAPS — explico pacientemente.

— Dijiste que me darías una semana para tomar una decisión.

— No voy a llevarte al hospital, sólo a una consulta.

Cuando termina de comer, la llevo al coche. Mi madre es reacia, pero va. Me hace pensar en todas las veces que me llevó a urgencias por una herida causada por mi padre.

Ahora soy yo el que la lleva con heridas en la mente por la misma maldita razón.

Si no hubiera sido por mí, mi madre podría haber escapado de él muchos años antes, y no tendría todos los problemas que tiene hoy, pero yo siempre fui la carga que tuvo que llevar.



Llego a la UFBG a mitad de mi clase de Práctica Forense Laboral y el profesor Eduardo Gomes me deja entrar, a pesar de mi retraso. Es una de las ventajas de ser buen estudiante.

La atención en el CAPS no fue mala, pero el psiquiatra aún tiene que evaluar mejor su estado y la necesidad de hospitalización. Además, mi madre tiene que estar de acuerdo, y entonces buscarán una plaza.

La hospitalización de urgencia sólo se lleva a cabo en caso de brote psicótico o cuando el paciente pone en peligro su propia vida o la de los demás.

No quiero ni pensar en la idea de que mi madre tenga que ir tan lejos para recibir el tratamiento más riguroso.

Estoy pensando en la oferta que hizo Eros de pagar su tratamiento en una clínica privada.

Hago una rápida búsqueda en Google y descubro que los costes mensuales de un lugar así ascienden a más de diez mil reales.

Está tan fuera de mi realidad que es imposible que me lo plantee.

Suena el timbre y el profesor Eduardo se despide de la clase. Intercambio unas palabras con los alumnos de mi periodo sobre un seminario que tenemos que presentar la semana que viene, y luego me dirijo al bloque donde está el aula del primer periodo.

Veo que la profesora Claudia ya está borrando la pizarra. Levanto la cabeza al entrar en la habitación, decidido a aceptar todo lo que Charlotte tenga que decirme. Si no quiere que la bese más, aceptaré. No tengo nada que hacer coqueteando con ella, y mucho menos agarrándola en una escalera oscura, es virgen y probablemente eso le importe, querrá perderla con alguien que realmente le guste y en quien confíe, y ese no puedo ser yo. No tengo nada bueno que ofrecer y lo último que quiero es una relación.

Es mucho mejor quedarse con varios que encariñarse con uno, al fin y al cabo, ése es el lema del Club de los Canallas.

Veo a Larissa al otro lado de la habitación cuando llego a la puerta, ella también me ve y muerde la punta de su bolígrafo, ya no parece enfadada conmigo.

Tiene razón, es la única de tu piso de niña rica que aún no me he comido, pero no estoy jugando, como ella ha dicho, es que aún no me va tanto.

Vuelvo la cara hacia la fila donde suele sentarse Charlotte y trago saliva.

El asiento frente a ella está vacío, como exigí ayer, pero lo que veo me hace hervir el cuerpo. Me olvido de Larissa y de todos los demás problemas cuando veo la falda plisada que cubre apenas unos centímetros de sus muslos.

Bajo la cabeza y miro a mi alrededor. Veo al menos a dos novatos babeando sobre tus piernas.

Cierro las manos en puños y respiro hondo. Mis ojos bajan hasta las medias que terminan por encima de sus rodillas, lleva puestas sus botas de tacón y una camiseta de Mujer Maravilla bajo la chaqueta abierta. No es la misma que llevaba el primer día, la otra era holgada y gris, esta es negra, ajustada y revela el tamaño de los pechos que tuve el placer de tocar ayer.

Por si fuera poco, no lleva el pelo recogido ni en coletas, sino suelto, cayéndole brillantemente alrededor de los hombros. Y para completar mi tormento, sus labios son de color rojo.

Me desplomo en la silla frente a ella, sentándome de lado para poder verla mejor, y dejo caer mi mochila al suelo entre mis piernas.

Busco un cumplido, pero mi mente está llena de recuerdos de lo que pasó ayer, el sabor de sus labios, la suavidad de su cuerpo y cómo me agarró y respondió. Casi puedo oírla gemir de nuevo.

Asiento con la cabeza. Tengo la boca seca.

Es un mal día para que se burle de mí de esa manera.

— "Hola— susurra.

Está tomando notas en su cuaderno con una mirada inocente, como si no fuera la mujer más sexy de la sala.

Sin molestarme en resistirme, ya que no puedo besarla con la profesora en el aula, alargo la mano y le toco una de las rodillas. La aprieto por encima de sus medias negras y sigo subiendo los dedos.

No intenta detenerme, ni siquiera se mueve, sólo me mira fijamente con sus ojos grises desorbitados y sus labios entreabiertos. Nunca la había visto mirarme así.

Me toco la suave piel de la cara interna del muslo y me froto con el pulgar.

Charlotte jadea. La punta del bolígrafo deja de escribir y se centra en mí. Siento que la sangre me hierve hacia la ingle. Vuelvo a mirar a mi alrededor y noto algunas miradas curiosas. No me importa que me vean, es mejor que sepan que estas piernas expuestas por la falda plisada me pertenecen.

Tengo que echarme hacia atrás en la silla para seguir subiendo la mano por debajo de su bolso y acercarme a su coño. Paso la punta de la lengua por los dientes superiores y presiono con los dedos la piel, cada vez más caliente y suave, y noto que su cara empieza a sonrojarse.

Se muerde el labio rojo lentamente, de una forma que aniquila los pensamientos coherentes. Solo quiero llevarla a algún sitio donde pueda abrirle las piernas y follarla duro.

Mis dedos alcanzan sus bragas. Charlotte vuelve a estremecerse, abre la boca y pone los ojos en blanco por un momento. La acaricio, está ardiendo. Noto la tela de la lencería húmeda y mi boca saliva con el deseo de saborear su coño, no hay nada que desee más que eso en este momento.

— Gabriela Rossi, ¿puedes decirme dónde lo dejamos?

Charlotte salta cuando oye la voz del profesor, me aparta la mano, cruza las piernas y hojea las páginas de su cuaderno de ejercicios.

— Oye— susurro para llamar su atención de nuevo.

— ¿Qué le pasa? — pregunta ella.

Señalo con la barbilla en dirección a la salida. Ella mueve la cabeza negativamente y vuelve a mirar hacia delante.

Me arreglo los pantalones en un vano intento de disimular mi erección, dejo la mochila a los pies de la silla y pido que me disculpen por salir de la habitación.

En el pasillo, le envío un mensaje de WhatsApp, pidiéndole que se reúna conmigo delante del aseo del bloque.

Voy andando. Hay un bebedero frente a la puerta del aseo de señoras. Apoyo la espalda y un pie contra la pared y espero. Veo que ha visto el mensaje, pero no ha contestado.

Estiro el cuello y miro por el pasillo hasta que la veo salir de la habitación y caminar hacia mí.

Me aseguro de que no hay chicas en el baño y entro a esperarla.

Capítulo 17



Martes, 15 agosto 2017

Nunca pensé que me excusarían de una clase para encontrarme con un sucio bastardo en un baño universitario, eso no va conmigo.

Mientras camino con el corazón latiéndome deprisa y una sensación de inquietud en el estómago, casi puedo oír la voz de Raquel diciéndome anoche que tengo que disfrutar más de la vida. Eso fue justo después de echar a Artho de nuestra habitación tras mi primer beso.

Nunca pensé que ocurriría como ocurrió. Imaginaba que me besaría con dulzura y delicadeza, un caballero que me trataría con cariño, no un tipo tatuado que me apretaría el cuello mientras me metía su deliciosa y suave lengua en la boca.

Me detengo a mitad del pasillo y sacudo la cabeza. Por qué demonios me ha gustado tanto, por qué no puedo olvidar la sensación de sus manos grandes y fuertes en mi cuello y su polla dura frotándose contra mí?

Sacudo la cabeza, no se suponía que fuera así. Definitivamente no me sienta bien.

Me doy la vuelta y vuelvo hacia mi habitación.

Vuelvo a oír la voz de Raquel. Me ha dado carta blanca para quedarme con Artho, dice que sólo le ha besado un par de veces y que a ninguno de los dos nos interesa volver a hacerlo. Pero yo no quiero.

Artho no tiene nada que ver conmigo, somos opuestos. ¿Qué ha dicho?

— ¡Ah, sí! Ha dicho que no se queda con vírgenes— murmuro, sola en el pasillo.

Vuelvo a girar sobre mis talones, enderezo mi postura y camino hacia el baño, decidida a echarle en cara esta verdad.

Respiro hondo al ver el bebedero y ensayo mentalmente las palabras que le pondrán fin, pero mi discurso se enturbia en cuanto lo veo apoyado en la encimera de mármol de los lavabos.

Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta verde militar bajo una chaqueta negra con puños y cuello a rayas blancas y negras. Lleva una larga cadena de plata alrededor del cuello, que desaparece dentro del cuello de la camiseta. Artho traga saliva y su nuez de Adán se mueve entre los tatuajes.

— Eso no está bien— empiezo a decir mientras acorto la distancia entre nosotros. — Y no volverá a ocurrir.

— No... — susurra y niega con la cabeza.

Me agarro al cuello de su chaqueta mientras me estrecha con fuerza entre sus brazos. Noto el bulto duro contra mi bajo vientre y lucho por no ceder.

Su beso empieza despacio, dándome la oportunidad de escapar, pero es tan difícil... aún más difícil cuando acelera, cuando sus manos alcanzan mi trasero a través de la falda.

Artho golpea su mano plana contra mi nalga y me estremezco. Intento acercarme más a él, a su cuerpo, pero ya estoy bastante cerca.

Le agarro la nuca y enredo los dedos en su pelo. Confío en poder parar en cualquier momento, solo quiero disfrutar un poco más.

Me suelta el culo, me pone una mano en el cuello y la otra me agarra del pelo para poder girarme. Mis caderas chocan contra las suyas y Artho me empuja hacia una de las cabinas.

Apoyo las manos en la pared en cuanto cierra la puerta y me levanta la falda.

Miro hacia abajo y veo su mano tocándome por encima de las bragas. Me muerdo el labio con fuerza y cierro los ojos para no dejar escapar el gemido que se forma en mi garganta.

— No podemos hacer eso— susurro. — Está mal.

— ¿Por qué? — me pregunta, antes de pasarme la lengua por la sensible piel del cuello.

Me retuerzo contra su cuerpo y aprieto los dientes con fuerza, invadida por una palpitación que nunca antes había sentido. El deseo es tan grande que ardo.

Esto no me puede estar pasando a mí, apenas le conozco. Lo único que sé de él es que no es bueno, ¿cómo he podido salir en mitad de clase a buscarlo?

— Artho... — Le llamo por su nombre, mientras la punta de su dedo rodea el elástico de mis bragas.

— Tu coño es mío a partir de ahora— murmura contra mi cuello. — Mío y de nadie más.

Quiero recordarle todo lo que nos detiene, pero ardo cuando agarra con ambas manos la tira lateral de mis bragas y me la arranca.

Se me corta la respiración cuando Artho hace lo mismo con el otro lado. No puedo creer lo que acaba de hacer. Sus dedos me acarician, ahora sin la tela de por medio.

No puedo soportarlo y suelto un gemido.

— ¿Alguna vez alguien te ha hecho mojar así? — pregunta.

— No... — Respondo en voz baja.

Alargo la mano y le agarro la nuca. Creo que voy a explotar de deseo.

— Eres mía, Charlotte —murmura con un tono de voz autoritario—. Sólo mi polla puede entrar en tu coño, ¿entendido?

Sacudo la cabeza. Como si supiera exactamente lo que quiero, siento que la punta de su dedo abre mis labios inferiores y me toca el clítoris.

Me muerdo el labio aún más fuerte, pero no puedo contener el gemido.

Artho levanta la mano y me aprieta el cuello.

— "Sí— susurro. No sé qué me hace para volverme tan loca.

Su dedo se desliza hacia abajo y roza mi parte más sensible.

— Joder, qué cachondo estás— dice con voz ronca. — Me muero de ganas de chupártela bien, de follarte por todas partes, de...

No termina. Oigo pasos en el baño y permanezco inmóvil.

Por suerte, estamos dentro de la cabina. Artho sube su mano desde mi cuello hasta mi boca, cubriéndola, y empieza a tocarme más deprisa. Sé que debería detenerle, pero ¿cómo voy a hacerlo cuando me está provocando la mejor sensación que he experimentado nunca?

Oigo el sonido de la cisterna del váter en otro camarote y, un momento después, el ruido del agua cayendo en el lavabo.

Artho sigue acariciándome hasta que siento que no puedo más.

Unos segundos después de que los pasos abandonen el baño, se detiene y me suelta.

Estoy perdida sin la sensación de sus manos sobre mi cuerpo. Se me baja la falda y me doy la vuelta. Lo miro fijamente mientras chupa el dedo que hace unos segundos me estaba tocando.

— Sólo te correrás cuando yo te deje— me dice levantando la barbilla. — Esta noche voy a llevarte a un sitio donde puedas sentarte en mi cara y frotarte el coño en mi boca. Y voy a hacer que te corras tan fuerte que nunca lo olvidarás.

Artho termina de decir esto, se mete lo que queda de mis bragas en el bolsillo del pantalón y se va, llevándose consigo mi dignidad.

Necesito un momento para recuperar el control de mi conciencia. Mi cuerpo tiembla, acalorado y sensible, y Artho acaba de dejarme así, saliendo vencedor, cuando yo sólo he venido a ponerle coto.

¿Cómo pude dejar que llegara tan lejos? No puedo creerlo, ese no soy yo.

Estoy a punto de coger el móvil y llamar a Raquel, pero recuerdo que me lo dejé encima de la mesa en la clase de la que no debería haber salido.

Camino a paso ligero hasta el lavabo y me lavo con agua fría las partes donde me ha tocado, esperando que la baja temperatura borre los rastros de lo que he sentido. Se me mancha el carmín y tengo que frotarme varias veces los labios con una toalla de papel hasta que vuelvo a

estar en pie.

— Voy a resistir— le digo a mi reflejo en el espejo en cuanto estoy lista para volver a clase. — No es porque esté tatuado, esté bueno, le encante tomarme el pelo y tenga un pasado traumático por lo que voy a ser su putita.

Me encojo de hombros, satisfecho con mi discurso. No me va a sacudir cualquier veterano. Me besó, de acuerdo, algún día tendría que darme ese primer beso, pero eso no significa que vaya a toparme con él cada vez que me llame.

— Por no hablar de que no le van las vírgenes— me recuerdo, aún frente al espejo.

Sonrío y salgo con la dignidad restablecida, casi olvidando que no llevo bragas.



— Mira lo que vamos a hacer esta noche — dice Raquel mientras coloca un folleto en la mesa junto a mi bandeja del almuerzo.

Miro el periódico y veo a una mujer en lencería colgada de una barra de hierro.

Ensarto un trozo de zanahoria cocida con el tenedor y lo mastico lentamente, con las cejas arqueadas, a la espera de más información.

Raquel hace un gesto con la mano hacia el papel. Lo miro de nuevo y leo la dirección y la hora: Village Hotel, 11pm.

— ¿Qué? ¿Qué te pasa? — pregunto.

— Vamos a tomar clases de baile en barra— dice en voz baja.

— Claro que sí— digo con sarcasmo y le devuelvo el folleto a Raquel. — Sólo en tu imaginación.

— Hagámoslo, y no te atrevas a estropear mi buen humor.

— Raquel, ni siquiera tengo dinero para comprar los libros de la universidad, ¡y mucho menos para pagar clases de pole dancing! ¿En qué piensas?

— Las clases son gratuitas. Una conocida ha abierto un local y, como le ayudé a

conseguir alumnos, nos va a dar clases gratis— explica. — ¿Cuál es la excusa ahora? El hotel Village está a tres manzanas del Edificio Universitario. Es sólo una hora de clase los martes y los jueves.

Respiro hondo.

— No sé si te has dado cuenta, pero soy un poco tímido e introvertido —le recuerdo—. Por eso el gilipollas de Artho me llevó a la fiesta de novatos.

— No pensabas que era tan gilipollas cuando te metió la lengua hasta la garganta anoche — bromea. — Peor aún, frotándote contra él en nuestro baño. ¡Así es una chica tímida!

Exhalo un suspiro y dejo el tenedor en la bandeja.

— Le besé una vez más y se acabó. No volverá a pasar, ya verás— le dije, esperando que Raquel me apoyara.

— ¿Te has vuelto a quedar? — pregunta con los ojos muy abiertos. — ¿Cuándo, dónde? Son las doce y media del mediodía. ¿Cómo puede ser?

Muevo los hombros y enderezo la postura.

— En medio de una clase de Economía Política— respondo.

— ¿Cómo?

— Me topé con él en el servicio de señoras, pero fue algo rápido, nada que interrumpiera mi lección— miento.

— Estoy sorprendida— bromea Raquel.

— Y ahora tiene mis bragas en el bolsillo de sus vaqueros —susurro—. Espero que me des algunos consejos para ser más fuerte y no toparme con él cuando me llame.

La boca de Raquel se abre en forma de "o".

— ¿Tuvisteis relaciones sexuales?

— ¡No! Fue sólo... Nos besamos y él... — No puedo explicar lo que pasó, me arde la cara. — Amigo, dime que tengo que alejarme de él, que esto no está bien, por favor.

— No está mal si es bueno para ti— bromea Raquel. — ¿De verdad te ha quitado las bragas?

— Se rasgó.

Estalla en carcajadas, atrayendo la atención de algunos universitarios hacia nuestra mesa.

— Vale, eres más puta de lo que pensaba.

— ¡Raquel! — Te regaño, pero tu comentario no me ofende.

— En serio, si disfrutaste estando con Artho —y creo que lo hiciste, ya que tus bragas acabaron en su bolsillo—, no hay necesidad de contenerse. Siéntate con él y sé feliz.

Pongo los ojos en blanco, sólo yo podía pensar que ella podría ayudarme.

— Es un gilipollas —le recuerdo. — Incluso tiene fama de ligarse a las novias de sus amigos.

— Hablaba de sentarse, no de tener citas. Sólo asegúrate de no enamorarte — explica Raquel. — Por lo demás, adelante, cuando te canses de él, déjalo ir.

— Nunca me enamoraría, y menos de alguien como Artho Becker— digo convencida. — Tengo cosas mucho más importantes en las que centrarme.

— ¿En las clases de pole dance, por ejemplo? — pregunta Raquel.

Justo entonces, veo a Artho entrar en el comedor con sus amigos.

Recuerdo que me dijo que me iba a llevar esta noche a un lugar donde pudiéramos estar solos.

— Lo haré— le digo a Raquel. — Cualquier cosa con tal de alejarme de él esta noche. Recogeré a tu hermanita de la guardería, me quedaré en casa con ella hasta que llegue Artho y luego me reuniré contigo.

— ¡Te quiero, colega! — dice Raquel y aplaude.

Mantengo los ojos en mi bandeja mientras los seis pasan a mi lado, no voy a darles el placer de mirarme.

— ¿Qué pasa, Charlotte? — Oigo que Lion me saluda.

— "Hola— respondo, levantando la mirada lo justo para ser cortés.

— Voy a vestirnos— dice Raquel, desbordada de felicidad.

No sé de dónde voy a sacar el valor para ir a una clase de pole dance.



Ayla está más agitada que ayer y le pregunta a mamá varias veces durante el viaje en autobús.

— Le duele, pero se pondrá bien pronto— le digo para animarla.

— *¿No lo veía Bebé*? — pregunta con voz dulce y ojos curiosos.

— No puedes hasta que se cure.

— *¿Y Tutú? ¿Dónde está Tutú?* — Ayla quiere saberlo.

— Su hermano está trabajando en el registro civil, pero en cuanto anochezca estará en casa.

— *Extraño a mamá y papá*— murmura, dejando escapar un suspiro dramático y bajando los hombros. — *Y Tutú*.

Se me aprieta el pecho, ojalá pudiera hacer algo para mejorar su estado de ánimo, pero debe de ser muy difícil para un niño tan pequeño estar lejos de su madre.

— Verás a tu padre el sábado— le digo para animarla. — Artho dice que vas a pasar el fin de semana con él.

— ¡Sí! — dice y aplaude.

Me doy cuenta de que Ayla tiene el mismo hoyuelo en la mejilla que Artho. Tiene el mismo color de pelo y de piel, pero los ojos son diferentes. Imagino que se habrá parecido a su padre biológico.

— *Papá hace pastel, palomitas y patel* — me dice. — *A Nenê le encanta el patel*.

— ¿Es así? — le pregunto. Me alivia darme cuenta de lo mucho que le gusta su padrastro y de lo mucho que él parece quererla.

— *Papá llega a casa muy, muy cansado* —explica Ayla.

— ¿Demasiado cansado?

— *Muy, muy cansada*— repite. — *Y duerme temprano. Hace un hogar*.

— Construye casas, es muy listo.

Niega con la cabeza, respira hondo y apoya la cabeza en mi pecho.

El olor de su pelo me hace querer apretarla fuerte. Me encantan los niños.

Me bajo del autobús con ella dormida en brazos. Hoy he sido lista y he ido a mi habitación a dejar mis cosas de la universidad después de tres horas de estudio en la biblioteca. Así que solo tengo a Ayla y su bolsa rosa para subir la cuesta.

Llegamos a la puerta de la mansión sin ningún imprevisto. Cojo el mando de la puerta que me dio Artho y la abro.

Darth Vader está en el jardín y viene corriendo a mi encuentro en cuanto entro. Da un fuerte ladrido que despierta a Ayla de su siesta.

— Cachorro— dice y se estira para bajarse de mi regazo.

Lo pongo en el suelo y me agacho para acariciar la cabeza del rottweiler.

— Sólo pareces enfadado, pero eres un chico dulce— le digo, que me mira como si entendiera perfectamente lo que le digo.

Cojo a Ayla de la mano y ella camina conmigo hacia la puerta principal. Darth Vader nos sigue, como si nos custodiara.

La llevo directamente a su habitación y juego con ella delante de la tele hasta que anochece. La casa sigue vacía cuando bajo a darle de cenar.

Encuentro tortei con salsa de tomate en un plato sobre la placa. Abro los armarios y encuentro platos y cubiertos. Sirvo a Ayla y luego decido que yo también puedo comer un poco.

Le encanta el tortei y se atiborra. Le ato un paño de cocina al cuello para que no se ensucie la ropa.

La comida es deliciosa, y ya voy por el segundo plato cuando oigo abrirse la puerta.

Me pongo tensa, temo que sea Artho, no me he enfrentado a él desde aquella fatídica lección y no sé cómo voy a comportarme, pero sólo es Eros.

— Buenas noches, Patatita— dice y besa la mejilla de Ayla.

Levanta el tenedor con un tortei sobresaliendo y le sonríe con la boca toda embadurnada

de salsa.

— ¿Quieres cenar algo? — pregunto, avergonzado de estar comiendo sin invitación del dueño de la casa.

— Hoy tengo una reunión, pero voy a preparar un plato y comer algo.

— No está de más forrarme primero el estómago— digo y luego me arrepiento.

Eros me mira, pero no hace más comentarios.

Quiero contarle lo de Raquel, pero no sé cómo hacerlo. Hoy tenía que conocer a mi amiga. No consigo sentirme cómoda en su presencia. Termino de comer, ayudo a Ayla a terminar también y lavo los platos rápidamente.

Vuelvo a la seguridad de la habitación de Artho antes de que lleguen más gilipollas a casa.

Aparece hacia las 20.00 horas, cargado con dos grandes maletas y una bolsa de juguetes.

Ayla salta a sus brazos en cuanto le ve.

Trago saliva, embargada por una emoción inquietante. Su rostro está serio, pero me dedica una sonrisa ladeada mientras me mira.

— ¿Son sus cosas? — pregunto.

Asiente con la cabeza.

— Ya no podía dejarla con mi madre— murmura Artho.

En cuanto deja a su hermana pequeña en el suelo, veo que arrastra las maletas hasta la entrada del vestuario y noto que tiene los hombros caídos. Ya no tiene ese aire de chico malo.

— ¿Cómo está? — pregunto mientras me acerco a él. — ¿Has visto algo sobre la hospitalización?

— Lo van a investigar, pero creo que es difícil conseguir una plaza. Está fatal, pero lleva todo el día en casa, al menos eso me ha dicho.

— "Puedes contar conmigo para lo que sea— murmuro y me cruzo de brazos. Sé que esas no eran las palabras que pretendía decir cuando lo conocí, pero odio verlo así.

— Gracias, ya estás haciendo mucho por ella— dice y abre la bolsa de juguetes, haciendo

que Ayla salte de emoción.

Tengo ganas de abrazarle y decirle que todo va a salir bien, pero ¿a mí qué me importa?

— Ya ha cenado— le digo mientras recojo mi abrigo de la cama.

— ¿Adónde va? — Artho quiere saberlo.

— En casa.

Tu estado de ánimo cambia drásticamente.

— Acordamos...

— No, Artho. Tú aceptaste, yo no acepté nada —le interrumpí. — Tengo una cita pronto y tengo que irme.

— ¿Compromiso con quién? — pregunta mientras se interpone entre la puerta y yo.

Me río y me muerdo el labio.

— No es asunto tuyo.

— Charlotte— dice en tono de advertencia.

Levanto las cejas y le miro fijamente. Me invaden las ganas de volver a besarle, pero tengo que contenerme, no estamos solos.

— Disculpe— le digo.

— ¿Compromiso con quién? — insiste.

— Voy a salir con Raquel. Cosas de chicas — confieso y acabo arrepintiéndome, no le debo ninguna satisfacción.

— Te dejaré en casa.

— No hace falta, cogeré el autobús y puedes quedarte con tu hermana.

— ¿Vamos a dar una vuelta, mi princesita? — le pregunta a Ayla, que deja caer su casa de muñecas y viene corriendo a sus brazos.

Respiro hondo, no quiero perder los nervios con Artho delante de ella.

— No es necesario, de verdad. Quédate en casa con tu hermana.

Artho abre la puerta y me la sujeta para que salga de la habitación.

— ¿Es larga esta cita? ¿Podemos vernos más tarde?

— No, porque estarás con Ayla— le recuerdo.

— Eros puede vigilarla cuando se vaya a dormir— dice Artho.

— No puede, tiene una cita.

— Todavía tengo que verte hoy— insiste.

— Tendrás que esperar— bromeo.

Me siento aliviada cuando llegamos a tu coche. En primer lugar, no me hacía mucha ilusión coger el autobús y el ascensor ha ido muy bien; en segundo lugar, con Ayla en el asiento de atrás, ninguno de los dos perderá el control.

— Vuelvo enseguida, princesita— dice Artho en cuanto nos detenemos frente al edificio.

Me apresuro a abrir la puerta y salgo del coche. Doy la vuelta al asiento trasero y beso su pelo castaño, recogido con lazos morados.

— Hasta mañana, mi amor— le digo y le beso la punta de la nariz. — Duerme con los ángeles cuando llegues a casa.

Me lanza un beso y agita su mano regordeta, haciendo que mi corazón se caliente.

Artho sujeta la puerta y la cierra en cuanto salgo del asiento trasero.

— Gracias por traerme— digo y doy un paso hacia el edificio, pero él me coge de la mano.

Retrocedo e intento meter la mano en su bolsillo para recuperar lo que queda de mis bragas.

— No está —dice y esboza una sonrisa torcida que deja ver sus colmillos—, igual que tú ya no llevas falda.

Mantengo los dedos delante de su bolsillo y le miro desafiante.

— ¿De verdad tienes que salir con tu amigo o te has inventado una excusa para huir de mí? — pregunta.

— Sí, me gusta.

— ¿Qué importancia tiene?

— Más de lo que crees, te lo garantizo.

Se me acelera el corazón cuando me suelta la muñeca y me sujeta el cuello, deslizando los dedos por mi nuca.

— Tengo que entrar— susurro.

— Y yo te necesito a ti— murmura Artho.

— No tienes que hacerlo. Soy virgen, ¿lo has olvidado? En caso de que lo hayas olvidado, déjame recordártelo. No salgas con vírgenes, porque hacerlo es el mayor error que has cometido.

Me sostiene la mirada. Estoy tan cerca que siento el calor de su aliento.

— El sábado, Ayla estará con mi padrastro y te quiero toda para mí.

Pierdo el aliento.

— Soy virgen — repito.

— Voy a quitarte la virginidad— dice y me aparta. No tiene que esforzarse mucho, es vergonzosa la forma en que cede.

El beso sólo dura unos segundos, pero es suficiente para despertar mi cuerpo.

— ¡Vete a un motel! — Oigo gritar a Raquel desde la ventana de nuestro dormitorio.

Agarro el pecho de Artho un momento, aprovechando para sentir sus músculos rígidos bajo la chaqueta, y luego me separo.

— Hay una fiesta en casa el sábado. Va a ir mucha gente del curso. Te quiero allí— dice.

— Me lo pensaré.

— Invita a tu amiga, creo que nunca ha estado en nuestra casa. A Eros le gustará conocerla.

Me muerdo el labio, es la oportunidad perfecta para ella. No puedo negarle eso a Rachel.

— Voy, pero sólo a la fiesta— le digo. — Ese fue nuestro último beso, ¿entiendes? Ya no vamos a seguir juntos y sólo vas a quitarme la virginidad en sueños.

Su sonrisa se ensancha. Está claro que Artho no cree que pueda resistirme a él.

Capítulo 18



Jueves, 17 agosto 2017

Estoy todo dolorido por la segunda lección. No pensé que colgar de un poste pudiera doler tanto.

En la primera clase del martes, estiramos y aprendimos los primeros movimientos. Pensé que me daría mucha vergüenza, pero la profesora era encantadora y acabé dejándome llevar.

Conseguí colgarme de la barra durante dos segundos. Raquel fue más allá y aguantó cinco segundos.

— ¿Has pensado en hacer un pequeño espectáculo privado para Artho? — bromea, mientras caminamos desde el Hotel Village de vuelta al Edificio Universitario.

Mi cuerpo aún está caliente, pero si no nos damos prisa, acabaremos congelándonos en la calle.

— Sí, claro que me lo imaginaba— digo con sarcasmo.

— Imagínate, no sabe que estás tomando clases, te lleva a un motel donde hay un bar y bailáis. Nunca te olvidará.

— Estás de viaje, Raquel— me quejo.

— Si no es para enseñárselo a alguien, ¿por qué te esfuerzas tanto en aprender? — se burla de mí.

— Si no me gradúo en Derecho, ya tendré una profesión— bromeo.

Al acercarme al edificio, busco el móvil en el bolsillo de la chaqueta y veo dos llamadas perdidas de Artho.

Pongo los ojos en blanco, parece que cuanto más le ignoro, más me busca.

El miércoles no pudo traerme porque Ayla estaba triste, echaba de menos a su madre y a su padrastro, pero hizo que Eros me llevara, aunque le dije que podía coger el autobús.

Hoy me he colado en el coche de Lion en cuanto Artho ha llegado a casa. Lion venía a Bar Culture y me ha dejado en la puerta del edificio.

Cuando llegamos a la acera de nuestro edificio, veo el coche de Artho parado detrás de una furgoneta.

Mis manos vuelan hacia mi pelo en cuanto lo noto.

— Te llamé, pero no contestaste— dice.

— Acabo de ver los enlaces.

— Buenas noches, Artho —le saluda Raquel.

— Buenas noches —responde, mirándola sólo una fracción de segundo, y luego vuelve a centrar su atención en mí—. Perdona que te moleste otra vez, pero ¿podrías quedarte con Ayla unas horas más?

— Por supuesto —respondo, notando su cara de preocupación—. ¿Ha ocurrido algo?

— Me ha llamado mi padrastro, mi madre no estaba en casa cuando ha llegado — dice en voz baja. Imagino que te da vergüenza hablar de los problemas de tu madre delante de Raquel. — La buscaré por el barrio.

Asiento con la cabeza, luego me dirijo al coche, abro la puerta y recojo a Ayla, que está dormida. Veo a Eros sentado en el asiento del copiloto, casi le pido que baje y conozca a Raquel, pero la ocasión no es apropiada.

Artho nos ayuda a subir la bolsa con las cosas de Ayla a nuestra habitación. Está tan serio que no dice ni una palabra mientras estamos en el ascensor.

— Puedes estar seguro de que cuidaré bien de ella —le aseguro, mientras Raquel me quita a Ayla de los brazos y la lleva a mi cama—. No hace falta que vuelvas hoy a por ella, vendrás mañana antes del colegio. Yo la prepararé para la guardería.

Asiente con la cabeza.

Sé que es un sinvergüenza, que no vale mucho, pero cuando se trata de su familia, hace lo que puede por ellos, por eso me estruja el corazón verle en tantos apuros.

Me pongo de puntillas y le beso cariñosamente la mejilla. Me rodea con los brazos y me aprieta contra su pecho.

— Mi padrastro dice que faltan algunos objetos de la casa, como el televisor y algunas herramientas de trabajo —murmura para que sólo yo pueda oírlo—. No los va a devolver, estoy segura.

Le froto la espalda cariñosamente.

— No puede dejarla así— susurro, no ahora.

— No puede soportarlo más.

— ¿Y la hospitalización? — pregunto.

— Aún no tenemos el trabajo, pero... — Artho empieza a decir y se calla.

Le sujeto por los hombros y me inclino hacia atrás para mirarle a los ojos.

— ¿Qué cosa? Termina de decírmelo, por favor.

— Eros quiere pagar la hospitalización en una clínica privada— dice. Veo que tiene los ojos enrojecidos e imagino que ha llorado antes de venir.

— Es genial, ¿verdad?

— Es demasiado dinero, sé que él tiene mucho y que no supondrá ninguna diferencia, pero no puedo aceptarlo.

— No es para ti, es para tu madre, Artho. No tiene sentido negarse.

— No tiene sentido aceptarlo— insiste.

— Si pudieras y Eros necesitara ayuda, ¿le ayudarías? — pregunto, atenta a sus ojos castaños, intentando leer a través de ellos lo que Artho está sintiendo.

— Claro que ayudaría— dice, como si fuera obvio.

— Entonces acepta su ayuda, no es momento de ser orgulloso —le digo con firmeza—. Por favor, por tu madre, por Ayla.

— Yo no... — empieza a decir, pero le apoyo el dedo en los labios.

— Acéptalo, insisto.

Artho asiente, me besa la mejilla y se vuelve hacia el ascensor.

El corazón me late con fuerza al entrar en la habitación. Veo a Raquel acercando su cama a la mía.

— Creo que es mejor dejarlas juntas— explica cuando las dos camas individuales están unidas. — Así Ayla no se caerá.

— Muy bien pensado— observo.

Ya ha encendido la calefacción de gas y me quito el abrigo. Agradezco que Rachel no me pregunte por los problemas de Artho. Aunque ya lo he mencionado antes, no me siento cómodo exponiendo así a su familia.

Intento leer un libro romántico después de un baño caliente. Raquel nos prepara los fideos y me lleva el plato al dormitorio para que coma sin dejar sola a Ayla.

No tardo mucho en dormirme. Me despierto en la habitación a oscuras con el móvil vibrando.

Llego hasta él y veo que Artho está enviando mensajes. Desbloqueo la pantalla y lo leo. Me cuenta que encontró a su madre en un boca a eso de las dos de la mañana, estaba sucia y tenía un corte en el labio inferior, que podría habérselo hecho un traficante de drogas. Después de encontrarla, él y Eros la llevaron a una clínica privada y consiguieron hospitalizarla. Mañana volverá para llevarse sus efectos personales.

Me duele el corazón de pensar que mi madre se encuentre en una situación similar.

Yo: *¿Quieres que lleve a Ayla a la guardería?*

Artho: *No hace falta. Iré a recogerte antes de ir a la clínica. Siento haberte despertado. Sólo te envié un mensaje porque pensé que tu móvil estaba en silencio.*

Yo: *No hace falta que te disculpes, sólo me desperté con las notificaciones porque estaba preocupada. Es un alivio saber que ya está a salvo.*

Artho: *Realmente es un alivio. Te dejaré dormir. ¿No te lo hizo pasar mal Ayla?*

Yo: *Ninguna. Que duermas bien.*

Artho: *A ti también, y gracias por todo.*

Me quedo mirando tu mensaje hasta que me pesan los ojos y me duermo.

Capítulo 19



Sábado, 19 de agosto de 2017

Raquel está flipando. Me ha cosido una falda negra con unas rayas gris oscuro que forman unos discretos cuadros escoceses, con una abertura hasta el muslo, y una camisa blanca.

Me puse su chaqueta y un par de calcetines beige 7/8, así como unos botines negros.

Está tan emocionada por ir a una fiesta en casa de Eros Giordano que me hizo la ropa sin que yo se lo pidiera, por sorpresa. Cuando llegué ayer, ya estaban listos.

— Eres la mejor compañera de habitación que podría tener— tararea mientras se mira en el espejo mientras se prueba su tercer vestido. — Creo que nunca me habrían invitado a esa mansión si no hubiera sido por ti. Gracias, amigo.

Agito la mano.

— Este vestido te queda precioso— la felicité, igual que hice con los otros tres *conjuntos* que llevaba.

— ¿Crees que se fijará en mí con esta ropa?

— Claro que sí— respondo.

— Charlotte, has dicho eso de todo lo que he intentado— se queja.

— Porque te ves hermosa en todos ellos. Eros se fijará en ti, sí, tenlo por seguro.

Continúo mi lucha por aplicar el pintalabios rojo en mis labios carnosos, intentando que no se corra. Me seco el pelo y me lo recojo en un moño mientras aún está caliente, como me enseñó Raquel, para que quede ondulado cuando me lo suelte.

— Está decidido, iré con éste— dice y desliza sus manos desde la curva de su cintura hasta sus caderas.

Rápidamente, se pone unas medias naturales y unas botas que le llegan hasta la mitad de los muslos y le dan un aspecto muy sexy. Se sienta a mi lado en el tocador y empieza a maquillarse.

Se está pegando las pestañas postizas cuando Artho llama y le dice que nos está esperando.

Raquel se levanta de la silla y corre hacia la ventana, mientras agita una de sus pestañas para secar el pegamento.

— ¡No me metas prisa, Artho! Podría tirarte una silla al techo del coche— grita.

Luego se vuelve hacia mí y baja la voz.

— ¡Oh, no, espera! Él me invitó, ¿no?

— "Él mismo— digo.

— Es broma, Artho— le contesta ella. — ¡Ya casi estamos listos!

Me río.

— Cálmate, es sólo una fiesta.

— Por supuesto, como si no hubieras flipado durante una semana por la fiesta de novatos —me riñe—.

Me aplico perfume en la nuca y me doy cuenta de que me tiemblan las manos. También estoy muy ansiosa. Habrá gente de mi clase, es un buen momento para volver a relacionarse. Apenas he hablado con ellos en toda la semana, aparte del trabajo.

No sólo tengo ganas de conocer a mis compañeros, pero eso no viene al caso.

Cuando Raquel se prepara, cerramos la puerta del dormitorio y bajamos en ascensor.

Encontramos a Artho apoyado en el capó del coche, con unos pantalones negros de sarga, una cazadora de cuero y una camiseta azul debajo. Últimamente no se afeita, no sé si lo ha elegido él o si está tan lleno de problemas que ya no le importa.

Sonríe, me coge de la mano y me guía.

— Estás perfecta, Mujer Maravilla— bromea, pero el brillo de sus ojos ha desaparecido. Ni siquiera llama a Raquel Oiapoque.

Lo entiendo, yo también estaría destrozado si pasara por lo que él ha pasado en los últimos días.

— Gracias— le contesté.

Quiero abrazarte fuerte y decirte lo mucho que echo de menos tu barbilla, tu sonrisa torcida y tu mirada anhelante, pero no puedo hacerlo. No somos nada el uno para el otro.

Artho abre la puerta del coche, primero para mí y luego para Raquel.

— ¿Está Ayla hoy con su padre? — le pregunto cuando arranca el coche.

Le veo rechinar los dientes antes de contestar. Me pregunto si le pasa algo más.

— Sí, la dejé allí antes de venir. Le echaba de menos — explica Artho.

— ¿Había mucha gente invitada a la fiesta? — Raquel quiere saberlo.

— Somos seis, cada uno hace un curso diferente, cada uno invita a amigos diferentes, que traen a otros amigos, así que la casa está llena.

La cantidad de coches y motos aparcados en la calle confirma su respuesta. Las verjas de hierro están abiertas y nada más bajar del coche oigo música electrónica.

— ¿Seguimos fingiendo ser una pareja? — le pregunto a Artho en voz baja, con el corazón latiéndome deprisa.

Tengo las manos heladas, pero no es por el frío.

— Es nuestro acuerdo— responde, y luego me coge la mano.

Raquel le rodea con el brazo y subimos los escalones de la casa.

Hay un tipo bajito fumando fuera de la casa, rodeado de dos chicas del ático de lujo.

Las dos me miran de pies a cabeza, y luego hacen lo mismo con Raquel, juzgando cada prenda de nuestra ropa con la mirada.

Encorvo los hombros. Quedarse en esta fiesta va a ser mucho más difícil que en la barbacoa de novatos.

— Voy a por bebidas— dice Artho mientras cruzamos la sala.

La sala de fiestas está abierta y veo luces que parpadean en el techo. De allí sale música.

— Me alegro de que estés aquí— susurro, aferrándome al brazo de Raquel. — Saldría corriendo si Artho me dejara sola en medio de toda esta gente.

Las habitaciones están abarrotadas. Es extraño ver la casa así. La gente no duda en mirarnos.

— ¿Es aquí donde vienes todas las noches? — pregunta Raquel, ajena a las miradas de los desconocidos.

— Sí, esta es la mansión de Eros Giordano.

— Hablando de él...— dice y señala con la barbilla.

Miro a mi izquierda y veo que Artho y él se acercan con dos pintas de cerveza cada uno.

— ¿Soy realmente guapa? — pregunta mientras se da la vuelta.

— Por supuesto, la felicito.

Los chicos se detienen delante de nosotros y Eros me tiende la bebida. Artho toca el hombro de Raquel y ella se da la vuelta rápidamente, como si no los esperara, y su pelo se agita en el aire.

— Esta es Raquel Mendes, del curso de Moda — dice Artho mientras le entrega la taza. — Raquel, este es Eros Giordano.

Miro a Eros y me sobresalto al ver la dura expresión de su rostro. Es como si hubiera visto un fantasma o incluso a alguien a quien odia mucho.

La mira. Sus ojos marrones se entrecierran y, sin decir nada, levanta la barbilla y se va.

Estoy atónita por su reacción, no es el mismo Eros que se burla de Ayla y la llama Patatita. Nunca lo había visto tan grosero. Tengo que recordarme que llevo cinco días

frecuentando su casa y, sin embargo, nunca me ha saludado en el restaurante a la hora de comer.

Frunzo el ceño y resoplo. El malestar en el rostro de Raquel es visible.

— No hagas caso a Eros— dice Artho. Me doy cuenta de que incluso él ha perdido los nervios.

— Lo que es rico es grosero— murmura Raquel.

Los tres estamos de pie en el salón, bebiendo sorbos de cerveza. Artho mira en todas direcciones menos hacia mí, dejándome con la impresión de que estar a mi lado es una carga.

— ¿Quieres dar un paseo? — me pregunta Raquel.

— Por supuesto.

La sigo, dejando atrás a Artho.

— Te juro que no me había dado cuenta de que era tan grueso— susurro en cuanto nos alejamos un poco. — Estaba tan sorprendida como tú.

— Me ha destrozado el humor— dice y da la vuelta a su jarra de cerveza. — Necesito un trago más fuerte.

La llevo a la cocina, donde Lion Bianco está preparando *bebidas* con vodka y fruta.

— Prepárame algo muy fuerte, por favor— pide.

— Hola, Charlotte — me saluda Lion.

— ¿Qué pasa, Lion? — pregunto al recibir su beso en la mejilla. — Esta es mi amiga, Raquel Mendes.

También la besa en la mejilla, como imaginaba que haría Eros.

Cuando Lion le da un vaso de bebida y Raquel le da la vuelta, empiezo a preocuparme.

— Creo que vas a tener trabajo— dice Lion con mirada comprensiva.

Quiero decir que todo es culpa de tu amigo, pero no me gusta exponer a la gente así.

— Prepara uno más fuerte — dice Raquel, golpeando el vaso contra el mármol de la isla.

Lion endereza la postura, sintiéndose desafiado, y prepara una mezcla de vodka, cachaça, tequila y un chorrito de zumo de fresa.

— Tía, no es el único hombre de la fiesta— le advierto mientras le sujeto el codo.

Pero Raquel no escucha y se sirve otro vaso.

— ¿Cómo se llama esta *bebida*? — le pregunta a Lion y pone cara rara.

— No tiene nombre, me lo acabo de inventar— dice y se encoge de hombros.

— ¿Qué tal si le llamas Raquel? — dice ella.

Le dirijo a Lion una sonrisa amarillenta e intento apartarla de la cocina antes de que pida otra copa, pero Raquel da un pisotón y me mira muy seria.

— Charlotte, hace falta mucho más que eso para derrumbarme— dice y vuelve su atención a Lion. — Ahora prepara una bebida especial para mi mejor amiga.

Lion se ríe de su espontaneidad, pero de repente se pone serio. Mira por encima de mi hombro en dirección al salón y sale corriendo con una botella de vodka en la mano.

Raquel y yo nos miramos sin comprender.

— ¿Fue algo que dije? — pregunta Raquel. — Parece que estoy condenada a espantar a todos los hombres de este club. Pero no hay problema, yo misma te prepararé una *copa*.

Empieza a mirar las etiquetas de las botellas, pero es interrumpida por Dimitri, que irrumpe en la cocina y corre hacia el lavadero, regresando unos instantes después portando una especie de bate de béisbol negro.

Mi amigo y yo nos miramos de nuevo, entonces oigo gritos y me giro justo a tiempo para ver a gente entrando corriendo en la habitación.

Capítulo 20



Raquel tira de mí para ver qué pasa. Seguimos a los curiosos mientras se cuelan por la puerta principal. Nada más salir, veo a Artho pegando a un chico al que nunca había visto antes, mientras Lion golpea a un Pinscher en el salón. Hay otros hombres que quieren unirse a la refriega, pero Dimitri está blandiendo su bate, amenazando con golpear a cualquiera que se atreva a acercarse.

Me llevo la mano a la boca, sin entender qué hace aquí el Pinscher si sabe que no es bienvenido.

La gente se reúne en círculo alrededor de los chicos. Me duele el pecho de preocupación.

Pinscher reacciona y consigue golpear a Lion en la mandíbula. En ese momento, Nathan entra en la refriega para defender a su amigo, y unos cuantos chicos hacen lo mismo, retando a Dimitri.

Uno de los chicos contra el Club de los Canallas golpea a Artho en la cara.

Me estremezco, aterrorizada ante la idea de que le hagan daño.

Dimitri golpea el bate contra la espalda del chico y lo hace caer al suelo de piedra. Me estremezco ante la escena. No tarda más de unos segundos en golpear a cada uno de los que se

atreven a desafiarle.

Me doy cuenta de que Raquel ya no está a mi lado. Como Artho no parece muy malherido, desvío mi atención de la pelea y empiezo a buscarla entre los invitados a la fiesta, que gritan, algunos en defensa de que se ponga fin a la pelea, otros sedientos de pelea.

Pinscher y su banda son desalojados de la propiedad, mientras yo busco desesperadamente a Raquel.

Me temo que ha estado bebiendo, no quiero que nadie se aproveche de su situación.

Busco a Raquel entre la gente desperdigada por el jardín, dando vueltas hasta que la encuentro detrás de un todoterreno rojo aparcado en la calle, agarrada a Víctor, el cantante del grupo que tocó en el Bar Culture en mi primera noche en Bento Gonçalves.

Me trago la vergüenza e interrumpo su beso sacudiéndole el hombro.

Ambos me miran con el ceño fruncido.

— Te he estado buscando como una bestia— le digo.

— ¿Por qué? — sigue preguntando.

— ¡Has bebido! — le digo para recordárselo.

— Te aseguro que estoy bien. Puedes ir a disfrutar de la fiesta con Artho —le anima Raquel.

La miro fijamente para asegurarme de que está sobria.

— Puedes irte, tu amiga está en buenas manos — dice Víctor y vuelve a besarla, como si yo no estuviera allí.

— He malgastado adrenalina para nada— refunfuño.

Raquel estira la mano y me empuja. Suelto un suspiro y pongo los ojos en blanco.

Camino a paso ligero por la acera, atravieso la verja y recorro el camino empedrado hasta la fachada de la mansión, observando a algunas parejas que se besuquean en el jardín.

En los escalones que conducen a la puerta de entrada, veo los fragmentos de la botella que Lion sostenía cuando estalló la pelea. Los empujo hacia la esquina con la punta de la bota para evitar que alguien salga herido.

Entro en el salón y empiezo a buscar a mi falso novio, pero para mi decepción encuentro su cuerpo apretado contra la isla de mármol de la cocina. Larissa Ferrari, a quien los veteranos llaman Burguesinha, está apoyada en Artho, sosteniendo una bolsa de hielo contra la manzana hinchada de su cara.

Siento que la sangre me arde bajo la piel, más aún cuando oigo las risas de dos estudiantes de segundo curso de Derecho.

— Ésa es la consecuencia de engañarse con uno de los hombres del Club de los Canallas — dice uno de ellos, mirándome directamente.

— Tienen un aviso colgado en la entrada de la casa, cualquiera que quiera puede dejarse engañar— dice el otro, y luego me mira de arriba abajo.

Odio que me miren así. No me importa Artho ni el hecho de que esté con Larissa, sólo me molesta que haya aceptado fingir ser mi novio. Rozarse con otra persona en público no formaba parte del trato.

Me doy la vuelta rápidamente y tropiezo con el cuerpo de uno de los gemelos.

— Eh, Charlotte, ¿a dónde vas con tanta prisa? — me dice y me rodea con los brazos.

No reconozco si es Nathan o Gabriel, porque ambos tienen el mismo tatuaje en el cuello, pero no me alejo.

El gemelo inclina la cabeza en mi dirección, pero no llega a rozar sus labios con los míos porque Artho se lo impide.

— ¿Qué coño crees que estás haciendo? — grita, apartando a su amigo de mí.

Estoy harto de esta fiesta, no aguanto más este desbarajuste, no me quedo a ver si el gemelo se defiende, corro hacia la salida antes de que alguna de las chicas que me rodean haga una broma.

Me apresuro a bajar los escalones, estoy tan aburrida que no temo tropezar con los tacones. Llego al camino empedrado y me dirijo a la calle. Por suerte, voy preparada y he traído dinero suficiente para coger el autobús.

Respiro el aire helado y me obligo a tragarme el grito de rabia.

Cuando estoy a unos veinte metros de la puerta, oigo el estruendo de una moto que se acerca. Doy un paso adelante, pero me interrumpe Artho, que me sujeta la muñeca mientras conduce la moto con una sola mano, haciéndome parar.

Doy un tirón para alejarme de él, pero el canalla da la vuelta a la moto, poniéndola delante de mí. Choco contra su cuerpo, pero me niego a mirarle a la cara.

Intento dar media vuelta, pero Artho empuja la moto hacia delante, deteniéndome de nuevo.

— Espera, por favor— pide.

— ¿Esperar a qué? — pregunto mirándole fijamente.

Mira lo hinchado que tienes el pómulo. ¡Bien hecho!

— ¿Te vas de la fiesta porque viste a Larissa poniéndome hielo en la cara? Acababa de quitarme la compresa de la mano cuando entraste en la cocina.

Pongo los ojos en blanco.

— Pensarías que me importa quién te comprime la herida —digo—. Por lo que a mí respecta, puede hacerte lo que quiera.

— ¿Y por qué te vas así?

— Porque habías acordado que te harías pasar por mi novio —le recuerdo. — Y no cumpliste nuestro acuerdo.

Se me acelera el corazón y odio que haga tanto frío que me tiemblen las manos.

— ¿Y qué tiene que ver una bolsa de hielo? Yo no he hecho nada —se defiende Artho.

Soplo el aire pesado entre los labios y me arreglo el pelo, molesta por haberme arreglado para nada. Esta fiesta no vale ni el pintalabios que me he puesto.

— Eso no es lo que hiciste, eso es lo que dijeron.

— ¿Quién comentó qué?

— Fui a la cocina, vi la escena y oí a algunas personas decir que esa era la consecuencia de engañarse a uno mismo— respondí.

Cruzo los brazos e intento calmar mi respiración.

— ¿Por la bolsa de hielo? ¿Quién ha dicho eso?

— Nadie importante— murmuro.

— ¿Y por esa razón ibas a permitir que Nathan te besara? — Artho quiere saberlo. — ¿Delante de todos?

Parpadeo, abro la boca para hablar, pero no consigo formular un argumento razonable.

— ¿Es más respetuoso? — insiste. — ¿Estás celosa de mí, Charlotte? ¿Tan celosa que ibas a besar a un amigo mío, sólo porque viste a una mujer presionando una bolsa de hielo en mi cara?

Necesito una respuesta rápida. Intento pensar, pero me pilla por sorpresa.

— Por lo que a mí respecta, podrías quedarte con quien quisieras, siempre que cumplieras el acuerdo.

— Yo no la he roto— dice con la cabeza alta, imaginando que ha ganado la discusión.

Yo también saco la barbilla, aún tengo una carta en la manga.

— ¿Y estabas celoso de mí, Artho? ¿Celos de verme besar a una amiga tuya?

Me muerdo la comisura interna de la mejilla para no reírme en su cara. No esperaba que tuviera tan buenos argumentos.

— Sí, no sólo lo era, sino que lo sigo siendo— dice Artho y me pilla con el escudo bajado. No puedo creer que lo admita. — Eso me ha hecho temblar de rabia, Charlotte, pero a los dos. Ahora dime, ¿a quién se le faltó más al respeto?

Parpadeo y cierro la cara.

— Me voy, no necesitamos este trato. Se ha ido por el desagüe, y este partido apesta.

— No quiero que te vayas todavía. Vuelve conmigo, arreglaremos esto. Oíste a alguien hacer un chiste sobre nosotros, pero fui yo la que quedó como una tonta cuando Nathan casi te besa delante de todos —dice—. Se te dan bien los argumentos, tengo que tener en cuenta que ya estás en séptimo curso de Derecho.

— No tenemos que arreglar nada —digo, con un tono de voz más suave—. Ya no necesito que finjas ser mi novio por lástima. Es tan ridículo...

— Nunca fue por lástima, ¿por qué piensas eso? — pregunta Artho.

Respiro hondo y aprieto los labios.

— Si no lo recuerdas, sólo fuiste a esa fiesta conmigo porque Rachel te lo suplicó.

— No tuvo que rogarme, simplemente me negué al principio porque tenía que trabajar. Habría aceptado la petición de acompañarte al principio si no hubiera sido por eso —se justifica —. Una vez más, te he dejado sacar conclusiones equivocadas.

Quiero decir que él no tiene la culpa de cómo interpreto sus líneas, pero no sé si estoy en lo cierto.

— ¿Por qué os peleasteis así? — Decido cambiar de tema. — ¿Por qué estaba aquí el Pinscher?

— Vino sin invitación, sabe muy bien que no es bienvenido aquí. Estabas a mi lado, pero después de que Eros hiciera esa jugarreta, desapareciste de repente de mi vista.

— Raquel me llevó a la cocina, quería una bebida fuerte.

— Empecé a buscarte en el salón cuando le vi llegar. No me lo pensé dos veces, estoy segura de que sólo ha venido a buscarte, y hasta se ha traído a sus amigos, imaginando que iba a intimidarnos.

— ¿Me buscaba? — Alcé las cejas, sin comprender.

— Le avergoncé delante de todos los de su clase por tu culpa, claro que va a intentar provocarme.

Quiero pensar que Artho se equivoca, que Pinscher nunca vendría por nada que tuviera que ver conmigo, pero la idea de que alguien como él intente algo conmigo me asusta.

Froto las palmas de las manos contra la gruesa tela de mi chaqueta para impedir que un escalofrío me recorra la espina dorsal.

— Gracias por hacer algo por mi seguridad— susurro. — Dos veces.

— Esta vez fue Lion quien le dio un puñetazo en la cara, y Dimitri hizo huir a la pandilla con un bate— dice y sonríe.

— Tienes la cara hinchada— le digo.

— No ha sido nada. Sólo quería ponerme un poco de hielo porque no está bien presentarse así el lunes en el trabajo —murmura, todavía sobre la moto, rodeándome la cintura con el brazo y acercándome más a él—. No tienes que preocuparte por Larissa.

— Ya he dicho que no era por ella, sino por los comentarios.

— Volvamos a entrar, luego me enseñas quién ha dicho eso, así tendré el placer de echarle.

Me río de lo que dices.

— No tienes que expulsar a nadie, Artho. Sólo era un comentario.

— Nadie hace comentarios desagradables sobre mi novia en mi club— bromea.

Apoyo las manos en su pecho y vuelvo a reír. No esperaba que viniera a por mí, esa es la verdad.

— Pido disculpas por la situación. ¿Quieres volver conmigo, por favor?

Sé que Artho sólo me llama para demostrar a los asistentes a la fiesta que no perdió contra Nathan, pero no puedo enfadarme por ello, al fin y al cabo, sólo estamos fingiendo.

— "De acuerdo— susurro. También quiero restregarles por la cara a esas chicas que no me engañé con ese asqueroso, al contrario, fue él quien vino corriendo detrás de mí.

— Súbete a la moto — pide Artho amablemente.

Paso la pierna por encima del asiento, me subo y me agarro con fuerza a su espalda.

Me gusta oler el perfume de tu nuca.

Se detiene junto al garaje y me coge de la mano mientras volvemos a entrar en la mansión.

— ¿Dónde está Oiapoque? — pregunta mientras subimos los escalones.

— Disfrutando de la fiesta— digo, sin querer entrar en detalles.

Veo a Eros con una chica de piel morena y pelo rizado, a la que he visto paseando por los pasillos de los bloques de administración. Se están besando en el sofá junto al piano.

Entonces veo a uno de los gemelos dirigirse hacia la cocina. No sé si es Nathan o Gabriel. Espero que Artho no se haya peleado con uno de sus amigos, cuando sé que no está bien.

— Hola, la Mujer Maravilla — Meteoro de Pasión me saluda. — ¿Todo listo para la presentación del seminario?

— ¿Quieres hablar de seminarios en una fiesta? — Gabriela critica. — Por favor.

— Tiene razón— dice Artho, y me lleva al salón de baile, donde hay gente bailando.

Cuando se detiene en medio de la sala, quiero decirle que no puedo bailar, pero él habla primero.

— ¿Quién hizo el comentario que te molestó?

Miro a mi alrededor y veo a las dos chicas entrometidas.

— No veo nada, ya se habrán ido— miento.

Me agarra de la barbilla y me obliga a mirarle.

— Necesito saber quién fue, para no volver a dejarlos entrar aquí. ¿Es una mujer o un hombre? — preguntas.

Aún no me he acostumbrado a que Artho me mire con tanta intensidad.

— No importa.

— Sí, así es— dice y me rodea la cintura con los brazos.

— ¿No te vas a poner hielo en la cara? — Oigo una voz masculina y veo a uno de los gemelos junto a nosotros.

— ¿Quieres que te dé una razón por la que tú también necesitas hielo? — Artho casi gruñe.

Estoy seguro de que es Nathan.

Levanta la cabeza con aire burlón y luego me mira.

— Aún podemos terminarlo— bromea Nathan, "Mujer Maravilla".

— "Que te jodan— dice Artho, cayendo en la burla.

Le rodeo la cintura con los brazos, por debajo de la chaqueta, y entrelazo los dedos en la base de su columna.

— "No sé por qué te enfadas, si tú también ligas con sus novias— le digo.

— No son novias, son ligues. Es muy diferente — explica Artho. — No creo que estemos

fingiendo bien.

Veo que Nathan se aleja de nosotros, caminando hacia atrás mientras me mira con una sonrisa libertina.

Siento el contacto de Artho en mi barbilla y vuelvo a mirarle. Su mano toca mi mandíbula y baja hasta mi cuello. Se inclina y roza sus labios con los míos.

Me pilla por sorpresa y me estremezco al sentir cómo me chupa el labio lentamente.

Sus dedos cálidos y ásperos me rodean el cuello. El gesto me acelera la respiración. Artho aprieta sus labios contra los míos y me mira fijamente durante unos segundos.

— ¿Por qué has hecho eso? — pregunto en voz baja.

— Para que no quede ninguna duda de que eres mi novia— dice.

Me aferro con fuerza a la idea de que sólo es por la mentira, Artho no quiere que sus amigos liguen conmigo para no sentirse avergonzado.

Pero su mano permanece en mi cuello. Mis latidos aumentan cuando aprieta un poco más los dedos. Abro los labios e inspiro aire para llenar los pulmones.

Su boca llega a la mía con mucha más intensidad esta vez. Me encanta el calor y la suavidad de su lengua cuando invade mi boca y se mueve salvajemente contra la mía. Paso los dedos por su espalda, buscando el dobladillo de su camiseta, luego deslizo las manos por debajo y toco la piel de la parte baja de su espalda, por encima del cinturón que lleva en el pantalón.

La música está alta en la abarrotada sala, pero toda mi atención se centra en Artho.

Mi cuerpo palpita cuando siento el bulto endurecerse contra mi vientre.

Artho me estrecha contra su cuerpo y aprieta un poco más mi cuello. No lo entiendo, pero me despierta y hace que mi corazón se acelere cada vez más.

Paso los dedos por la cintura de sus pantalones, acariciando la piel cálida y suave.

Su cuerpo tiembla, me muerde el labio e interrumpe el beso.

— A mi habitación— exige Artho con voz ronca y autoritaria. — ¡Ahora mismo!

Asiento mientras me frota el labio inferior con el pulgar.

Capítulo 21



Puedo sentir la sangre hirviendo en mis venas cuando me suelta. No encuentro ninguna razón para no obedecerle.

Me doy la vuelta y salgo del vestíbulo. Llego a las escaleras que conducen al primer piso. Me duelen las rodillas al subir los escalones. Necesito agarrarme a la barandilla para estabilizarme.

Siento sus ojos en mis muslos, pero no me doy la vuelta para asegurarme de que Artho se acerca.

Abro la puerta de su habitación y entro. Asomada al balcón, con el corazón a punto de salírseme por la boca, oigo cómo cierran la puerta. Me doy la vuelta y le miro.

Da unos pasos hacia mí y yo retrocedo, manteniendo la distancia entre nosotros. Sus ojos son salvajes, del tipo amenazador, como si fuera un depredador a punto de acorralarme.

Artho se detiene delante de su cama y se quita la chaqueta. La camiseta negra que lleva es sin mangas, y veo por primera vez todos los tatuajes de sus brazos.

Tiene un reloj tatuado entre rosas en el antebrazo derecho, justo encima hay un águila. El derecho está cubierto de un escorpión y otros diseños de *la vieja escuela*.

Trago saliva, tentada de tocarle.

Levanta la barbilla en pose de chico malo y empieza a desabrocharse el cinturón.

— ¿Qué vas a hacer? — pregunto cuando se quita el accesorio, pero no lo tira sobre la cama como hizo con la chaqueta.

Artho dobla su cinturón y lo golpea contra la palma de la mano.

— Shiii — susurra. — Pórtate bien, mi pequeño.

Estoy paralizado frente a él, no me muevo ni un centímetro.

Se acerca a mí, nunca le había visto tan serio, ni siquiera cuando estaba enfadado.

Deslizo los ojos por su cuerpo y veo su polla dura asomando por el pantalón. Deseo sentirla de nuevo presionando el interior de mis muslos.

Me preparo para su delicioso beso, pero me agarra de la muñeca y me hace girar.

Jadeo, sin comprender. Me lleva la mano libre a la nuca, me recoge todo el pelo y tira de él, haciéndome echar la cabeza hacia atrás.

— Ouch... — murmuro.

— Shiii — vuelve a preguntar.

Creo que mi corazón va a explotar. Por más aire que saco por la boca, no parece ser suficiente.

Siento cómo el cuero del cinturón se desliza alrededor de mis muñecas cuando Artho me suelta el pelo. Me junta las manos y me rodea las muñecas con el cinturón, abrochándolo y asegurándome.

Quiero preguntarle qué trama, pero no quiero estropear la broma. Artho me hace girar para que le mire.

— No sabes lo que quiero hacerte cuando lleves esas faldas— dice, casi como si gruñera. Levanta la cara y sus ojos parecen quemarme la piel.

Me empuja contra la pared, junto a la puerta de cristal del balcón, y luego me pasa la lengua por la barbilla, recortando la longitud, antes de cerrar una de sus manos contra mi cuello.

Me encanta cuando Artho lo hace de esta manera tan grosera.

— Quiero ver tus tatuajes— susurro, sintiendo que mis entrañas empiezan a palpitar.

— "Ahora no— responde, y me levanta la blusa, descubriendo mi sujetador.

Artho baja una de las copas y me besa el pecho, chupándome el pezón, mientras manosea el otro con la mano.

Un gemido se escapa de mi boca y las rodillas me flaquean cuando retira los labios de mi pecho y me lanza una mirada de advertencia.

— "Shiii— susurra, moviendo la cabeza en señal de negación.

— ¿No puedo gemir? — pregunto en voz baja, con voz débil.

— Hoy no— respondió Artho.

Me levanta las caderas y eleva mis muslos, colocándolos alrededor de su cintura. Tengo las manos atadas contra la pared, pero me muero por tocarle los brazos, sentir la firmeza de sus músculos, levantarle la camiseta y ver qué otros tatuajes se esconden debajo.

— ¿Por qué? — me arriesgo a preguntar. — ¿Por qué no puedo gemir?

— Porque me gusta dar órdenes, y me gusta aún más cuando obedecen— dice Artho.

Siento que mi corazón vacila y se salta latidos. Tu cuerpo entre mis piernas arde como el fuego.

Artho aprieta su pelvis contra la mía, haciéndome sentir el bulto dentro de sus pantalones, duro y caliente.

— Por favor— le ruego, antes de que saque la lengua y me lama la barbilla una vez más.

Algo se mueve dentro de mí, me pellizca.

Me va a volver loca, me lame el cuello, los hombros, me muerde el pezón expuesto. Me aprieta las caderas mientras pasa la lengua por el espacio entre mis pechos. Se frota contra mí lentamente y un sonido áspero se forma en su garganta.

Su pelvis vuelve a deslizarse, esta vez con más fuerza, de abajo arriba. Apoyo la cabeza contra la pared, levanto la barbilla, cierro los ojos y me muerdo el labio con fuerza para no gemir.

— Eso es— susurra. — Sé amable y no gimas.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, me está mirando. Sus ojos arden, parece complacido de verme así entregada.

— ¿Qué pasa si me quejo? — me arriesgo a preguntar.

— Sólo te la chuparé hasta que te corras si me obedeces.

Jadeo, sintiendo cómo un escalofrío recorre mi cuerpo cuando acerca su boca a la mía y la invade con su lengua. La chupo, sintiendo su delicioso sabor, mientras Artho vuelve a moverse contra mi pelvis.

Me frota el pezón con su mano plana, poniéndolo rígido, y luego baja la mano y me da una palmada en el culo.

Dejo escapar un fuerte suspiro entre los labios, no exactamente sobresaltada, pero sí sorprendida. Me gusta la sensación de sus dedos rozando mi piel.

Me vuelve a agarrar del pelo, me pone en el suelo y me hace tumbarme boca arriba, empujándome hacia el balcón. Con los brazos atados, no puedo bajarme la blusa y uno de mis pechos sobresale.

El porche da a la parte trasera de la casa, y detrás del césped sólo hay montañas, pero si algún huésped decide enrollarse en esa parte de la propiedad, podría vernos.

— "Artho— susurro, "¿por qué estamos aquí? ¿Y si aparece alguien?

— ¿No te gusta estar en peligro, pequeño?

Arfo, nunca lo había pensado, pero con él me vale.

— Es la primera vez que me aventuro así, me doy cuenta.

No puedo creer que esté confiando mi cuerpo y mi reputación a un chico malo. Me está volviendo loca.

— No te arrepentirás— murmura, antes de darse la vuelta para mirarme. Sus manos encuentran el dobladillo de mi falda y mantiene su mirada fija en la mía mientras lo levanta.

Luego se agacha. Su lengua recorre mi vientre hasta posarse en mis bragas. El corazón se me acelera y los muslos se me contraen por la palpitación que siento.

Frunzo el ceño y echo la cabeza hacia atrás, con la boca entreabierta. Artho se burla de

mí, *tan travieso*, con su lengua deslizándose lentamente bajo el elástico de mis bragas.

— Artho... — Pronuncio su nombre con voz socarrona cuando su lengua me toca.

— Me encanta ese olor— dice, y luego me lame.

Inclino la cabeza hacia delante, aprieto las uñas contra las palmas de las manos y aprieto los dientes para no gemir.

No quiero que pare ahora.

Mi cuerpo se estremece cuando Artho me agarra el culo con una mano. Con la otra, me agarra por detrás de la rodilla izquierda, me levanta la pierna y se la pone sobre el hombro.

Me retuerzo cuando me aparta las bragas y empieza a lamerme la entrada, luego su suave lengua se desliza hacia arriba.

Estoy despierta y sensible. Siento que el aire frío que me rodea toca mi piel caliente, enfriando la piel de mi culo expuesto.

Siento su cabeza entre mis muslos. La punta de su lengua empuja hacia abajo, invadiéndome, forzando su entrada. Vuelvo a clavarme las uñas en las palmas de las manos y grito por dentro, sin hacer ruido. Apenas puedo mantenerme en pie. Mi corazón ya no late, vibra, igual que mi sexo.

Muy despacio, Artho retira la lengua. Siento sus dientes sobre mi clítoris, sin morderlo, sólo rozando la piel ultrasensible. Lo rodea con la lengua, antes de retenerlo entre sus dientes durante unos segundos, durante los cuales experimento un placer ardiente y devastador que aumenta rápidamente de intensidad.

Entonces se detiene, dejándome sin palabras. Se levanta y me mira fijamente.

— Te has portado bien— murmura con el rostro serio.

Puedo ver sus afilados caninos. Me doy cuenta de que hay dos serpientes que sobresalen de ambos hombros. Sus músculos son firmes y prominentes. Estoy tan cachonda que quiero lanzarme sobre él, fundirme en su cuerpo.

— "Sí— digo y me relamo los labios. — Continúa, por favor.

Artho suelta un gruñido, se aprieta contra mí y frota con firmeza su pelvis contra mi sexo

hipersensible.

— Me encanta el sabor de tu coño, su olor —dice mientras me agarra del cuello, aumentando aún más mi estado de excitación—. Eres mía y de nadie más. ¿Entiendes?

Le miro fijamente, me muerdo el labio y asiento con la cabeza.

— Sí, tuyo y de nadie más.

— Buena chica, por eso vas a ganar un premio — dice Artho.

— ¿Cuál?

— El mejor placer que jamás hayas sentido.

Jadeo cuando me lleva de vuelta a la habitación. El sol se pone detrás de las montañas. Observo la zona de césped y no veo a nadie, por suerte.

— Vas a venir sólo por mí, ¿he sido claro? — me pregunta mientras nos detenemos frente a su cama. Ahora sus manos están en mi cuello.

— "Sí, señor— bromeo, y él esboza una sonrisa malévola.

Luego me tira de espaldas contra las sábanas y se tumba encima de mí. Me quita las bragas rápidamente.

Me duelen los brazos y me arde la piel de las muñecas, pero no quiero pedirte que me sueltes. Me encanta tu forma de mostrarte posesivo.

Sus labios toman los míos en un beso excitante que me deja sin aire en los pulmones, luego desliza su boca por mi barbilla, mis pechos, mi vientre, me levanta aún más la falda y me gira las caderas, haciéndome poner de lado, luego me muerde el culo, no de una forma que me duela, sino que sólo me pone más cachonda.

Me separa los muslos, me agarra el coño y me lo chupa intensamente.

Suelto un fuerte gemido, jadeante, extasiada.

Sólo cuando Artho se detiene y se levanta para mirarme recuerdo que tengo prohibido gemir.

Su mirada severa se posa en la mía y temo no recibir más el placer que tanto me prometió.

— Mi pequeña, me has desobedecido— murmura con voz ronca.

— Por favor, te prometo que no gemiré más —te ruego—. No me dejes así.

Vuelvo a sentir su mano golpeándome el trasero. Me retuerzo en la cama y aprieto los muslos para sentir algo de alivio.

Artho vuelve a abrirme las piernas y cumple mi deseo. Su lengua traicionera recorre mi clítoris con suavidad, luego con firmeza, después me chupa los labios menores y vuelve a lamerme.

Sus dientes se clavan en mi clítoris y una oleada de piel de gallina recorre mi cuerpo. Mis entrañas empiezan a contraerse mientras su lengua va más deprisa. Nunca había sentido nada igual, tiemblo, palpito. Nunca había sentido algo así y no sé cómo va a acabar, pero tengo muchas ganas de llegar hasta el final.

Cierro las piernas y aprieto su cabeza entre mis muslos con desesperación, mordiendo la sábana y ahogando un grito cuando el placer me golpea, abrumador. Mi cuerpo se estremece y pierdo el aliento.

Siento que me muero de placer. Nunca pensé que sería así. Intento liberar los brazos para agarrarle del pelo y frotar su cara contra mi coño, pero el cinturón me mantiene atada.

Artho me abofetea de nuevo y me chupa hasta dejarme seca. Suelto otro grito, esta vez sin amortiguarlo contra las sábanas. Estoy desesperada. Arqueo la espalda y cierro los ojos mientras me golpea con fuerza el mayor placer que he sentido nunca.

Se levanta y me mira satisfecho, luego se muerde el labio inferior, pero no dice nada. Se desabrocha la hebilla del cinturón y me libera los brazos.

Me tumbo boca arriba, él se arrodilla entre mis piernas y me besa las muñecas. Veo la piel enrojecida y cierro los ojos mientras sus dedos masajean suavemente la zona.

Se inclina sobre mí y lo abrazo con fuerza, tomando su boca entre las mías.

— ¿Te lo has pasado bien? — me pregunta y yo me río, un poco avergonzada por haber gritado así. — No hay por qué ser tímido

— "Sí— admito mientras le miro fijamente a los ojos, pero me arden las mejillas.

— Tengo muchas ganas de saber lo que se siente al estar dentro de ti— murmura Artho y

empieza a desabrocharse los pantalones.

Capítulo 22



Trago saliva, me doy cuenta de lo que quiere decir y busco el dobladillo de su camiseta y tiro de ella para desnudarlo. Me sorprende la definición de su abdomen cuando se arrodilla en la cama y tira la camiseta a un lado.

Tiene un número tatuado en el estómago, debajo del pecho: 1994.

Hago las cuentas rápidamente, estamos en 2017 y yo he cumplido dieciocho años este año y nací en 1999. Artho tiene veintidós, su cumpleaños es el once de noviembre, así que sé que 1994 fue el año en que nació. Justo encima de su pecho, veo dos rosas, una a cada lado, y la continuación de las serpientes en sus hombros. Además, entre las dos rosas y debajo de la corona de laurel, hay un dibujo de alambre de espino.

Incluso en la oscuridad, me doy cuenta de que son tatuajes muy bien hechos.

Quiero preguntarle si todas significan algo, pero se está bajando los pantalones y me sorprende ver el bulto dentro de sus calzoncillos.

Trago saliva mientras se quita los pantalones. No puedo apartar los ojos de su polla. Ni siquiera en ese sueño era así.

Mi corazón se acelera de nuevo, pero ahora no es de emoción, sino de miedo.

— Artho —le llamo, preocupada, mientras busca un condón en el bolsillo del pantalón y empieza a abrir el paquete. — ¿Artho?

Me mira, el pelo cayéndole sobre la frente, sus ojos oscuros clavados en mí.

— ¿Qué ocurre? — pregunta.

— Nunca llegarás dentro de mí con eso— digo, con el corazón latiéndome con fuerza.

Aprieto los muslos como protección y me subo la blusa para taparme los pechos.

Se ríe y se muerde el labio inferior.

— Sé que me hiciste correrme y que fue genial, y ahora necesito darte placer a ti también, pero... — empiezo a susurrar.

— Claro que no —me asegura y se tumba a mi lado.

Me giro hacia él y me bajo la falda.

— Mi niña, no tienes que darme nada a cambio si no quieres —dice y me acaricia la barbilla con la punta del dedo—. No tienes por qué tener miedo, no vamos a hacer nada que no quieras. ¿VALE?

Sacudo la cabeza y suelto el aire que estaba conteniendo.

Me rodea con sus brazos y siento su pene caliente y pesado contra mi cadera. Me siento tan pequeña en sus brazos que no creo que hoy pueda llamarme mejor.

Su mano recorre las curvas de mi cuerpo, me levanta de nuevo la falda y me toca entre las piernas.

— Puedo darte todo el placer que quieras, sin pedirte nada a cambio — me asegura Artho —. Sólo para ver cómo te corres otra vez.

Asiento con la cabeza, sintiendo cómo se me llena el pecho con sus palabras, con la sensación de ser acariciada, bien tratada, deseada. Miro a Artho y dudo que alguna vez encuentre a alguien que me haga algo así.

— Siéntate en mi cara y restriégame esa delicia en la boca— murmura mientras presiona su dedo contra mi clítoris.

Ahora estoy arrodillada en la cama, quitándome la blusa y el sujetador, mientras Artho se

inclina, me desabrocha la falda y me ayuda a quitármela.

Me tumbo encima de él y le ofrezco uno de mis pechos para que lo chupe. Es tan delicioso que gimo. Paso la mano por su piel hasta encontrar sus pesados testículos. Los acaricio con cuidado y siento cómo su cuerpo se estremece de deseo.

Levanto la mano y encuentro su polla. Nunca había tocado una y no me había dado cuenta de que estaba tan dura, con tantas venas. La masajeo y él me muerde el pecho, soltando un rugido contra mi pezón.

Me emociono aún más y me apresuro a hacer lo que me pide.

Coloco una rodilla a cada lado de su cabeza y siento cómo su lengua vuelve a lamerme. Me da una palmada y me froto contra su boca, sorprendida de lo bien que me siento.

Me doy la vuelta, aprieto mis pechos, me froto contra su lengua y empiezo a gemir. Me inclino hacia su vientre y paso la lengua por su miembro, poniéndome a cuatro patas sobre el cuerpo de Artho.

Beso el suave glande e intento chuparlo. Artho vuelve a abofetearme mientras me la chupa. Le lamo la polla despacio, adorando su sabor. La piel es suave, pero se pone cada vez más dura, dando espasmos contra mi lengua.

Aprovecho para meterme un poco en la boca, con cuidado de no tocarme los dientes. Artho sigue chupándomela, moviendo las caderas mientras mis labios descienden. Sé que está disfrutando porque gime contra mi coño, y mi deseo de satisfacerlo no hace más que aumentar.

Le agarro las caderas con las dos manos y le chupo la polla grande y gruesa todo lo que puedo, luego retiro la boca despacio y me revuelvo en su boca, como aprendí a hacer en las clases de pole dance. Se la chupo hasta la mitad, rápidamente, envolviéndola con mi lengua, y luego la suelto lentamente. Aumento la velocidad y la presión de mi succión, sin dejar que mis dientes lo toquen, a medida que aumenta mi placer.

Llego al orgasmo y grito contra su polla. Siento que su semen me llena la boca y trago sin pensar, lamiendo hasta la última gota.

Me tumbo en la cama con la boca seca y la respiración agitada. Mi sexo sigue palpitando

deliciosamente cuando Artho se tumba a mi lado y me rodea la cintura con los brazos.

— Creo que nunca he conocido a una mujer que se revuelva de una forma tan sexy— susurra y me besa el cuello.

— ¿Te ha gustado de verdad?

— ¿Estás de broma, pequeña? — dice con voz ronca. — Te revuelcas como nadie, niña traviesa.

Me río y me muerdo el labio.

— ¿Por qué te ríes? ¿Sabías que podría volverme adicto a ti? — me preguntas.

Me paso la lengua por el labio superior. Es agradable oírle llamarme traviesa. Sé que lo he hecho bien.

— ¿A qué te harías adicto exactamente, canalla?

Es su turno de reír, y su cuerpo se mece contra el mío.

— En tu coño caliente, en ti jorobándome la cara y chupándome la polla como una putilla — dice Artho. — Chupándote los pechos.

Me quedo boquiabierta, debería ofenderme, pero no puedo, sobre todo cuando inclina la cabeza y me chupa el pezón.

— Encenderé el fuego— dice y se levanta.

Cuando vuelve a la cama, me acurruco en su cuerpo y le abrazo con fuerza, temiendo que Artho se me escape, y él nos tapa con las mantas.

Acabo durmiéndome y, cuando vuelvo a despertarme, la habitación sólo está iluminada por la luz de las llamas de la chimenea.

Artho está pegado a mi cuerpo, dormido, con el pelo castaño revuelto sobre la frente, y me permito echar un vistazo más de cerca a los tatuajes.

Paso el dedo suavemente por el alambre de espino de su pecho y noto el relieve de una pequeña línea, como una vieja cicatriz. Deslizo el dedo hasta una rosa de su costado derecho y noto un bulto en una de las hojas, una pequeña cicatriz circular de medio centímetro de largo.

Le aliso la piel hasta llegar a la serpiente sobre la rosa. Su cabeza apunta hacia la corona

de laurel que tanto he deseado tocar en su cuello. Noto otro bulto del mismo tamaño y forma que el de la hoja de la rosa.

El cuerpo de la serpiente se enrosca alrededor de su hombro, y una cicatriz ligeramente más grande lo rodea. Noto que es mucho más alta que las otras, del tamaño de una aceituna.

Trago saliva y siento que me duele el estómago mientras paso la mano por su pecho, palpando otras cicatrices más pequeñas, hasta que me encuentro con el relieve más grande. No está cubierto, pero puedo ver la forma de un cráneo, justo encima de la marca, de unos seis centímetros de largo, irregular y en altorrelieve. Me estremezco al mirarle a la cara y darme cuenta de que parece un niño pequeño dormido.

¿Un accidente causó estas marcas en su piel? Me temo que no.

Necesito encender la luz para verlos mejor.

Salgo de la cama y me dirijo al interruptor para encender las luces de la habitación. Me tiemblan las manos de miedo al pulsar el botón.

Oigo su respiración agitada y me doy la vuelta cuando se sienta en la cama.

— Apaga la luz, Charlotte— dice con voz áspera.

— Quiero ver... — Empiezo a decir.

— No quiero que lo veas. — Su tono es autoritario y obedezco de inmediato.

Me encojo y me abrazo a mi propio cuerpo, dándome cuenta de que estoy desnuda.

— Ven aquí, no quería gritarte— dice. — Por favor.

Vuelvo a la cama con el corazón encogido.

— ¿Por qué tienes todas esas cicatrices? — pregunto en voz baja, y Artho vuelve a acercarme a él.

— No tienes que preocuparte por ellos. Apagaré la luz cuando volvamos a hacerlo —dice, como si no quisiera verle—. No tienes por qué tenerme miedo.

Apoyo las manos en su pecho y le miro fijamente.

— ¿Por qué iba a tenerte miedo? — pregunto.

— Es algo feo de ver— dice y me besa la frente.

— Son cicatrices, yo no tendría miedo.

— Pero no quiero que los mires.

— ¿Por qué? — Insisto.

— No hagas preguntas, Charlotte.

— ¡Necesito saberlo, Artho!

— No quiero que me mires y te acuerdes de ellos más tarde— dice con voz ronca.

— ¿Siempre tienes sexo con las luces apagadas? — Me atrevo a preguntar.

— No, pero particularmente no quiero que lo veas.

— ¿Por qué?

— Porque no eres sólo un rollo de una noche al que no miraré a la cara al día siguiente. Vivimos juntos, tenemos una relación, y no quiero lidiar con tus miradas de lástima.

Me separo de sus brazos y cierro la cara.

— ¿Qué ocurre?

— Tú dejas que los demás lo vean, pero yo no— murmuro. Sé que es estúpido, pero no puedo evitar sentir celos.

— Porque los demás no me miran como tú. Y no quiero perder eso.

— No te lo perderás, Artho. Quiero conocerte mejor— susurro.

— Un ángel como tú no necesita conocer el infierno que una vez fue mi vida— susurra.

Suelto un sollozo y me estremezco ante sus palabras.

— ¿Era tu padre? — me aventuré a preguntar, con la voz afectada por la emoción.

Incluso a la tenue luz que sale de la chimenea, puedo ver el dolor en su cara cuando asiente. Quiero callarme, pero no puedo.

— ¿Son quemaduras de cigarrillo? — pregunto, tocando las marcas más pequeñas en la hoja de rosa y bajo la cabeza de la serpiente.

Vuelve a asentir y yo me encojo de dolor.

— Puedes encender la puta luz si aún quieres — su voz es profunda y autoritaria.

Corro hacia el interruptor y enciendo las luces de la habitación.

— Sólo porque eres guapa puedes doblarme así— dice, mientras vuelvo a la cama, doblo las rodillas y me siento sobre los talones.

— ¿Cuántos años tenías?

— Mi madre se quedó con él hasta que yo cumplí ocho años— dice y aprieta los labios. — Me gustaría olvidarlo todo, pero aún recuerdo muchas cosas.

— Lo siento, pero nunca empezaría a mirarte de forma extraña. Eres una superviviente y te admiro mucho— digo mientras te toco el pecho.

— Me pegaba con todo lo que encontraba: trozos de madera, cables eléctricos, botellas de alcohol, además de patadas y puñetazos. Mi madre ya era adicta entonces, y yo no tenía a nadie que me defendiera— dice de un tirón. — Oye, pequeña...

Me estremezco y suelto otro sollozo mientras las lágrimas empiezan a brotar.

— Mi madre trabajó muy duro para criarnos a mi hermano y a mí tras la muerte de mi padre, pero nunca nos pegó. A mí nunca me han pegado y no puedo entender cuánto dolor sientes— digo y mi pecho sube y baja con las lágrimas que amenazan con golpearme.

— No tienes por qué estar así, preciosa —dice Artho y tira de mí para tumbarme sobre su pecho, consolándome—. No pasa nada, solo son cicatrices, la mayoría ya están cubiertas por los tatuajes.

Hundo la cabeza en su pecho y controlo la respiración. Su piel, aunque marcada, es suave y huele muy bien.

— Lo siento mucho— susurro.

— No pasa nada, se acabó— dice Artho, como si no fuera él quien necesitara una vuelta.

Me doy cuenta de los motivos que hay detrás de todo lo que cuida de Ayla. Intenta ser para ella el padre que le habría gustado tener.

Sólo alguien tan cercano podía herir como le habían herido a él.

Capítulo 23



Domingo, 20 de agosto de 2017

— Todavía no me puedo creer cómo se portó ayer Eros— le digo a Raquel mientras comemos pasta y huevos.

— Tío, he apuntado al nido y he vuelto a darle al pájaro equivocado— dice y hace un pico —. ¿Tengo un dedo podrido?

— El problema no eres tú, es él. Incluso Artho estaba incómodo— observo.

— Eros es un mimado egocéntrico— se queja ella. — Pero es mejor así, ¿alguna vez has pensado que estaría con él y me trataría mal?

— Te rendiste con él hace mucho tiempo.

— Me rendí ante él por pura fuerza de odio— dice y se ríe. Me gusta cómo se las arregla para tomárselo todo con calma y seguir riéndose de la situación.

— ¿Y tú y Artho?

Me muerdo el labio y me pongo roja al recordar lo que hicimos ayer.

— ¡Mira qué traviesa! — bromea. — Le han hecho un oral y se pone roja sólo con oír su

nombre.

Siento que su pie me empuja por debajo de la mesa.

— No fue un oral, fueron dos— digo y me muerdo el labio.

— Imagina que cuando te sientes en él, no querrás parar —bromea Raquel. — Pero no olvides...

— No te enamores de un gilipollas —la interrumpí. — Lo sé, Raquel. No por no haber salido nunca con nadie voy a ser tan ingenua.

— Y no olvides el preservativo— dice con el dedo levantado. — Eso es muy importante.

— Ni siquiera sé cuándo ocurrirá.

— Finge ser tu novio, te defiende en público y te la chupa— observa. — Tú estás bien.

— Chupármela no está en nuestro acuerdo— bromeo y siento que me arden aún más las mejillas. — Es solo un extra.

Raquel estalla en carcajadas.

Terminamos de comer y lavamos los platos.

Por la tarde, Artho me llama y me pregunta si quiero ir con él a un partido de fútbol.

— Estoy estudiando para mi presentación en el seminario— respondo.

— ¿No puedes salir unas horas? Seguro que has estado estudiando todo el día— comenta, como si me conociera muy bien. — Además, es bueno que nos vean juntos, por nuestra imagen.

— Creo que el beso de ayer fue bastante convincente. — Me tiro sobre la almohada mientras digo esto y muerdo la punta del bolígrafo.

— Cuanto más te vean caminando conmigo, más aumentará tu popularidad.

— Me encantaría comprar un poco de su autoestima. Es una pena que no esté a la venta —me burlo de él y le oigo reír.

— ¿De verdad no quieres ir? — Artho quiere saberlo. — Entonces iremos a tomar algo. Vayamos al Culture Bar.

Ir al Bar Culture significa pagar el couvertour y comprar bebidas. Eso está fuera de mi presupuesto.

— Muchas gracias por invitarme, pero tengo que estudiar— le digo.

— Nos vemos mañana.

— No olvides que tienes novia. Nada de bromas en público. Está bien ser una novia mentirosa, pero no un cornudo.

— Parece que no confías en mí— dice sarcásticamente. — Soy un santo.

— Eso no es lo que dicen tus amigos— replico. — Y mucho menos el cartel que cuelga en tu entrada. Y si metes la pata, mi popularidad se irá por el desagüe. En fin, dile a Lion que le deseo un buen partido. Hasta mañana.

Lunes 21 de agosto de 2017

Concentro toda mi atención y energía en la presentación del seminario de Derecho Civil. Me tiemblan las manos de nervios, pero recuerdo las palabras de mi profesora de pole dance sobre mantener la postura recta y la cabeza alta para transmitir confianza, y así lo hago.

Acabo haciéndolo bien y hablando sin tartamudear.

En clase de Economía Política, Artho ocupa el asiento frente al mío. Veo que la manzana hinchada de su mejilla ha adquirido un color violáceo gracias al puñetazo que recibió en la pelea del sábado.

— ¿Qué vas a decir en el registro civil? — pregunto y le pongo la mano en el hombro.

Me coge y me besa los dedos antes de responder.

— Me caí. ¿No es esa la excusa que usa la gente?

Está de espaldas, mirando hacia delante, y puedo ver la suave piel de su cuello y una de las puntas de la Constelación de Tauro que lleva tatuada unos centímetros por debajo de la nuca.

Trago saliva, me acerco un poco más para oler su delicioso aroma y me pregunto cuándo volveremos a tener un momento a solas.

No quería admitirlo, pero lo estoy deseando.

Deslizo mi trasero sobre la silla, me acerco y beso su nuca. Huelo el champú de su pelo y se lo acaricio.

Artho se estremece, entonces oigo un grito ahogado y vuelvo la cara en dirección a la

siguiente fila.

Veo que Lollipop me mira con una sonrisa. Ella niega con la cabeza y señala al profesor.

Le devuelvo la sonrisa y vuelvo a mi posición para prestar atención a la lección.



— Ven —me llama Artho, mientras la profesora Claudia sale de la habitación.

Me coge de la mano y tira de mí hacia el pasillo, apoyando la espalda en el muro de hormigón con la mochila colgada de un hombro, sujetándome por la cintura y atrayéndome hacia su cuerpo.

— Es hora de nuestro acto, Mujer Maravilla— dice.

Mi corazón empieza a latir muy deprisa, porque él no parece saber lo que es real y lo que es mentira. Yo tampoco le culpo, nunca he tenido un novio de verdad como para saber la diferencia.

Me gusta cómo Artho me pasa la lengua por el labio inferior antes de besarme.

Mi cuerpo tampoco puede entender que se trata de una farsa y reacciona en cuanto la lengua de Artho entra en mi boca.

Puede que no la use, pero no puedo alejarme lo suficiente como para quejarme. Me pongo de puntillas, alcanzo sus hombros y me aprieto contra su cuerpo, pero me sobresalto cuando noto que su polla se pone rígida contra mi vientre.

Al parecer, no es sólo mi cuerpo el que no puede fingir.

— Joder— maldice contra mis labios.

Abro los ojos a tiempo para verle hacer una mueca.

— Tienes que controlarte— susurro.

— No puedes controlarlo, sobre todo cuando pienso en el sabor de tu coño— dice y aprieta mis caderas con fuerza contra las suyas. Mi corazón late con fuerza. — Ahora todo el mundo sabrá cómo me dejas.

Pienso en decir que lleva pantalones oscuros y nadie se dará cuenta, pero sería mentira. Dado el tamaño de su bulto, es imposible que no se le note.

— Perdona que interrumpa a la pareja, pero ¿puedes darme el número de esa amiga tuya del curso de Moda? — Oigo la voz del pelirrojo de segundo curso.

— Por supuesto —respondo y empiezo a alejarme de Artho, pero él vuelve a atraerme contra su cadera y tose para recordarme que aún me necesita.

Le paso el número de Raquel a la pelirroja con los brazos de Artho sujetándome a él.

Ella le mira y se ríe.

— ¿No puedes escapar de la Mujer Maravilla, Artho? — pregunta el pelirrojo. — Parece que el Club de los Canallas acaba de perder un miembro.

— No te molesta— dice, pero sonríe.

— Las chicas de mi clase y yo vamos mañana al Bar Culture, noche de chicas— dice mientras dirige su atención hacia mí. — ¿Quieres venir con nosotras?

Ensancho los ojos, ¿de verdad me está invitando a salir con sus amigas?

Estoy segura de que eso no habría ocurrido si no hubiera estado "saliendo" con la futura abogada más sexy del campus.

— Haré lo que sea por ir— miento, con una sonrisa. No puedo permitírmelo y, aunque pudiera, tengo clase de pole dancing los martes, pero no quiero que se sepa que tengo un compromiso. Si Artho se entera de las clases, creo que me moriré de vergüenza. — Gracias por invitarme.

— Nos vemos— dice y saluda con la mano.

— El novato que domó al canalla — Artho bromea.

— Si supieran que tengo que cuidar de tu hermanita todas las noches para que tú te hagas pasar por mi novio, te retiraría la invitación enseguida— le susurro cerca del oído.

Inhalo tu perfume una vez más, antes de alejarme de tu cuerpo

Doy dos pasos hacia atrás cuando me doy cuenta de que la erección ha disminuido.

Veo a dos chicas del ático de lujo charlando con Burguesinha fuera de nuestra habitación.

Una de ellas me recuerda la postura y la cara de mala leche de Regina George en Mean Girls. Me mira de arriba abajo y luego lanza una mirada indignada a Artho, que se aleja de nosotros hacia su bloque.

— ¿Qué coño le ha pasado a Becker? — pregunta la chica a la que llamo Regina George, como si yo no fuera un ser humano a su lado. — ¿Puedes hacer caridad ahora?

— Cállate, amigo. Es muy bonita cuando se arregla — dice Burguesinha.

— ¿A quién mandas callar, novata? — dice Regina George y abre mucho los ojos, como si fuera una jefa dando órdenes a su aprendiz. — ¿Has perdido la cabeza?

— Ah, por favor — responde Burguesinha.

Justo en ese momento, entra en el aula el profesor de Introducción al Estudio del Derecho I y tenemos que entrar.

— Si me hubieras dejado ponerle una bolsa de hielo en la cara a tu novio el sábado, no habría tenido ese aspecto— dice y me guiña un ojo.

— Estará bien— decido responder, porque mi cuerpo aún está caliente por el beso y me siento más segura.

— Tienes razón. Lion Bianco debe haber jodido su cara — dice la burguesía. — Me gustas, Mujer Maravilla. Vamos a dar una fiesta en mi piso el sábado, ¿te gustaría venir? Invitaremos a Artho y a los chicos del club.

— Quizá lo haga, si mi compañera de habitación no tiene otros planes para nosotros— digo.

— Raquel Mendes, ¿la chica que cose la ropa que llevas a las fiestas? — La burguesía quiere saberlo.

Me doy cuenta de que se ha fijado en mí.

— Ella misma.

— Tu amigo también está invitado. Me alegro de que no vayas sólo por Artho.

— ¿Tenemos que llevar algo? — pregunto enseguida. Tengo previsto comprarme un par de zapatos el mes que viene y descarto cualquier programa en el que tenga que gastar dinero.

Agita la mano y asiente.

— No hace falta que traigas nada, sólo que vengas.



Raquel está tan ilusionada con el paquete que recibe del estudiante de Derecho como con la invitación a la fiesta del ático de lujo.

— Voy a ser una gran estilista, y voy a restregarle mi éxito por la cara a ese gilipollas — dice, en cuanto ve entrar a Eros en la cafetería, acompañado de Nathan, Gabriel, Lion, Dimitri y Artho.

Me río entre dientes de sus palabras. Eros se lo merece por su grosería del sábado.

— ¿Por qué no fuiste al partido, Mujer Maravilla? — pregunta Lion mientras se detiene junto a nuestra mesa.

— Para ti, es Charlotte— le dice Artho a su amigo con su aire autoritario, y lo empuja hacia la mesa que está detrás de la nuestra.

Veo que mucha gente en la cafetería está mirando a los chicos.

— Raquel, estoy perfeccionando tu bebida. ¿Qué día puedes venir a probarla? — Lion se estira en su silla para hablar con mi amigo.

Oigo el tintineo de los cubiertos cuando Eros deja caer el tenedor y el cuchillo sobre la mesa, como furioso porque su amigo haya hablado con ella.

— Invítame — se burla Raquel.

Capítulo 24



Jueves, 24 agosto 2017

Ayla pregunta por su mamá toda la semana cuando volvemos de la guardería, y hoy está especialmente triste. Ni siquiera la Nutella que le ofrece Eros al llegar de la calle la anima.

— Tengo una idea, Patatita— dice, mientras ella se sienta bajo la isla de la cocina, haciendo una mueca ante la sopa que le ofrezco. — Vayamos al centro comercial y montemos en las atracciones. ¿Qué te parece?

Ayla esboza una sonrisa que muestra sus dientes y el hoyuelo que tiene en la mejilla, igual que Artho.

— *¡Shopi!* — grita y levanta los brazos de alegría.

Eros molesta a todo el mundo, pero al menos sabe tratar muy bien a la hermana pequeña de su mejor amigo.

Le limpio la boca, mientras él llama a Artho y le dice.

Voy a la biblioteca cuando se van, cojo Cuentos extraños de Bram Stoker y continúo leyendo donde lo dejé la última vez que estuve aquí.

Cuando me doy cuenta del tiempo que he pasado leyendo, vuelvo a dejar el libro en la estantería y subo a por mi bolso, que he dejado sobre la cama de Artho, para que cuando llegue me lleve y pueda descansar un poco antes de mi clase de pole dance a las once de la noche.

Abro la puerta del dormitorio y me doy cuenta de que me he dejado la luz del baño encendida cuando he llevado a Ayla a mear al váter. Me acerco a apagar la lámpara y me sorprendo al ver a un hombre musculoso, de casi dos metros, de pie bajo el agua, con una mano apoyada en la pared de mármol y la otra masajeándose la polla erecta.

Trago saliva, incapaz de mirar a otra parte que no sea la extensión que parece agrandarse aún más a medida que él la toca.

No hay mampara de cristal ni cortina que separe la zona de ducha de la bañera, así que puedo verle perfectamente.

Creo que se me ha cortado la respiración y me hierve la sangre. Noto el glande enrojecido, las venas abultadas y los testículos pesados.

Me acerco un paso y me abro el botón del pantalón, creo que nunca en mi vida he sido tan atrevido.

Artho salta cuando se da cuenta de lo cerca que estoy.

— "Soy yo— digo mientras me bajo la cremallera de la chaqueta.

Sus ojos me miran con asombro.

Miro todos los tatuajes de su cuerpo, que intentan ocultar su pasado, mientras me quito los vaqueros y la camiseta de Spiderman.

— ¿Quieres que te ayude? — pregunto mordiéndome el labio.

— Quiero tu coño, ¿sabes?— murmura.

— Eres demasiado grande para caber en mí— digo mientras entro en la zona de duchas.

— "Haré que encaje, mi pequeño— susurra Artho.

— "Todavía no— digo y me agacho entre él y la pared.

Le agarro la polla con las dos manos, pero sin apretar, y le lamo la suave cabeza, disfrutando de cómo palpita contra mis labios.

— Sí, así— gime Artho.

Le masajeo toda la longitud y le lamo los testículos, arrancándole un rugido salvaje. Artho me sujeta el pelo y yo le miro fijamente mientras lamo. Creo que le encanta.

— Quiero volver a beber de ti— susurro, mientras el agua caliente cae de su cuerpo. Me pongo de pie, beso su vientre, su pecho, y lo miro más de cerca. — Fóllame la boca, por favor.

Artho traga en seco y me aprieta contra el mármol del cuarto de baño. Me agarra del cuello con fuerza, dejándome sin aliento, y me muerde salvajemente el labio inferior.

Rodeo su cadera con mi pierna, siento su polla contra mi bajo vientre y me retuerzo para frotarme contra ella. Solo unas bragas mojadas nos separan.

Gruñe y me sujeta la mandíbula.

— No me tomes el pelo así— murmura, y luego me empuja para que me arrodille.

Aprieto con las uñas sus caderas y agarro su polla, dejando que la mitad se deslice en mi boca. Empiezo a chupársela, chupando con fuerza, saboreando su sabor y escuchando sus rugidos, hasta que no puede más y derrama su semen sobre mi lengua.

Capítulo 25



Sábado, 26 agosto 2017

Pinscher vuelve de la fiesta en el ático de lujo del Edificio Universitario, como si quisiera probar cuántos problemas puedo soportar. Todavía tiene una venda en la nariz rota y ojeras moradas.

Oí rumores de que utilizó como excusa una caída de las escaleras de su casa. En cuanto a los demás que participaron en la pelea, no eran de la ciudad y no supe nada de ellos después de que los echaran de nuestra casa.

He tenido una semana de perros, teniendo que hacer malabarismos para cuidar de Ayla, que no para de preguntar por mi madre, dos seminarios en la universidad, ponerme un poco al día con mi Trabajo de Fin de Grado sobre el *Derecho de Arrepentimiento en las Relaciones de Consumo en los Contratos Electrónicos*, y también he tenido que aguantar a la nueva auxiliar administrativa que se ha incorporado esta semana.

Un hombre arrogante de unos cuarenta años que intentó convencer al notario —que nunca se había metido en esto— de que debía empezar a cubrirme el tatuaje del cuello, alegando que ese detalle restaba credibilidad al notario.

Por suerte, el notario reconoció mi buen rendimiento en las prácticas y no me hizo caso.

Aun así, le pedí a Gabriel que pinchara las cuatro ruedas del coche del auxiliar administrativo, sólo para que pudiera hacerse una idea del enorme estrés al que estoy sometido.

Y por si fuera poco, no puedo echar a un Pinscher de una fiesta en la que estoy como invitada, por mucho que quiera.

Puedo ver la tensión en la mandíbula de Lion mientras sorbe un whisky doble, sin hielo, y se encara con el Pinscher del otro lado de la habitación, que está ligando con una estudiante de medicina de primer año.

— ¿Quieres coger a la chica o romperle lo que le queda de nariz? — le pregunto a Lion.

— Rómpele todos los dientes— responde. — Si vacila, acabaré con él.

Doy un sorbo a la bebida energética que tengo en la mano. Tengo planes para salir con Charlotte después de esto y quiero estar sobrio.

He quedado en llevarla a mi casa, porque sé que estará vacía. Y tengo la intención de follármela como he estado esperando durante días.

No puedo esperar más, no puede pasar de hoy. Llevo demasiado tiempo con una sola chica y quiero pasar página, volver a mi vida normal de soltero, de lo contrario acabará enamorándose de mí. Hemos llevado este falso flirteo demasiado lejos. Sé que necesito que me ayude con Ayla, pero estoy seguro de que lo entenderá, después de todo, ya es muy popular entre los alumnos del curso, no me necesita más.

Como si supiera que estoy pensando en ella, Charlotte cruza la habitación, dejando a sus compañeros, para venir a hablar conmigo.

La sujeto por la cintura y beso sus labios. Por mucho que me guste tu beso y tu cariño, ya no puedo ser pareja en estas fiestas.

Chupo su lengua y recuerdo el sabor de su cálido y suave coño. Está jodidamente buena, pero solo es un coño, no voy a renunciar a mi estilo de vida por ella.

Hace semanas que no pruebo un sabor diferente, ya ni me reconozco. Y sé muy bien lo que pasó la vez que me encariñé con una chica. No volveré a cometer el mismo error.

Lion se ríe a mi lado, como si supiera lo que estoy pensando, en cuanto Charlotte se va a hablar con Oiapoque.

— ¿Qué te pasa? — pregunto.

— Hay una cola de tíos esperando para ligar con tu Mujer Maravilla cuando acabes.

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago sólo de pensarlo.

— No va a estar con ninguno de ellos— le digo. — Charlotte es estudiante, no le van las citas.

El recuerdo de su *paja* en la ducha hace dos noches dice lo contrario, pero prefiero ignorarlo.

— Confianza — Lion se burla y se ríe.

Pasan unas horas y empiezo a preocuparme al no ver ni rastro de Charlotte. Empiezo a buscarla por todas las habitaciones del amplio piso. La encuentro vomitando en el váter de la zona gastronómica.

Raquel la sujeta del pelo y yo me pongo en su lugar en cuanto las veo.

— ¿Qué ha pasado? — Pregunto yo. — ¿Qué ha bebido?

— No lo entiendo, sólo le di un vaso de vodka con energía — explica Raquel. — Y había mucha más energía.

Sujeto el pelo castaño de Charlotte mientras expulsa otro chorro. Es suave y frío.

— ¿De dónde sacaste la bebida? — Intento averiguarlo.

— Un chico con una venda en la nariz me lo preparó.

— ¿Pinscher? — mi voz sale ronca, siento que se me hiela la sangre. — ¿El que se peleó con nosotros el sábado pasado?

— No tengo ni idea. La estaba besando en la boca mientras los machotes se peleaban por ver quién tenía la polla más grande— dice sarcástica.

Resoplo, sin paciencia.

— ¿Y Charlotte aceptó un trago de él? — Tiré de la cadena en cuanto dejó de vomitar. — No puedo entenderlo.

— No quiso tomar una copa de él, me la dio a mí y yo se la di a ella.

Miro la cara de Raquel con furia.

— Seguro que había drogas en su bebida— murmuro. No puedo culparla.

— "Ah— dice, con la boca abierta en forma de O.

Levanto a Charlotte y la pongo firmemente en mis brazos. No parece tener fuerzas para reaccionar, lo que me aterra. Cualquiera podría llevársela.

Lo sujeto con una mano, cojo rápidamente el móvil y llamo a Lion.

— Pinscher le dio una copa a Raquel y ella se la dio a Charlotte, estaba bautizada. Voy a llevarla a urgencias.

— ¿Se lo vas a decir al hospital? Llamarán a la policía.

— No, si viene la policía, aunque las chicas digan quién lo hizo, tus padres se las arreglarán. Estoy segura de que se encargarán mejor que yo. Sólo la llevo a por glucosa.

— Dimitri y yo nos ocuparemos de ello— responde.



En el hospital, Raquel confirmó que Charlotte sólo había bebido alcohol y que no estaba acostumbrada. El médico la mantuvo en observación para ponerle una vía, pero ella mantenía los ojos cerrados la mayor parte del tiempo cuando no estaba vomitando.

Antes de que le den el alta, Lion me llama y me dice que Pinscher ha decidido, "por voluntad propia y a golpes— que va a dejar la carrera de Derecho este año.

— Seguro que nadie le echará de menos— refunfuño.

— No molestará más a Rachel ni a Charlotte— dice Lion. — Te doy mi palabra.

— Te daré el mío también. Dudo que esté por aquí durante un tiempo. — Oigo decir a Dimitri, cerca del móvil de Lion.

Le tomo la palabra, sé lo cruel que puede ser Dimitri cuando lo necesita. Es el único de nosotros que ha pasado tiempo en la cárcel, aprendió de los "mejores".

Aparece el médico para darme el alta y vuelvo a llevar a Charlotte bien dormida hacia medianoche.

Ese gusano me ha jodido la tarde.

Raquel quiere que la lleve a la Universidad, pero yo prefiero cuidar a Charlotte en casa. Ella vendrá conmigo y me ayudará a cuidar de su amiga, que aún no se ha despertado.

No necesito su ayuda, tengo suficiente experiencia con mi madre para saber cómo cuidar a alguien en este estado, pero dejo que me ayude en los momentos más embarazosos. Me alejo cuando Raquel necesita quitarse la lencería mojada después de la ducha y solo vuelvo cuando está cubierta con mi chándal y una camiseta de algodón.

Charlotte ya reacciona después del baño, pero cree que somos su madre y su hermano. Llora y dice que echa de menos a su familia, mientras Raquel la peina y yo le masajeo los pies.

Gabriel ya ha vuelto de la calle cuando Charlotte se queda dormida, y le pido que lleve a Rachel sana y salva al edificio.

Vuelvo al dormitorio, me ducho, lavo su ropa y me tumbo en la cama a su lado a eso de las dos de la mañana.

Capítulo 26



Jueves, 7 de septiembre de 2017

Los gemelos, Dimitri, Eros, Artho, Raquel y yo ocupamos los asientos más cercanos al campo donde juega el equipo de Lion, la primera vez que veo un partido de fútbol en persona.

Es festivo y el estadio está abarrotado. Eros mantiene la cara cerrada, pero resopla cada vez que Raquel se levanta y grita palabras de ánimo a Lion. Está insoportable en su presencia. No entiendo qué ha hecho o qué es tan grave para que se enfade tanto.

Mientras los niños animan el gol de Lion, yo observo al heredero del Grupo Editorial Giordano. Tiene al menos tres personalidades diferentes, y no encajan entre sí. Está el heredero serio y sofisticado que es la mayor parte del tiempo, está el gruñón de 84 años que parece tener hemorroides —exactamente como se comporta ahora— y está el tío rico que hace todo lo posible por mimar a su sobrina.

Le encanta Ayla, e incluso me he pasado los últimos días ayudándole a decorar la habitación sorpresa que ha preparado para ella.

Nathan solía ocupar la habitación contigua a la de Artho, pero Eros le obligó a trasladarse

a una suite vacía al final del pasillo porque pensó que sería mejor poner a Ayla junto a su hermano. Decía que Artho se despertaba cansado todos los días porque dormía con ella, que no paraba de moverse en toda la noche.

Aunque es un gesto muy bonito por parte de Eros, Artho no parece querer tomárselo muy bien. Es orgulloso como una roca y cree que estará en deuda por todo lo que Eros haga por él.

Estoy mirando mis nuevas All—Stars, que compré el fin de semana pasado en la tienda donde Raquel empezó sus prácticas. Lo pagué junto con tres conjuntos nuevos de lencería en cómodos plazos.

Además de las deportivas, llevo calcetines Off White 7/8 del mismo color que la blusa de lana de cuello redondo, que deja ver una pequeña franja de mi barriga. También llevo una falda plisada de cuadros rojos y blancos, que Raquel confeccionó con retales de un pedido para una estudiante de Trabajo Social. La falda es corta e, incluso con medias, deja parte de mis muslos al descubierto.

La mano de Artho descansa sobre mi piel desnuda, justo debajo del dobladillo de mi falda, y sus ásperos dedos presionan la parte interior de mi muslo. No sé si es consciente de las sensaciones que me provoca ese contacto, pero estoy deseando que acabe el juego.

Hace unos días, habíamos quedado para salir después de la fiesta en el piso de Burguesinha, pero yo estaba dopado por ese cabrón de Pinscher y todo salió mal.

Creo que los chicos le dieron tal paliza que abandonó la escuela, porque nunca volví a verle.

Después de aquella noche, me desperté en la cama de Artho por primera vez, con su ropa puesta. No recordaba nada de lo que había pasado, pero Raquel me contó cómo me había cuidado.

Después de aquel día, no volvimos a tener la oportunidad de estar solos. Aparte de besos fingidos en los pasillos del Departamento de Humanidades I, no tuvimos mucho contacto íntimo. Ni siquiera el fin de semana pasado, porque él trabajó sábado y domingo, ayudando a su padrastro a finalizar la construcción de una casa, mientras yo me quedaba con Ayla para que

Celso Weber pudiera tomarse el día libre y llevarla a visitar a sus padres en una finca del municipio de Farroupilhas.

Pero estoy tan ansiosa por una nueva oportunidad que noto cómo se me humedecen las bragas sólo de pensarlo.

Llevo un conjunto de lencería blanca, de encaje y lycra que Raquel me ayudó a elegir. Y no hay un solo pensamiento en mi cabeza que me haga renunciar a llegar hasta el final con él.

— ¿Te he dicho lo guapa que estás? — me piropea Artho mientras me besa el cuello cuando termina el partido, hacia las cuatro de la tarde.

— Ya lo dije, pero no está de más repetirlo— bromeo. — ¿Adónde vamos ahora?

— ¿Fiesta en casa o en un lugar más privado? — pregunta Artho.

— ¿Qué quiere decir con asiento reservado? — Pendiente.

— ¿Una cascada a la que no van los turistas?

Arqueo las cejas, curiosa.

— ¿Está en propiedad privada? — Yo pregunto.

— Sí, pero conozco al dueño.

Inmediatamente me doy cuenta de que debe ser un lugar que perteneció a los padres de Eros.

Me muerdo el labio y asiento, ansiosa.

Artho toma la ruta que hicimos para ir a la granja el día de la fiesta de los novatos de la facultad de Derecho.

Pasamos la granja y él sigue conduciendo por la carretera hasta que se detiene delante de una cadena. Sale del coche y la quita del soporte de hierro, luego vuelve a subir y conduce durante un kilómetro por una estrecha carretera de grava bordeada de árboles que la oscurecen. Aparca el coche delante de una casa de piedra de dos plantas que me hace pensar que estoy en Italia.

Por el aspecto del césped bien cortado y los árboles y arbustos podados, sé que un empleado viene aquí con regularidad.

Cuando salimos del coche, Artho coge su mochila del asiento trasero, así como una botella de vino. No sé mucho de qué se trata, pero no puede ser caro, ya que saca el corcho con los dientes mientras tira de mí por un camino que hay en la parte trasera de la casa.

La maleza y las ramas caídas no me dan confianza, pero el miedo no me hace querer irme, sólo me excita.

— ¿Quieres un poco? — me pregunta mientras pasamos por el camino de piedra y me tiende la botella.

Acepto y bebo unos sorbos, sintiendo que la bebida se me calienta en la garganta.

En un momento dado, el sendero empieza a mojarse debido a los pequeños arroyos que lo atraviesan. Por suerte, llevo zapatillas de deporte.

Unos metros después de oír el sonido del agua corriendo, llegamos a una cascada. El agua del lago que se forma delante es tan clara que puedo ver el fondo.

Artho se quita la mochila de la espalda, la abre y saca una manta. La extiende en el pequeño claro junto a la cascada.

— El sol se pondrá justo ahí— dice mientras señala un punto por encima del cual cae el agua.

Me agacho, me siento sobre la manta y abrazo mi cuerpo para calentarme del frío. Él se quita la chaqueta en cuanto se da cuenta.

— Sabes que no te he traído aquí para ver la puesta de sol, ¿verdad, *mi pequeño*?

— ¿Y para qué lo trajiste exactamente? — Sé la respuesta, pero me encanta oírte decir lo que quieres hacer conmigo.

— Para follarte y hacer que te corras mucho.

El fuego se enciende en mi interior de inmediato.

— ¿Crees que estás preparada? — me pregunta arrodillándose frente a mí, con los tatuajes de sus brazos visibles a través de su camiseta blanca de tirantes.

Agarro el dobladillo y lo acerco más a mí.

— "Me dijiste que podías hacer que cupiera dentro de mí— susurro.

Coge la botella y bebe unos sorbos más antes de besarme.

Chupo su lengua, sintiendo el dulce sabor de la bebida, mientras sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo.

Cada nuevo contacto es un escalofrío.

Cuando se aparta y me mira, no puedo resistirme. Le empujo los hombros para que se tumbe y me subo a sus caderas.

Artho me sujeta firmemente el culo por debajo de la falda y me lleva a girar sobre él.

No tienes ni idea de que he estado tomando clases y ahora puedo mover muy bien las caderas.

— Estás muy buena— dice mirándome fijamente.

Me doy cuenta de que, a la luz del atardecer, tus ojos parecen verdes.

— ¿Te gusta que me revuelva así? — le pregunto mientras apoyo las manos en su pecho duro y musculoso.

Sacude la cabeza y sonríe, de forma que muestra el hoyuelo de su mejilla y sus puntiagudos dientes caninos.

— Eres tan hermosa— susurro, moviéndome sobre él. — Tan caliente, tan duro.

Me muerdo el labio y gimo, abrumada por el placer que siento al frotar mi clítoris hinchado contra su pantalón.

— ¿Y qué quieres que haga? — pregunta.

Mi corazón se acelera. Espero el sentimiento de vergüenza, pero no llega. Artho consigue tranquilizarme.

— Quiero que me quites las bragas y me chupes el coño mientras me aprietas los pechos. Quiero que me muerdas el clítoris, que me hagas gritar de excitación, y cuando esté a punto de correrme en tu boca, te meterás entre mis muslos y me penetrarás muy despacio —susurro—. Y te perteneceré de verdad cuando tu polla esté completamente dentro de mí.

— Joder— dice y me da una palmada en el culo. — Eres mi putita.

— Y tú eres mi dueño, y cuando estés dentro de mí, follándome deliciosamente, voy a

apretar mi coño muy fuerte hasta que no puedas aguantar más y te corras.

Artho emite un gruñido mientras me agarra del cuerpo y me hace girar.

Caigo de espaldas contra la manta y siento el duro suelo presionando mi columna vertebral. Pierdo el aliento por el dolor, pero lo disimulo.

— Avísame si te hago daño— advierte. — Avísame y dejaré de hacerlo inmediatamente.

Asiento, aún sin aliento. Me separa las rodillas y se tumba entre mis piernas. Le agarro del pelo y me inclino para mirarle.

Lo veo pasar su nariz por mis bragas, olfateando mi aroma como un depredador.

— Veo que estás mojada a través de las bragas— dice con voz gruesa. — Tu coño no puede esperar más.

— No... — Estoy de acuerdo, pasando los dedos por mi barbilla, trazando el contorno que la hace tan hermosa.

Me pasa la lengua por las bragas y no puedo controlar el gemido. Artho levanta la mirada y me observa con tal intensidad que algo crece en mi interior.

No sé lo que es, pero parece demasiado intenso para guardarlo dentro de mi pecho. ¿Es así como la gente se enamora?

Me encanta cuando me quita las bragas, por suerte no se han rasgado como aquella vez. Es nuevo y aún lo estoy pagando.

Siento su lengua entrar en mis labios mayores y me estremezco. Los escalofríos empiezan entre mis piernas y alcanzan todo mi cuerpo cuando rodea mi clítoris con la punta de su lengua.

— Gime para mí, me encanta oírlo— me dice, lanzándome otra mirada que me atraviesa la piel y me llega al corazón.

Me chupan el coño y me estremezco. Empieza despacio, pero cada vez es más rápido. Mientras me muerdo el clítoris y aguanto esos crueles segundos, no puedo dejar de gritar, de suplicar más.

Artho me aprieta los pechos por debajo de la blusa. Me excito aún más cuando me pellizca un pezón.

Sus dientes siguen apretando y entonces empieza a meterme un dedo. Jadeo, siento que estoy goteando. Le aprieto la nuca, haciendo que chupe aún más fuerte, y arqueo la espalda.

Me fijo en que se baja la cremallera del pantalón y saca la polla. Se me cae la mandíbula cada vez que lo veo.

Artho me saca el dedo y me lo masajea un par de veces, luego vuelve a tocarme.

Me encanta sentir tu dedo dentro. Estoy más preparada que nunca.

— Fóllame ahora— digo.

Le suelto el pelo y él se acerca, se tumba encima de mí y nuestras bocas se encuentran. La sensación se duplica, nunca me había sentido así, estoy segura. Me dan ganas de no separarme nunca de él.

Siento su polla palpitando caliente contra mi muslo y gruñe cuando se la acaricio.

— Me perteneces— dice mientras me muerde el labio inferior.

Le miro fijamente a los ojos, admirando el color que oscila entre el marrón y el verde, y entonces imagino que siente lo mismo que yo.

Artho me rodea la garganta con la mano y aprieta. Busco aire en su boca. Me encanta lo que siento cuando hace eso.

Luego se arrodilla, saca un sobre de preservativos del bolsillo y se quita los pantalones blancos y los calzoncillos de un tirón.

Puedo ver las venas abultadas unos centímetros por debajo de su ombligo, señalando el camino hacia su polla.

Se pone el condón y se tumba encima de mí.

— Tú también me perteneces— le digo y aprieto su mandíbula.

Le beso mientras su polla empieza a entrar.

Quema. Un dolor que se extiende donde antes sólo había placer.

— Más despacio— le digo.

— Pararé si no puedes soportarlo— me dice de una forma que hace explícita su preocupación por mí.

Si quiere conquistarme, va por buen camino.

— "No pares— susurro. — Quiero todo lo que viene de ti.

Le toco la espalda y deslizo la mano hasta su trasero, sintiendo cómo su piel se estremece con mi contacto.

Artho apoya un codo en un costado de mi cuerpo y acerca una mano a mi clítoris. Me estremezco cuando empieza a acariciarme.

— Levántate la blusa — me pide.

Obedezco y él tira del bulto de mi sujetador con los dientes, antes de chuparme el pecho.

Siento que me mojo más y el placer vuelve a apoderarse de mí mientras Artho acaricia mi sexo.

Le aprieto el culo y empiezo a tirar de él hacia mis caderas, y él sigue enterrándose dentro de mí, llenándome, haciendo que mis entrañas se hinchen, sensibles a su tacto.

— ¿Qué se siente? — me pregunta mientras aparta su boca de mi pecho.

— Me siento como tú— digo y me muerdo el labio.

Artho me dedica una sonrisa pícara y se inclina para besarme.

Meto la mano entre nuestros cuerpos y descubro que no ha llegado ni a la mitad.

Se ríe, contra mis labios, y luego me lo quita lentamente.

Cuando vuelve, siento que toca algo en mi interior, un punto que me hace gemir de placer.

— Qué bien— digo y me relajo.

Se me abren las entrañas cuando me la saca y me la vuelve a meter. Aprieto los labios contra su barbilla y gimo.

— Joder, qué rico está...— susurro.

— Estás tan caliente, tan apretada— dice Artho. — Me encanta tu coño.

Me la saca y me la mete cada vez más adentro, es tan delicioso que no pienso en nada más. Aprieto su cuerpo contra el mío y lo beso con ansia. Cuando empieza a ir más rápido, estoy tan implicada que me corro.

La sensación de tu polla follándome en este momento es peligrosa, me hechiza, me hace

olvidar hasta mi nombre.

Artho me folla cada vez con más velocidad, su cuerpo empieza a sudar y yo vibro cuando empieza a gemir, dejando escapar profundos gruñidos contra mi oído.

— Eres mi putita y me perteneces— dice con la voz más gruesa que nunca. Se rinde al placer y me aprieta el cuello. Ahora es como un animal, y me encanta.

— Sí, lo estás. Tu polla está muy buena— susurro. — Sí, fóllame así.

Gimo más fuerte, siguiendo su ritmo, hasta que lo siento estremecerse.

A mí también me encanta su rugido cuando viene.

El sol se está poniendo.

Incluso caliente y sudorosa, siento frío cuando me saca y se aleja.

Le veo comprobar el condón y luego quitárselo.

Artho se pone en pie, con sólo sus tatuajes cubriéndole, levanta los brazos y se zambulle en el agua helada.

Sonrío cuando veo asomar su cabeza.

Estoy sudado y me gustaría tener el valor de meterme en el agua fría, pero no soy tan valiente como Artho.

Me siento y me pongo su chaqueta sobre los hombros.

Cuando sale, le ayudo a ponerse los pantalones.

Recogemos nuestras cosas y caminamos hacia la casa. Está helado, pero no se pone la camiseta.

Abre la puerta con una de las llaves que lleva en el bolsillo y enciende las luces del salón, y veo los sofás de terciopelo y la librería de madera, que ocupa toda la pared, llena de libros encuadernados en cuero.

Justo encima de la chimenea hay un cuadro del Coliseo.

Artho atraviesa la casa en dirección a la parte trasera y yo le sigo. Abre otra puerta y se acerca a una pila de troncos.

Coge uno de ellos y lo coloca en el centro del patio. Me siento en el escalón de la veranda,

aún con su chaqueta alrededor, y le veo coger un hacha y empezar a cortar leña.

Sin camiseta, puedo ver la forma de sus músculos mientras se mueve, dejando escapar gruñidos bajos por el esfuerzo.

Cuando consigue un montón de leña cortada, volvemos dentro y enciende el fuego.

Nos acurrucamos en el sofá y besamos cada uno de sus tatuajes que cubren las cicatrices, amando la forma en que su piel se arrastra con cada roce.

Acabo durmiéndome más tarde, mientras Artho me acaricia el pelo.

Capítulo 27



Viernes, 21 de octubre de 2017

— Amigo, sólo hay una razón por la que Becker te invitaría a cenar. — Raquel se riza el pelo mientras opina sobre mi posible cita.

Artho está deseando visitar a su madre por primera vez la semana que viene.

Alice Becker no ha visto a nadie de su familia desde que ingresó en una clínica rural. No aceptan visitas, prefieren mantener a la paciente alejada de todo lo que pueda ser un desencadenante durante la primera fase del tratamiento.

Artho es duro y orgulloso, pero sé lo mucho que ha sufrido por su ausencia.

No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser ver a tu madre llegar a su límite, sobre todo después de todo lo que han pasado a manos de la escoria del padre de Artho.

Cuando cierro los ojos, veo claramente las cicatrices que lleva en el cuerpo y que intenta cubrir con tatuajes.

— ¡Amiga! — insiste Raquel y me lanza un pincel de maquillaje a la frente, mientras yo intento leer un capítulo del libro de texto de Derecho Civil I.

Llevo estudiando desde la hora de comer, aprovechando que no tenía que recoger a Ayla de la guardería. Ha ido a un cumpleaños de la nieta de Marcela, una de las empleadas de Eros, y su padre la recogerá cuando acabe.

— ¿Qué pasa? — le grito a Raquel.

— ¿No vas a preguntar?

— ¿Preguntar qué?

Raquel pone los ojos en blanco, sin paciencia.

— La única razón de Artho para llevarte a cenar.

— Ah, eso. No sé, tal vez le gustaría comer fuera, ya que no pasará la noche del viernes con Ayla.

— No, tonta. — dice Raquel, mirándome a través del espejo del tocador. — Me va a pedir matrimonio. Sal de la cama y prepárate. Tienes que estar guapa para este acontecimiento.

— Ni siquiera tengo ropa para declararme, colega— bromeo, volviendo a centrar mi atención en el libro.

Me golpea otro cepillo, esta vez más grande, que me da en la cabeza y acaba en el suelo.

— ¡Charlotte!

— ¿Qué es esto? — pregunto y tiro mis pinceles hacia atrás.

— ¡Te van a proponer matrimonio!

— ¿Cuál es la fuente de esta información? Ah, claro, son las voces de tu cabeza— digo con sorna. — Artho está a punto de cumplir veintitrés años y nunca ha salido con nadie, ¿y de repente decide que va a hacerlo?

— ¡Sí! Exacto. ¿No crees que ha madurado mucho desde que empezasteis a veros? Nunca he oído hablar de él estando con alguien después de ti. Es obvio que querrá comprometerse más en serio.

Le doy una oportunidad a Raquel y me lo pienso.

Me gusta Artho, me gusta estar con él, verle todos los días, me gusta todo de él, pero nunca pensé que pudiéramos ir más allá del sexo salvaje y del acuerdo de fingir que somos

pareja.

La verdad es que nunca he salido a cenar con un chico. Me encuentro con Artho en fiestas, en los pasillos de la universidad, aquí o en su casa, pero nunca hemos tenido una cita de verdad. Nunca me ha invitado a salir.

— Tengo razón, ¿no? — Raquel quiere saber.

No quiero admitirlo, pero la idea no es tan absurda.

Pienso en él y en las palabras que podría utilizar para hacer la petición.

— ¿Por qué lo dice con tanta convicción? — Investigo. — ¿Has salido alguna vez en serio?

— El hombre que me hará aceptar un compromiso tan serio está a punto de nacer— dice y se ríe. — No hay nada que ame más que mi libertad.

Reflexiono unos instantes más y decido abrir el armario en busca de uno de los tres vestidos que Raquel me hizo, a cambio de las clientas que le conseguí.

Hay uno naranja, uno morado y uno negro. Elijo el negro y me voy a duchar.

Dejo que Raquel me haga un maquillaje más elaborado y me peine con la babyliss. Ha quedado con un chico del curso de Ingeniería Civil y se prepara para salir antes que yo.

Artho ha quedado en recogerme a las veinte y, cuarenta minutos antes, estoy lista y ansiosa, de puntillas de un lado a otro de la habitación para ver si consigo calmarme.

No quiero dar demasiada credibilidad a lo que dijo Raquel, pero me encuentro ensayando lo que voy a decir si realmente dice que quiere salir conmigo.

Estoy a punto de llamar a mi madre y darle la noticia, pero decido dejarlo para cuando ocurra de verdad.

Parece que nunca me di cuenta de lo mucho que quería un novio hasta que estuve a punto de tener uno.

Me retoco el carmín y pienso en sus ojos marrones salvajes, en la forma en que Artho siempre me sorprende cuando follamos, en lo que siento cuando me lleva al clímax, en el deseo de estar siempre cerca de él. ¿Habré deseado inconscientemente una relación seria con él todo

este tiempo, sin darme cuenta?

No lo sé, pero cuando el reloj marca que faltan cinco minutos para las veinte, me pongo las botas y el abrigo.

Me rocío un poco más de perfume en la nuca para asegurarme de que estoy perfumada. Artho siempre huele tan bien...

Las mariposas revolotean en mi estómago cuando llego a la ventana y miro hacia la acera a las veinte en punto, imaginando que él ya estará ahí fuera, sentado en el capó de su coche o en el asiento de su moto, esperándome.

Pero allí no hay nadie, aparte de los peatones que pasan de un lado a otro.

Me acomodo el pelo detrás de las orejas, es la primera vez desde que le conozco que no llega puntual a recogerme.

Miro fijamente la calle mientras los minutos pasan lentamente. Siento que se me aprieta el corazón, pero no lo entiendo como un sentimiento, sino como una reacción a la ansiedad.

A las 20.30, saco la silla del tocador y me siento frente a la ventana, porque estoy cansada de esperar.

Una hora más tarde, hago una llamada de voz para saber qué ha pasado. Artho no contesta. Le envío un mensaje de texto, que sólo muestra una flecha que indica que no lo ha recibido.

A las veintidós, estoy acurrucada bajo las sábanas, con esa sensación de soledad en el pecho.

No puedo creer que me haya engañado así. Resoplo y me revuelvo entre las sábanas, con un nudo oprimiéndome la garganta.

Acabo durmiéndome y me despierto en mitad de la noche al oír golpes en la puerta. La luz del cuarto de baño está encendida, pero Raquel aún no ha vuelto de su cita, probablemente vaya a pasar la noche fuera.

Oigo tres golpes más y me estremezco, preguntándome cómo de firme es la cerradura. Cojo el móvil y veo que son las dos y cuarto de la madrugada. No hay ni un solo mensaje de

Artho.

Abro la conversación de WhatsApp con Raquel y estoy a punto de tocar el icono del teléfono y llamarla, cuando suena otra vez. Esta vez, al timbre le sigue una voz.

— ¿Charlotte? — Oigo que Artho me llama.

Salto de la cama, con un pantalón de chándal gris y una camiseta del Capitán América, y corro hacia la puerta.

— ¿Quién es? — pregunto para asegurarme.

— Soy yo, Artho.

Esbozo una sonrisa, pero entonces me doy cuenta de que me ha hecho esperar y cierro el rostro.

— ¿Qué quieres, Artho? — pregunto en la puerta.

— Necesito verte— dice.

Intento identificar si está borracho, pero no lo sé. Me pregunto dónde y con quién ha estado hasta ahora.

— Vete— le digo.

— Siento no haber aparecido ni haberte dado una satisfacción— insiste Artho.

Respiro hondo, sólo deseo que no me afecte, que las mariposas de mi estómago vuelvan a dormirse.

— Puedes retirarte— miento. — Ahora puedes irte.

— Por favor, Charlotte, abre la puerta y te explicaré lo que ha pasado— murmura.

Respiro hondo y lo abro.

Parpadeo un par de veces debido a la luz brillante que viene del pasillo, entonces veo su rostro demacrado, sus ojos rojos y las profundas ojeras. Sigue llevando la misma ropa que le vi a la hora de comer.

— ¿Qué ha pasado? — pregunto, rendido.

— ¿Está sola? — Artho quiere saberlo.

Asiento y él da un paso hacia mí, luego me abraza tan fuerte que me deja sin aliento.

— ¿Qué te ha pasado? — pregunto, y se me aprieta el corazón.

FASE 2
Capítulo 28



No he tenido una vuelta para correr desde... Espera, creo que nunca he tenido una vuelta para correr.

Durante mi infancia, mi madre estaba centrada en sobrevivir, no tenía tiempo, y mucho menos cabeza, para preocuparse de darme afecto.

Sólo me di cuenta de que no me trataban igual que a los demás niños cuando empecé a estudiar en un colegio público, gracias a la directora del colegio público que me inscribió para el examen de la beca. Hice amigos y empecé a ir a casa de mis amigos.

Mi madre nunca me dio la atención y el afecto que las familias Giordano, Valentini y Bianco daban a sus hijos.

No incluyo a la familia de Dimitri en esto porque ha tenido problemas familiares, igual que yo.

Cuando me di cuenta de que no tenía una madre cariñosa, ya era demasiado mayor para llorar por un regazo.

Es la primera vez que tengo a alguien a quien abrazar de verdad, así que dejo que Charlotte me frote la espalda, me bese la mejilla y tire de mí hacia su cama.

Me encanta el calor de tus brazos, el olor de tu pelo, tu perfume, la suavidad de tu piel y, sobre todo, tu cariño.

— ¿Qué ha pasado? — susurra Charlotte, como si temiera la respuesta.

— Mi madre otra vez— le digo y me acurruco contra su cuerpo.

— ¿Qué hizo ella? ¿Es ella la razón por la que me diste pastel?

— Huyó de la clínica tras amenazar a una enfermera con un cuchillo que robó de la cocina —confieso. No necesito ocultarle nada. — Me llamaron cuando salía del registro civil. Eros y yo pasamos horas buscándola, yendo a todos los bares a los que solía ir. Cuando la encontramos, ya había esnifado los putos polvos, tirando por el desagüe dos meses de tratamiento y dos matrículas que no sé cómo le voy a pagar a Eros.

— Lo siento, Artho— me dice con su dulce voz. — No tenía ni idea de que hubiera pasado algo así.

Charlotte me acaricia la nuca como si supiera que eso es todo lo que necesito en este momento.

— Pensé que te habías olvidado de nuestra cita o... Encontraste algo mejor que hacer.

— Quería llamar, pero me quedé sin batería, y tenía tanta prisa por llegar a casa para recoger a Eros que olvidó coger su móvil. Perdóname por eso.

— No tienes que disculparte por algo así, mi... — empieza a decir, pero su voz se apaga antes de que pueda terminar la palabra.

Aprieto los dientes y contengo la respiración. Nunca me habían llamado así y espero a que termine de decirlo, pero no sucede.

Se habrá arrepentido de abrir la boca. La habitación se queda en silencio, pero oigo los latidos de su pecho, el sonido regular de su respiración.

Es mejor así, ¿no?

No soy un buen tipo para Charlotte, aunque esté en mis pensamientos todo el tiempo.

He estado con muchas mujeres y nunca había tenido un momento así con nadie.

Me gusta, me gusta mucho, pero es temporal. Si no se ha dado cuenta de que no la

merezco, se dará cuenta en cualquier momento y se irá.

Estoy preparado para ello, nunca he tenido a nadie que me importara tanto y no será ahora cuando me importe. He sufrido una pérdida mayor antes y me he recuperado.

— ¿Se ha ido Raquel? — pregunto cuando su silencio empieza a molestarme.

— Tenía una cita.

Levanto la cabeza y miro su rostro delicado, sus ojos azules y grises brillan. Me doy cuenta de que se ha maquillado porque tiene las pestañas más largas y pobladas.

— ¿Te has arreglado para salir conmigo? — pregunto, apoyándome en el codo para verla mejor.

Charlotte se encogió de hombros.

— Estoy vestida como siempre— dice, pero parece ocultar algo.

La imagino esperándome, mirando por la ventana, y se me aprieta el pecho.

— Mi madre me ha vuelto a fastidiar la vida— digo y le paso la mano por su suave pelo. Lo noto más brillante y rizado.

Debió arreglarlo para salir conmigo. Era la primera vez que salíamos solos, pero no iba a funcionar. Mi vida está demasiado jodida para incluir a alguien tan especial.

— ¿Podemos reprogramarlo? — Charlotte quiere saberlo.

Estoy pensando en dejarlo por hoy, no quiero hacerla esperar, pero no puedo negarlo cuando me mira así.

— ¿Cuándo? — pregunto.

Se pasa la lengua por el labio y se lo muerde, sus ojos se mueven, mirando al techo de la habitación, entonces me doy cuenta de que sus mejillas están rojas.

Nunca le he dicho lo mucho que me gusta cuando se sonroja así, avergonzada.

— Se me había ocurrido algo— susurra.

— ¿Cómo?

— Sé que tú y tus amigos celebráis una fiesta el día 11, tu cumpleaños...

— No se cumplen veintitrés años todos los días— bromeo, y ella se ríe. — Venga, ¿qué te

ha parecido?

— Que podríamos salir el día 10, los dos solos— sugiere Charlotte. — E...

Sus pausas despiertan aún más mi curiosidad.

— ¿Qué te ha parecido, pequeña? — le digo, para animarla.

Se sienta y se muerde la punta del pulgar.

Me tumbo boca arriba y pongo las manos bajo la nuca, esperando lo que tenga que decir.

— ¿Podemos ir a un motel el día diez? — pregunta y se pone aún más roja.

Esbozo una sonrisa y me muerdo el labio. Es la única que puede hacerme disfrutar después de la mierda que he pasado toda la noche.

— Por supuesto. Nunca has estado, ¿verdad?

— No, nunca— confiesa.

— ¿Tienes curiosidad por saber cómo es? — pregunto, mientras acaricio su cintura por encima de su camiseta de Spiderman.

— Sí. Yo... — dice y traga saliva. Parece que ha vuelto a ser la chica tímida que era al principio del semestre. — Quería hacer algo por ti, ya que no tengo dinero para comprar un regalo caro.

— Te prefiero a ti y a lo que se te ocurra darme— le digo y le guiño un ojo con picardía.

— No es mi culo— dice. — No tiene sentido soñar.

Tengo que reírme de su forma de hablar.

— Gracias por quedarte hoy conmigo. Me encantaría llevarte a un motel en la víspera de mi cumpleaños. Aunque nos quedemos allí hasta después de medianoche, lo celebraré contigo.

— Raquel puede quedarse con Ayla si su padre no puede. Sólo necesito decirle que no tengo dinero para pagar la suite.

— No te preocupes por el dinero— susurro, como si estuviera ganando mucho. — Primero la cena, luego el motel.

— ¿Hay algo más que pueda hacer para animarte? — me pregunta mirándome con cara pícara.

Bajo el dobladillo de su holgada camiseta y meto la cabeza por debajo. Se ríe y me da palmadas en el hombro, hasta que chupo el delicioso pezón de su pecho y la risa da paso a un gemido.

— Raquel puede llegar en cualquier momento— dice, pero se quita la camiseta y me deja ver sus pechos redondos y suaves.

— Nunca hemos tenido sexo aquí— digo y Charlotte se ríe. — ¿Cómo?

— Ya hemos tenido sexo en mi sueño— confiesa y se pasa la lengua por el labio inferior.

Me inclino y le agarro el estrecho cuello. Me encanta la sensación de su yugular palpitando contra mi dedo cuando la aprieto.

— ¿Tuviste un sueño travieso conmigo y no me lo dijiste?

— Lo hice— admite mientras me mira fijamente.

— ¿Y qué hicimos en ese sueño?

— "Me follaste tan bien y me tapaste la boca para que no gimiera— susurró Charlotte, haciendo que me doliera la polla de deseo. — Pero era tan agradable ser follado por su maravillosa polla que no pude soportarlo y gemí contra su mano.

Tiro de su cuello y la empujo hacia la cama, haciéndola tumbarse boca abajo, le arranco rápidamente el chándal y le agarro el culo.

Se da la vuelta cuando la azote. Le abro el culo y le lamo las bragas.

— Raquel puede correrse... — susurra, pero se calla cuando tiro de la tela y la presiono contra su clítoris. Lo acaricio con la punta del dedo y ella gime.

Me levanto, me quito el cinturón y lo uso para sujetar sus muñecas al cabecero, luego voy a la puerta y coloco la llave horizontalmente, de tal forma que Rachel no pueda abrirla con su llave.

Me pongo tan cachondo viéndola mover el culo que no puedo contenerme.

Aprieto sus caderas contra la cama y le bajo las bragas con una mano, mientras con la otra libero su polla del interior de los pantalones.

Saco un condón del bolsillo y lo desenrollo rápidamente en mi polla.

Chupo su coño, succionando la deliciosa miel que gotea de él, luego coloco el glande en su entrada y empiezo a empujar lentamente, para que se acostumbre.

Charlotte se revuelve mientras su coño caliente y apretado se traga mi polla, contrayéndola en su interior. Me deja sin aliento, lo que aumenta mis ganas de follármela.

De un solo empujón, la penetración es completa.

Su sexo aprieta el mío y suelto un gruñido involuntario. Aprieto sus muñecas sujetas al cabecero, moviéndome dentro y fuera, inclinándome hacia su cuello y oliendo su aroma, el calor de su piel. Charlotte grita cuando mi lengua húmeda rodea el lóbulo de su oreja.

Siento que se me pone la piel de gallina cuando gira la cara hacia mí, se acerca a mi cuello y lo chupa por encima de mi barba sin afeitar. El rápido movimiento de nuestros cuerpos hace que su lengua serpentee por mi barbilla. Me hace arder.

Le arranco el cinturón de las muñecas, le recojo el pelo y la tiro de la cama. La pongo de rodillas, obligándola a ponerse a cuatro patas. Me pica la mano cuando veo cómo mueve el culo al arrastrarse por el suelo.

Ella despierta mi lado más salvaje. Levanto la mano y le abofeteo una nalga.

A Charlotte le encanta que le pegue así, se echa hacia atrás hasta que sus pechos tocan el suelo, dejando sólo las caderas levantadas. Sus bragas siguen a un lado. Le suelto el pelo y me pongo en cuclillas. Abro sus nalgas, humedezco mi lengua y lamo el pequeño orificio virgen. Se estremece y gime, pero no se aparta. Chupo todo alrededor y deslizo la nariz hasta la entrada de su coño, aspirando su adictivo aroma, que dispara mi hambre de devorarla.

Alcanzo su clítoris y lo mantengo entre mis dientes unos instantes, y su cuerpo se retuerce en el suelo mientras gime.

Cuando no puedo más, me arrodillo detrás de ella y vuelvo a penetrarle el coño. Es mía, toda mía. No aceptaría compartirla con nadie.

— "Soy el único que puede follarte— advierto, antes de darte otro azote y luego frotar la mano sobre la piel caliente. — Sólo yo puedo enterrarme dentro de ti y follarte ese coñito ardiente. No lo olvides nunca.

— Sólo soy tuya, Artho. Tu *putita*.

Le pongo la mano en el cuello y mantengo su cabeza pegada al suelo mientras empujo con fuerza. Así es como el animal que llevo dentro se hace aún más fuerte, cuando cede así y dice lo que me encanta oír.

Mi cuerpo hierve, el sudor gotea y salpica su suave piel. Me detengo unos segundos para deshacerme de la ropa que me queda.

— Alguien puede oírte gemir desde el pasillo— le digo cuando grita.

— Quiero que oigan, que sepan cómo me comes.

Aprieto los dientes cuando la oigo decir esto, y entonces la empujo muy deprisa hasta que siento que explota de placer, apretándome la polla mientras se retuerce de éxtasis. Yo también me corro, rugiendo encima de ella, con las manos agarrando sus muñecas.

Me hace pensar que nunca encontraré otro coño tan delicioso.

Capítulo 29



Viernes, 10 de noviembre de 2017

Artho me lleva a un restaurante italiano que sé que es caro porque tuvo que reservar.

Me siento como una chica de película romántica cuando me pone la mano en la base de la columna y me guía hasta una mesa para dos con mantel de lino y cubertería dorada.

Llevo un vestido tubo beige, un abrigo negro, botas negras y calcetines negros.

Artho pide un vaso de vino tinto para cada uno, mientras yo miro el menú. Sabe que no tengo dinero y que va a pagar él la cuenta. Imagino que si ha elegido un restaurante caro es porque está dispuesto a pagar, así que elijo un plato más barato, raviolis *al pesto* con ensalada.

El vino está delicioso y, como estoy nerviosa, bebo dos copas.

Estamos sentados uno frente al otro cuando confiesa que nunca ha llevado a una chica a cenar.

— Así que los dos somos nuevos en esto— bromeo y me muerdo el labio.

Lleva una camisa abotonada, pantalones a medida y una chaqueta de cuero más elegante. Parece un abogado de éxito. El único rasgo de chico malo es la corona de laurel que lleva al

cuello.

— ¿Cómo conseguiste tantas mujeres sin tener que llevarlas a cenar? — Pregunto.

— Dímelo tú— me dice y me guiña un ojo, sus ojos fijos en los míos mientras da sorbos a su vino.

— Nuestro caso es diferente— digo.

— Pero ya he tomado un poco para merendar, ¿tú cuentas? — dice Artho y esboza una pequeña sonrisa.

— ¿Por qué soy yo la privilegiada? ¿La única chica a la que Artho Becker estaba dispuesto a invitar a cenar? — pregunto bromeando, pero pronto me arrepiento.

No quiero que piense que estoy pensando en mí, ni siquiera que me hago ilusiones de que este encuentro pueda significar algo.

¿Quiero ser su novia? Claro que sí, he aprendido a quererle tanto que a veces me da miedo dejarlo ver, que el sentimiento se desborde de mi pecho.

Pero sé quién es y lo que piensa de las relaciones.

— Porque estoy seguro de que me vas a dar un postre estupendo— dice con voz ronca.

Bebo otro sorbo de vino, con el corazón acelerado. No estoy segura de ser capaz de bailar para Artho, como aprendí en las clases de pole dance. Tengo miedo de equivocarme, pero sé que tendré más confianza cuando empiece a sonar la música. Las clases han mejorado mi postura, así como mi autoestima y mi confianza.

— Creía que íbamos a tomar fondue de postre— me burlo de él.

— ¿Me darás un poco de té entonces?

— ¿Té? ¿De qué?

— Té de coño —susurra y siento la punta de su bota entre mis rodillas, separándolas. — Húmedo y delicioso.

Me chupo el labio con ansia y como los raviolis más rápido.

Se me enciende el cuerpo cuando paga la cuenta y me lleva a su coche.

Menos mal que no hemos venido en moto, me encanta conducirla, pero me daría

vergüenza llegar a un motel así.

En la conserjería, miro las fotos de las suites en la puerta de entrada y veo la barra de pole dance en una de ellas.

— ¿Puedo elegir la habitación? — susurro, mientras le aliso el interior del muslo.

— Lo que quieras— responde.

Le digo el nombre de la suite y la recepcionista me confirma por el interfono que está vacía.

Artho me besa, me aprieta el culo y me sujeta las muñecas a la espalda, pero yo me aparto.

— Te encanta mandar, pero hoy soy yo quien da las órdenes —susurro contra sus labios, tocándole la polla a través del pantalón. Aún me sorprende lo empalmado que se pone cada vez que me besa, como si no pudiera resistirse.

— "Joder, Charlotte— dice con voz ronca. — ¿Qué va a hacer hoy mi *putita*?

No contesto. El mástil está a un nivel superior, y hay que subir tres escalones para llegar a él. Hay una mesa con dos sillas cerca de la entrada. Cojo una de ellas y la coloco cerca de los escalones.

— Siéntate y cállate— ordeno, señalando con la barbilla en dirección a la silla.

Mi corazón late con fuerza y mi pecho sube y baja con la respiración acelerada.

— ¿Qué vas a hacer? — Artho quiere saberlo.

— Siéntate. — digo, un poco más alto.

Se pasa la lengua por el labio inferior, pero obedece. Se sienta hacia delante, pero apoya los codos en los muslos.

Me acerco a él, le quito la chaqueta y le hago ponerse de pie con la espalda recta contra el respaldo de la silla. Luego voy a mi bolso y cojo lo que necesito. Utilizo un trozo de cuerda para atarle las muñecas a la espalda, muy fuerte, como le encanta hacer conmigo.

— ¿Qué estás tramando? — pregunta Artho y se ríe.

Me siento en su regazo, frente a él, y le agarro la barbilla con fuerza. Ahora no puede

agarrarme con las manos atadas.

— ¡Cállate! — Hablo en tono autoritario, como aprendí de él.

Saco la lengua y le lamo los labios lentamente.

Siento que su polla se pone aún más dura cuando uso un trozo de tela negra para vendarle los ojos.

Artho ya no se atreve a hablar, pero me doy cuenta de que respira por la boca.

Conecto el móvil al equipo de música de la habitación, enciendo las luces de colores y pongo una lista de reproducción de canciones sexys.

Me quito el abrigo y el vestido beige y me quedo sólo con un pantalón corto y un corpiño de un material que imita el cuero, que me ha hecho Raquel.

Me quito las botas, abro mi bolso, donde he traído todo lo que necesito, y saco la sandalia de tacón que compré el mes pasado para el colegio. Me la pongo sobre mis calcetines negros 7/8.

Busco mi perfume y me lo rocío en la nuca y el ombligo, me suelto el pelo, peinado con ondas, y me pinto los labios de rojo.

Love Is A Bitch de Two Feet está sonando cuando estoy listo.

Artho espera paciente e inmóvil. Me acerco a él, con la espalda arqueada y el culo prominente; mis calzoncillos son diminutos y muestran mucho.

Me pongo en cuclillas entre sus piernas y masajeo sus muslos mientras la música que voy a bailar no arranca. Paso la lengua por su pantalón, rodeando su polla.

No se atreve a decir nada.

Me siento en los escalones frente a él y le quito la venda de los ojos mientras comienza la canción River de Bishop Briggs.

Artho parpadea varias veces y me mira fijamente.

— *¡Mierda!* — dice.

— *Shiiii* — susurro.

Pongo las manos sobre las rodillas y abro las piernas rápidamente. Deslizo una mano entre mis muslos, acariciándome por encima de los calzoncillos, mientras la otra se desliza por

mi vientre y mis pechos.

Artho se queda boquiabierto. Me meto un dedo en la boca y echo la cabeza hacia atrás antes de levantarme de los escalones.

Me apoyo en sus hombros y bajo, flexionando las rodillas y rodando casi hasta que mi trasero toca el suelo, mientras la letra dice: *¿Cómo nos enamoramos / Más intensamente de lo que podría golpearte una bala?*

Me muerdo el labio, ruedo más deprisa, imaginando que estoy rebotando sobre su polla, y gimo.

No aparta la mirada, está estupefacto.

Me vuelvo a poner de pie, con movimientos sensuales, me agacho y le lamo el cuello, me doy palmadas en el culo y subo los escalones hasta el poste, cuando la música dice: *No lo digas, no te atrevas a decirlo / Un solo aliento te romperá / Así que cállate y corre a través de mí como un río*.

Me coloco delante del poste con los brazos detrás de mí, sujetando la barra por encima de mi cabeza. Susurro:

— *Cállate, cariño, y enséñanos a qué has venido*.

Bajo lentamente, inclinando las caderas hacia delante y abriendo las piernas, antes de colgarme del poste.

Me encanta cómo me mira, como si se le cayera la baba, mientras bailo sobre la barra y me deslizo lentamente hacia abajo. Giro lentamente, boca abajo, con los muslos alrededor de la barra, las piernas flexionadas, hasta que mi pelo toca el suelo.

Me arrastro hacia los escalones, apoyo los pechos en el suelo y me doy la vuelta. Nunca me había sentido tan hermosa, tan deseable.

Me vuelvo a poner de pie y me subo a la barra, arqueando la espalda y balanceando las caderas.

Los ojos de Artho revelan lo mucho que le he pillado por sorpresa. Observa atentamente cada uno de mis movimientos, sin pestañear siquiera.

El deseo es evidente en su rostro.

Vuelvo a deslizarme por el suelo, ansiosa por unirme a él, y me arrastro por los escalones, con los ojos fijos en los suyos, hasta llegar a sus rodillas.

Me siento sobre sus muslos, frente a él, y monto a Artho mientras le lamo el tatuaje del cuello y le libero las muñecas.

Le chupo el dedo índice muy despacio, luego vuelvo a la barra, caminando hacia atrás, mientras él se desabrocha los pantalones, libera su polla y la envuelve con un condón.

Estoy cachonda, deseando tenerlo dentro de mí. Cuando se levanta, me agarro a la barra y abro las piernas, lamiéndome el labio superior.



Miro sus ojos grises, buscando a la chica tímida y tímida que era cuando la conocí. El corazón me late con fuerza y se me eriza el vello de la nuca. De todas las cosas que podría imaginarme que hiciera hoy, nunca se me habría pasado por la cabeza que Charlotte montara este espectáculo para mí.

El mejor regalo que podía hacerme. Observo cada uno de sus movimientos, palpitando de excitación, con el cuerpo en llamas. La imagen de ella girando con el coño apretado contra la barra me acompañará el resto de mi vida.

La tímida niña se quedó fuera. Aquí hay una puta caliente de mierda.

Un gemido escapa de mi garganta mientras me pongo el condón. La alcanzo con las piernas abiertas, colgando de la barra. Agarro sus muslos y los envuelvo alrededor de mis hombros. Huelo su sexo y ella mece las caderas, provocándome.

Le bajo lo que lleva puesto, no sé si son pantalones cortos o bragas, pero es muy tentador. Expongo su coño y separo sus labios para probar su clítoris. Lo lamo y lo chupo con fuerza, arrancándole un prolongado gemido que no hace sino excitarme aún más.

Quiero seguir bebiendo de ese delicioso coño, pero tengo prisa por penetrarlo, por hacerle recordar que me pertenece. Sólo a mí.

Separo sus muslos de mis hombros y ella se desliza hacia abajo hasta que sus caderas quedan a la altura de las mías. Le sujeto el culo con firmeza y Charlotte me toca los hombros.

— Sólo bailarás así para mí, ¿me oyes? — pregunto, clavando mis dedos en tu carne.

— "Sí, Artho— dice y me acaricia el pecho por encima de la camiseta.

— Eres mi putita, sólo mía, ¿entiendes?

Charlotte niega con la cabeza, mordiéndose lentamente el labio rojo mientras me mira con cara traviesa.

— Soy tu putita— susurra.

Siento un escalofrío en el estómago cuando me aprieta el cuello de la camisa, arrancándome los botones y mostrando mi pecho.

Coloco mi glande en su resbaladiza entrada y experimento la sensación de rozarla durante un instante. Luego empiezo a penetrarla, gruñendo, sintiendo cómo se aprieta alrededor de mi polla.

Intento ir despacio, disfrutar del momento y de la sensación, pero no puedo resistirme. Follo rápido, enterrándome cada vez más profundo, escuchando sus gemidos que me vuelven loco, hasta que no puedo más y me corro.

Capítulo 30



Sábado, 23 diciembre 2017

Estoy buscando una camiseta para ponerme cuando encuentre el paquete del regalo que compré para Charlotte y no he entregado.

No la he visto desde que terminó el curso.

Ayla ha viajado con mi padrastro a casa de su madre, en el campo, y se quedará allí hasta la semana que viene. Y yo he dedicado mis horas, fuera de las prácticas, al CBT.

Me estoy vistiendo para mi segunda visita a mi madre desde que volvió al tratamiento.

Sostengo una caja roja con un lazo negro, que contiene una sandalia de tacón alto que Oiapoque me ayudó a elegir.

Decido que voy a pasarme por el edificio para dejarle el regalo y preguntarle si quiere pasar la Navidad conmigo. Eros no ha celebrado la Navidad desde que murieron sus padres y no tolera a nadie a su alrededor.

Los otros niños ya se han ido a casa de sus parientes. Dimitri incluso se llevó a Darth Vader con él.

Estos últimos días he estado pensando mucho en Charlotte y en lo que ha significado para mí todo este tiempo.

Sabe que nunca he sido buena, que mi familia está rota y que estoy llena de problemas, pero aún no sabe lo peor. El secreto que sólo conocen las personas más cercanas a mí.

Pasamos un semestre juntos, pero nunca dejé claro lo importante que es. No sé cómo decir lo que siento, porque ni siquiera yo sé exactamente lo que es.

Meto el paquete en la mochila y me dirijo en moto al edificio.

Me encuentro con Raquel en el pasillo mientras me pasa la llave de la puerta del piso.

— ¿Adónde vas, Oiapoque? — pregunto, sólo para molestarla.

Agarra el asa de la maleta y me lanza una mirada furiosa.

— A Chuí, a pasar las Navidades con mis padres— explica.

— Creía que ibas a casa de Charlotte— le digo.

Raquel me mira con desconfianza y frunce el ceño.

— Charlotte fue a pasar las Navidades con su familia— dice.

Siento que se me aprieta el pecho.

— ¿No te lo dijo? — Raquel quiere saberlo.

— No... — murmuro, molesto porque se haya ido sin decírmelo. — ¿Cómo se llama el pueblo?

— Santo Antônio das Missões — explica. — Está a quinientos kilómetros de aquí. Ahora déjame ir, porque Chuí está aún más lejos, y si pierdo el autobús... Feliz Navidad, Becker.

Se inclina y me abraza.

— Feliz Navidad, Oiapoque.



Domingo, 24 diciembre 2017

Son más de las ocho cuando llega, con un casco azul puesto.

Cumplió veintiún años la semana pasada y va muy elegante con la moto Honda que mi madre le ayudó a comprar.

— Puedes recoger las sartenes sucias fuera. Tengo que terminar de lavar todos los platos antes de empezar a prepararme para la cena. Quiero estar lista antes de que llegue el resto de la familia.

Tomaz se me acerca y me pone la mano en la cabeza, revolviéndome el pelo. Llevamos camisetas de Batman. La mía es holgada como la suya. Debajo llevo unos pantalones de táctel que me ha prestado y chanclas.

Con las manos llenas de jabón, le enseño la lengua y continúo con mi tarea. Mi madre está fuera, ayudando a mi abuelo con el filete de doce horas.

Tomaz trae el resto de la vajilla y se escabulle antes de que le pida que las seque.

Oigo el estruendo de una moto que se acerca a la casa e imagino que es el hermano de mi madre, que llega para beber vino con mi abuelo mientras atienden las costillas.

La Navidad de mi familia siempre se celebra en la granja de mis abuelos maternos, una gran casa de madera donde paso las vacaciones desde que tengo uso de razón.

— Qué tipo más raro. — Oigo la voz del abuelo Castro que viene de la cocina.

— Cierra las ventanas, mamá Nina — dice Tomaz — hay un matón aquí y podría robar la casa.

— Sal fuera y echa un vistazo, Charlotte —dice el abuelo Castro cuando se acerca a la puerta y me ve. Parece asustado. — ¡Ve a ver qué quiere ese bandido!

— Es un verdadero bandido, abuelo. He oído hablar de él en el pueblo. Se dedica al tráfico de drogas y al robo —dice mi hermano, disimulando su cara de payaso.

Frunzo el ceño, sin entender a quién se refiere mi abuelo y por qué Tomaz le asusta.

— ¿Quién, abuelo? — le pregunto.

— Ve a echar un vistazo antes de que coja su rifle— dice Tomaz. — Hay un hombre buscándote.

Siento que el corazón me da un vuelco. No puede ser él.

Santo Antônio das Missões está a más de seis horas de Bento Gonçalves, y Artho nunca habría viajado tan lejos.

Pero, ¿a qué otro hombre, conocido mío, confundiría el abuelo Castro con un bandido?

Cojo el paño de cocina para secarme las manos. Tengo los dedos arrugados de tanto tiempo bajo el grifo.

Ni siquiera tengo tiempo de arreglarme el pelo que me ha despeinado Tomaz. Veo a Artho Becker entrar por la puerta de la cocina, siguiendo a mi madre.

El corazón se me acelera en el pecho cuando nuestras miradas se encuentran. Artho esboza esa sonrisa esquinada y veo aparecer entre sus labios su afilado diente canino. Sonrío involuntariamente, solo entonces me doy cuenta de lo desordenada que estoy.

— Hola— le digo y corro a abrazarle.

Llevo al menos diez días sin verle y le he echado mucho de menos.

— Hola, pequeña —me susurra al oído mientras me coge en brazos—. ¿Por qué no me dijiste que venías?

Estoy tan feliz de verle que olvido en qué estoy.

Me suelto de sus brazos y miro a mi alrededor. Me encojo de hombros al ver a la abuela Nina, al abuelo Castro, a mi madre y a sus dos hermanos mayores, así como a tres primos, que me miran a mí y a Artho con asombro.

Sólo Tomaz parece estar disfrutando.

No sé si están más asombrados por la aparición de Artho o por el hecho de que un hombre haya venido a buscarme.

Oigo a mi madre resoplar y me encojo de hombros.

Creo que ese será el orden del día de la cena de Navidad.

— Éste es Artho Becker— susurro. — Artho, esta es mi familia. Mi madre Luíza, mi hermano Tomaz, mi abuelo Castro y mi abuela Nina, mis tíos Vicente y Robson, y mis primos Adilson, Gustavo y Leandro.

digo y me toco la ceja con la punta del dedo índice.

Artho lleva una chaqueta de motero, por suerte el único tatuaje a la vista es la corona de laurel que lleva en el cuello, pero es suficiente para que el abuelo y mis tíos desconfíen.

Estrecha la mano de cada uno de ellos, repartiendo sonrisas amistosas.

Mi madre sigue mirándome seria, esperando más información.

— Artho es estudiante de último curso de Derecho. Quedó primero en el examen de acceso de 2014, es el alumno más listo del curso —le explico y me muerdo el labio.

No sé qué esperar como reacción de mi familia, nunca he traído un chico a casa y no sé exactamente qué hace aquí.

— Felicidades —oigo decir a mis tíos, pero no sé si es por mí o por Artho.

— ¿Podemos charlar un rato fuera? — le pregunto a Artho y le cojo de la mano.

— Hija, tienes que arreglarte— me dice mi madre. Se estará preguntando cómo es que estoy despeinada y no me he escondido de él.

En cuanto salimos de la cocina, les oigo cuchichear sobre Artho.

— Lo siento por mi abuelo, es un hombre muy sistemático y mi hermano le empuja, sólo para provocarle— pregunto en cuanto llegamos al balcón.

Veo su casco y su mochila en la moto que ha aparcado delante de casa.

Siento que sus brazos me envuelven de nuevo y respiro hondo, con el pecho henchido de emoción. No sé exactamente qué significa la presencia de Artho aquí, pero me alegro mucho de verle.

— ¿Vas a Uruguay y has decidido pasar por aquí? — le pregunto. — ¿Cómo me has encontrado?

Su cuerpo se balancea mientras ríe. Realmente echaba de menos el contacto con su cuerpo.

— He venido a verte, mi pequeño— susurra Artho. — No sabía que ibas a venir. ¿Por qué no me lo dijiste?

Me encojo de hombros, aún en sus brazos.

— Has estado muy ocupado estos últimos días, no quería molestarte ni estorbarte.

— Nunca me molestaste ni te interpusiste en mi camino. Fui a tu piso a preguntarte si querías pasar las Navidades conmigo, y luego descubrí que ni siquiera estaba en tus planes.

— No es eso. No pensé que quisieras pasar tiempo conmigo, especialmente tan lejos de Bento Gonçalves.

— He venido sin invitación— dice. — Tienes poca fe en mí.

Me inclino hacia atrás y le miro, mi corazón está caliente, inmenso, y Artho está por todas partes en él.

— "Creo que nunca encontraré a alguien que me guste tanto como tú— murmuro.

Me besa, me rodea la cintura con los brazos y me aprieta con fuerza. Es exactamente lo que necesito ahora.

— Estoy seguro de que nunca encontraré a una mujer a la que quiera tanto como a ti— dice Artho, golpeándome con precisión con sus palabras. — Te quiero, mi pequeña.

Parpadeo, me escuecen los ojos, se me forman lágrimas, temo no caber todo este sentimiento dentro de mí.

— Yo también te quiero, Artho — confieso. — Te quiero mucho.

— Sé que no merezco una mujer increíble como tú, pero aun así, estoy aquí...

— ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo me encontraste? — Insisto en saberlo.

— Raquel me dijo los nombres de tu madre y de tu hermano, me explicó que el pueblo era muy pequeño y me vine. Intenté llamarte, pero no había cobertura. Preguntando por ahí, conseguí encontrar la casa de tu madre, y pregunté a los vecinos y me dijeron dónde estaba la finca de tus abuelos.

— Aquí no hay mucha señal de móvil y mis abuelos no tienen Internet —explico—. No puedo creer que hayas viajado tantos kilómetros para verme.

— Y para decirte que te quiero— susurra.

Sonrío, soy tan feliz que no puedo explicarlo. No quiero perder esto, voy a aferrarme a este sentimiento con todas mis fuerzas.

— Podrías haberme invitado— dice y se ríe. — He venido sin invitación.

— Lo siento, pero nunca pensé que aceptarías venir a Santo Antônio das Missões, creía que tenías una fiesta en el club.

— Eros prefiere estar solo en Navidad. Los demás se fueron a pasar las fiestas con sus familias. Me invitaron, pero yo quería pasarla contigo. No sé si podré quedarme o tendré que buscar un sitio para dormir en la ciudad. Tu familia está a punto de echarme de aquí.

— No te van a echar. Son sólo los tatuajes, pero les sorprende más que me busque un hombre que tu aspecto. Por no hablar de que eres un encanto, te las ganarás enseguida.

Quiero preguntarle si estamos juntos de verdad, como novios. No sé qué le voy a explicar a mi madre, pero decido que mejor lo dejo así. Ha venido hasta aquí en moto.

Capítulo 31



Domingo, 24 diciembre 2017

Llevo un vestido rojo, cosido por Raquel, y las sandalias de tacón que me ha traído.

Estoy acostumbrado a que me vistan así en Bento Gonçalves, pero en casa de mis abuelos es extraño.

El resto de la familia ha llegado y los primos más pequeños corretean por la casa. Mis primos, más o menos de mi edad, están en el salón cotilleando y se sobresaltan al verme.

— ¿Charlotte? — pregunta Helena, la más ordenada de todas. — ¿De verdad eres tú?

Pongo los ojos en blanco y cruzo la habitación hacia el balcón.

— ¿Por qué no le dijiste a nadie que tenías novio? — se me acerca mi madre. Ya se ha duchado y se ha arreglado también, después de organizar la mesa de la cena.

— Por los tatuajes, y porque no me di cuenta de que aparecería, me justifico.

— Le di una toalla para que se duchara, viajó casi siete horas en esa moto. Debe de estar cansado. Le dije que se pusiera cómodo y que usara la habitación en la que está Tomaz si necesitaba cambiarse.

Asiento con la cabeza, aliviada de que no esté furiosa conmigo.

— Es muy simpático, sabe hablar. Nos sobresaltamos cuando llegó... ¿Por qué nunca me hablaste de él? ¿No haces fotos?

— Le prejuzgaste por el tatuaje —digo entrecerrando los ojos—. Eso no es lo que me enseñaste, mamá. ¡Qué feo! Si te enviara una foto suya, ¿qué pensarías? A Artho se le conoce personalmente, no por fotos.

Me da una palmada en el hombro y se ríe.

— ¿Es realmente el alumno más inteligente del curso?

— Saca las mejores notas y también es el más solicitado— bromeo. — Hace sus prácticas en la Oficina del Registro Judicial.

— Charlotte, tienes un buen partido. ¿Y desde cuándo te vistes tan bien? ¿Lo hizo tu amiga de la moda?

— Ella misma.

— Es perfecto.

Mi madre me da vueltas y me felicita por lo guapa que estoy.

Justo entonces, oigo el pestillo de la puerta del dormitorio, que Tomaz utiliza siempre que viene a casa. Entonces percibo el aroma amaderado del perfume de Artho y se me acelera el corazón.

Se reúne con nosotros en el pasillo. Lleva pantalones negros y una camiseta burdeos. De su cuello cuelga el cordón con placa de estilo militar que le regalé por su cumpleaños, con la inscripción Artho Becker en una cara y CLUB DOS CANALLAS en la otra.

Se le ven los tatuajes de los brazos. El escorpión, símbolo de su signo, da mucho miedo a primera vista, pero si mi madre lo aprueba y el abuelo Castro no lo echa, todo irá bien.

— Huele bien— dice Artho, oliendo la barbacoa que mis tíos están asando fuera. — Y estás muy guapa, Mujer Maravilla.

Quiero tirar de él hacia uno de los dormitorios y echar de menos su cuerpo, su lengua acariciándome el clítoris, su polla dentro de mí, pero no me siento cómoda besándole aquí,

delante de mi madre y mis primos, que miran asombrados a Artho.

— Vamos a servirnos— dice mamá y nos conduce al comedor, donde hay una gran mesa puesta.

— La comida es sencilla, pero está muy buena— le digo a Artho mientras cogemos nuestros platos para servirnos.

— Parece que no recuerdas de dónde vengo— susurra. — Una cena así, cuando vivía con mi madre, era un lujo con el que nunca habría soñado.

Siento que se me oprime el corazón y que un nudo me cierra la garganta, pero respiro hondo y disimulo. Ha sufrido mucho, pasó hambre cuando era pequeño, comió el pan que horneaba el diablo con su madre y el monstruo de su padre, pero es inteligente y trabajador, va a conquistar el mundo, será un excelente abogado y nunca volverá a pasar necesidad. Tengo mucha fe en él.

Nos servimos pavo, farofa, arroz griego, mayonesa y ensalada, además de vino y barbacoa.

Mi familia es humilde, pero unida y numerosa.

Las mujeres de mis tíos encuentran extraño a Artho a primera vista, pero en cuanto empieza a hablarles, se enamoran.

Hace casi cinco meses, cuando lo conocí, nunca pensé que pasaríamos juntos la Navidad en el campo de Santo Antônio das Missões. La universidad me cambió.

Después de comer pudin, tarta de galletas y sagú de postre, estoy reventado. Pero aún así me siento fuera con Artho a comer la costilla de doce horas.

— Es la mejor costilla que he comido nunca— dice Artho, saboreando la carne tan tierna que se desprende del hueso, y da un sorbo a la caipirinha que ha preparado mi hermano.

— Tengo la barriga tan llena que temo ponerme enferma— digo. — Pero necesito compensar las noches en las que compartí fideos con Raquel.

— Tiempos difíciles— bromea Artho.

Uno de mis tíos toca la armónica gaúcha y el otro la guitarra, y la familia se reúne para

escuchar.

Es una vida sencilla y muy diferente de las fiestas que organizan Artho y sus amigos, pero a él no parece importarle.

Incluso baila con mi madre y una de mis primas cuando las parejas se juntan para bailar. A mí también me invita, pero soy una de las pocas de la familia que no ha aprendido los pasos.

— Quién te iba a decir que tendrías novio— comenta mi hermano mientras devora un tierno trozo de carne y bebe largos sorbos de caipirinha.

— ¿Y de verdad tenías que asustar a nuestro abuelo? — le digo mientras le pincho las costillas.

— ¿Crees que perdería esta oportunidad? — Tomaz bromea. — Te he echado mucho de menos estos meses, la casa está triste sin ti.

Me inclino y le abrazo los hombros. Es mayor, pero siempre he sido yo quien le ha cuidado.

— ¿Qué te parece maratonear algunas películas de Marvel? ¿Le gustaría a tu novio verlas con nosotros?

— Sí, pero creo que le gusta más Star Wars. Su perro se llama Darth Vader, un rottweiler precioso —le digo.

— Genial, entonces podemos verlo— dice mi hermano.

Veo que Artho se acerca de nuevo.

— Debería haber filmado la cara del abuelo Castro cuando llegó— bromea Tomaz, antes de levantarse y dirigirse hacia la terraza cubierta donde está bailando mi familia.

— ¿Podemos hablar? — pregunta.

Siento que se me acelera el corazón cada vez que alguien me hace esa pregunta.

— Por supuesto— respondo con voz débil.

Me levanto y le sigo hasta un banco de madera bajo el porche.

— He venido aquí para saber si quieres ser mi novia, si quieres empezar una relación conmigo, pero antes necesito contarte todo lo que no sabes de mí —empieza a hablar Artho, con

una voz más grave de lo habitual, lo que hace que aumente la tensión que siento—. Quiero que me des la respuesta sólo cuando lo sepas todo.

Trago saliva, no se me ocurre nada que me haga decir que no.

— Muy bien, Artho.

— Te he mentido, Charlotte. Te he mentido todos estos meses— murmura y deja escapar un fuerte suspiro con los labios entreabiertos.

Capítulo 32



Aguanto la respiración mientras Charlotte me mira con unos curiosos ojos grises llenos de preguntas.

Sus labios carnosos y rojos, que tanto me gusta besar, se contraen en una fina línea y su ceño se arruga.

No quiero perderla, pero no puedo seguir mintiendo. Se ha convertido en la persona más cercana a mí en los últimos meses, es a sus brazos a los que corro cada vez que no puedo soportar el peso de mis problemas, y es injusto que, de todas las personas, ella sea la única que no lo sabe.

Me doy cuenta de que esta información podría alejarla, y que no puedo hacer nada al respecto. No puedo cambiar mi pasado, pero ella tiene que saberlo.

— ¿Qué pasa? — susurra Charlotte. — ¿Sobre qué has mentido?

Respiro hondo, llenándome el pecho de aire, y exhalo lentamente, luego decido hablar de una vez.

— Ayla no es mi hermana, es mi hija— le digo y observo su reacción.

Sus ojos se abren de par en par y sus gruesas cejas se levantan. La veo juntar las manos y colocarlas entre las rodillas, y la conozco lo suficiente como para saber que es un gesto de

nerviosismo y ansiedad.

Por un momento, no dice nada.

Alargo la mano y le acomodo unos mechones de pelo detrás de la oreja, dejando a la vista su hermoso rostro.

— ¿Quién es mamá? — es lo primero que pregunta.

— Camila Klein, una chica de Farroupilha, a la que conocí cuando tenía diecinueve años — explico.

Yo también frunzo el ceño ahora, odio hablar de ello.

— ¿Y dónde está? — pregunta Charlotte.

— Murió dando a luz a Ayla. Sólo tenía dieciocho años, como tú.

Miro su mano y quiero cogerla. Se me cierra la garganta y necesito el contacto de Charlotte, pero no quiero que me rechace ahora.

— ¿Por qué dices que es tu hermana? — pregunta ella.

— Cuando Camila se enteró de que estaba embarazada, no estábamos saliendo. Era virgen cuando nos juntamos, se quedó embarazada al principio. Sus padres no querían que siguiera adelante con el embarazo, porque ni siquiera éramos novios. Querían que abortara ilegalmente, pero yo me mantuve firme y le pedí que no lo hiciera. No iba a asumir una relación, pero ya estaba trabajando e iba a ayudarla en todo lo que necesitara.

"En lugar de escuchar a sus padres, estaba enamorada de mí. Era un amor que yo no podía igualar. Vivía en fiestas, ligando con una chica distinta cada noche, y cometí un gran error al quedarme con ella, sabiendo que era virgen. Nunca me había enamorado de nadie.

"Aunque sabía que yo no valía nada, siguió adelante con el embarazo. Tuvo complicaciones durante el parto y no sobrevivió. Y la culpa es mía por insistir tanto.

Trago saliva. Me siento aún peor por no arrepentirme, Ayla es mi vida, lo es todo para mí. ¿Cómo podría haberme arrepentido de una decisión que le dio la vida?

Charlotte retira las manos de los muslos y se las pasa por el pelo, apretando con fuerza, y respira hondo.

— ¿Y por qué me dijiste que era tu hermana? — me pregunta, pero sin mirarme.

— Sólo mis mejores amigos, mi madre y mi padrastro saben que es mi hija. Cuando nació Ayla, los padres de Camila querían que la diera en adopción, que la enviara a un centro de acogida. No les importaba el bebé, pero tampoco querían darme la oportunidad de quedarme con mi hija— digo, y tengo que hacer una pausa para respirar al recordar todo a lo que me enfrenté en aquella época. — Mi madre suplicó, prometió que ella y mi padrastro cuidarían de Ayla como si fuera suya y que nunca sabría que yo era el padre. Al final aceptaron. Registré a mi hija, pero nunca llegué a oírla llamarme padre.

— Lo siento mucho —susurra Charlotte en cuanto me callo, luego gira el torso hacia mí y me acaricia la mejilla.

Quiero decirle cuánto me duele el corazón, pero nunca me he sincerado así con nadie.

— No quiero perderte por esto, pero voy a tener que aprender a aceptarlo si ya no me quieres— digo de inmediato. — Fui un imbécil con Camila, lo sé. Irresponsable, un imbécil...

— Shiiii — susurra con su dedo índice contra mis labios.

— Te quiero, Artho. Yo también quiero a Ayla. No es por eso por lo que renuncio a ti. No cambia nada entre nosotros.

No quiero atreverme a creer sus palabras, nunca he tenido a alguien que me haya hecho tanto bien y me haya cuidado como ella. Sé que no merezco que me quieran como me quiere Charlotte.

Le sujeto la cara y la miro fijamente el tiempo suficiente para que tenga la oportunidad de apartarse, pero mi pequeña no se inmuta y la beso con toda la pasión que siento.

El roce de sus labios me hace arder, me trae recuerdos de todo lo que hemos hecho juntos, de cómo se revuelca, chupa y gime.

Tengo que sacudir la cabeza para librarme de los pensamientos pervertidos. Al menos hasta que toda la familia se va a la cama.

— ¿Qué ocurre? — pregunta ella.

— Echo de menos follar contigo— digo en voz baja.

Me encanta cómo se sonroja, aunque sea una *zorra* en la cama.

— ¿Puedo preguntarte algo? — Charlotte quiere saberlo.

— Por supuesto, lo que quieras.

— ¿Por qué no asumes ahora la paternidad de Ayla? Han pasado años, los padres de la niña han dejado de molestar, ¿no? Ellos no lo sabrían.

Flexiono los hombros antes de decirlo.

— Mi madre no quiere. Da pisotones y dice que Ayla es su hija, que no puedo cambiar eso. Sé que tiene razón, que ha cuidado a Ayla como a una hija y que la quiere demasiado, pero... — Me rasco la nuca, sin saber cómo decírselo. — No le hace ningún bien a Ayla, aunque la quiera mucho, no la cuida como es debido. No puedo dejar que Ayla crezca con ella, aunque destruya a mi madre. No quiero que ella tenga los traumas y heridas que yo tengo.

— Tienes toda la razón. Además, es su nombre en el certificado. Está creciendo y pronto se dará cuenta.

— Quiero dejar Bento Gonçalves cuando me gradúe y llevarme a Ayla conmigo, construir una vida con ella lejos de los problemas de mi pasado.

— ¿Y tienes idea de adónde vas? — pregunta Charlotte, y veo preocupación en sus ojos.

— Eros se gradúa el próximo curso y se traslada a São Paulo, donde tiene su sede el Grupo Editorial Giordano, y quiere que yo también vaya. Me gradúo en diciembre del año que viene y me quiere como abogado de la empresa. Es un trabajo estupendo y muy bien pagado. Podré darle a Ayla todo lo que nunca tuve.

Sonríe, pero parece triste.

Sujeto su mano con firmeza y la miro intensamente.

— Aún nos queda un año, no nos preocupemos por eso ahora, ¿vale? — pregunto, con alivio en el pecho. — Tengo una invitación para ti.

— ¿Invitación? — pregunta y sonríe.

Le toco el agujerito de la barbilla y se lo muerdo ligeramente.

— Mis amigos y yo vamos a pasar la Nochevieja en la casa que Eros tiene en

Florianópolis. Su cumpleaños es el primero de enero y siempre vamos allí. Quiero que vengas conmigo.

Endereza la postura y se pasa el pelo por encima del hombro.

— No tengo dinero, Artho. Más aún para pasar la Nochevieja en Florianópolis. Me alegra mucho que quieras llevarme, pero no puedo.

— No necesitas dinero. Iremos en coche y yo pagaré todo lo que necesites. No te preocupes —le digo y le cojo la mano cariñosamente—. Hasta Ayla se va, si no, acabaré rindiéndome. No quiero pasar nuestra primera Nochevieja lejos el uno del otro.

— No sé si mi madre me dejará, pero...

— La convenceré.

— ¿Seríamos Nathan, Gabriel, Lion, Dimitri, Eros, Ayla, tú y yo? — pregunta Charlotte.

— Así es.

— ¿Está bien si Raquel va también?

— "De acuerdo, puedes invitarla— le respondo. — Seguro que a Eros le encantará.

Charlotte suelta una risita y se muerde el labio.

— La llamaré mañana después de comer. ¡Se va a asustar!

Charlotte

En las casas de madera, el sonido pasa fácilmente de una habitación a otra. A eso de las cuatro de la mañana, estoy solo en mi habitación cuando oigo crujir las tablas del suelo, como si alguien caminara de puntillas por la casa.

Mis tíos y mis primos ya se han ido. La abuela Nina y el abuelo duermen en su habitación, mi madre en la suya.

Le dio una manta a Artho y lo puso a dormir en la misma habitación que mi hermano y me lanzó una mirada de advertencia que significaba: no te atrevas a hacer travesuras en casa de tus abuelos.

Son conservadores, viven aquí desde que se casaron y no les parece bien que un novio se acueste con su nieta, y menos con una tan tatuada como Artho.

Ahora, al escuchar los crujidos en el suelo, bajo las sábanas, en mi habitación a solas, se me acelera el corazón.

Oigo el ruido metálico del pestillo de la puerta al abrirse y me muevo muy despacio sobre la cama. En la penumbra, veo la silueta del hombre alto que entra y cierra la puerta.

— ¿Artho? — susurro.

— Shiiii — dice mientras se acerca.

Le hago sitio para que se tumbe a mi lado en la estrecha cama individual.

— ¿Cómo saliste de la habitación de mi hermano sin que te viera? — pregunto.

— Lo ha visto.

— ¿Y aún así viniste? ¡Mis abuelos se van a cabrear!

— Le di dinero a mi cuñado para que no lo contara— susurra Artho.

— ¿Cómo? — Pregunto

Sigue siendo impactante oír a Artho llamar cuñado a Tomaz.

— Tu hermano te vendió, pequeña.

— ¡No puedo creer que ese vago hiciera eso! — Protesto. — ¿Cuánto has pagado?

— Doscientos reales, es todo lo que tenía en la cartera — me dice Artho.

Niego con la cabeza.

— "No puedo creer que valga doscientos reales para Tomaz— murmuro, pero las manos de Artho se introducen en mi ropa.

Uno a través de la cintura de mis pantalones cortos y el otro bajo mi blusa.

— Shiii — me pregunta de nuevo.

Le oigo desabrocharse los pantalones y bajar lentamente la cremallera.

Alguien podría oírlo y yo estaría jodido, pero me excita tanto que no me atrevo a contenerme.

Me corro inmediatamente después de que me penetre, con los dientes clavados en su cuello, y vuelvo a correrme cuando comienzan las lentas embestidas.

Le quiero y le deseo tanto que tengo miedo de ese sentimiento, miedo de lo que nos

pasará cuando Artho se gradúe en la universidad y se marche.

Capítulo 33



Domingo, 31 diciembre 2017

Charlotte lleva al menos quince minutos de pie, sobre la arena, donde las olas le llegan a los pies.

Lleva un bikini naranja y su piel ya está quemada por el sol. Su pelo mojado está sucio de arena y le cae por debajo de la cintura.

Charlotte vio el mar por primera vez ayer, cuando llegamos a la mansión de Eros frente al mar, en Jurerê Internacional. Desde entonces, no ha dejado de admirarlo.

— Es tu papá— bromea Dimitri con Ayla, mientras hacen un castillo de arena muy torpe.

Su carita está blanca de tanto protector solar que le he aplicado, y sus ojos parecen haber absorbido el azul del mar.

— ¿Papi Tutu? — me pregunta.

Ahora que Charlotte sabe la verdad sobre Ayla, mis amigos se sienten libres de decirle a Ayla que soy su padre.

— Sólo papá— insiste Dimitri. — No tienes que llamarle Tutu. Es tu padre.

Ayla me mira fijamente, con sus ojos azules muy abiertos. Me tiende su manita de arena y

se la beso.

— ¿Papá? — me pregunta.

No estoy acostumbrado a oírla llamarme así, y me emociono cada vez.

— "Sí, mi princesita— le digo. — Soy tu papá.

— *¿Y oto papá?* — pregunta Ayla.

— También es tu padre —explica Dimitri—. Eres una niña muy afortunada, ¡tienes dos!

— Dos— dice señalando con sus deditos. — ¡Dos! ¡*Tutú* es mi papá!

Ayla aplaude, como si eso la hiciera muy feliz. Veo sus dientecillos cuando sonríe y no puedo soportarlo. La atraigo hacia mí y me tumbo de espaldas en la arena de la playa, bajo la sombrilla.

Me agarro a su espalda regordeta y a sus rodillas y la levanto.

— *Vuela, vuela* — dice, riendo, con los brazos abiertos.

Flota sobre mí como si fuera la niña más feliz del mundo. Sus rizos castaños se balancean mientras juega a volar.

La bajo sobre mi pecho y la colmo de besos.

Charlotte camina hacia mí, sonriéndome como si fuera la persona más importante de su vida.

No recuerdo si alguna vez he sido tan feliz. No sé si me lo merezco, creo que no, pero no quiero que se acabe nunca.

Capítulo 34



Un año después...

Viernes, 7 de diciembre de 2018

Acabo de salir de la Oficina del Registro Judicial, donde he estado haciendo prácticas desde que Artho se marchó para dedicarse a su tesis, y me nombró sustituto. Empecé en agosto.

Consigo sacarme el carné y mi madre me ayuda a comprarme una preciosa Biz roja. Me monto en ella, me pongo el casco y conduzco hasta el Edificio Universitario para recoger el neceser de maquillaje de Raquel. Ella está de viaje y yo me voy a maquillar sola.

Desde el edificio, voy directamente a casa de Artho, donde me preparo para su graduación.

Abro la puerta electrónica con el mando que cuelga del llavero de mi moto y entro en la propiedad.

En el camino empedrado, veo el Porsche de Eros aparcado junto al Toyota sedán negro de Artho.

Eros se licenció en Administración de Empresas en junio de este año y se trasladó a São

Paulo. Hoy dirige el Grupo Editorial Giordano.

No lo veía desde que dejó Bento Gonçalves, pensé que no vendría a la graduación de su mejor amigo, pero aquí está.

Me río por lo bajo, aparco cerca de los coches y entro en casa.

Marcela está arreglando el largo pelo castaño de Ayla en su habitación. Lleva un vestido largo y vaporoso; parece una princesa.

— *¡Chaloti!* — me grita y me lanza un beso.

— Hola, mi amor. — la saludo y beso la punta de su nariz respingona. — Tu papá estará orgulloso, ¡estás preciosa!

Se ríe y se mece en la silla, dificultando el trabajo de Marcela.

Que yo sepa, Alice Becker, la madre de Artho, no le habla desde que salió de rehabilitación. El motivo: Artho le ha dicho a Ayla que él es su padre en lugar de su hermano, y Alice es su abuela, no su madre. Es muy probable que hoy no acuda a su graduación.

Yo le acompañaré. Artho ha sido elegido valedictorian. Es un tipo duro y ha mantenido su pose todo el tiempo, pero estoy segura de que por dentro debe de estar hecho un manojo de nervios.

Beso a mi pequeña en la mejilla y salgo de su habitación de princesa. Voy a la suite de Artho, donde dormí la mayor parte del año, sobre todo después de que Eros, los gemelos, Dimitri y Lion se graduaran y se fueran poco a poco

Artho fue el único que empezó la universidad en el primer semestre de 2014, pero el último en graduarse porque la carrera de Derecho dura cinco años. Los demás chicos empezaron en el segundo semestre de ese año y se graduaron en junio.

La casa se quedó muy sola sin sus voces, sin las fiestas. Dimitri fue el último en marcharse, tras aceptar un puesto en el Grupo Editorial Giordano, donde trabaja en periodismo.

Por eso prácticamente me mudé aquí, donde pasé muchos meses buenos y tranquilos con Artho y Ayla, así como con el equipo de personal que Eros sigue teniendo en la casa: Marcela y Erika, y el jardinero que viene tres veces por semana a cuidar los jardines.

Cojo el vestido que me voy a poner de la percha y lo pongo sobre la cama, asegurándome de que no esté arrugado, y luego salgo a buscar a Artho. Paso por delante de la habitación de Eros y no los encuentro. Sigo caminando por el pasillo hasta que paso por la puerta de la suite principal que perteneció a Elena y Gustava Giordano, los difuntos padres de Eros.

Es la primera vez en casi año y medio que llevo en esta casa que veo la puerta de su habitación abierta.

Oigo las voces de mi novio y su mejor amigo dentro, me apoyo en el portal para entrar, pero me detengo cuando oigo a Eros pronunciar mi nombre con un tono de voz serio, casi enfadado, como si me despreciara. No pueden verme, pero oigo todo lo que dicen.

Trago saliva. Una vocecita en mi cabeza me dice que me vaya y haga como si no los hubiera oído, pero me quedo.

— ... "De todas las estupideces que has hecho en tu vida, Charlotte es la peor— dice Eros.

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

— No, no lo es— replica Artho. — En absoluto.

— Sí, lo es, y sabes que tengo razón — insiste Eros. — Te he guardado el puesto en São Paulo durante seis meses, no sabes lo mucho que he hablado de ti a futuros clientes. Tienes una carrera de éxito por delante, vas a ganar mucho dinero ¿y quieres decirme que vas a dejarlo todo por una mujer?

— No es que vaya a borrar todo lo que estudié en la universidad. Voy a seguir siendo abogado, sólo que voy a empezar a ejercer aquí, en Bento Gonçalves, abriendo un pequeño despacho con un compañero de clase, hasta que consiga algunos clientes.

— ¿Te oyes decir eso, Artho? — Eros levantó la voz. — En São Paulo lo tendrás todo, empezarás con buen pie, con el Grupo Giordano como principal cliente. ¿Has olvidado por lo que has trabajado para llegar hasta aquí?

— Nunca lo olvidaría.

— Hazlo por tu hija. Ayla merece todo lo que puedas ofrecerle si viene conmigo a São Paulo. Ella no crecerá con los mismos problemas que tú. No olvides que ella va a cumplir cuatro

años, es el momento perfecto para que te vayas, ella no recordará todo lo que vivió con su mamá, podrás empezar una nueva vida, sin los problemas de su mamá para atormentarte.

— Sé a lo que estoy renunciando. Sé que sería mucho mejor para Ayla. Pero yo también puedo crecer aquí. No seré millonario el primer año, pero tengo fe en que saldrá bien —dice Artho con voz suave.

— Por culpa de una mujer... — dice Eros y resopla, alzando la voz. — Joder, Artho, ¿vas a renunciar a una carrera de éxito, a un trabajo millonario, por estar con una chica? Salir a distancia, joder. ¡Usa el cerebro!

— No me voy, Eros. A Charlotte aún le quedan siete semestres, no me voy a alejar de ella, para nada. La quiero y aquí es donde me voy a quedar, a su lado, porque siempre ha estado ahí cuando la he necesitado. No voy a vivir a mil kilómetros si no puedo pasar un día sin verla. Voy a trabajar aquí y a devolverle el dinero que le debo por el tratamiento de mi madre y por todo el tiempo que he vivido aquí.

— ¡Vete a la mierda, Artho! ¿Cómo has...? — Eros habla y oigo un sonido apagado, debe de haber golpeado un mueble. — Llevamos cinco años planeando esto, graduarnos y trabajar juntos en una ciudad lejos de todos los malos recuerdos de aquí. Lion como nuestro contable, Dimitri en la parte periodística, yo en la gestión y tú como abogado. ¿Cuándo una chica se volvió más importante que nuestra amistad?

Estoy acurrucada, me arde el pecho y no consigo entender lo que siento.

Sé lo importante que es Eros para Artho, lo importante que es todo el club. Lion y Dimitri ya trabajan para el grupo editorial en São Paulo, incluso los gemelos consiguieron trabajo en la ciudad, con la influencia de Eros, y ahora me entero de que Artho no quiere ir, como acordaron que haría, todos estos años atrás.

Sabía que Artho iba a abrir una oficina con un colega. Imaginaba que había cambiado de opinión sobre marcharse, por el bien de su madre, para poder vigilarla, estar siempre cerca por si recaía, criar a Ayla cerca de ella.

Y ahora me entero de que en realidad no quiere estar cerca de ella, que en realidad quería

poder irse lejos con Ayla, y que lo deja todo por mí.

Cambiar un trabajo que te hará millonario por una pequeña oficina con unos pocos clientes.

Con Eros, puede lograr mucho, pagarle una buena escuela a Ayla, darle todo lo que nunca tuvo. Conmigo también lo conseguirá, pero será por el camino más lento y difícil.

No puedo creer que... esté perturbando tu vida de esta manera.

Por no hablar de que le debe a Eros unos ciento treinta mil reales por los meses que Alice pasó en la mejor clínica de rehabilitación del lugar.

Eros no cobra, y mucho menos le echa en cara a Artho que fue él quien pagó el tratamiento de su madre, pero sé cuánto quiere pagar Artho a su amigo.

No paran de discutir. Eros está tan enfadado que me imagino a Artho sacando hoy mismo sus cosas de casa y buscándose otro sitio donde vivir.

— Hablas como si me fuera a morir de hambre otra vez — se defiende Artho. — Yo también podré vivir bien aquí en Bento Gonçalves. Cuando Charlotte se gradúe, y si quiere mudarse, nosotros...

— He mantenido a Miguel como mi abogado hasta hoy —le interrumpe Eros—, pero necesita jubilarse, y no voy a mantener el puesto mientras esperas a que tu novia obtenga su diploma y decida tu vida y la de tu hija. De ninguna manera voy a ir.

— Sólo iría contigo si Charlotte me pateara el culo. — Artho mantiene la calma mientras habla. — Y sé que ella me quiere y no hará eso.

— "Sí, te quiero, Artho— le susurro a la puerta entreabierta.

— Un día mirarás atrás y te arrepentirás— refunfuña Eros.

Me doy cuenta de que la conversación no durará mucho cuando oigo pasos dentro de la habitación. Corro de puntillas escaleras abajo, cruzando las habitaciones hasta llegar al jardín, donde encuentro a Darth Vader.

Tiro juguetonamente algunas ramas para que las coja el rottweiler, mientras intento asimilar todo lo que he oído.

Artho me encuentra unos minutos después.

— No te he oído llegar— dice y se acerca para besarme.

— Enseguida empiezo a prepararme— le digo. Me doy cuenta de que tiene los ojos rojos y apagados. Odio saber que ha estado llorando. Me obligo a tragarme el nudo que tengo en la garganta. — ¿Cómo va el orador de la clase?

— Tiene los nervios destrozados— bromea, sonando como un anciano.

Le rodeo el cuello con los brazos y lo abrazo, luego miro el tatuaje de la constelación de Tauro que tiene entre los omóplatos, que es el símbolo de la amistad de los chicos y de la relación que tenían con el padre de Eros.

Ya había visto el mismo tatuaje en Lion, pero sólo descubrí que todos tenían esa constelación grabada en la piel en la misma zona del cuerpo cuando viajé con ellos a la playa la pasada Nochevieja y los vi a todos sin camiseta.

Artho me contó que Gustavo Giordano solía sacar su telescopio al balcón y enseñarles las constelaciones cuando eran niños. Se hicieron el tatuaje en su honor.

Fue un gesto muy bonito por parte de los chicos, pero es una pena que Gustavo no pudiera verlo, era muy importante para ellos. Tanto que dejaron a sus familias para vivir con Eros cuando perdió a su mamá y a su papá.

Son el grupo de amigos más unido y leal que he conocido.

Paso las manos por los brazos de Artho, dándome cuenta de que es el único que va a romper el vínculo, la promesa de que vivirían juntos en São Paulo después de graduarse.

Trazo el contorno del as de corazones que se ha hecho recientemente en el brazo, el nombre de Ayla, así como el pájaro herido por dos espadas.

Creo que el pájaro le representa a él, y las espadas, a su padre y a su madre. Las personas que más daño le hicieron. No sólo golpeó a su padre. Lo descubrí a los pocos meses de salir, cuando estaba desnudo en la cama después de una ronda de sexo salvaje, con baile y cinturones. Le toqué unas líneas casi invisibles en un lado del torso y me dijo que eran las marcas de la varita que usaba su madre.

Visité a Alice Becker unas cuantas veces mientras estaba en el hospital y voy a su casa cuando Artho me invita, pero nunca me cayó bien y no me siento culpable por ello.

Es tóxica, no sólo con Artho, sino también con Celso Weber.

Llevar a Ayla lejos de ella sería la mejor decisión.

Aún me quedan tres años y medio por delante y sé que Artho no se iría para mantener una relación a distancia.

Estoy retrasando no sólo tu vida, sino también la de tu hija, ¡pero te quiero tanto!

Estoy enfadado por todo lo que ha dicho Eros, pero no realmente molesto. Tiene toda la razón, sólo un tonto cambiaría la oportunidad de ascender profesionalmente por una novia. Eso no va con Artho, ni con el universitario trabajador que es.

No fue para trabajar en un pequeño despacho aquí en Bento Gonçalves para lo que vino primero y trabajó tan duro, fue para estar a la altura de sus amigos y convertirse en uno de los mejores abogados de empresa del país.

Pero le quiero tanto...

Capítulo 35



Sábado, 8 de diciembre de 2018

Llevo un vestido largo azul claro lleno de cristales que Raquel hizo especialmente para mí.

Me duele el corazón como nunca antes lo había sentido. Tengo un nudo en la garganta y he tenido que apartarme varias veces para ir al baño y respirar hondo.

Aproveché esta escapada para no aparecer en la mayoría de las fotos que hizo Artho.

Alice y Celso fueron ayer a la ceremonia de graduación de Artho, que fue valedictorian y tuvo una sorpresa. Recibió el título de alumno laureado, el que tuvo el mejor rendimiento de todos a lo largo de los semestres.

Y ahora es el momento del baile. No me di cuenta de que necesitaba ver a Artho Becker con smoking hasta que lo vi.

Nunca he querido tanto a alguien y dudo que alguna vez lo haga. Lo que siento por él es lo más puro posible y le quiero demasiado como para seguir interponiéndome en su vida.

— Te encontré— dice y presiona sus labios contra los míos por un momento.

Si supiera que serían nuestros últimos besos, ¿se quedaría más tiempo?

— Acabo de ir al baño— respondo, arreglándome la pajarita.

Quiero abrazarle fuerte, pero ya no puedo demostrarle tanto amor.

— Es hora de bailar el vals, ¿no? — me pregunta y me coge de la mano.

Niego con la cabeza.

— Deberías bailar primero con tu madre. Es el baile más importante de la noche— le digo, aunque llevo semanas ensayando con él para no pisarle ni avergonzarle delante de sus compañeros.

— Tú eras el trato— me recuerda Artho.

— Lo sé, pero hoy es tu día para bailar con tu madre.

No es que crea que Alice merezca más. No quiero aparecer en la grabación, bailando con él. Quiero que hoy tenga el menor número posible de fotos y vídeos míos, para que pueda verlo todo sin mi recuerdo.

— ¿Está seguro? — quiere saber.

— "Sí, tu madre se pondrá muy contenta— digo y esbozo una sonrisa falsa.

Le veo acercarse a la mesa y levantarla. Lleva el pelo rubio recogido en un moño, incluso va maquillada y está muy guapa con un vestido plateado. Celso Weber lleva traje y vigila a Ayla mientras juega con los demás niños de la fiesta.

Veo a Artho entrar de la mano de Alice en la zona de valses, junto con los demás graduados de la promoción 2014.1 de Derecho de la UFBG, y se me escapa un sollozo.

Intento contenerme, pero no puedo. No hay tiempo para salir, las lágrimas se escapan aquí mismo.

Me doy la vuelta para marcharme, no quiero que Artho me vea así, pero me topo con Eros en la puerta de salida del salón de baile.

— ¿Qué me pasa? — me pregunta, levantándome la barbilla para mirarle. — ¿Ha pasado algo?

— "Sí— digo y siento que mi cuerpo tiembla.

Eros me coge en brazos y me aprieta contra su pecho.

— ¿Qué pasa, Charlotte? — quiere saber.

— Oí todo lo que le dijiste ayer a Artho —confieso, y noto cómo su cuerpo se tensa—. Entiendo cada palabra que dijiste y no voy a interponerme más en su camino, aunque me destruya. Voy a romper con él y necesito que le convenzas para que se vaya, para que siga lo que lleváis planeando toda la vida.

— Charlotte, lo siento.

— No tienes por qué sentirlo. Ya lo estoy sintiendo bastante— le digo, con un dolor recorriéndome el corazón. — Saber que su felicidad está lejos de mí es lo más duro que he tenido que asimilar.

— Lo amas lo suficiente como para entender lo que él y Ayla necesitan— murmura Eros. — "Sé que duele, ya he pasado por un dolor así antes, pero pasará. Te doy mi palabra.

— ¿Tardará mucho? — pregunto.

— Un poco, pero un día se te pasará y te sentirás orgulloso de haber tomado la decisión correcta.

La voz de Eros confirma lo que ya sabía.

Intento apartarme, pero él me sostiene en sus brazos un momento más.

— Si tiene que ser así, algún día volveréis a encontraros— afirma.

Me río sin humor.

— Dudo que Artho me perdone después de haber roto con él. Lo dudo mucho.

— Sé lo testarudo que es, pero el tiempo arreglará las cosas.

Miro a Eros. Es la prueba viviente de que el tiempo no cura las heridas, pero no voy a recordarlo ahora.

— No quiero que se entere de esta conversación— le digo con firmeza. — Ya me había dicho una vez, cuando empezamos a salir, que se iba a ir con Ayla a São Paulo.

— Tiene que sacarla de aquí. Alice no es buena para ninguno de los dos, quiere recuperar a la niña y sabemos que no puede cuidar de ella, aunque lleve unos meses limpia. Artho y Ayla

merecen empezar una nueva vida.

— Entiendo todo esto y quiero lo mejor para los dos.

— Eso es lo mejor. Voy a ayudarle a abrir un bufete que trabaje en el ámbito del derecho mercantil, tengo muchos conocidos que poseen empresas multimillonarias. Los llevaré a trabajar con Artho. Se hará un nombre rápidamente en São Paulo, ganará mucho dinero y nunca verá a su hija pasar por las penurias que él pasó de niño. Se lo merece.

Sacudo la cabeza. Pensar así hace que mi pecho se calme un poco.

— Estará bien, Charlotte— añade Eros. — Y Ayla también. Sé cuánto la quieres, cómo la cuidas como si fuera tu propia hija, pero es lo mejor para las dos. Sí, y Artho sabrá que hemos tenido esta conversación. No sé cómo reaccionará.

Vuelvo la cara hacia el salón de baile y veo que Artho ha terminado de bailar con su madre y me está buscando. Veo a Celso cogiendo la manita de Ayla, llevándola hacia su padre, y me doy cuenta de que no tengo fuerzas para quedarme aquí.

— ¿Quieres irte? — pregunta Eros. — Me disculpo con Artho y le hago disfrutar de la fiesta.

— Sí, quiero, llamaré a un Uber.

— No hace falta— dice y saca la llave de su Porsche del bolsillo. — Sube a mi coche. Yo me encargo de todo aquí.

Acepto, aunque tenga miedo de estrellar tu coche.

Abrazando a Eros, cuando quería estar abrazando a Artho.

— Gracias, Charlotte, muchas gracias por entender lo que es mejor para él.

— Dile que tengo cólicos, me creerá— murmuro y suelto un sollozo. Ya no puedo hablar más.

Miro a Artho por última vez y me voy, segura de que este dolor podría matarme.

Capítulo 36



Jueves 20 de diciembre de 2018

Sólo alguien a quien quiero tanto podría herirme así.

Dentro de cinco días cumpliremos un año de novios, y estoy mirando el vestido que le compré, mientras arde en las llamas de la chimenea y lo pincho con la saliva.

Sé que podría insistir, arrodillarme y rogarle, intentar que cambiara de opinión, pero hay una parte de mí que siempre supo que no era buena compañía para ella.

Mi vida siempre ha sido un desastre, mi pasado un agujero sin fin. No tengo a mi padre y mi madre pasó meses en rehabilitación, y aún tengo que recordar que si no hubiera insistido en que Camila llevara el embarazo a término, cuando no podía permitirme un parto decente donde la cuidaran mejor, aún estaría viva. Soy responsable de la muerte de la madre de mi hija.

¿Cómo puedo pedirle a Charlotte que vuelva conmigo? No tengo ese derecho.

Voy al armario casi vacío y cojo las últimas cosas que le quedan: un secador de pelo, el jabón en una jabonera acrílica, el frasco casi vacío de su perfume, una camisa negra de raso y algunas camisetas.

Me pidió que dejara todo en su piso.

Metí sus pertenencias en una caja de cartón, pero hay un objeto que no voy a devolver. En lugar de meter la camiseta gris de Mujer Maravilla —que llevaba el primer día de universidad— en la caja, la meto en mi maleta, porque no soy tan fuerte.

Todas mis pertenencias y las de Ayla ya están empacadas. Mañana nos mudamos a São Paulo.

Ahora está con Marcela. No tiene sentido pasar las Navidades aquí, mi madre ha dejado de hablarme desde que se enteró de que me iba. No me dejará llevarme a Ayla.

No hay nada más que me retenga aquí.

Mientras subo la caja por las escaleras, pienso en todo lo que hemos vivido en esta casa. Las fiestas, la diversión, las reuniones. La única razón por la que mi corazón no se rompe de añoranza es porque ya ha sido destruido.

Me subo al coche y conduzco hasta el Edificio Universitario.

El edificio está vacío y cojo el ascensor sola. Recuerdo la vez que follamos aquí, después de la cena de San Valentín. Cerré el ascensor y le bajé las bragas. Estábamos tan cachondos que no veíamos la hora de llegar al dormitorio.

¿Seguiré queriendo a alguien así?

Llego a su puerta y llamo tres veces. Respiro hondo y espero a que se abra.

Quiero entender su decisión, pero una parte de mí la odia.

Charlotte abre la puerta, su pelo ondulado cae sobre su camiseta blanca de algodón, tan grande para ella que cubre los pantalones cortos vaqueros que lleva.

Aprieto los labios para dejar de suplicar.

Nunca suplicaría volver a la vida de alguien que no me quiere.

— Lo has traído tú— dice y esboza una media sonrisa.

Me pregunto cómo puede sonreír así, cómo puede actuar como si ya no sintiera nada.

— Falta una camiseta— comenta mientras inspecciona la caja. — La gris de Mujer Maravilla.

— Seguro que Erika o Marcela lo metieron en mi equipaje cuando me ayudaron a

empaquetarlo todo— miento descaradamente. Charlotte sabe mejor que nadie que no dejaría que el personal empaquetara mi mudanza.

— ¿Quiere pasar? — pregunta ella.

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!, grita la razón.

— "De acuerdo— respondo. Quizá una dosis más no me haga tanto daño.

Miro dentro de su habitación mientras Charlotte cierra la puerta detrás de mí. Está un poco más desordenada que de costumbre, pero huele muy bien.

Me meto las manos en los bolsillos y la observo. Dobla la pierna derecha, apoyando el pie en el muslo izquierdo, mientras saca las cosas de la caja y las mete en el armario.

Tu piel parece tan suave... Creo que no podré soportarlo, que me arrastraré a tus pies y te suplicaré.

— ¿Quieres comer algo? — pregunta mientras cierra el armario y deja la caja vacía en el suelo. — Podemos pedir a domicilio o...

— Quiero comerte, no puedo contener mi lengua. — Una última vez, antes de irme.

Para mi sorpresa, asiente y se muerde el labio.

Como si fuera su cachorro, la alcanzo en un segundo. Le arranco la camiseta mientras ella se quita la mía. La polla me palpita y me duele de excitación cuando me toca por encima de los pantalones.

Veo sus pechos y chupo uno de ellos, disfrutando cada segundo. Soy un idiota por hacer esto, pero no puedo parar.

Le abro el botón de los calzoncillos, deslizo la mano por la cintura y le agarro el suave y turgente culo. Le doy un azote y ella gime. Seguro que ya está mojada, Charlotte siempre lo está cuando la toco así.

Me arrodillo, como no quería hacer, agarro el tirante de mis bragas blancas con las dos manos y rasgo el encaje rápidamente. Es la última vez...

Le chupo el coño con avidez, rodeando su clítoris con la lengua, y luego se lo muerdo, arrancándole un grito de placer de la garganta.

Me ahogo en su sabor mientras me agarra el pelo con ambas manos y frota su coño contra mi boca.

No sé cómo voy a vivir sin ella.

Me levanto de nuevo y la empujo hacia el escritorio. Charlotte empuja sus caderas hacia mí y recibe otra bofetada.

La penetro de golpe y la follo con fuerza. Echa las manos hacia atrás, con la columna arqueada, y me agarra del pelo.

Le agarro los pechos y aprieto los dientes para no llamarla mi pequeña, para no recordarle que su coño me pertenece y que nadie más puede entrar en él.

Fue perfecto mientras duró, pero ya se acabó.

Le meto la lengua en la boca y le acaricio el clítoris, mientras mi polla se hunde cada vez más en su coño.

Siento cómo su cuerpo se estremece y sus paredes me aprietan mientras se corre con fuerza.

Hago todo lo posible por aguantar unos minutos más, porque cuando termine, ya no tendré ninguna razón para estar aquí.

Sigo follándola y hago que se corra otra vez. Se derrite en mis brazos. Su espalda está sudada y resbala por mi pecho, que también está mojado.

Cuando deja de gritar, le saco la polla.

— Al suelo, ahora— ordeno.

Ella obedece y se arrodilla frente a mí. Siento sus manos en mis muslos y masajean mi polla mientras ella abre la boca y saca la lengua.

Me derramo sobre sus labios mientras ella me mira pícaramente.

Pienso en volver a vestirme, pero ella me arrastra al cuarto de baño sin decir nada. Lo hacemos una vez más en la ducha, y cometo el error de tumbarme con ella en su cama individual.

Me duermo con su mano acariciando los tatuajes de mi brazo envuelto alrededor de su cintura.

No sé qué hora es cuando me despierto, pero no quiero irme, porque cuando abandone esta habitación, la mujer a la que tanto quería será sólo un recuerdo.

La odio. Voy a borrar su teléfono, cambiar mi propio número, borrar sus fotos de mi móvil, romper todas las fotografías impresas que tengo de ella. Lo olvidaré, aunque sea lo último que haga.

Aprieto la mandíbula para no soltar un sollozo y me seco las lágrimas.

Ella no me quiere y nunca volveré a esta ciudad.

Abro la puerta del dormitorio, me doy la vuelta para mirar su cuerpo dormido por última vez y salgo por la puerta para no volver jamás.

CARTAS A ARTHO

Carta 1

Martes, 25 diciembre 2018

Para: Artho Becker.

Era más de medianoche cuando me pediste que me casara contigo el año pasado, así que decidí que el día de Navidad sería nuestro primer aniversario.

Quité la funda de la almohada y la sábana de la cama cuando viniste a devolverme mis cosas, porque olía a ti. La he metido en una bolsa de plástico y espero que tu perfume dure.

Tengo que confesar que una gran parte de mí esperaba que no estuvieras orgulloso. No conmigo.

Volví. Me arrepentí en cuanto te dije aquellas palabras: "Ya no te quiero". Qué mentira tan mal contada, ¿cómo pudiste creértelo, Artho?

Me río, pero las lágrimas no dejan de brotar, porque lo dije y te supliqué con todas mis fuerzas que no lo aceptaras, para que te levantaras y dijeras que no era nuestro fin.

Sé que no soy lo mejor para ti, que hice lo correcto al romper, y que ahora tienes un mundo de oportunidades, tanto para ti como para Ayla, sin embargo fui egoísta y deseé que me pidieras una oportunidad más.

Pero ya se acabó, no volveremos a estar juntos, lo sé.

No sé por qué escribo esta carta, ya que no tengo tu nueva dirección. Ya has dejado Bento Gonçalves.

Estoy en Santo Antônio das Missões, comiendo costillas de doce horas y bebiendo caipirinha, igual que el año pasado. ¿Te acuerdas? La diferencia es que el asiento de al lado está vacío.

Sé que esta carta no te llegará, pero es mi forma de explicarte que hice lo que tenía que hacer. Renuncié a nuestro amor para que tú pudieras crecer. Estoy segura de que valdrá la pena.

Por ti, y sobre todo por Ayla.

Ha sido una tortura no saber de ti. Ojalá pudiera besar a Ayla. ¿Ha estado preguntando por mí?

Pero es pequeña, pronto lo olvidará. Los niños de su edad siempre olvidan.

Espero que estés muy ocupado en la nueva ciudad, lo suficiente como para no pensar nada malo.

Te deseo una Feliz Navidad y que el 2019 traiga muchas cosas buenas a tu vida.

Besos,

Tu pequeño.

Carta 2

Miércoles, 25 de diciembre de 2019

Para: Artho Becker.

Acabo de darme cuenta de que nunca encontré un apodo a tu altura, como dije que haría, antes de nuestra primera cita falsa.

¿Por qué hablo de esto? Probablemente no recuerdes de qué estoy hablando.

Creo que sólo intento decirte lo solo que estoy desde que Raquel se graduó y se fue.

La nueva compañera de habitación es mucho más reservada que yo en el primer trimestre, y apenas hemos intercambiado diez palabras desde agosto, cuando llegó.

Echo de menos a mi amiga regañándome por desordenar mi ropa, lanzándome cosas cuando no prestaba atención a lo que decía, echo de menos las fiestas, las conversaciones animadas, incluso el ruido de su máquina de coser hasta tarde.

Parece que todo lo que tenía, todo con lo que había aprendido a vivir, se ha esfumado. Raquel, Ayla, los chicos del club y, sobre todo, tú.

Incluso su olor ha desaparecido de la funda de la almohada y de la sábana.

Tuve la brillante idea de ir a la casa donde vivías para intentar entrar en tu antigua habitación y ver si te habías dejado algo de ropa o un frasco de perfume vacío.

Pero no tuve el valor de entrar. Me quedé en la puerta, fantaseando con que Darth Vader vendría corriendo hacia mí, o que oiría la risa de Ayla, jugando en los jardines, o incluso el estruendo de su moto, o de uno de los coches.

No tuve el valor de entrar. En cambio, fui a una tienda y, no te rías, compré un frasco de tu perfume y ahora rocío tu aroma en cada funda de almohada.

No sé cómo tengo el valor de decirte esto, es tan vergonzoso...

Aun así, es mejor que asumir lo mucho que te imaginaba caminando por los pasillos de

Humanidades I, con tu cazadora de cuero, tu mochila al hombro y tu casco colgado del antebrazo. Me pasé todo el año esperando que aparecieras y me preguntaras si podíamos tener una relación a distancia.

Pero tú no querrías eso. Eres fuego e intensidad, nunca te conformarías con ver a tu novia dos o tres veces al año. Ese es el hombre del que me enamoré, alguien tan especial que no necesita apodos.

Creo que, a estas alturas, ya has vuelto a ser el gilipollas que eras antes.

Es mejor pensar así que imaginarlo amando a alguien que no sea yo.

Hoy cumpliríamos dos años si hubiera sido egoísta, si no hubiera renunciado a lo mejor que he tenido. Y te sigo queriendo igual.

Me encantaría saber cómo está Ayla. Es una pena que no utilices las redes sociales, así podría ver vuestras vidas en imágenes.

Feliz Navidad, y que el 2020 sea un año bendecido.

Quédate con Dios,

Charlotte Castro.

Carta 3

Viernes, 25 de diciembre de 2020

Para: Artho Becker.

Hoy habría sido nuestro tercer aniversario. Me pregunto cómo estaríamos si aún estuvieras aquí.

También me pregunto qué dirías si supieras que estoy escribiendo estas cartas, cuando probablemente ya ni te acuerdas de mí.

¿Puedes creer que mi familia sigue preguntando por ti cada vez que nos reunimos por Navidad aquí, en Santo Antônio das Missões?

Vi a tu madre en el supermercado en noviembre, cerca de tu cumpleaños. Estuve a punto de acercarme a saludarla, pero temí que no se acordara de quién era. Incluso viéndola de lejos, pude comprobar lo bien que estaba, su piel, su pelo. Después de todo, el tratamiento había sido un éxito.

¿Adivina quién vino a visitarme? Así es, ¡Oiapoque!

Me mataría si leyera eso.

Vino en septiembre, directamente de París, no sé si lo sabes, pero está haciendo un curso en Francia. Es tan pija y engreída como siempre.

Hicimos algunas compras y fuimos al Bar Culture. Era la primera vez que iba desde que te fuiste, pero era como si te viera en cada esquina. Me prometí que nunca volvería.

Estoy empezando mi investigación para mi Capstone y voy a seguir tus pasos y preparar todo con antelación.

¿Cómo está Ayla? No puedo creer que ya tenga casi seis años. Pronto empezará a leer y escribir. Me encantaría estar cerca para verlo.

Mi prima mayor acaba de tener un bebé y la he estado cargando la mayor parte del

tiempo. Me recuerda a cuando Ayla aún llevaba pañales y preguntaba por su mamá.

¿Cómo pueden la nostalgia y los recuerdos ser tan vívidos, incluso después de tres años? ¿Cómo puedo seguir queriéndote tanto?

No podrás responder a eso, Artho Becker. Ya no te acuerdas de mí, ¿verdad?

Creo que, si me hubiera acordado, habría pasado a visitarla en algún momento.

En fin, aunque ya no sé quién soy, os deseo una Feliz Navidad y un próspero año nuevo.

Hasta el año que viene,

Charlotte Castro.

Carta 4

Sábado, 25 de diciembre de 2021

Para: Artho Becker.

Todavía no puedo creer que no preguntara por Darth Vader en mi última carta. ¿Cómo pude olvidarlo?

¿Recuerdas que maratoneamos La guerra de las galaxias el año que viniste después de mí, en Santo Antônio das Missões? Mi hermano la vio con nosotros.

Por tu culpa, ya no veo Star Wars. Es algo que no soporto.

¿Cuántos años llevaríamos saliendo?

Sé que no lo sabes, pero voy a escribir como si lo supieras, porque odio la idea de pensar tanto en alguien que ya no se acuerda de mí.

Llevaríamos saliendo cuatro años. Ya tendrías muchos clientes, pero sé que te va mejor.

Me armé de valor y tecleé tu nombre en Google por primera vez el once de noviembre, día de tu cumpleaños. No sabes la sorpresa que me llevé al descubrir que tenías un perfil en Instagram.

He visto todas las fotos y todos los vídeos.

Ayla se parece cada día más a ti. Me encantaría volver a verla.

He visto que tienes una niñera que cuida de ella. Tengo que confesar que estaba un poco celosa.

He visto lo solicitada que estás en São Paulo, he leído los nombres de las empresas que son clientes tuyos. Estás haciendo realidad todos tus sueños.

Verlo tan exitoso hace que el dolor que sentí cuando terminé valga la pena.

¿Recuerdas a la compañera que vino después de Raquel? Ella abandonó y se fue.

Desde hace dos semestres, comparto habitación con Betina, la persona más divertida que

he conocido, después de Raquel.

Gracias a ella, empecé a ir a fiestas otra vez.

Conocí a un chico, no sólo quería divertirse, quería tener una relación seria. Y te juro que lo intenté, pero... el sexo no era ni de lejos lo que tenía cuando salía contigo, así que rompí.

Te hablo de él porque he visto una foto de una mujer muy guapa en tu Instagram. Espero que ella te haga feliz, como yo no pude.

He estado pensando mucho en el Club de los Canallas estos días, en todas las fiestas.

Echo de menos a los gemelos, la jovialidad de Lion, la seriedad de Dimitri e incluso el aburrimiento de Eros.

Sí, soy muy nostálgica. Acabo de terminar mi noveno año de Derecho y me gradúo el año que viene, probablemente por eso estoy tan nostálgica.

Me pregunto cómo puedo seguir llorando mientras escribo después de todo este tiempo. Te quiero, pero ambos sabemos que no estaba destinado a ser.

Feliz Navidad, Artho, y que el nuevo año sea mucho más fructífero en tu carrera.

Besos,

Charlotte Castro.

Carta 5

Domingo, 25 de diciembre de 2022

Para: Artho Becker.

Soy oficialmente abogado. Tengo mi carné de la OAB y lo exhibo como un trofeo cada vez que lo necesito.

Ahora sé lo orgulloso que estabas en tu graduación. Es una pena que no estuvieras entre mi público como yo lo estuve en tu turno.

Pero cada vez que leo sobre usted en los periódicos, cada vez que gana un caso importante, siento que mi sacrificio ha merecido la pena.

¿No te parece poético haber sacrificado mi corazón en aras de tu carrera?

Sí, sacrifiqué mi corazón. Sólo eso puede explicar por qué rompí con mi quinto novio sólo este año.

Son buenos, me tratan como a una princesa, nunca he tenido un dedo podrido, pero ninguno es un gilipollas como tú.

He salido con cinco hombres en ese año, aparte de rollos de una noche, y no he sido capaz de sentir lo que sentí contigo con ninguno de ellos.

¿Me has maldecido, Artho? ¿Es éste el castigo por romperte el corazón? ¿No te das cuenta de que fue por una buena razón?

¿Cuántos años tendríamos hoy? Tengo que contar con los dedos.

¡Cinco años! ¿Me habrías pedido que me casara contigo?

Nunca lo sabré.

Estoy preocupado por Darth Vader. No recuerdo si alguna vez me dijiste en qué año nació. Me pregunto cuántos años tendrá ahora. Rezo para que aún le quede mucha vida por delante.

Y Ayla… Dios mío, qué guapa está. Vi las fotos de tu cumpleaños en marzo. Cuando soplé las velas el 7 del mismo mes, deseé que vinieras a Bento Gonçalves.

Meteoro da Paixão, Lollipop y yo hemos montado nuestro despacho. No es nada comparado con Becker Business Law, pero ya tenemos algunos clientes.

Estoy viviendo con Lollipop en un piso en el centro y estamos decorando nuestra casa, está quedando preciosa.

Pensé que me toparía contigo en la acera, pero creo que nunca volviste a esta ciudad.

¿He hecho que odies a Bento Gonçalves? Si es así, te pido disculpas. Pero no creo que sea por eso. Tenías problemas con tu madre.

Vi las fotos de los países que visitaste con Lion, Dimitri y Ayla. Me he dado cuenta de que ya no salís juntos.

La semana que viene haré mi primer viaje internacional.

Estoy aquí en Santo Antônio das Missões por Navidad, pero me voy a París a celebrar la Nochevieja con Raquel.

Feliz Navidad y un bendito 2023. Deséame suerte, es la primera vez que vuelo en avión. Y… te sigo queriendo.

Au revoir,

Charlotte Castro.

Carta 6

Lunes 25 de diciembre de 2023

Para: Artho Becker.

Hoy habría sido nuestro sexto aniversario.

Otra prima ha dado a luz y empiezo a preocuparme.

No es que esté desesperada por casarme, pero quiero ser madre. De verdad. Y para ello, necesito conocer a un hombre, salir con él, casarme y quedarme embarazada.

¿Cuántos años lleva eso?

La otra opción es la inseminación, pero no me gusta mucho la idea, me parece muy solitario.

En serio, Artho, si me has echado una maldición, ¡por favor, deshazla!

Me he comprado mi primer coche. El número de clientes de nuestra oficina se triplicó este año.

¿Todavía te acuerdas de Oiapoque? Vino a Brasil en invierno y se quedó unos días en mi piso. Ahora vivo solo.

Hicimos el viaje de Maria Fumaça, el Tren del Vino, ¿te acuerdas?

Ella, Eros, tú y yo dimos ese mismo paseo en otoño de 2018. Eros se peleó con un turista que le tiró basura por la ventanilla del coche. Iba con un grupo de amigos. Estalló la pelea y tú casi pierdes los nervios y llamaste a las trompadas.

Suerte que no lo hicieron, porque estaban en inferioridad numérica y habría sido un desastre.

Viajé al Nordeste en octubre. Me enamoré de Natal, en Rio Grande do Norte. Vi en tu Instagram que has estado allí dos veces. Te imaginas que nos conociéramos en una playa paradisíaca?

Es increíble cómo no puedo dejar de pensar en ti.

Por favor, dale un beso a Darth Vader. Vi que publicaste unas fotos de él este año y me alivió mucho saber que está bien.

Y dile a Ayla que la quiero mucho.

Todavía te quiero, Artho Becker,

Felices fiestas y feliz 2024

Charlotte Castro.

Carta 7

Miércoles, 25 de diciembre de 2024

Para: Artho Becker.

Hace siete años que te me declaraste en el balcón del abuelo Castro. Hace seis años escribí la primera carta, cuando el olor de tu cuerpo aún estaba fresco en mis sábanas.

¿Me creerías si te dijera que aún tengo un frasco de tu perfume?

No creo que lo uses más. Eres millonario y probablemente usas perfumes importados.

Estoy muy orgulloso de todo lo que has conseguido.

Por fin me he dado cuenta de que no estoy maldita. No puedo mantener una relación porque no te he superado.

Necesito superarte.

He tomado una decisión: esta es mi última carta para ti.

Dale un beso a Ayla, Darth Vader, y dile a los chicos del Club de Canallas que los echo de menos.

Te quiero, Artho Becker, pero es la última vez que escribo esto.

Feliz Navidad, y que el 2025 esté lleno de logros.

Charlotte Castro.

Carta 8

Jueves, 25 de diciembre de 2025

Para: Artho Becker.

No te rías.

¡Lo sé! Sé lo que he dicho, pero me he encontrado aquí, en la misma fiesta familiar de Navidad a la que vengo todos los años, y no he podido evitarlo. Escribirte en esta fecha se ha convertido en una tradición para mí.

Quizá tenga que escribirte cartas para siempre, sin enviarlas nunca.

Es extraño, porque me siento unida a alguien a quien vi por última vez hace siete años. Al menos oigo tu voz en los vídeos. Vi el último que hiciste en tu sesión de entrenamiento de boxeo.

Recuerdo que tenías un gimnasio en el garaje del club, pero no entrenabas muy a menudo.

Eras joven, y pelear, cortar leña y tener mucho sexo era tu cardio.

Buenos tiempos, ¿verdad?

El mes pasado fui a una fiesta y pasé por tu antigua calle, donde vivías con tus amigos. Llovía y eso me recordó un día en que nos llovió al volver de una fiesta en tu moto. La metiste en el garaje, me pusiste en el asiento y me arrancaste la camiseta blanca de tirantes que llevaba... Esa noche está en mi lista de días favoritos de mi vida, ¿sabes?

Estuviste ahí para todos ellos.

Es una pena que no pueda superarlo, que no pueda olvidarte, encontrar a otra persona que me ofrezca al menos la mitad del placer que tú me dabas.

Quiero seguir adelante, y te juro que lo intento en todas las relaciones, pero me harto muy rápido, porque ninguna de ellas eres tú.

Ahora la preocupación es real. En este momento, soñé que ya estaba planeando quedarme embarazada, y no estoy ni cerca.

Si un día me encontrara contigo, si me tropezara contigo por la calle y tuviéramos la oportunidad de hablar, creo que te pediría que me dejaras embarazada. Creo que nada me haría más feliz que tener un hijo tuyo.

Maldita sea, tengo tantas ganas de ser madre, pero tenerte como el marido ideal perfecto no ayuda en absoluto.

Nadie es como tú, Artho.

Demasiado aburrido, demasiado romántico, demasiado charlatán, demasiado cariñoso... demasiado gilipollas.

Me duele la garganta mientras escribo porque estoy intentando con todas mis fuerzas no llorar.

Voy a cambiar de tema.

Nunca te he dicho por qué me llamo Charlotte. Mi padre vivía en Estados Unidos, en Carolina del Norte, en una ciudad llamada Charlotte. Le gustaba tanto que me puso ese nombre.

Tenía curiosidad por saber si había una historia detrás de tu nombre. Vi a tu madre y a tu padrastro hace unos meses. Me alegró mucho saber que siguen juntos, y lo sana y feliz que parece ella.

Lo que Eros y tú hicisteis valió mucho la pena.

Descubrí que Eros es el mejor amigo que alguien puede tener. Realmente transforma tu vida.

Con su apoyo, hoy es el propietario del bufete de abogados más solicitado de São Paulo.

La vida no fue muy amable contigo al principio, pero puso en tu camino ángeles que te rescataron del infierno.

Me alegro mucho por ti, aunque no pueda seguirte de cerca. Supongo que ése es el verdadero significado del amor, ¿no?

Alejarme de ti fue lo más doloroso que he vivido, pero fue lo mejor que pude haber hecho por alguien a quien quiero tanto.

Sí, valieron la pena todas las lágrimas.

Ayla está simplemente preciosa. Tenía tantas ganas de besarla. A Darth Vader también.

Tengo tres años de experiencia en el ámbito jurídico y ya he presentado mi candidatura a varias plazas de juez. Aquellas prácticas que me organizaste en el Registro Judicial, donde hiciste prácticas durante dos años, fueron esenciales para mi carrera.

¡Gracias, de verdad!

¿Te has preguntado alguna vez si aprobaría una oposición para ser juez en São Paulo? ¿Nos encontraríamos?

Esperaba que no estuvieras casado. Si yo no estoy casado ahora, estoy seguro de que tú tampoco lo estarías.

En cuanto a tener un bebé, estoy considerando la inseminación artificial para cuando apruebe una oposición y me estabilice.

Ser madre es mi sueño, no casarme. Tú lo hiciste, ¿por qué yo no?

Eres perfecto incluso en eso, Artho. Eres padre soltero con una preciosa niña de diez años.

Eres mi inspiración.

Te amaré de aquí a la eternidad.

Feliz Navidad y próspero año nuevo para ti, Ayla, Eros, Dimitri, Lion, Natan, Gabriel y, por supuesto, Darth Vader.

Mujer Maravilla.

P.D.: He encontrado una camiseta igual a la que te llevaste entre tus cosas cuando te mudaste. Me gustaría decir que no la compré, porque ya no me pongo camisetas de personajes, pero mentiría. Pero sólo cuando estoy solo en mi piso.

¿Por qué sigo aquí? ¿Quién escribe cartas hoy en día?

Con amor, Artho.

FASE 3
Capítulo 37



São Paulo — Capital

8 años después...

Viernes, 11 de diciembre de 2026

En la radio suena *Sweater Weather* de *The Neighbourhood*. Hacía un siglo que no escuchaba esa canción.

Son las 16.16 de una tarde ajetreada.

Tamborileo con las manos en el volante del Jaguar mientras espero a que se abra la señal.

Acelero cuando el semáforo se pone en verde y tiro del nudo de mi corbata para aflojarlo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme el traje y darme una ducha.

He quedado con mis cinco mejores amigos para vernos por la noche en el club nocturno que Nathan y Gabriel han abierto recientemente: el Clud de Canallas. Hoy gané mucho dinero con un caso y tengo que celebrarlo. Además, el club está teniendo mucho más éxito del que esperaban los gemelos.

No puedo conducir mucho tiempo, se cierra otro semáforo y me detengo en la calzada

junto a la acera de un restaurante italiano.

Observo a la gente cruzar la calle y siento cómo algo bloquea mi garganta y me corta la respiración al ver una cara conocida.

Lleva un vestido negro y sandalias de tacón, su pelo castaño ondea sobre sus hombros como el de una modelo de pasarela.

Busco su nombre en mi memoria. No necesito más que unos segundos para recordarlo.

Se me acelera el pulso. ¿Qué hace Charlotte en São Paulo? Paso por aquí todos los días cuando recojo a mi hija del colegio y nunca la he visto.

Se me cae la mandíbula, porque había olvidado lo guapa que es.

— Te las has arreglado para conseguir aún más... — murmuro, viéndola pasar delante del Jaguar. — *Joder, qué buena está*.

— ¡Papá! — Ayla me regaña desde el asiento trasero.

— Lo siento, cariño — digo, tocando su mano sobre mi hombro, pero no puedo apartar los ojos de la mujer. Charlotte llega a la acera y entra en el restaurante.

El semáforo se abre y un coche toca la bocina detrás de mí, pero aún puedo verla a través de la ventana del restaurante. El corazón me empieza a doler como la última vez que la vi.

Tomo aire. El coche sigue tocando la bocina.

— ¿Quién es, papá? — la suave voz de mi hija me devuelve a la realidad y acelero de nuevo.

— Es alguien que conocí hace muchos años, cuando estaba en la universidad, en Bento Gonçalves, murmuro.

Intento convencerme de que el pulso acelerado y el nudo en la garganta se deben a la sorpresa de encontrarla, ocho años después.

Dejarla fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Pero lo hice y conseguí olvidarla. Estoy seguro de ello.

Acelera el Jaguar por la avenida. Empieza otra canción y yo no la conozco, a diferencia de Ayla, que canta con él en el asiento trasero.

Observo cómo el restaurante queda atrás por el retrovisor mientras calculo cuánto tiempo hace que no veo a Charlotte Castro. Recuerdo que me fui después de mi graduación, unos días antes de Navidad.

— Han pasado ocho años— le digo al retrovisor.

Nunca volví a Bento Gonçalves, dejé allí mi pasado y el de Ayla.

Nunca supe si se graduó, si hizo el examen para ser juez, nada. Me negué a buscar información sobre ella, me olvidé de ella, como si Charlotte nunca hubiera existido.

Entonces... ¿por qué demonios estoy girando a la derecha? ¿Por qué estoy mirando el GPS en el salpicadero, buscando el giro que me llevará de nuevo frente al restaurante?

— Es sólo curiosidad. Volvería si fuera cualquier otra persona de la que fuera amiga en ese momento. No es nada especial porque es Charlotte— me digo, y me doy por satisfecha.

— Papá, estás raro —protesta Ayla, dándome otra palmada en el hombro—. Creo que te estás haciendo viejo.

— Tal vez realmente lo soy. ¿Tienes treinta y dos años? — pregunto mirando a mi hija por el retrovisor.

— Tengo once años. Treinta y dos es veintiún años mayor que yo. Eres muy mayor, papá.

Me río de tu forma de hablar.

— Pero no estés triste, eres un viejo simpático, con todos esos tatuajes — observa Ayla. — ¿Por qué volvemos?

— ¿Conoces a esa mujer que has visto pasar?

— Sí, ¿qué pasa con eso?

— Te cuidó durante más de un año, cuando eras muy pequeño— le explico.

— Tan pequeño que no me acuerdo— dice. — Pero, ¿por qué volvemos?

— Voy a parar y hablar con ella. Averiguar cómo le va. Eso es lo que hacen los amigos cuando se reencuentran después de muchos años.

— Lo sé... — Ayla dice, con suspicacia.

Siempre había querido tener una madre, pero nunca había salido con ninguna de las mujeres que conocía.

Vuelvo a entrar en la misma avenida y me detengo en el primer aparcamiento que encuentro.

Cojo a Ayla de la mano y camino con ella hasta la acera del restaurante. Aún lleva puesto el uniforme del colegio, era su último día de clase del curso y yo la llevaba a casa.

Alcanzo el picaporte de la puerta de cristal del restaurante y miro hacia mis propios pies, lo que me da tiempo a darme por vencida y volver al coche.

— ¿No vas a entrar? — Ayla quiere saberlo.

Vuelvo a levantar la cabeza y adopto la postura del abogado solicitado en que me he convertido, el que no agacha la cabeza ante nadie y nunca ha perdido un caso.

Nada más entrar, me reúno con Charlotte en una de las mesas. La sala tiene aire acondicionado y puedo oler la pizza horneándose.

Veo que la acompaña un hombre. Está de espaldas a mí y Charlotte está sentada de cara a la entrada. Tiene la barbilla apoyada en los puños cerrados, los codos sobre la mesa y sonríe al hombre.

Sus ojos azules brillan y ella mueve la cabeza para responder a una pregunta que él le ha hecho. No sé por qué me molesta tanto la idea de que esté casada con él, después de todo, solo estoy aquí para saludar.

Mis latidos se aceleran un poco más de lo habitual cuando empiezo a caminar hacia la mesa.

Charlotte sólo me ve cuando me detengo a su lado. Por un momento no parece reconocerme, pero la sorpresa se dibuja en sus ojos azules y grises. Pestañea varias veces y se levanta.

— ¿Artho Becker? — me dice y me tiende la mano.

Miro sus dedos extendidos y siento una opresión en el pecho. La chica a la que antes saludaba con besos ahora solo quiere cogerme la mano.

Le correspondo, sintiendo su suave piel contra la mía, pero me inclino y le beso un lado de la cara. Ella responde y me toca ligeramente el hombro.

Me sorprende que siga llevando el mismo perfume, y más aún que yo lo reconozca. Hacía tanto tiempo que no pensaba en ello.

— Aunque hubieras cambiado, reconocería ese tatuaje en cualquier sitio— dice Charlotte con una amplia sonrisa. El pequeño agujero de su barbilla sigue siendo precioso cuando sonríe así. — No has cambiado nada, Artho.

— Tú tampoco. Quiero decir, te has vuelto más guapa— digo, sin darme cuenta del hombre que está sentado a la mesa con ella.

— Gracias— dice, e imagino que va a sonrojarse y a recogerse el pelo detrás de la oreja, pero no lo hace. La Charlotte en la que se ha convertido no es tímida. Esta Charlotte en la que se ha convertido no es tímida. Sus hombros están arriba todo el tiempo. — ¿Esa es Ayla?

Me muerdo el interior de la mejilla, parece que me emociona que recuerde el nombre de mi hija a la primera.

— Sí, saluda, mi amor— le pido a Ayla.

— Hola, ¿qué tal? — saluda Ayla cortésmente y besa la mejilla de Charlotte. — Tu nombre no me es desconocido. Mi padre me dijo que eras mi niñera.

Charlotte me lanza una mirada que no logro identificar.

— Sí, yo era tu niñera. Te recogía todas las tardes de la guardería y me quedaba contigo hasta que tu padre volvía del trabajo. Eras la niña más mona del mundo.

Ayla sonríe y sus ojos azules brillan. Le encanta que la piropeen.

— Sigo siendo guapa— bromea.

En ese momento, el hombre sentado a la mesa llama la atención de Charlotte.

— I... — murmuro, sin saber exactamente qué decir.

— Éste es... — dice Charlotte y hace un gesto hacia el hombre, cerrando los ojos y chasqueando los dedos, como si tratara de recordar algo.

— Rodrigo — dice el hombre con un tono de voz arrogante.

También me cabrearía que la mujer con la que salgo me ignorara y no recordara mi nombre.

Asiento en su dirección, pero no empatizo. De hecho, me doy cuenta de que hace años que no le doy un puñetazo en la cara a nadie, y de cómo me gustaría solucionarlo así, como en la universidad.

— ¿Quieres sentarte? — pregunta Charlotte. Está claro que este tipo le importa un bledo. — Podemos conseguir una mesa más grande, no te importa, ¿verdad...?

Charlotte lo hace de nuevo, chasqueando los dedos, porque ya no recuerda el nombre que acaba de decir. No sé por qué eso me sube el ego.

El hombre la mira con irritación, su ceño está fruncido y sus labios forman una fina línea. Quiero alejarla de él, pero ya no estoy como para buscarme peleas por ella.

— No hace falta. Enseguida vamos— digo. La veinteañera que una vez fui realmente quiere sentarse con ellos y pasar más tiempo con ella y tomarle el pelo, pero Ayla está conmigo y no quiero exponer a mi hija.

— Me alegro de verte, Artho— dice Charlotte y me abraza.

Siento sus pechos contra mi pecho, su delicioso olor, y me invaden varios recuerdos. Aprieto su cuerpo contra el mío y froto mi mano por su espalda.

— Yo también me alegro de verte— le susurro al oído.

Me suelta y abraza a Ayla con fuerza.

— Te has convertido en una joven muy guapa— dice Charlotte y me duele el corazón. Odio lo rápido que ha pasado el tiempo últimamente. No quiero pensar en Ayla como una jovencita dentro de poco.

— Sigue siendo mi princesita— le digo.

— ¡Papá! — protesta Ayla, frunciendo el ceño.

Charlotte se ríe. No le he preguntado qué hace en la ciudad, si se ha mudado aquí o sólo ha venido a encontrarse con este tipo que ni siquiera recuerda su nombre. Es mi oportunidad de irme con la dignidad intacta. Excepto que mi maldita boca no está de acuerdo con mi razón.

— ¿Puedes darme tu número? — le pregunto y le paso mi móvil para que lo apunte.

Cuando coge mi teléfono y mira la pantalla, siento que ya he visto esta misma película antes. Y el final no fue nada agradable.

— Toma — dice después de guardar, y me entrega el aparato con una sonrisa en la cara. — Llámame, podemos ir a tomar un café.

— ¿Vives aquí o estás de paso? — pregunto.

El tipo resopla. Casi le pido que se aleje de ella, pero tengo que recordar que Charlotte y yo no tenemos nada más. Sin embargo, le devuelvo la mirada.

— Aprobé una oposición y me trasladé aquí hace unos meses.

Mi corazón reacciona a esta información como si fuera algo importante. Tengo muchas preguntas, pero ya tengo su número.

Beso su mejilla una vez más y le susurro lo agradable que ha sido conocerla.

— Quedamos entonces— le digo.

— Ha sido un placer volver a verte, mi niñera— dice Ayla y la abraza una vez más.

— Ha sido un placer, guapa— dice Charlotte y nos saluda con la mano.

Me doy la vuelta y camino con Ayla hacia la salida. Cuando abro la puerta, miro por encima del hombro y veo que sigue allí de pie, mirándonos salir.

Camino por la acera, junto a las ventanas, y la saludo por última vez. Odio la forma en que se abre mi sonrisa.

— Papá, es muy guapa— dice Ayla mientras me pincha las costillas.

— No era tu niñera— digo de camino al aparcamiento. — Era mi novia. Y se quedaba contigo después de la guardería. Charlotte te quería mucho.

— ¿Y por qué rompiste con ella? — Ayla quiere saberlo.

— Ella fue la que me pateó el culo — confieso.

Ayla estalla en carcajadas.

— Sorprendido de que el hombre que siempre está despreciando a las mujeres, eligiendo con quién sale, haya recibido una patada en el culo así. ¡Qué pasado tan oscuro, papá!

Le aprieto los hombros y le hago cosquillas en el cuello para provocarla.

— Estás hablando de una manera muy adulta, puedes parar.

No le importa, no entiende que tiene que crecer más despacio.

— Podrías volver. Ella me cuidó cuando era pequeña, me encantaría tener a alguien como ella en casa — dice Ayla, mostrando lo mucho que echa de menos tener una mamá.

Se me estruja el corazón de preocupación, porque pronto empezará a convertirse en una niña y sólo nos tendrá a mí y al ama de llaves para hablar.

— Me sorprende que digas eso, no te gusta ninguna mujer que te presente. Además, yo no vuelvo con la gente que me ha dejado, princesa —digo mientras entramos en el aparcamiento—. Esas son mis reglas.

— Las normas están para saltárselas— dice mientras pulso el botón que abre el coche.

La miro con seriedad.

— Las normas están para cumplirlas.

Capítulo 38



Son más de las veintitrés. No suelo salir tan tarde, pero decidí quedarme en casa hasta esa hora para no decidir hacer ninguna tontería de camino a la discoteca.

Como llego tarde, no podré desviarme.

He visto tres películas con Ayla desde que llegamos y ahora está dormida.

Aneliza, nuestra ama de llaves, vive con nosotros desde nuestro primer año en São Paulo. Ocupa la habitación contigua a la de Ayla, y sé que puedo salir y dejar a mi hija a salvo. Siempre me llama cuando necesita algo. Cuida de Ayla y lleva la casa mejor que nadie.

Estoy terminando de vestirme y colocando una chaqueta en una de las perchas del armario, cuando me topo con la caja donde guardo algunos recuerdos.

Sé que voy a arrepentirme de abrir la tapa, pero lo hago de todos modos. Lo primero que veo es mi álbum de graduación encuadernado en cuero. Charlotte sólo aparece en tres de las docenas de fotos que hice aquella noche, sin saber que poco después me daría una patada en el culo. Levanto el álbum y veo el símbolo de Mujer Maravilla en la camiseta gris. En el fondo de la caja está el cordón que me regaló por mi vigésimo tercer cumpleaños y un álbum de fotos que nos hizo el único San Valentín que pasamos juntos, así como las tarjetas que me escribió en fechas especiales y los restos de las bragas que rompí cuando aún no éramos novios.

Cojo el cordón e intento meterlo dentro de mi camiseta, pero me siento tan ridículo que lo arranco enseguida.

El mero hecho de haber guardado estas cosas durante tantos años es suficiente para avergonzarme.

Me paso la mano por la cara, tentada de llamar al nuevo contacto que tengo guardado en el móvil, pero me resisto. Cierro la tapa de la caja y salgo del armario.

Cojo mi chaqueta y me voy. Entro en la habitación de Ayla para asegurarme de que está dormida, ordeno la manta, abrazo a Darth Vader, que está dormido en el catre de al lado, y me dirijo a la discoteca.



— ¿Cuánto has ganado hoy? — me pregunta Eros, con el brazo sobre los hombros, en cuanto nos hemos reunido alrededor de una mesa.

— "Siete millones— digo levantando la copa de champán que los gemelos se han empeñado en traernos.

— ¡Siete millones en una puta caja! — Eros dice alto y claro para que todos en el palco lo oigan. — Este es uno de los mejores abogados de São Paulo.

— Enhorabuena — dice Dimitri y me estrecha la mano.

— Enhorabuena, amigo. Lion también me lo pide.

Veo a las chicas agolparse.

Natan pide dos botellas más al camarero y Gabriel ayuda a servir a las mujeres.

Eros me suelta de los hombros y me empuja discretamente hacia una mujer de pelo ondulado y ojos claros.

— Tim—tim— digo, chocando mi vaso contra el suyo. Sé que olvidaré su nombre en

cuanto me lo diga, pero sigo preguntando. — ¿Cómo te llamas?

— Bianca— respondió, apoyándose en mi pecho para hablar.

Miro a Eros, que me guiña un ojo y empieza a beber directamente del cuello de la botella.

Ha sido mi mayor apoyo en los últimos años, ayudándome a darme cuenta de que siempre he sido un gilipollas, de que Charlotte y yo nunca funcionaríamos.

Pienso en lo que diría si supiera que te he encontrado hoy.

— ¿Qué te parece si celebramos tu éxito? — dice la chica y me pasa la mano por el pantalón, buscando la polla que empieza a cobrar vida.

Inclino la cabeza y muerdo su hombro desnudo, expuesto por el vestido negro de tirantes. Huele a caramelo y a flores. Estiro la mano que me queda libre y le aprieto el trasero. Dejo que mis dedos se cuelen por debajo de la barra y descubro que no lleva bragas.

Miro a mi alrededor y veo que Eros también está ya con una chica.

— Me parece una idea perfecta— le digo a la chica, mientras miro por encima del hombro a una pelirroja.

Agarro el dobladillo del vestido y tiro de él hacia el baño. Guiño un ojo a la segunda mujer antes de cruzar la puerta.

Coloco la taza sobre la encimera de cuarzo del lavabo y agarro a la mujer. La beso, sin detenerme demasiado, y la coloco sobre la piedra, levantándola por las caderas. Me desabrocho los pantalones y busco un preservativo en el bolsillo. Ella me besa el cuello mientras me lo pongo.

La penetro lentamente, observando cómo se muerde con fuerza el carnoso labio. Es una mujer jodidamente caliente y trato de concentrarme en eso. Le subo el vestido, dejando al descubierto uno de sus pechos, y le chupo el pezón, mientras empiezo a meterme en su coño.

De repente, siento unas manos que me acarician el estómago. Levanto la cabeza y veo a la otra chica a mi espalda.

Me quita la chaqueta y me sube el dobladillo de la camiseta, dejando al descubierto los tatuajes de mi vientre. La primera chica, que está siendo follada, me acaricia el abdomen y gime.

Acelero mis movimientos y vuelvo la cara hacia la segunda chica, la atraigo hacia mí y la beso, mientras deslizo mis dedos bajo sus bragas.

Me concentro en darles placer a las dos, sin preocuparme de uno o dos hombres que entran y observan la escena.

Cuando la primera se corre, cambio el condón y levanto el muslo de la segunda, colocándolo entre las piernas de la que sigue sentada en el banco con las rodillas separadas.

La segunda empieza a gemir en cuanto doy el primer empujón. Noto cómo se contrae su coño al correrse, sujetándome la cara con ambas manos.

Sigo follando, besando a una, luego a la otra, hasta que estoy satisfecha.

Me lavo, cojo mi taza, me pongo la chaqueta y vuelvo a la cabaña. Creo que ha sido el polvo más fácil del último mes. Siete millones abren puertas. Y también piernas.

— ¿Quieres coger mi número? — la primera pregunta, cuando volvimos al círculo de amigos.

— Anota también la mía— dijo el otro.

— Lo siento, me he dejado el móvil en casa — miento sin ningún remordimiento.

— Ven a conocer a alguien— dice Gabriel en cuanto me ve regresar. — Esta es Jess.

— Es un placer— le digo. — Artho.

— Gabriel dice que hoy has ganado un caso muy importante— comenta. — ¿Siete millones? ¿En qué área trabajas?

— Derecho mercantil. Y no deberían seguir difundiéndolo, pero Giordano no puede callarse la boca— bromeo.

— Soy estudiante de Derecho— dice la chica.

Por un momento, siento que se me acelera el corazón. Me doy cuenta de que tiene el mismo color de pelo que Charlotte. También es demasiado joven para mí, probablemente no tenga ni veintiún años.

— ¿En qué área quieres especializarte? — pregunto, pero ya no presto atención a la chica.

Miro a mis amigos, charlando con las mujeres que les rodean, y me doy cuenta de que un

día tuve algo que no puedo encontrar en ninguna discoteca. Una chica que me aceleraba el corazón, que me daba tantos celos que hervía de rabia.

Creo que nunca he sido tan feliz como entonces.

Había olvidado lo vacío que estaba mi corazón hasta que la he visto hoy. Me pregunto por qué nunca he encontrado el mismo sentimiento en otra mujer.

Echo de menos lo que solíamos tener. La libertad de tener uno, dos, tres, deja una sensación de vacío al final de la noche.

Me río de lo que dice la chica, sólo para complacerla. Aunque parece muy joven, conozco sus planes por la forma en que me toca el brazo y el pecho en todo momento.

Tres en menos de una hora es un número excelente. Pero eso es todo lo que es. Un número.

— ¿Me disculpas? Tengo que hacer una llamada— le digo y busco el móvil en el bolsillo.

— Ahora vuelvo— le digo a Eros y bajo las escaleras.

Salgo a la acera y el aparcacoches me pregunta si quiero mi coche.

— "Sí, por favor— digo.

Mientras espera, maldigo a Charlotte y a mí mismo por ir tras ella en ese restaurante.

Mi teléfono móvil parece arder dentro de mi bolsillo, pidiéndome a gritos que lo llame o le envíe un mensaje de texto. Pero eso es lo último que debería hacer.

Me paso la mano por el pelo e intento recomponerme.

No debería echarla de menos, debería echar de menos un día en el que no recordara esta puta sensación, en el que fuera feliz sin darme cuenta de lo vacío que estaba.

Veo pasar a una pareja cogida de la mano, él lleva una cazadora de cuero y ella el pelo castaño. Odio la sensación de nostalgia que me produce.

El aparcacoches se presenta con mi BMW descapotable, que he comprado recientemente, y me entrega las llaves.

— Tu coche es una máquina— dice. — ¿A qué te dedicas para tener un coche así?

— Soy abogado— respondo, forzando la simpatía. Saco un billete de cien del bolsillo de

la chaqueta y se lo doy como propina.

La sonrisa de felicidad del empleado cuando recibe el dinero es mucho más genuina que la mía cuando me subo al BMW.

Acelero el coche por las calles, evitando en lo posible coger el teléfono y enviar mensajes de texto.

Pero llega un momento en que no puedo controlarme. Envío un mensaje de texto preguntando si ya está dormida y lo dejo en manos del destino.

Es 1.10 y las posibilidades de Charlotte de responder son escasas.

Aun así, la pantalla de mi móvil se enciende siete minutos después.

Mujer Maravilla: *No, estoy en un club nocturno, ¿y tú?*

La sonrisa que abro ahora es genuina. Miro mi reflejo en el espejo retrovisor, pero no me atrevo a sentirme culpable.

— Era el destino, tío. Le hice el juego— digo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo: *En el coche, esperando a que me envíes la localización para quedar contigo.*

No me importa responder enseguida.

Es rápida en enviarme lo que le he pedido. Elegí la ruta más rápida y llegué a la discoteca en quince minutos.

Sé que me arrepentiré, claro que sí, pero ¿cuánto hace que no meto la pata en mi vida? ¿Cuántos años hace que no aprendo algo que me haga avergonzarme de mi propio reflejo?

La última vez, que yo recuerde, fue cuando me despedí de ella. Había ido allí sólo para llevarme sus cosas, y acabé haciendo el papel de dormir con ella en su cama, después de que me dieran una patada en el culo.

Capítulo 39



Yo: *Acabo de llegar*.

Estoy cerca del bar.

Me paso una mano por el pelo y respiro hondo. Quiero intentar controlar los latidos de mi corazón, pero llevan tanto tiempo bajo control que es mejor no preocuparse ahora.

La veo con un vestido corto plateado, sandalias de tiras, pendientes de aro y, para aumentar mi agonía, pintalabios rojo.

Viene caminando hacia mí en cuanto me ve.

Como si el destino quisiera jugar aún más conmigo, está reproduciendo un remix de una canción que se lanzó el año en que la conocí.

— Hola, Artho— dice con una amplia sonrisa.

Lleva el pelo suelto, ya no tan largo como en la universidad, sino hasta los hombros.

— ¿Dónde está el tipo de cuyo nombre no te acordabas? — le pregunto pegada a la oreja, aprovechando para olerle. Me pica la mano por apretarle el cuello y meterle la lengua en la boca.

— Sólo fue una mala cita— dice y agita la mano desdeñosamente. — ¿Qué vas a beber?

— Estoy conduciendo y ya he bebido champán en otro club nocturno.

Me mira con curiosidad, me coge de la mano y tira de mí hacia unas mujeres.

— Chicas, os presento a Artho— dice.

— ¿Artho Becker? — me pregunta uno de ellos.

No presto atención a las características de ninguno de ellos, porque toda mi atención está puesta en Charlotte.

— Eso es— le digo a la mujer, frotando con el pulgar el dorso de la mano que me encantaba coger.

— Son mis amigos abogados— explica Charlotte.

— No nos dijiste que ibas a conocer al abogado corporativo más famoso de la ciudad — dice la mujer que me ha reconocido. — ¿Has ganado ese caso hoy?

— Gané— respondo. Me obligo a preguntar en qué áreas trabajan.

— Trabajan en el Tribunal de Justicia de São Paulo, donde asumí el cargo de Juez Suplente hace unos meses — explica Charlotte.

— ¡Vaya! Felicidades, *mi pequeño*. Soñabas con ser juez.

Los ojos de tus amigos están puestos en mí. Charlotte sonríe y se muerde el labio rojo.

— Me has llamado *mi niña*— dice, divertida.

¿Cómo puedo ser tan idiota?

Ya me hizo daño una vez, cuando sólo era una estudiante universitaria. No quiero ni pensar en el daño que podría hacerme ahora.

— ¿Bailamos? — Pregunta.

Joder, no sabía bailar. Ensayé con Charlotte durante semanas, como un tonto, para que bailara conmigo en mi graduación. Y se escapó de la fiesta sin darme una explicación.

Aun sabiendo todo esto, sacudo la cabeza y tiro de ella hacia la pista.

Se pone a bailar al ritmo de la música electrónica, con las manos apoyadas en mis hombros. Por la forma en que sonríe, si todavía la conozco al menos un poco, sé que el alcohol ya está haciendo efecto.

Le rodeo la cintura con las manos para acercarla más. Cuando sus pechos rozan mi pecho y la abrazo con más fuerza, ella levanta los brazos y se balancea al ritmo de la música.

Levanta el brazo derecho y desliza por él las yemas de los dedos de la mano izquierda, con los ojos cerrados, sacudiendo la cabeza. Su piel brilla con luces de colores.

— Eres muy guapa— la felicito.

Abre los ojos y me toca la cara con ambas manos.

— Tú también eres muy guapo— dice Charlotte, dejando que sus dedos se deslicen por mi barba hasta mi cuello.

Se inclina aún más y me pasa la lengua por el cuello. La sangre me hierve, se mueve hacia la ingle y me quema la zona. Se me eriza la piel mientras me lame.

Le agarro del cuello, como hacía tiempo que no hacía con nadie, y siento cómo se le acelera el pulso en la yugular.

Empieza a sonar un remix de una vieja canción de John Legend, All Of Me, e intento no besarla.

Lucho contra el impulso, aprieto los dientes y aguanto.

Pero no puedo soportarlo mucho tiempo, no con ella mirándome fijamente, acariciándome la piel con las yemas de los dedos.

— ¿Por qué has venido, Artho? — Oigo su voz por encima de la música.

Niego con la cabeza.

— No lo sé— respondo con sinceridad.

— ¿Por qué entraste en ese restaurante?

— Estaba parado en el semáforo cuando cruzaste. Hacía muchos años que no nos veíamos. Tuve que parar, necesitaba hablar contigo, verte de cerca.

— ¿Crees que es el destino? — pregunta Charlotte. — He aprobado cinco oposiciones en distintos estados, pero sólo me han llamado para ocupar el puesto aquí. ¿Es casualidad?

— ¿Crees que el destino te daría otra oportunidad de hacerme daño? — pregunto, aliviado de poder redimir el resentimiento que arrastro desde que me miró a los ojos y me dijo que ya no me quería y que quería romper.

Cierro la cara y pienso en irme, pero sigo queriendo oír lo que tiene que decir.

— Nunca volvería a hacerte daño, mi amor— dice Charlotte. Su sonrisa desaparece.

Se me escapa el aliento por la boca. Asiento con la cabeza, pero ahora no puedo hablar, tengo un nudo en la garganta.

Se muerde el labio rojo, a pocos centímetros del mío, para que pueda oler el vodka en su aliento. Cuando se lame el labio rojo, me destroza.

Mi polla palpita, esperando tu contacto, porque todo lo que mi cuerpo quiere es revivirse, en lugar de seguir maltratándose.

Le agarro con fuerza la nuca y la beso. Charlotte responde aferrándose a mi cadera, apretando su vientre contra mi pelvis. Siento que se me acelera el pulso mientras me chupa la lengua. Es la misma pasión de antes. No puedo creer que bese así a todas, porque yo no hago con las demás lo que hice con ella.

La estrecho contra mi pecho, como debería haber hecho hace años. El sentimiento renace de nuevo, y puede que incluso me odie a mí mismo, sin embargo, sabiendo todo lo que sé ahora, rogaría por ella.

Mi mano se cierra alrededor de su cuello, porque quiero que se sienta tan sin aliento como el mío.

Intento apretar los dientes de nuevo, no decir lo que siento, no confesar que siempre la he querido, que sólo ha tenido que pasar una vez por delante de mí para que toda la pasión salga a flote.

No digo nada de eso, es ridículo.

De ninguna manera puedo entregarle esto a la persona que me dejó una cicatriz más grande que todas las que ya tenía.

Nos miramos fijamente. No tengo ni idea de lo que Charlotte está pensando.

Las lágrimas me cierran la garganta porque es mucho más duro estar delante de ella y saber que no me quiere que cuando estábamos separados.

Echo de menos el ayer, cuando ella aún no se había cruzado en mi camino. Echo de menos el vacío con el que me había acostumbrado a vivir.

— Necesito una copa —es lo único que dice Charlotte después de besarme durante años.

Se suelta de mis brazos y camina hacia la barra. Me quedo mirando cómo se aleja, entre la gente que baila. La cicatriz sangra ahora, porque me la pinchó profundamente.

Puedo darme la vuelta, coger el coche y marcharme, buscar a mis amigos, tirarme a la estudiante de Derecho que dejé en la discoteca. Debería hacer todo eso, pero tal vez soy adicto al dolor. Por eso no he tirado las cosas que aún tengo de ella.

Camino despacio hasta encontrarla tomando chupitos de tequila con sus amigas. Me quedo quieto con las manos en los bolsillos. Está disfrutando, como si no le importara nada. Una de sus amigas le sujeta la cabeza y la agita para que el trago suba más rápido.

Me pregunto si es con ellos con quien Charlotte pretende volver a casa, pero no creo que esté pensando demasiado ahora mismo.

Su amiga le suelta la cabeza y Charlotte se desploma hacia delante. La única razón por la que no cae al suelo es porque yo me abalanzo sobre ella y la sujeto. Su amiga se echa a reír.

Chasqueo la lengua, no me hace ninguna gracia. Si viera a un hombre hacerle eso a Charlotte, volvería a casa con un ojo morado.

— ¿Te encuentras bien? — susurro cerca de su oído.

Me mira, visiblemente disgustada, pero no contesta. Le arreglo el pelo, que la otra mujer ha desordenado al sacudírselo.

Otra mujer, que está con la pandilla, coge la botella de tequila y le sujeta la barbilla para meterle más por la garganta.

— Ya basta— digo mientras pongo el antebrazo delante de mí.

Se ríe y se vuelve hacia otra, que abre la boca y bebe.

Sé que sólo se divierten, yo solía beber mucho cuando era más joven, antes de que hospitalizaran a mi madre por drogadicción, pero me preocupa que se emborrache tanto que no pueda defenderse. Siempre hay tontos en estas fiestas.

— Abre la boca, Artho Becker —pide la mujer que me ha reconocido.

— No, gracias. Yo conduzco.

— Nosotros también— afirma.

Entrecierro los ojos, no puedo dejar que Charlotte se vaya con ellos.

— ¿Quieres salir de aquí? — pregunto.

— Quiero estar a solas contigo— dice.

La atraigo hacia mí y la conduzco hacia la salida. Ninguna de sus "amigas" intenta detenerme.

— Hola, ¿va todo bien, señorita? — pregunta la guardia de seguridad al pasar por el pasillo de salida.

— Ha bebido demasiado, me la llevo— le explico.

— Lo sé... — dice la mujer con suspicacia. — La vi llegar con sus amigas. ¿Cómo se llama?

— Charlotte— respondo, y luego le doy un codazo. — ¿Puedes hablar con seguridad?

— Hum... — murmura.

— ¿Conoces a este hombre? — le pregunta la mujer.

Es un bonito gesto. En lugar de mí, podría ser cualquier tipo malicioso.

— ¿Éste?— pregunta Charlotte, se endereza y me sujeta la barbilla, manteniendo mi postura erguida. — Es mi marido, el padre de mi futuro hijo.

Tengo que reírme de su respuesta, luego me preocupa que esté realmente casada y me haya confundido con su marido.

— ¿Cómo se llama? — pregunta el guardia de seguridad.

— Artho Becker — Charlotte dice mi nombre con orgullo.

Saco mi carné de la cartera y se lo enseño a la mujer, para que no haya dudas de que Charlotte está siendo llevada por alguien de confianza.

— Gracias, señor. La seguridad se lo agradece. — Disculpe las molestias.

— No hace falta que te disculpes— le digo y conduzco a Charlotte al coche.

Puede andar con más facilidad, pero apoya la cabeza en mi hombro.

Abro la puerta del carruaje para que entre en el BMW y me doy la vuelta.

En cuanto me acomodo en el asiento del conductor, salta a mi regazo.

— ¿Qué es eso de que soy tu marido y el padre de tu hijo? — pregunto yo.

— Futuro hijo— dice y se ríe.

— ¿Qué ocurre?

Sus rodillas están junto a mis muslos y se mueve sobre mi regazo, haciendo que mi cuerpo se despierte de nuevo.

— "No hagas eso, por favor— le susurro, aunque sé que está borracha y probablemente no me oiga.

— Quiero tener sexo, Artho —dice, sin saber cómo me provocan esas palabras—. Quiero que me folles como hacías antes.

Me sujeta por los hombros y rueda lentamente, frotando su coño contra mí.

Se me escapa un gemido al darme cuenta de que, debido a su posición, se le ha bajado el vestido y ahora puedo verle las bragas.

— ¡Te odio, Artho Becker! — protesta ella.

— ¿Por qué?

— Porque nadie me come como tú. Porque has elevado los estándares, y nunca puedo estar mucho tiempo con un novio, ninguno es lo suficientemente bueno.

Es su mentira. Sólo lo dice para subirme el ego.

— Lo tengo todo, una carrera, un sueldo estupendo, he conseguido el trabajo que siempre quise, ya estoy realizada profesionalmente, pero tenía tantas ganas de ser mamá. ¿Recuerdas cómo era con Ayla? ¿Cómo me encantaba pasar tiempo con ella?

— "Sí, lo recuerdo— digo apartándole el pelo de la cara.

— Siempre he querido ser madre, y ahora puedo. Pero el problema es que necesito un padre y no encuentro a ningún hombre lo bastante interesante.

— Aún eres joven. ¿Qué edad tienes? — Calculo mentalmente tu edad, es 1999. — Tienes veintisiete años. Eres muy joven.

— Es una tontería. Ya me siento preparado. Fuiste padre mucho más joven.

Dice y se acerca al coche, haciendo sonar la bocina. La agarro por la cintura y tiro de ella hacia atrás.

— No soy un ejemplo— digo.

— ¿Quieres ser el padre de mi hijo, Artho Becker? — pregunta con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos cerrados.

Charlotte me hace reír, porque durante el año que hemos pasado juntos, a menudo me he imaginado cómo sería si tuviéramos un hijo juntos.

— ¿Aceptas? No tienes por qué aceptarlo, si no quieres, sólo tienes que correrte dentro de mí varias veces hasta que funcione— dice prácticamente.

— Deja de hablar así— me quejo.

— ¿Qué te pasa? ¿No quieres correrte dentro de mí? ¿Lo echas de menos, Artho? Yo sí, la forma en que me sujetabas el cuello, cómo te gustaba sujetarme las manos con el cinturón...

Charlotte me sube la camisa y empieza a desabrocharme el cinturón.

Mi polla palpita al ver sus bragas y, sí, realmente quería correrme dentro de ella.

— ¡Para, Charlotte! Por favor— le suplico, mientras ella se revuelca de nuevo, despertando un fuego destructor en mi interior.

— ¿Por qué?

— Porque te quiero, joder. Porque nunca he dejado de quererte— confieso, con las emociones a flor de piel, pero sé que al día siguiente no se acordará.

— Yo también te quiero. No te he olvidado ni un solo día— dice Charlotte, como si le diera placer mentirme. Incluso borracha, puede hacerlo.

— Si me quisieras, no habrías dicho lo contrario, no habrías roto conmigo de la noche a la mañana— susurro.

Cierro las manos en puños para no tocar su cuerpo.

— Siempre te he querido y siempre te querré — insiste en la mentira. — ¿Puedes follarme, por favor? No sabes cuánto ansío tener tu polla caliente dentro de mí.

— Joder, pequeña, te ruego que pares— susurro.

Aprieta sus labios contra los míos y me besa apasionadamente.

— ¿Te lo crees ahora? — susurra contra mi boca.

— Lo veremos mañana cuando despiertes. Ahora mismo estás demasiado borracho para responder por ti mismo. Te llevaré a casa, y cuando se te pase la borrachera, hablaremos.

Capítulo 40



Sábado, 12 de diciembre de 2026

Siento que me duele la cabeza incluso antes de abrir los ojos.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que no sé dónde estoy.

Me siento sobre las sábanas y la cabeza me da vueltas.

Las paredes son de color gris claro y, por la decoración sobria y elegante, sé que estoy en el dormitorio de un millonario.

Tiro de mi memoria y, aunque siento como si mi cráneo estuviera siendo atendido por un montón de agujas, consigo recordar.

El corazón me da un vuelco y el estómago me da un vuelco. No puedo creer que me haya despertado con resaca en casa de Artho Becker.

¡Santo cielo! ¿Cuántas veces he soñado con venir aquí?

Oigo abrirse el pestillo de la puerta y me paso la mano por el pelo, intentando prepararme para la emoción de volver a verle. Miro hacia abajo y veo que llevo el mismo vestido que la noche anterior.

Me lo pongo sobre el trasero cuando Artho entra en la habitación.

Los latidos de mi corazón se aceleran, aumentando el dolor de cabeza.

Está tan guapo que no podría apartar la mirada.

Se acerca a mí con unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes blanca. Lleva una cadena de plata al cuello y tiene los brazos mucho más tatuados que hace ocho años.

Lleva una bolsa, se detiene junto a la cama y la pone en la mesilla, al lado de mi bolso.

— ¿Cómo te encuentras? — pregunta y sonríe.

Me muevo, tan nerviosa que siento que me tiemblan las manos, cuando veo sus dientes caninos puntiagudos y el hoyuelo de su mejilla. Tiene la sonrisa más bonita que he visto nunca.

— Compré el kit para la resaca que solía darte cuando bebías demasiado. ¿Sigue funcionando la Coca-Cola? — pregunta Artho y me tiende una lata muy fría.

Recuerdo la primera vez que le vi, cuando compró una lata de Coca-Cola en el Bar Culture, creo que estoy igual de nervioso que aquel día.

— Sí, ayuda— le respondo, observando cómo prepara la mezcla de medicamentos. — Cómo he acabado aquí, sólo recuerdo...

Recuerdo que Artho apareció en la discoteca. El recuerdo de su beso me golpea el corazón como una bala de cañón.

— Has bebido demasiado. Te he traído aquí porque no creía que esos amigos pudieran soportarlo —dice y se sienta en la cama a mi lado y me da la medicina y el refresco.

— ¿He metido demasiado la pata?

— Acabas de decir demasiado— explica Artho. Incluso con dolor de cabeza, me encanta el sonido de su voz.

Me bebo la mezcla de medicamentos y abro la lata de Coca-Cola.

— Dios mío— murmuro. — ¿Qué puede ser hablar demasiado?

— Le dijiste a seguridad que yo era tu marido— me dice Artho.

— Oh, ¡yo no he hecho eso! — digo tapándome la boca con las manos.

Artho se ríe y se pasa la punta del dedo meñique por la gruesa ceja. Sus hombros, ahora más anchos que en la universidad, están inclinados hacia delante.

— También dijiste que yo era el padre de tu futuro hijo— añade.

— ¡Mierda, no me lo puedo creer! — Doblo las rodillas y me encojo de vergüenza. — No puede ser.

Artho se endereza, se echa hacia atrás y apoya los brazos en la cama, con los músculos en tensión. Se ríe como si yo no estuviera muerta de vergüenza delante de él.

— Fuiste muy concreta cuando me pediste que me corriera dentro de ti varias veces, hasta que te dejé embarazada— me dice.

Retiro el edredón y me cubro la cabeza.

— ¡No puede ser! — grito. No puedo creer que haya dicho esas cosas, después de ocho años soñando con conocerle.

— Intentaste abrirme los pantalones, pero te traje a casa sano y salvo, así que no tienes que preocuparte.

— *Ugrh* —murmuro bajo el edredón—. Debes de pensar que soy una loca obsesionada contigo.

— ¿Obsesionado conmigo? ¿Por qué iba a pensar eso?

Retira la manta y me mira fijamente. Siento que mi corazón se acelera de nuevo.

— Tú... — Empiezo, pero no sé qué decir. ¿Decirle que le escribía cartas todos los años diciéndole lo mucho que le quería? Qué ridículo.

— I...?

— Me he pasado todo este tiempo imaginando cómo sería si nos conociéramos, lo confieso. — Y la primera noche, me emborracho y digo muchas tonterías. Está claro que necesito ordenar mi vida.

— Me dijiste que tu vida era perfecta, que lo único que te faltaba era un hombre que te dejara embarazada— dice.

— Qué vergüenza— protesto.

— ¿De verdad quieres tener un hijo? — pregunta Artho.

¿Que si quiero? Claro que quiero.

Bebo unos sorbos de Coca-Cola, el estómago aún se me revuelve.

— Lo he estado planeando desde que me gradué, lo confieso. — Pero no es fácil cuando no tienes novio. Quiero decir, he tenido algunos, pero nada demasiado serio.

Me encojo de hombros.

— Lo comprendo, yo tampoco he tenido una novia que durara más de un mes aparte de ti —confiesa Artho.

Me siento destruido, tanto física como emocionalmente.

— ¿Puedo darme un baño? Creo que me aliviará el dolor de cabeza— pregunto.

— Por supuesto — dice Artho. — Tengo algo que puedes ponerte.

Se levanta y va al armario. Veo por su camiseta de tirantes que tiene un nuevo tatuaje en la espalda. Trago saliva, deseando verlo mejor.

Regresa unos instantes después, con un trozo de tela gris oscuro en la mano.

Permanezco inmóvil mientras me entrega la camiseta de Mujer Maravilla que supuestamente el personal de la casa había metido en sus maletas antes de marcharse.

Miro el símbolo en colores oscuros e intento comprender por qué lo conservó. No puedo engañarme a mí misma. Rompimos hace ocho años y, si aún sintiera algo por mí, ¿no habría acudido a mí?

Sigues loca por él y nunca lo buscaste— me dice mi conciencia. La verdad es que le daba el espacio que necesitaba, lo dejaba libre para conquistar todos sus sueños, pero yo también perseguía los míos.

Yo tenía una carrera que seguir, él no era el único que necesitaba perseguir un futuro mejor.

— Estuve contigo todo el tiempo... — murmuro, extendiendo la mano para cogerlo. — ¿Por qué lo guardaste?

— ¿No quieres ducharte primero?



Miro mi reflejo en el gran espejo del cuarto de baño de Artho. Consigo quitarme todo el maquillaje y permanezco un buen rato bajo la ducha, sintiendo cómo el agua caliente me presiona la cabeza y alivia el dolor.

Me he lavado los dientes con el cepillo que me dio, y ahora llevo el vestido, doblado en las caderas como una falda, y la camiseta que me cubre medio trasero.

Salgo del baño y me lo encuentro sentado en la cama, veo que tiene en las manos una caja de madera, de esas que se compran en las tiendas de decoración para comprar recuerdos.

— ¿Quieres ver qué más he conservado, aparte de la camiseta?

Camino despacio, respirando con dificultad, y me siento a su lado. Recojo la caja y la pongo sobre mi regazo. Mi brazo toca el suyo y me estremezco. No puedo creer que nos besáramos y yo no estuviera lo bastante cuerda para recordar todos los detalles.

Abro la tapa y veo un álbum con cubierta de cuero, escrito en letras doradas:

Clase de Derecho 2014.1 — Universidad Federal de Bento Gonçalves.

— Se parece al mío— susurro mientras lo abro.

Salgo en la primera foto que encuentro, abrazándole, como si no fuéramos a separarnos un día después.

— Ojalá hubiera al menos una foto tuya en mi álbum de graduación— confieso, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta.

— Hmm... — murmura. Ahora suena muy serio.

Miro todas las fotos con atención y luego miro los demás objetos de la caja. Me sorprende ver que ha conservado el collar con la plaquita, el álbum de fotos cursi que le hice, las cartas de amor y esas bragas.

Mis nervios están a flor de piel. Sujeto la caja con fuerza, temiendo que se derrumbe.

— Nunca he conocido a un borracho que mienta tan bien como tú —dice, y puedo ver la acusación en su tono—. Mientes tan bien que, si no fuera listo, caería en tu engaño.

Trago saliva y se me revuelve el estómago de nuevo.

— ¿En qué crees exactamente que he mentido? — le pregunto.

— Sobre seguir queriéndome, sobre no poder encontrar a alguien mejor, sobre querer tener un hijo conmigo. Pero no puedo entender por qué necesitas mentir. ¿Es por diversión?

— No he mentido— me defiendo, luchando contra el impulso. — Por qué iba a mentir, Artho?

— Dijiste que ya no me querías. Esas palabras salieron de tu boca, y las recuerdo vívidamente hasta el día de hoy. Si quisieras tener un hijo conmigo, no habrías roto.

Le miré fijamente a los ojos marrones. No me había preparado para este momento, en el que tendría que justificarme. Nunca pensé que realmente ocurriría.

Me aclaro la garganta. Hay una parte que no puedo contarte, porque se lo prometí a Eros.

— No habrías venido a São Paulo a trabajar como abogado para el Grupo Editorial Giordano si yo no hubiera roto nuestra relación— empecé.

— No vendría en absoluto. De ninguna manera. Me habría quedado contigo en Bento Gonçalves. Incluso iba a abrir una oficina allí con un colega de la universidad.

— Y no habrías logrado el éxito que lograste, no habrías hecho ni la mitad de la fortuna que hiciste. Vi el uniforme escolar de Ayla. Ella no habría ido a la escuela más cara de São Paulo. Tal vez, si se hubiera quedado allí, incluso habrías cedido a las súplicas de tu madre y le habrías devuelto a tu hija.

Digo todo esto rápidamente, y luego le miro a la cara. Parece buscar algo en mis ojos, quizá mentiras.

— Tuve que marcharme, Artho, por tu bien y por el de tu hija, aunque fue lo más difícil que he hecho nunca, lo confieso. — Te merecías una vida mejor, lejos de Bento Gonçalves y de todos los malos recuerdos que te trajo. Yo no podía formar parte de esa vida.

Agacho la cabeza, con un nudo en la garganta. Es terrible darse cuenta de cuánto daño te

he hecho, aunque intentara hacerte bien.

— Tú... — Artho empieza a decir, luego respira hondo y hace una pausa. — ¿Por qué nunca acudiste a mí?

— Porque yo también tenía una carrera que cumplir. Trabajé duro en la universidad y seguí estudiando sin descanso hasta que aprobé una oposición. Además, sabía que te había hecho daño...

— Perderte fue lo peor que me ha pasado nunca, créeme. Ningún otro dolor ha superado la puñalada que me clavaste en el corazón— susurra.

No puedo resistirme a abrazarle. Siento su cálida piel y aprieto los labios contra su cuello, con el corazón latiéndome dolorosamente.

— Espero que algún día lo entiendas— susurro.

Tarda unos segundos en responder al abrazo.

Cuando siento sus brazos rodeándome, mi pecho se llena de tal euforia que temo estar engañándome a mí misma. Artho ya no es mío.

— Siempre te he querido. Todos estos años, te he animado desde lejos, te he seguido en Instagram, Google, y he celebrado cada uno de tus logros. Al final, ha merecido la pena.

Le froto la espalda y parpadeo varias veces para no echarme a llorar.

— Yo tampoco te he olvidado nunca— susurra. — Pero he pasado demasiado tiempo odiándote, me cuesta creer que aún me quieras.

Trago saliva, disfrutando un poco más del calor de su piel.

Nos estremecimos al oír el ruido de la puerta.

— Papá— oigo gritar a Ayla, "voy a entrar".

Suelto a Artho y me enderezo en la cama.

Los dos nos quedamos parados como si fuéramos adolescentes pillados in fraganti, mientras la niña nos mira con los ojos entrecerrados.

— ¡Lo sabía! — dice aplaudiendo. — Sabía que volveríais a veros. Lo sentí.

Artho se ríe y yo me acomodo el pelo detrás de la oreja.

— Si fueras la novia de mi padre y aún me estuvieras cuidando, ¡por favor cásate pronto! ¡Necesito una mamá! — dice como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

— Hija — dice Artho en tono regañón. — Por favor.

— Sólo quiero una mamá— dice y hace un ruido. — Es la primera vez que me gusta una de las mujeres que me has presentado.

— Mi amor, Charlotte y yo estamos hablando. ¿Nos disculpas? — pregunta él, pacientemente.

Vuelve a entrecerrar los ojos y suelta una risita, como si lo entendiera todo.

— Sé de lo que estás hablando— bromea Ayla. — Te estoy observando.

Me río cuando sale de la habitación, es un encanto.

— Tengo que irme— digo mientras me levanto. Cojo las sandalias que tengo junto a la cama y el bolso que está sobre la mesita, y me los aprieto contra el pecho. — Creo que no hace falta que te devuelva la camisa. Gracias por cuidarme ayer.

— Sobre el embarazo... — dice, levantándose también.

Respiro hondo.

— No voy por ahí rogando a los hombres que me dejen embarazada. Tú fuiste el único, estoy segura. Estoy considerando la idea de la inseminación artificial —le explico—. No necesito a nadie más para que funcione. Eres madre soltera y lo has hecho muy bien.

— ¿De verdad querías que fuera el padre?

Sacudo la cabeza. Creo que es una de las conversaciones más extrañas que he tenido nunca.

— Eres mi ideal de padre perfecto— confieso.

Sonríe y se mete las manos en los bolsillos.

— ¿Me estás ofreciendo un trato, Mujer Maravilla? — bromea Artho.

Yo también sonrío. Vuelvo a tener dieciocho años. Me encanta oír ese apodo en tu voz profunda.

— ¿Quieres ser el padre de mi hijo, Artho Becker? — pregunto con voz suave. — No

tienes por qué participar en la creación si no quieres, sólo necesito tu esperma. Podemos intentar la fecundación en el laboratorio.

— ¿De verdad crees que me perdería la mejor parte? — dice y esboza una sonrisa malévola. — ¿La oportunidad de follarte una y otra vez?

Siento que un calor se apodera de mi bajo vientre y se extiende hasta mis muslos.

— Todavía puedo hacer que te sonrojes— observa Artho. — Creía que habías perdido la timidez.

— No me sonrojo por vergüenza— digo y me muerdo el labio.

— ¿Puedes darme algo de tiempo para pensarlo? Si me conoces bien, sabrás que no haría esto sin estar involucrada con el niño.

— ¿De verdad te lo estás planteando? — pregunto, tratando de contener la emoción que empieza a acumularse en mi interior.

— Sí, lo estoy. Porque ahora que te he vuelto a encontrar, no quiero pensar en ningún otro hombre intentando dejarte embarazada, ni siquiera por inseminación.

— "De acuerdo— respondo y sonrío. — Te daré todo el tiempo que necesites para pensar. Ahora tengo que irme. No sé qué les ha pasado a mis amigos y tengo que estudiar un caso para mañana. Gracias por todo.

— Te llevaré a casa— dice.

— Ah... — Murmuro, mientras me doy cuenta de algo. — Necesito saber cómo está Darth Vader. Me encantaba ese perro...

Me muerdo el labio y espero una respuesta.

— Darth está bien. Tiene la edad de Ayla, pero sigue siendo un perro muy fuerte.

Respiro aliviada y me llevo la mano al pecho.

— No sabes lo bueno que es oír eso— digo.

— Le conseguimos una novia poco después de mudarnos a esta casa. También es una rottweiler, se llama Padmé. Los dos tuvieron un par de cachorros y los castré.

— Creo que sé cómo se llaman estos cachorros— digo sonriendo al captar las referencias

a Star Wars y darme cuenta de lo bueno que es Darth Vader. — Luke y la princesa Leia.

Artho sonríe y asiente.

— Nathan se quedó con la Princesa Leia, pero Luke se quedó con nosotros. ¿Quieres verlos? — pregunta.

— Me va a encantar.

— Vamos— dice Artho y me tiende la mano.

Miro su brazo extendido hacia mí y me asalta el deseo de pasar la lengua por su piel, bordeando sus tatuajes. Tengo que respirar hondo para limitarme a cogerle la mano.

Me encanta el tacto de su piel, me gusta aún más cómo frota su pulgar sobre el dorso de mi mano mientras salimos del dormitorio y caminamos por los pasillos de la moderna y elegante mansión.

Bajamos las escaleras y Artho me guía hasta la zona exterior, donde hay una habitación totalmente decorada para los perros, con camas, casitas y diversos juguetes.

Reconozco a Darth Vader entre los tres rottweilers y lo llamo. Sé que no se acordará de mí, pero me emociono cuando viene y salta con las patas levantadas, apoyándolas en mis hombros.

Necesito mantener los pies en el suelo para no caer bajo su peso. Artho se adelanta para sujetarlo, pero le digo que no pasa nada. Le acaricio detrás de las orejas y le abrazo, muy contenta de verle tan bien.

Entonces la hembra, Padmé, y el más joven y agitado, Luke, vienen a mi encuentro.

— ¿Duermen aquí? — pregunto mirando a mi alrededor, dándome cuenta de lo bien que Artho los cuida y los mantiene cómodos.

— Padmé y Luke suelen hacerlo, pero Darth Vader prefiere dormir en mi habitación o en la de Ayla. Se está cansando, duerme toda la noche sin pedir que le abran la puerta. Estos dos, en cambio —comenta y se agacha para pasar las manos por las cabezas de Padmé y Luke—, se despiertan con cualquier ruido. Y Luke ya ha cumplido tres años, pero sigue destrozando todos los zapatos que encuentra.

Es tan agradable verle feliz, jugando con sus perros. Tengo tantas ganas de besarle, de abrazar fuerte su cuerpo tatuado, de fundirme con Artho.

— "Creo que será mejor que me vaya— digo, antes de hacer cualquier otra estupidez y avergonzarme más tarde.

Artho se levanta de nuevo y se me queda mirando un momento. Me duele el corazón porque le quiero mucho, pero no está bien insistir ahora. Necesita tiempo para procesarlo todo y yo le daré todo el tiempo que necesite.

Espero que vuelva a cogerme la mano, pero se limita a apoyar los dedos en la base de mi columna. Rodeamos la piscina en forma de L hasta el garaje, donde hay un BMW descapotable, un Jaguar y una Harley Davison.

Se moría por volver a montar en moto con Artho, con los muslos apretados contra sus caderas, las manos en su cintura, la cara a centímetros de su cuello, oliendo su delicioso aroma...

Así que rezo con todas mis fuerzas para que aún me quiera de vuelta.

Capítulo 41



Jueves, 17 de diciembre de 2026

— No sabes con quién me topé el otro día— digo mientras corto un trozo de filete. Estoy comiendo con Eros, Dimitri y Lion en un asador una semana antes de Navidad.

Tardé en decírselo, porque no sabía si querría volver a ver a Charlotte. No tenía sentido sacar el tema si no volvíamos a vernos.

El caso es que no puedo tomar la decisión solo. Una parte de mí, vengativa, fría y dura, quiere ignorarla el resto de mi vida, hacerle pasar por el mismo dolor que pasé yo. Otra parte de mí cree ciegamente todo lo que dijo y piensa que fue una prueba de amor que se sacrificara por mí.

No sé a qué lado escuchar. No puedo cometer el error de involucrarme con alguien que va a destruirme de nuevo, no podría soportar olvidarlos.

— ¿Hombre o mujer? — pregunta Dimitri.

— Mujer— respondo.

— Se me ocurren tantos nombres— bromea Lion. — Sophia, Amanda, Letícia, Rafaela, Eduarda, Manoela...

— Charlotte— digo enseguida.

— Ah... ¿Cuál era el apodo que le habías puesto? — pregunta Dimitri, chasqueando los dedos.

— Era el nombre de un personaje de DC — dice Lion.

— Mujer Maravilla — es Eros quien acierta.

De todos ellos, Eros fue el que más me vio sufrir.

— Es ella. La vi cruzando la carretera. Paré el coche y fui tras ella — confieso, esperando que me juzgaran. — Estaba en una cita con un chico, los interrumpí y le pedí su número de teléfono.

— No me lo puedo creer— dice Lion y da un largo sorbo a su jarra de cerveza. — ¿Quedasteis después?

Miro a Eros y Dimitri, que escuchan atentamente.

— Sí, la conocí en una discoteca— le explico.

— ¿Y tenías *memoria*? — Eros quiere saberlo.

— No, se emborrachó y la llevé a casa. Pero mientras estaba borracha, me dijo que nunca había dejado de quererme. Cuando se despertó al día siguiente, sana, me dijo que la razón por la que había roto conmigo era que quería...

— Ella quería que vinieras aquí— dice Eros.

Le observo atentamente, intentando comprender la convicción de su voz.

Dimitri y Eros se miran.

— ¿Nunca se lo dijiste a Artho? — pregunta Dimitri.

— ¿Decir qué? — Exijo saberlo.

Eros moquea y bebe unos sorbos de cerveza.

— ¿Decirme qué? — Insisto.

— Que sabía lo de Charlotte y por qué rompió contigo — Dimitri se lo entrega.

Me enderezo en la silla, intentando entender de qué está hablando.

— ¿Recuerdas la conversación que tuvimos antes de tu graduación? — pregunta Eros. —

¿Cuando me dijiste que ya no vendrías a trabajar a São Paulo por su culpa?

Asiento con la cabeza, pero no digo nada.

— Estaba escuchando la conversación — continúa Eros. — Ya has oído todo lo que te he dicho sobre lo mucho que tu relación va a trastocar tu vida.

— ¿Cómo lo sabes tú y yo no? — Siento que un temblor recorre mi cuerpo. Me arden los ojos. No puedo creer que Charlotte oyera las cosas horribles que dijo Eros aquel día.

— Por eso Charlotte se separó, para que tú y Ayla pudierais venir aquí y tener una vida mejor.

— ¿Tú también lo sabías? — Vuelvo mi atención a Dimitri.

— Sí, Eros me lo dijo— confiesa.

— ¿Y tú, Lion? — le pregunto.

— Soy como un cornudo, el último en enterarme— bromea Lion.

— Charlotte se tropezó conmigo en la graduación, cuando se iba, y me dijo que rompía. Yo la apoyé, los dos queríamos lo mejor para ti — continúa Eros. — Pero ella sufrió mucho. Puedes creerla. Te quería tanto que renunció a estar a tu lado para que pudieras estar donde estás hoy.

Aprieto los dientes, sin saber qué pensar.

Sé que lo hicieron por mi bien y que no podían habérmelo dicho. Nunca me habría ido si hubiera sabido la verdad.

La única manera era patearme el culo.

Me enderezo en la silla y cruzo los brazos.

— Créeme, si dice que siempre te ha querido, es verdad— comenta Dimitri.

— No voy a pedirte disculpas —murmura Eros—. No creo haber hecho nada malo apoyándote. Eres uno de los mejores abogados de empresa del Estado, pero no sé si te habrías hecho un nombre así viviendo en Bento Gonçalves. Encima de todo, estaba Ayla y los problemas con tu madre. Te ibas a mudar, era la mejor salida.

Asiento con la cabeza, aunque sigo hablando en serio.

— Quiere tener un hijo conmigo. Decido decírselo enseguida para poder organizar mis pensamientos más tarde, cuando esté solo. — Siempre ha querido ser madre, pero, como yo, nunca se ha vuelto a enamorar.

— ¿Un hijo? — pregunta Lion. — Joder, ¿os habéis vuelto a ver este mes y ya estáis hablando de hijos?

Me bebo la cerveza de mi jarra de tres tragos y luego les explico todo, cada palabra que recuerdo haber oído de ella.

Me escuchan atentamente. Les cuento hasta el momento en que Ayla entró en la habitación y nos pidió que nos casáramos.

— Si aún os queréis... — Lion murmura. — No veo que nada os detenga.

— Pero tú decides— dice Dimitri.

— Sí, sólo tú. No somos nosotros los que tendremos que vivir con el dolor si ella cambia de opinión — dice Eros. — Y tener un hijo es algo muy serio, tú lo sabes mejor que nosotros.

Capítulo 42



Jueves, 17 de diciembre de 2026

Artho Becker está en el portal de mi edificio. Me dejó en casa hace cinco días y no se sabe nada de él desde entonces.

Cinco días corriendo a mirar el móvil a cada notificación, esperando que fuera un mensaje tuyo. Días de ansiedad y nervios. Me siento como si tuviera dieciocho años otra vez, esperando a saber si me va a llevar a la fiesta de novatos de la Facultad de Derecho de la UFBG.

Chasqueo los dedos, comprobando mi reflejo en el espejo. Llegué del Tribunal de Justicia hace una hora. Mi último día de trabajo antes de las vacaciones de fin de año. Mi billete está reservado para viajar a Rio Grande do Sul el miércoles, día veintitrés, donde pasaré la Navidad con mi familia, como todos los años.

Por suerte, me duché al llegar y me sequé el pelo, aunque no esperaba visitas, porque tenía intención de ir al cine con mis amigos.

— Puede dejarle subir— le digo al portero.

Apoyo la frente en la puerta y sufro durante los próximos minutos, sin saber qué hace él

aquí. Si dice que es mejor dejar las cosas como están, tardaré otra vida en acostumbrarme a echarle de menos.

Si Artho dice que quiere volver conmigo... No sé si podré soportar tanta emoción.

— Ahora eres juez, no puedes dejar que un hombre te arruine así —me reprendo. — Pero es Artho...

Pongo la oreja en la puerta y la abro en cuanto oigo pasos en el pasillo.

Lleva una camisa blanca abotonada, pantalones a medida y corbata gris, y el traje colgado del hombro. Nunca he conocido a nadie tan guapo en el tiempo que llevamos separados.

Cuando se detiene frente a mí, no dice ni una palabra, pero me coge el cuello con la mano derecha y me besa de una forma que me deja sin aliento.

Quiero detenerle, quiero pedir hablar primero, pero la parte irracional de mí barre todos los pensamientos coherentes.

Me abrazo a su torso con las piernas mientras él me agarra de las caderas y me levanta.

Mi corazón vuelve a llenarse de él. No entiendo cómo puedo estar aún más enamorada de lo que estaba años antes.

Artho entra en mi piso y cierra la puerta con el pie.

Me apoya en el respaldo del sofá y mira a su alrededor, localizando la puerta que conduce a mi habitación, luego me levanta de nuevo y me lleva fuera.

Cuando me arrojan sobre la cama, ya estoy ardiendo de deseo. Mi conciencia me grita que lo detenga y hable, pero no le hago caso.

Estiro el pie y lo froto contra el relieve de su pantalón gris, mientras Artho se quita la corbata y se abre los botones de la camisa. Me acerco a él y beso el tatuaje de 1994 de su abdomen.

Gime, un gemido que me humedece, pero sigue sin decir nada. Nos arrancamos la ropa y puedo ver los nuevos tatuajes que se ha hecho. El símbolo de su signo está en sus costillas. Es Escorpio y me va a picar otra vez.

Veo algunos otros dibujos, pero el que más me llama la atención es la calavera que ocupa

toda la longitud de su espalda manchada y cubre las cicatrices que tenía en la piel. Deslizo los dedos por ella, sintiendo las líneas dentadas y salientes, mientras él se inclina sobre mí y vuelve a tomar mis labios por los suyos.

No es que volvamos a ser jóvenes, es mucho mejor. Tu beso es más dulce y ardiente y tus manos aún más provocativas.

Me quita las bragas, me separa los labios y me pasa la lengua por el clítoris, provocándome un prolongado gemido.

— ¡Joder, Artho! — gimo cuando me hace un buen chupetón lento.

Ningún otro hombre con el que haya estado lo hace como él.

Me agarro a su pelo y me froto contra su cara, llegando a mi límite en pocos segundos. Me retuerzo sobre las sábanas mientras él me chupa, me muerde y me lame, y cuando siento que no puedo más, Artho se detiene.

Me quedo sin aliento, apoyada en los codos, y veo cómo se quita los calzoncillos blancos. Me relamo al ver su polla y jadeo, no puedo creer que vaya a tenerlo dentro de mí otra vez.

Lo deseaba tanto.

— ¿Tienes un condón? — pregunta de repente.

Parpadeo, confusa. Es la fuerza de la costumbre y no se acuerda de lo que hablamos o es que no quiere?

— "En el cajón de arriba— respondo y señalo con la barbilla la mesilla de noche. Por mucho que la decepción me haya golpeado, no voy a desaprovechar esta oportunidad, aunque solo haya venido a echar un polvo antes de despedirse.

Se acerca y abre el cajón.

— ¡Joder, Charlotte! — Escucho tu asombro.

Me llevo las manos a la cara y recuerdo la reserva de preservativos que guardo en el cajón. Una mujer vale por dos. No es porque esté planeando quedarme embarazada por lo que voy a quedarme en casa sin protección.

— ¿Tienes orgías en casa? — pregunta.

— No, yo...

— ¿Qué es esto? — pregunta abriendo el último cajón.

— Artho, por favor— protesto.

Cierro las piernas y tiro de la colcha sobre mí.

— ¿Cuántos vibradores tienes? — quiere saber.

— "No rebusques entre mis cosas— le pido, pero ya está metiendo la mano en el cajón.

Me arde la cara de vergüenza.

— Mujer Maravilla, eres una zorra — dice Artho.

— *Ugrh* —refunfuño, sintiendo que me arde la cara. No tenía por qué ver esto y no voy a decir que es la única forma que he encontrado de acercarme al menos al placer que me daba cuando éramos novios. — Cierra, por favor.

No escucha. Coge uno de los vibradores y pulsa el botón que lo enciende.

Oigo el zumbido bajo y me avergüenzo aún más, pero Artho no se preocupa en absoluto. Me agarra de los tobillos y tira de mí hasta que mi trasero llega al borde del colchón.

— ¿Qué vas a hacer? — le pregunto.

— "Tranquila, mi pequeña— murmura con voz ronca, mordiéndose el labio y esbozando esa sonrisa esquinada que deja ver uno de sus colmillos.

Jadeo, apretándome los pechos, mientras él coloca la punta del vibrador contra mi entrada y se inclina hasta tocar con sus labios mi clítoris.

— ¿Te has masturbado alguna vez pensando en mí? — pregunta en un susurro.

— Tal vez— digo y gimo al sentir cómo me succiona.

Artho aparta la boca y se inclina hacia mí.

— Quizá esa no sea la respuesta que me daría una buena chica —dice con tono serio—. Ya no te portas tan bien como antes, chiquilla?

— Joder— gimo mientras me introduce el vibrador y luego lo vuelve a sacar.

— Charlotte — Artho me advierte. — No querrás que me detenga ahora, ¿verdad?

— No, por favor— le ruego, apretándome los pezones de los pechos, con los muslos

apoyados en sus hombros.

— Así que contéstame, ¿alguna vez te has masturbado pensando en mí?

— Claro que sí— respondo sin pudor.

— ¿Cuántas veces? — Artho quiere saberlo.

— Prácticamente todos los días— susurro.

Me introduce lentamente el vibrador mientras me mira gemir, luego inclina la cabeza y me da una succión aún más deliciosa en el clítoris. Me muerdo el labio y grito, ardiendo de excitación.

— Si me quieres, tendrás que ser sólo mía— dice mientras saca y mete rápidamente el vibrador. — Nadie más puede entrar en este coño, ¿entendido?

— "Sí, señor— respondí.

— Lo digo en serio, pequeña —dice, con una voz tan sexy que me vuelve loca—. Vuelves a pertenecerme. Y sólo yo puedo follarte.

— Sí, lo entiendo— digo entre gemidos. — Fóllame, por favor, te lo ruego.

Me saca el consolador, se levanta y se masajea la polla llena de venas abultadas. Me muero por chupársela, pero Artho viene a por mí.

— ¿Recuerdas cuando estabas tan cachonda que te corrías en cuanto te metía la polla? — pregunta.

Sacudo la cabeza positivamente.

— Me encantó— dice Artho.

Se inclina, me da una última chupada en el clítoris y luego me penetra lentamente, de pie entre mis piernas. Me agarro a sus caderas y alcanzo el clímax cuando me llena por completo.

— Y volviste a correrte cuando seguí empujando— susurra.

Aún me estoy recuperando cuando me agarra por los tobillos y los apoya sobre sus hombros. De esa forma, puedo sentirlo dentro de mí hasta el fondo.

Empieza a moverse, empuja cada vez más rápido, echa la cabeza hacia atrás y gruñe. Veo su nuez de Adán entre la corona de laurel de su cuello y el sudor que gotea por su piel

enrojecida.

Clavo las uñas en sus caderas y me muevo con él mientras siento que se acerca otro orgasmo.

— Ve más rápido, te lo ruego. — Haz que me corra otra vez, y te prometo que seré tuya para siempre.

Artho me separa los muslos y se tumba encima de mí, apretándome el cuello y besándome con deseo. Cuando empiezo a correrme, contrayendo mis entrañas en torno a su polla, me llena con su semen por primera vez.

Me abraza con fuerza y yo le rodeo con las piernas.

Tengo varias preguntas. Es la primera vez que un hombre eyacula dentro de mí sin preservativo. Pero me callo, limitándome a escuchar el sonido de su respiración.

Mi teléfono móvil empieza a sonar unos minutos después.

— ¿Esperas a alguien? — pregunta Artho, acariciándome el pelo con los dedos.

— No, debe de ser uno de mis amigos, he quedado para ir al cine con ellos —le explico, pero le agarro con fuerza del pecho. No puedo arriesgarme a estar lejos de él.

— ¿Vas a ir? — quiere saber.

— Prefiero que me folles otra vez, hasta que no tenga fuerzas para follar más— respondo.

— ¿Tienes novio? ¿Y el tipo del restaurante? — Artho investiga.

— No era nadie importante. Estoy soltera— susurro. — ¿Y tú?

Espero la respuesta con el corazón encogido.

— Soltero también— dice, y yo le doy las gracias pensativa. — ¿Qué vas a hacer en Navidad?

— Yo viajo a Santo Antônio das Missões el miércoles, ¿y usted?

— Mi madre y mi padrastro vienen a pasar las Navidades conmigo.

— ¿Están bien? ¿Ha aceptado que te quedes con Ayla?

— Le llevó un tiempo, pero al final aceptó— dice. — Celso y ella están bien, es un marido muy bueno para mi madre. Creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad, y

él es su segunda oportunidad.

Quiero preguntar si esta es nuestra segunda oportunidad, pero no quiero estropear el momento.

Viernes 18 de diciembre de 2026

Me despierto bruscamente cuando suenan al mismo tiempo el interfono y mi teléfono móvil. Parpadeo, intentando entender qué pasa, y busco a tientas por la cama hasta encontrar el auricular.

Son las 7.37 de la mañana y Artho me está llamando.

— ¿Diga? — contesto con voz soñolienta, sin entender por qué me llama tan temprano. — ¿Qué le pasa?

No me doy cuenta hasta que oigo su respiración al otro lado de la línea. Artho me llama a las 7.37 de la mañana. Me siento rápidamente en la cama y me paso las manos por el pelo.

— ¿Puede decirle al portero que me deje subir? — pregunta.

Por tu tono, me doy cuenta de que te molesta que no te dejen venir a mi piso. Me río, porque he echado de menos todos tus tipos de humor.

— ¿Está aquí, en mi edificio? — pregunto, sorprendido, mientras el interfono sigue sonando.

— Sí, mi pequeño. Por favor, habla con ese hombre tan amable para que pueda subir — dice Artho con sarcasmo, intentando disimular su impaciencia.

Quiero preguntarle qué hace aquí, pero no por teléfono.

Me levanto rápidamente y me dirijo al interfono para dar la respuesta que Acácio, el portero que está de guardia en ese momento, espera para que el hombre de mi vida venga a verme.

Corro al baño, me lavo la cara, me cepillo los dientes rápidamente e intento arreglarme el pelo. Antes de que pueda encontrar una goma para sujetar los mechones desordenados, Artho llama a la puerta.

Corro hacia ella y respiro hondo antes de abrirla.

Capítulo 43



— Buenos días, Mujer Maravilla— dice Artho y me mira el pecho con los ojos entrecerrados. — ¿Es así como duermen los jueces sexys?

Con el corazón palpitante, miro hacia abajo y veo la vieja camiseta de Linterna Verde que me puse para dormir. Incluso tengo un pijama de seda, pero solo me lo pongo cuando paso la noche con un hombre.

— Comodidad ante todo— murmuro, bajando la mirada hacia mis zapatos lustrados, mis pantalones negros, mi camisa blanca bien planchada con corbata gris y mi traje bien estructurado.

Me recuerda lo bien vestido que iba la primera vez que nos besamos, con camisa y pantalón a medida, y yo con unos vaqueros viejos y una camiseta. Tomo aire y me doy cuenta de la suerte que he tenido.

— No se trata sólo de la comodidad, estas camisetas te sientan de maravilla— afirma Artho.

Me doy cuenta de que lleva una mochila negra colgada de los hombros.

— ¿Qué haces aquí tan temprano? — pregunto y me llevo la mano a la boca mientras

bostezo.

— ¿Temprano? Son casi las ocho. A estas horas ya he dejado a Ayla en el colegio y estoy en mi despacho —dice, poniéndose delante de mí—. Pero ahora está de vacaciones.

— Yo también me levanto temprano, pero estoy de vacaciones. Quería pasar la mañana durmiendo— digo y doy un paso a un lado. — Adelante.

Artho entra en mi piso, se acerca a la mesa del comedor y deja su mochila sobre ella, luego empieza a quitarse el traje. Al moverse, la camisa deja ver los músculos de sus brazos, su pecho definido, y se me cae la baba, mirándolo.

— Me he levantado, he tomado café con Ayla, he llamado a mi secretaria y le he pedido que anule las reuniones presenciales de hoy. En lugar de ir a la oficina a trabajar, he decidido trabajar desde casa aquí.

Sonrío de oreja a oreja, sintiendo que mi corazón se llena de alegría. Si Artho ha hecho esto, es porque realmente quiere estar cerca de mí. Recuerdo lo inseparables que éramos cuando éramos novios. Hacíamos los deberes en mi piso de la Universidad o en su casa. Aunque yo estuviera concentrada en mis estudios, sabía que él estaba allí cerca de mí.

Suspiro, sintiendo que una tremenda nostalgia se apodera de mi pecho.

— ¿Has cancelado tus reuniones para venir a mi piso? — pregunto, aún estupefacta.

— Sí, mi pequeño— dice mientras abre su mochila. Veo que saca un Macbook de la mochila y lo abre sobre la mesa, pulsa el botón para encenderlo y se acerca a mí. Me estremezco cuando Artho me acaricia la barbilla y me mira fijamente. ¿Tiene idea de cómo se me acelera el corazón? — Puedes volver a dormirte, no te molestaré por la mañana.

Respiro hondo y me pongo la mano sobre el corazón, con la esperanza de ralentizarlo.

— No voy a dormir más, voy a prepararme algo de comer y luego a darme una ducha— digo.

Los labios de Artho se curvan en una sonrisa torcida y asoma uno de sus colmillos.

— Deja la puerta del baño abierta cuando te vayas —murmura con voz grave—, tengo que contestar unos correos. Terminaré pronto y nos vemos allí.

Además de su perfume amaderado, huelo el jabón y el champú que habrá utilizado para ducharse antes de salir de casa, pero no cuestiono el hecho de que quiera otra ducha.

— Siéntete como en casa, mi casa es tu oficina— susurro, sintiendo que mi cuerpo se calienta.

Artho alarga la mano y me agarra la nuca, luego se acerca y acerca sus labios a los míos. Le abrazo con fuerza, preguntándome si es un sueño volver a tenerle en mi piso. Recorro con mis manos los rígidos músculos de su espalda y tiro de los cortos mechones de su pelo, profundizando nuestro beso.

— Tengo que contestar a los correos —susurra contra mi boca—. Le prometo que no tardaré.

Jadeo, pero acepto. Me suelto de su cuerpo y voy a la cocina, mareada por la intensidad de su beso. No sé cómo he podido ser tan fuerte como para romper con él.

— ¿Quieres café? — pregunto desde la cocina.

Mi piso es grande, la cocina es americana, dividida del salón en dos ambientes por una barra. Desde el fregadero, veo la espalda de Artho mientras trabaja en su ordenador.

— Ya me harté, pero tomaré un mate.

Me muerdo el labio mientras pongo el agua a calentar la tetera. Cada vez que miro a Artho, me siento eufórica. Han sido muchos años anhelando volver a tenerlo.

Todavía no sé si estás aquí para quedarte, no tengo valor para estropear este momento con preguntas cuyas respuestas podrían no gustarme.

Preparo dos huevos con jamón y queso, así como un plátano con avena, porque no estoy dispuesta a ir a la panadería a comprar pan y correr el riesgo de llegar y descubrir que Artho era una alucinación de mi mente somnolienta.

Llevo mi plato y mi mate a la mesa. Él se sienta en el borde y yo en la silla de al lado. Como mi comida, viéndole concentrado en su Macbook, bebiendo mate, como en los tiempos de Bento Gonçalves.

— Había olvidado lo bueno que era trabajar contigo mirándome— murmura Artho y

levanta la mirada de la pantalla para mirarme a mí.

Siento que mi cuerpo se estremece con su atención. Me paso la lengua por el labio inferior y abro la boca para preguntarle si volveremos a estar juntos, pero me callo. Sé cuánto le he herido, incluso con buenas intenciones. Necesita tiempo.

— Había olvidado lo guapo que eres— susurro.

Artho sonríe y me guiña un ojo. Estoy tan conmocionada que me levanto de la mesa antes de saltar a su regazo.

Voy a la cocina y lavo los utensilios que he ensuciado. Nunca pongo los platos sucios en el fregadero, como aprendí a hacer en el Edificio Universitario. Hay un jornalero que viene dos veces por semana a limpiar mi piso, y los demás días intento mantenerlo todo ordenado.

Paso junto a Artho, le miro una vez más para asegurarme de que no estoy fantaseando, y me dirijo a la ducha.

Me estoy aplicando jabón en el cuerpo cuando llega.

Le veo a través del cristal empañado de la ducha. Artho se desabrocha la camisa y se desnuda entre jadeos, con el cuerpo palpitante. Cuando entra en la zona de duchas, llevando sólo sus tatuajes para cubrir su piel, me arrodillo y le agarro la pesada polla, que crece rápidamente contra mis dedos.

Admiro su longitud un momento, acaricio sus testículos y paso la lengua por las venas.

Oigo su gruñido grave mientras Artho me agarra el pelo con ambas manos y me lo enrolla alrededor de una muñeca.

— Joder, tu boca es tan deliciosa... — murmura.

He echado de menos su polla palpitando contra mi lengua, he echado de menos rodearla con mi boca. Rodeo sus caderas con los brazos y lo succiono, estremeciéndome con los sonidos que escapan de sus labios mientras el agua caliente recorre nuestros cuerpos.

Cuando me levanta, ardo de excitación. No hay nada más excitante que oírle gemir mientras me trago su polla.

Artho me agarra por la cintura y me levanta. Enrollo las piernas alrededor de su torso y

me agarro a sus hombros, ahogando un gemido contra su barbilla mientras empieza a penetrarme.

Siento el mármol contra mi espalda cuando Artho me apoya contra la pared y empieza a empujarme.

— Me encanta tu coño apretado— me dice al oído.

Me encanta cómo mueve las caderas, haciendo que su polla toque mi punto más sensible. Aprieto mis muslos contra su cintura y gimo al sentir que se acerca mi orgasmo. Me contraigo, apretándolo dentro de mí, y Artho ruge de excitación mientras me agarra el cuello con fuerza.

Me mete la lengua en la boca y yo la succiono, más apasionada que nunca. Nuestros cuerpos húmedos se deslizan el uno contra el otro y me enciendo con su movimiento. Aprieto los labios contra su barbilla mientras el orgasmo me golpea, rompiéndome en mil pedazos.

Me humedezco los labios, introduciendo aire en mis pulmones, sin aliento, escuchando sus gruñidos mientras él también se corre, rugiendo de placer.

Le beso aún más apasionadamente. Cuando Artho me pone de pie, me flaquean tanto las piernas que tengo que apoyarme en su pecho para no caerme.

— ¿Te he dejado con las piernas temblorosas, pequeña? — pregunta con una sonrisa pícara.

Sacudo la cabeza, respirando por la boca. Veo cómo su abdomen se mueve con su respiración acelerada. Su pecho definido sube y baja rápidamente, y la piel de su cuello y barbilla está roja donde he hundido la boca.

Toco las rosas y el alambre de espino de su pecho y cierro los ojos. Oigo cómo abren la tapa del bote de champú e inhalo el aroma a fresas. Miro a Artho y le veo verter un poco del líquido rosado en la palma de su mano. Las frota y se acerca a mi cabeza para masajearme el cuero cabelludo.

Me encanta la presión de tus dedos y cómo te tomas tu tiempo con la tarea. Me abrazo a tu cintura y me relajo bajo tus caricias. Es la mejor caricia que he recibido en años.

— Qué bien —susurro, con voz suave—. Podrías lavarme el pelo todos los días.

— ¿Y me chuparías la polla todos los días? — pregunta.

— Por supuesto que sí. Todos los días de mi vida— respondo y siento cómo su cuerpo se balancea con su risa. — ¿Arto?

— Sí...

— ¿Por qué has venido? — No aguanto más mi curiosidad y pregunto. — ¿Volvemos a estar juntos o aún no te has decidido?

— Aún tengo que pensarlo— asume. — Sufrí mucho cuando te perdí. Lo último que quiero es volver a pasar por todo eso. Sentí que me partían el corazón por la mitad, no te imaginas cuánto me dolió. Te quiero mucho, mi pequeña, más de lo que nunca pensé que te querría, pero tengo miedo de que vuelva a ocurrir.

Sus palabras me estrujan el corazón, pero sigo necesitando entender lo que siente Artho.

— No volveré a hacerte daño, te lo prometo— le digo en voz baja, mientras sus dedos me masajean la parte superior de la cabeza. — Si hubiéramos hablado de que te mudarías a São Paulo y trabajarías con Eros, ¿habrías venido?

— ¿Qué te parece salir contigo a distancia? — pregunta Artho.

— Sí. Yo en Bento Gonçalves y tú aquí con Ayla— añado.

— De ninguna manera vendría— declara. — No te dejaría sola en Rio Grande do Sul y vendría aquí. Con Ayla joven, es imposible que siguiera yendo y viniendo. Incluso hoy, después de todo, sé que no vendría si estuviéramos saliendo. En aquel momento y con la mente que tenía, no, para nada.

— Así que hice lo correcto— le digo y le abrazo más fuerte. — No habrías conseguido tanto si te hubieras quedado allí.

— "Lo sé, mi pequeño— dice Artho y me sujeta la barbilla con una mano llena de espuma. Me mira fijamente un momento antes de apretar sus labios contra los míos. — Ahora lo entiendo.

Suspiro, esperanzada. Doy un paso atrás y dejo que el agua corriente me aclare la espuma del pelo, luego me aplico el acondicionador.

Después de ducharme, me pongo algo de lencería. Aprovecho que las cortinas opacas siguen cerradas en mi habitación, el aire acondicionado está encendido a una temperatura que me hace sentir como en la Serra Gaúcha, y me tumbo con Artho bajo las sábanas.

Sólo lleva unos calzoncillos bóxer blancos, y me encanta sentir su muslo firme y musculoso entre mis piernas.

— Me encanta acurrucarme contigo— le susurro, abrazándole con fuerza.

Artho tiene la cabeza apoyada en mi pecho, sus brazos rodean mi cintura y puedo sentir su fragante pelo, aún húmedo contra mi piel.

— A mí también me encanta estar así contigo— dice, con la boca apoyada en mi pecho y la voz apagada. — Creo que era una de las cosas que más echaba de menos. Era horrible dormir sola después de haberme acostumbrado a ti en mi cama.

— Sé exactamente cómo te sentías —le digo suavemente, acariciándole la nuca—. Tienes que volver pronto al trabajo o podemos echarnos una siesta?

— Una siesta estaría muy bien— responde y se ríe. — Tengo una conferencia a las once, pero antes programo el móvil para despertarme.

— Es casi Navidad, ¿no tienes un día libre? — le pregunto.

— Sólo los días festivos. Me tomaré unos días libres en enero y durante el Carnaval. Tengo que prepararlo todo.

— Los mejores son los que más trabajan— digo.

Artho se inclina sobre mí y me mira un momento, acariciándome la cara. Luego me pongo de lado y él vuelve a tumbarse, abrazándome, con el brazo bajo mi cuello y colocando un muslo entre mis piernas.

Siento sus besos en mi nuca y me relajo en la comodidad de su cuerpo musculoso, cálido y tatuado.

Me duermo y me despierto un rato después, echándole de menos en la cama.

Observo que una de las cortinas está abierta, a través de la cual entra la luz del sol.

Artho está de pie delante de mi tocador, vestido sólo con sus calzoncillos blancos,

mirando atentamente un frasco de perfume. Le quita el tapón y lo huele, luego lo devuelve a la bandeja de los perfumes y coge una loción corporal. Hace lo mismo, lo destapa y aspira su aroma.

Me río cuando coge mi desodorante y se lo aplica en las axilas. Él también se ríe, pero finge estar concentrado en mis cosméticos.

Me doy la vuelta entre las sábanas y le veo pasearse por mi habitación, exhibiendo su belleza, su pelo castaño cayéndole sobre la frente, sus ojos curiosos. Artho abre mi armario y empieza a buscar entre mi ropa. Coge un vestido rojo corto del perchero y lo mira un momento.

— ¿Quieres ponértelo esta noche para salir conmigo? — me pregunta Artho, lanzándome una mirada lujuriosa.

— Quiero hacerlo— respondo sin siquiera pensarlo. — ¿Adónde me llevas?

— Es una sorpresa— responde y le devuelve la percha.

Él sigue mirando mi ropa, abriendo puertas y cajones, y yo saco el móvil, abro mi conversación con Raquel y envío un mensaje de texto.

Yo: *Buenos días, amigo. ¿Cómo está usted?*

Raquel: *Buenas tardes desde París. Hoy tengo que asistir a un desfile de moda. ¿Y usted?*

Yo: *Nunca adivinarás quién está aquí en mi piso.*

Raquel: *¿Hombre o mujer?*

Yo: *Hombre.*

Raquel: *¡Qué traviesa! Déjame pensar... ¿Rodrigo?*

Yo: *No.*

Raquel: *¿Pedro, Bruno, Alex?*

Yo: *¡No! Espera un momento y te enviaré algo, porque nunca lo adivinarás.*

Abro la cámara y enfoco la corona de laurel que rodea el cuello de Artho, mientras él abre el cajón de mi camisa.

— He encontrado lo que buscaba— comenta mientras coge la camiseta de Mujer

Maravilla que ha guardado durante años. — Es mía.

Le envío la foto a Raquel con el pie de foto: *¿te acuerdas de quién tiene este tatuaje?*

Mi móvil empieza a sonar con su videollamada mientras Artho sale de la habitación con su camiseta gris.

— No me lo puedo creer. — grita Raquel en cuanto contesto. — ¿Qué coño hace Artho Becker en tu piso? ¿Qué quieres decir? ¡Necesito detalles!

— Cálmate, respira— le pido. — Nos conocimos aquí, en São Paulo, la semana pasada.

— ¿He oído la voz de Oiapoque? — pregunta Artho al volver a entrar en la habitación. Se tumba en la cama a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro para mirar la pantalla del móvil. — ¡Cuánto tiempo, Oiapoque!

— "No puedo creer que aún recuerdes ese miserable apodo, Artho— dice Raquel, acercándose a la pantalla. — ¿Estás desnudo? Dios mío, ¿qué hora es en Brasil?

— No estamos desnudos —me defiendo. — Faltan quince minutos para las once. Estoy de vacaciones y Artho trabaja desde casa.

— ¿Este es tu despacho, Artho? — dice Raquel señalándolo.

— ¿Cómo estás en París, Oiapoque? — pregunta y mi amiga pone los ojos en blanco.

Artho me besa la mejilla y dice que se va a vestir para la conferencia.

Veo cómo se pone el traje mientras le doy a Raquel los detalles de nuestro reencuentro.

Tras la reunión por videollamada, Artho pide comida japonesa y practicamos sexo mientras esperamos a que llegue nuestro almuerzo.

Hacia las dieciséis, se marcha, pero con la promesa de volver a las veintidós para ir de marcha. No me explica los detalles y me deja muerta de curiosidad.

Aprovecho para ir al gimnasio y descargar mi ansiedad en el intenso entrenamiento, vuelvo a casa con la esperanza de ver una película en la tele para pasar el rato, pero empiezo a prepararme nada más ducharme. No quiero llegar tarde.

Llevo el vestido rojo que me pidió. Tiene tirantes finos y no me llega ni a la mitad de los muslos, pero se adapta perfectamente a mi cuerpo.

Me pongo pendientes plateados y sandalias de tacón negras. Me maquillo con eyeliner negro, pintalabios rojo y pestañas postizas. Me estoy echando perfume cuando oigo sonar el timbre.

Miro la pantalla del móvil y veo que faltan ocho minutos para las veintidós. Me muerdo el labio al darme cuenta de que aún le gusta llegar antes de la hora acordada.

Me paso el pulgar por los dientes para quitarme el carmín y me aplico una capa de brillo incoloro a prueba de agua antes de apresurarme a abrir la puerta.

Capítulo 44



— Joder... — dice mientras me mira lentamente de pies a cabeza. — Eres incluso más guapa de lo que imaginaba.

— Tú también pareces un gato— le respondo.

Artho lleva pantalones negros y una fina camiseta blanca de algodón, a través de la cual puedo vislumbrar los contornos más oscuros de sus tatuajes. Del cuello cuelga el cordón que le regalé y que ha conservado durante todos estos años.

Se mete en mi piso y me rodea la cintura con los brazos, antes de besarme y robarme el aliento.

Su lengua contra la mía despierta el deseo y hace que mis entrañas pidan otra dosis de él.

Casi tiro de él hasta mi dormitorio para arrancarle la ropa y volver a besar cada parte de su delicioso cuerpo, pero tengo demasiada curiosidad por saber adónde pretende llevarme.

— ¿Podemos irnos? — pregunta Artho, dándome espacio para recuperar el aliento. — ¿Has cenado?

— Sí, ¿y tú?

— Además— dice y da un paso atrás, analizándome una vez más. — Eres maravillosa.

Tu afirmación me acelera el corazón. Espero ser lo suficientemente maravillosa para que me quiera de nuevo en su vida.



Hay un aparcacoches esperando en la rampa que conduce a la entrada de la discoteca. Estoy tan concentrada en Artho que solo veo el nombre del establecimiento cuando el hombre me abre la puerta del ascensor y salgo.

— ¿El Club de los Canallas? — preguntó mientras leía el cartel en letras de neón.

Artho me rodea la cintura con el brazo y me guiña un ojo.

— ¿El Club de los Canallas? — Repito la pregunta, aún con más curiosidad que antes.

— Gabriel y Natan abrieron hace tiempo —explica Artho. — ¿Te acuerdas de ellos? Son los gemelos...

— Claro que me acuerdo. Me acuerdo muy bien de todos vosotros— digo, y entonces me doy cuenta de que probablemente me ha traído aquí para que vuelva a ver a los chicos del Club de Canallas. — ¿Están todos aquí? Como... Lion, Dimitri... ¿Eros?

La ansiedad me invadió cuando Artho asintió. El Club de los Canallas representa la mejor época de mi vida, y yo no estaba preparada para reencontrarme con ellos.

— "¿Saben que he venido?— pregunto. Mi corazón se acelera ante la idea de volver a verlos.

— No, pero saben que nos hemos vuelto a encontrar— explica Artho en voz baja.

— Ouch... — Susurro.

Dejo que me guíe hasta la entrada. Hay cola delante de la puerta, pero el recepcionista despeja el camino en cuanto reconoce a Artho.

Me muerdo el labio al pasar por el pasillo con las luces rojas.

— Las luces rojas me recuerdan la primera vez que fui al Bar Culture — susurro cerca de tu cuello.

— Te llamé Batichica —recuerda Artho, sorprendiéndome una vez más al recordar—. Pero me fui con la chica equivocada.

Me muerdo el labio. Parece que han pasado un millón de años desde que estuve cerca de ellos y, sin embargo, me siento exactamente igual que la primera vez que fui a una fiesta en aquella mansión.

— ¿Es...? — susurro la pregunta cuando veo a uno de los gemelos charlando con un guardia de seguridad junto a las escaleras que llevan a los palcos.

— Gabriel — Artho dice.

Veo que los ojos marrones de Gabriel Valentini se abren de par en par cuando se da cuenta de que estoy junto a su amigo.

— ¿Charlotte? — pregunta, sorprendido, y su voz se eleva por encima del volumen de la música que suena.

— "Yo misma— respondí, estirando los brazos hacia él para abrazarle.

Gabriel me estrecha contra su pecho y me levanta los pies del suelo por un momento.

— Hacía tanto tiempo que no te veía— dice, luego me suelta y grita, mirando por encima de mi hombro. — Natan, mira quién está aquí.

Me doy la vuelta y veo acercarse al otro gemelo. Abrazo a Nathan con fuerza. Aunque él es el más serio de los dos, también me abraza fuerte y me levanta del suelo un momento.

— Fue una sorpresa cuando Artho me dijo que os habíais conocido— comenta Nathan. — Bienvenido al club.

— Enhorabuena, me encanta el nombre que le has puesto— le digo.

Gabriel me guía y Artho me lleva por las escaleras hasta el piso superior. Veo a Dimitri Romano hablando con una mujer vestida de rosa. Mira a Artho y le saluda con una inclinación de cabeza. Me echa un vistazo, pero no parece reconocerme, hasta que vuelve a mirarme y sus ojos azules se abren de par en par.

— ¿Charlotte? — Le pide a la chica que se disculpe y se acerca a saludarme.

Es el más alto de los seis, debe de medir casi dos metros, y sigue teniendo el mismo semblante serio que me asustó cuando lo conocí.

— Me alegro mucho de volver a verte, Dimitri— le digo mientras me abraza brevemente.

Me doy cuenta de que sus ojos azules son aún más fríos que antes.

Recuerdo un episodio desastroso que ocurrió en 2018, antes de que los chicos se graduaran. No recuerdo por qué, pero había una fiesta, creo que era el cumpleaños de Dimitri, llegó la policía buscando algo y todos los chicos acabaron en comisaría.

Si no me equivoco, al ayudante del sheriff no le gustaba Dimitri porque ya había sido detenido por un delito grave cuando era adolescente. Artho me lo contó todo, no le gustaba dar detalles sobre las intimidades de sus amigos, y nunca insistí.

— Artho me ha dicho que ahora eres juez— comenta Dimitri.

— Sí, lo soy— digo vagamente, recordando por qué la policía invadió tu cumpleaños.

Dimitri estaba con una chica, y su padre le odiaba por *algo* que hizo de adolescente.

— Es redactor jefe del Grupo Editorial Giordano — explica Artho.

Dimitri se ríe, como si no fuera para tanto. Un hoyuelo aparece en su mejilla y, por un momento, casi parece feliz. Pero lo cierto es que la felicidad no parece formar parte de su vida desde hace mucho tiempo.

Trago saliva, porque conozco esa sensación, pero me interrumpe Lion Bianco, que se me acerca con una amplia sonrisa mientras me abraza.

— ¡Lion! — Digo su nombre, sintiendo que mi corazón se calienta de nuevo. De todas las personas, él era el más divertido.

— Me alegro mucho de volver a verte. No sabes cuánto ha sufrido Artho por la patada en el culo que le diste— dice Lion con ligereza.

Me río, feliz de encontrarlos.

Enseguida veo a Eros. Confieso que, de los cinco, es el que más nerviosa me pone, porque fue el único con el que hablé de la ruptura.

Rodeo sus anchos hombros con mis brazos y me invaden los recuerdos de él con Raquel. Me muerdo el labio, me encantaría que estuviera aquí. Quería ver la cara que pondría Eros.

No me sorprendería que me dijera que nunca superó lo que pasó entre ellos después de aquella graduación a mediados de 2018.

Gabriel aparece con una botella de champán y nos sentamos en un sofá de cuero negro a beber y charlar.

— ¿Te has decidido o todavía no? — pregunta Lion tras dar un sorbo a su bebida.

— Nos estamos tomando las cosas con calma— responde Artho con un tono serio en la voz y los ojos fijos en su vaso. — Hay mucho en lo que pensar.

— Si no lo soluciona, estoy disponible —dice Gabriel, sonriendo, y me guiña un ojo—. Te doy mi palabra de que no tengo que pensar para decidir quedarme contigo. Siempre he querido un juez.

Yo también me río, porque sé que sólo está bromeando para fastidiar a Artho. Algunos hombres nunca maduran.

— ¿Te gustaría que un juez te llamara Bibi? — bromea Eros, utilizando un apodo que Gabriel odia, como si no fuera el director general de una empresa multimillonaria, sino el universitario gilipollas de la última década.

— "Lo único que quiere oír es el sonido de mi puño estrellándose contra su cara— dice Artho y se inclina para coger unos cacahuetes de un cuenco de cerámica que hay en la mesa frente a nosotros.

— ¿Recuerdas cómo te uniste al grupo? — pregunta Lion, pinchándole en las costillas, haciendo que Artho, que se ha llenado la boca de cacahuetes, se atragante.

— Ya me acuerdo— responde Dimitri a Lion, mientras Artho tose y yo le doy una palmada en la espalda. — Gabriel y Nathan habían provocado a los mayores matones de la escuela y les estaban dando una paliza. Mientras tanto, Eros, tú y yo nos quedamos de pie, con ganas de defenderlos, pero con miedo de que nos pegaran a nosotros también. Artho apareció con dos barras de hierro, me lanzó una y empezó a golpear a uno de los matones en la espalda.

Le seguí sin pensármelo dos veces.

— Los pusimos en fuga— comenta Artho.

— Tenías la habilidad de las calles— le dice Lion a Artho.

— Después de eso, nunca nos separamos— añade Eros.

— Nuestros padres no estaban muy contentos con las cosas que empezamos a hacer después de que Artho se uniera al grupo— dice Nathan.

— Por otro lado, ya no nos pegan los mayores— añade Gabriel.

— Espero que no os hayáis convertido en los matones del colegio— digo mirando a cada uno de ellos, que se ríen.

— ¿Recuerdas el bate de béisbol que solía usar en las peleas? — me pregunta Dimitri.

— Sí, me gusta. — Respondo.

— El bate pertenecía a Eros, su padre lo trajo de un viaje a Estados Unidos, pero Artho se apoderó de él y envolvió un extremo con alambre de espino —explica Dimitri.

— Todo el mundo nos respetaba aún más después de aquello — se defiende Artho.

— Pero cuando los conocí, ya no había alambre de espino en el bate— digo recordando las veces que los vi con el objeto.

— A principios de 2014 hicimos una fiesta para celebrar que habíamos aprobado el examen de acceso— cuenta Lion. — Había mucha gente y música alta, así que los vecinos llamaron a la policía. Acabamos en comisaría. Un policía vio el bate y nos obligó a arrancarle el cable.

— Al menos nos devolvió el bate— dice Artho. — Pero la razón por la que fuimos a comisaría no fue el bate, ni la cantidad de gente, ni la música alta. Había encontrado cocaína entre las cosas de mi madre unos minutos antes de ir a la fiesta, me la metí en el bolsillo y me olvidé de ella. Cuando llegó la policía, me acordé del polvo e intenté deshacerme de él, pero no funcionó.

— El diputado odiaba a Dimitri, sólo conseguimos llegar a casa porque intervino el abogado de mi padre —dice Eros, y algo en ese recuerdo le hace cerrar los ojos.

Le observo un momento. Sé que sus padres murieron a principios de ese año, y nunca lo sobrellevó bien.

— Así que aquella vez, en el cumpleaños de Dimitri en 2018, ¿no era la primera vez que te cogían? — pregunto, después de aclararme la garganta.

— Fue el segundo — explica Artho.

— Lo peor es que ese día no habíamos hecho nada— dice Nathan. — Pero el padre de esa chica era hermano del ayudante del sheriff, y odiaban a Dimitri con todas sus fuerzas.

— Deben de seguir odiándome— añade Dimitri, luego coge unos cacahuetes y se los mete en la boca. Los mastica y vuelve a hablar. — Pero no fue así, Artho. No te olvidaste la cocaína en el bolsillo. Ibas a dármela y yo iba a venderla. En aquel momento necesitaba mucho dinero.

— ¿Y el tráfico era la mejor opción? — pregunto, y todos se ríen.

— No funcionó muy bien— bromea Gabriel.

— Tenía tanto miedo de ir a la cárcel, de que me ficharan tras mi paso por el reformatorio, que renuncié a mi carrera como traficante de drogas incluso antes de empezar— explica Dimitri.

— ¿Cómo se llamaba esa chica, la sobrina del ayudante del sheriff? — le pregunto. — Era muy guapa.

— Giulia Ricci — responde Dimitri, aún masticando.

— ¿No os habéis vuelto a ver? — pregunto, pero Dimitri asiente y noto que sus ojos azules se vuelven aún más fríos. Todo el buen humor de hace un momento desaparece.

Trago saliva al darme cuenta de que él, como Eros, odia hablar de novias que le han hecho daño.

— Ganamos en la vida, a pesar de todo— dice Gabriel y levanta su copa de champán.

Los otros cinco hacen lo mismo y luego me miran.

— ¿Un brindis por los viejos tiempos? — sugiere Gabriel.

Cojo mi vaso de la mesa y me uno a ellos.

— Volvamos a los viejos tiempos — dijimos al unísono.

Por un momento, me siento como en casa, como si hubiera estado esperando este reencuentro durante los últimos ocho años. Y me encantaría quedarme para siempre.

— Gabriel, ¿me das la llave del reservado? — pregunta Artho tras beber unos sorbos de champán.

— Pero aún no está listo— responde desconfiado el gemelo más gracioso. — Aún no hemos abierto esa parte del club.

— Tiene todo lo que necesito— insiste Artho.

Gabriel se ríe entre dientes mientras saca el manojo de llaves de su bolsillo y busca una de ellas.

Capítulo 45



Me doy cuenta de que podría estar cavando más hondo en un agujero del que creía haber escapado hace muchos años. Le estoy dando a Charlotte la oportunidad de apuñalarme de nuevo, aunque ahora mismo no voy a pensar en ello.

Sujeto su suave mano, recojo la botella de champán medio vacía y tiro de ella para que se una a mí.

Al fondo de la zona de cabinas, hay una puerta que las gemelos mantienen cerrada. Pretenden habilitar una zona privada con un espectáculo de striptease, pero aún están trabajando en ello.

Abro la puerta con la llave que me ha dado Gabriel y enciendo las luces rojas. Mi corazón se acelera cuando miro a Charlotte y veo que se muerde el labio mientras mira fijamente el pequeño escenario montado al fondo de la sala, donde hay una barra de pole dance.

— Artho, yo... — susurro.

Giro la llave de la puerta y la acerco al escenario.

— ¿Recuerdas cuántas veces te llevé a un motel durante el año que estuvimos saliendo, sólo para verte bailar para mí? — te pregunto.

— Ni siquiera sé contar— susurra.

— Solía llevarte siempre que tenía dinero, me acuerdo. — Nunca me cansaba de los espectáculos que montabas. Durante mucho tiempo después de irme, me pregunté si bailabas para otros hombres. La idea me ahogaba, pero no podía dejar de imaginar lo que hacías.

— No he bailado para nadie más que para ti— confiesa. Me quedo mirándola unos instantes y no encuentro ninguna mentira en el brillo de sus ojos grises. — Nunca lo haría con nadie más, creo que es lo nuestro.

— Igual que yo te cuelgo y te ato con mi cinturón— bromeo y me río, aliviado de que ella también haya conservado nuestras manías, igual que yo.

Charlotte sonríe y, *maldita sea*, es la sonrisa más bonita que he visto nunca. No creí que pudiera estar más enamorado de lo que ya estaba.

— ¿Quieres que baile? — pregunta ella.

Asiento con la cabeza y bebo un sorbo de champán directamente de la botella.

— Han pasado muchos años, no sé si todavía puedo.

— Pero lo intentarás— digo, levantando la mano y acercándome a su cuello. — Para mí.

Cierro los dedos alrededor de su piel y siento latir su yugular. La sangre me corre por la ingle mientras Charlotte jadea. Me invade un deseo insano de devorarla, de beberme su sexo, de sentirlo palpitar de nuevo en mi lengua, pero tengo que controlarlo.

Separo los labios y me paso la lengua por los dientes superiores, mientras ella se muerde lentamente el labio rojo.

— Joder, sigues siendo mi putita —susurro, apretándole más fuerte el cuello—. Sube ahí y baila para mí, te digo, pequeña.

— Ay... — gime. Puedo ver la erección en su cara, y eso solo hace que mi erección aumente.

La sala está insonorizada y no se oye la música que suena en el resto del club, pero hay un equipo de sonido instalado. Me dirijo a él, conecto el móvil y pongo una *lista de reproducción* que he hecho con todas las canciones que ella bailó para mí.

Empieza a sonar *I Feel Like I'm Drowning* de Two Feet, mientras Charlotte sube las

escaleras, rodando con el culo cubierto por su vestido corto. La quiero tanto que temo no poder ser racional, actuar con el corazón y volver a meter la pata. Pero es demasiado guapa para resistirme.

Me siento en el sofá de cuero frente al escenario e intento no pensar en lo mucho que me dolió cuando rompimos y en que no puedo volver a pasar por eso.

Relajo la postura y bebo el resto del champán.

Mi Mujer Maravilla apoya ambas manos en la barra y se ríe, con el pelo castaño cayéndole en la cara. Casi puedo ver a la chica que conocí en el Bar Culture con una camiseta de Batman hace años. Pero pronto desaparece, dejando paso al huracán que es Charlotte en el poste.

Desciende lentamente, mirándome con picardía, y luego gira el culo de tal forma que me dan ganas de azotarla. Se levanta de nuevo y se sube al poste. Mi cuerpo arde de deseo mientras ella gira. El vestido se le sube por las caderas y puedo ver sus bragas de encaje, que cubren su coño apretado contra el poste.

Tengo que hacer todo lo posible para no levantarme e ir hacia ella, para reclamar lo que es mío.

Desciende lentamente hasta llegar de nuevo al suelo y se sienta con las piernas abiertas en el borde del escenario. Cuando se frota las bragas con la mano, no puedo contenerme. Me acerco a Charlotte y vuelvo a agarrarle el cuello, apretándoselo con más fuerza. Me encanta cómo me mira.

— Eres mía— susurro. — Sólo mía, ¿entiendes?

Sigue mirándome con sus ojos brillantes y ardientes.

Le aprieto la mandíbula con la otra mano. Todo en mí palpita de deseo.

— ¿Lo has entendido? — digo, apretando aún más mis dedos contra tu piel.

Abre la boca y coge aire, pero no la dejo respirar hasta que he dicho lo que quería oír.

— ¿Lo has entendido? — pregunto más alto.

— "Sí, señor— dice finalmente Charlotte.

El corazón se me sube a la garganta mientras aflojo el agarre y le permito inspirar, pero

sin soltarla del todo.

— Necesito tu polla dentro de mí, necesito tu semen en mi boca— susurra de una forma que casi me lleva al clímax.

Le meto la lengua en la boca y aprieto su cuerpo mientras ella se lanza contra mi pecho. Vuelvo a sentarme en el sofá. Charlotte empieza a darse la vuelta, frotándose contra mi pelvis mientras me chupa la lengua, quedándose con lo que me queda de aliento.

— ¿Recuerdas aquella vez que volvíamos a casa de una fiesta y llovía? — me pregunta mientras se echa hacia atrás, al tiempo que su mano se desliza entre nuestros cuerpos hasta encontrar mi polla. Te arrancaste la camiseta mojada y me follaste en la moto.

— Me acuerdo de todo— respondo.

Se muerde el labio rojo y respira hondo, el pelo le cae por los hombros y resbala por mi brazo. Charlotte se pone muy seria, coge el cuello de mi camiseta y tira muy fuerte, tanto que una de sus uñas me araña la piel. La camiseta se rasga desde el cuello hasta la mitad de mi estómago.

Jadeo, no me lo esperaba, pero me encanta. Saco lo que queda y termino de rasgar el resto.

Sus delicados dedos recorren los tatuajes de mi pecho y aparta la tela de mis hombros. Me inclino hacia atrás cuando Charlotte me alcanza el hombro con la boca y me lame la cabeza de la serpiente tatuada, antes de morderme la piel.

— *Joder*... — susurro, estremeciéndome, porque el dolor también me excita, y ella lo sabe.

Me deslizo hacia abajo en el asiento, sentándome en el borde del sofá para que pueda ver mejor mi abdomen.

Charlotte pasa las yemas de los dedos por las rosas de mi pecho. Levanta la cabeza y me mira fijamente mientras me clava las uñas en la piel. Sujeto sus manos y la hago profundizar más, permitiéndole que me arañe el pecho.

— Tú también eres mía— susurra.

Le sostengo la mirada un momento. Me pregunto qué es peor: ¿que me pateen el culo otra

vez o dejar que la mujer de mi vida se me vuelva a escapar?

Se me hace un nudo en la garganta al imaginar que ahora mismo podría estar con otro hombre, quizá el del restaurante, si yo no hubiera ido tras ella en la discoteca.

Me duele el estómago de envidia.

Charlotte me pasa las uñas por el abdomen y luego me acaricia suavemente la piel arañada, sin tener ni idea del lío que tengo en la cabeza.

Cuando empieza a abrir el botón de mis pantalones, la sujeto por la cintura y hago que se tumbe en mi regazo.

Jadea, apoyando las manos en el sofá de mi lado izquierdo, mientras sus rodillas descansan junto a mi muslo derecho.

Me muerdo el labio al ver que el vestido le sube aún más por las caderas. Se lo bajo hasta la parte baja de la espalda y me encuentro con unas bragas diminutas metidas en el culo.

Paso un dedo por debajo del encaje y noto su piel cálida y aterciopelada. Arranco una tira de un lado y luego la otra, liberándola de la lencería.

Charlotte gime y empieza a darse la vuelta. No puedo resistirme y golpeo su carne con la palma de la mano, dejándole una marca roja en las nalgas.

— Hazlo otra vez, por favor— pide con voz socarrona.

Vuelvo a abofetearla y la oigo gemir. Me vuelve loco. Vuelvo a abofetearla y, con la mano libre, le meto el pulgar en la boca. Lo chupa con voracidad.

Vuelvo a golpear y siento cómo sus dientes me muerden el dedo. Sujeto su cuerpo mientras me levanto y la apoyo contra el respaldo del sofá, de espaldas a mí. Ella arquea aún más la espalda mientras yo bajo la cremallera y me deshago rápidamente de los pantalones.

Me masajeo la polla y aprieto la mandíbula. Separo sus muslos con una rodilla y veo su coño mojado. Me inclino y chupo hasta la última gota de su excitación. Charlotte grita y me sujeta la cabeza, manteniéndome pegado a ella. Froto mi lengua lentamente contra su clítoris, primero arriba y abajo, luego alrededor, rodeándolo.

— Esto es tan delicioso... — ella dice.

Le hundo los dedos en el culo y le muerdo el clítoris, haciéndola soltar un largo grito.

— Por favor, fóllame. Quiero correrme con tu polla dentro de mí— suplica Charlotte.

— Sólo porque se ha portado bien— murmuro, poniéndome de rodillas detrás de ella.

Pongo mi glande contra su entrada y ella se lanza contra mí. La penetro lentamente, sintiendo cómo su coño se aprieta alrededor de mi polla. Llego a su hombro y le muerdo la piel. Meto la polla hasta el fondo y la saco lentamente. Charlotte gime y se contrae con más fuerza, haciéndome rugir de excitación. Vuelvo a penetrarla y su cuerpo se estremece con el orgasmo.

Empujo muy rápido, mientras ella se corre y grita. Me abrazo a su cuerpo y ella jadea.

— De rodillas en el suelo— exijo, cuando ya no puedo aguantar más. — Ahora sí.

Nos desenredamos y ella se levanta del sofá, se arrodilla, levanta la cara para mirarme y abre la boca, sacando la lengua. Me vuelvo loco al verla. Le doy una ligera bofetada en la cara y ella lame el aire lentamente, alargando la mano para acariciarme los testículos.

— Las manos a la espalda — exijo y Charlotte obedece.

Me encanta verla así.

Le meto la polla en la boca y aprieto la mandíbula, intentando aguantar un poco más, pero la forma en que me la chupa es un golpe bajo.

Me masajeo la polla intensamente, sintiendo que podría morirme de placer, y me derramo sobre su lengua.

Se lo bebe todo, sin dejar de mirarme, y luego se frota el pulgar contra el labio grueso y se lo chupa.

— Joder, mi pequeña... — murmuro, volviendo a sentarme en el sofá y tirando de ella hacia mi regazo.

Nuestra respiración es rápida y puedo sentir los latidos de su corazón cuando le toco el pecho. No sé qué más hacer, no puedo vivir sin ella, ni siquiera con el miedo de perderla.

Sólo cuando me relajo, con sus brazos a mi alrededor, me doy cuenta de que estoy sin camiseta y tengo el pecho lleno de arañazos.



Todavía me tiemblan las piernas cuando Artho abre la puerta del salón privado.

Caminamos por el pasillo hasta la cabina, donde Lion, Eros y Dimitri siguen sentados.

Me lavé en el baño del salón, pero aún puedo olerte en mi piel. Es una intimidad que me encanta.

En los altavoces suena música electrónica a todo volumen. Me duele el interior de los muslos, porque hacía tiempo que no practicaba tanto sexo en un solo día. Me muerdo el labio y me acomodo el pelo detrás de la oreja mientras nos sentamos en el espacio entre Eros y Lion.

Los chicos miran estupefactos a Artho, que pone lo que queda de su camiseta sobre la mesa.

Veo a Lion encender la linterna de su móvil y apuntar con ella al pecho de su amigo.

— Maldita sea, ¿tiene Gabriel un gato salvaje encerrado en esa sala? — Lion quiere saberlo. — ¿Y Charlotte te lo tiró?

— No era un gato, era un gato —contestó Artho, como si no le importara ir sin camiseta —. Aunque si yo fuera un hombre y tuviera tu cuerpo, tampoco me importaría presumir.

— ¿Te ha roto la camisa? — comenta Dimitri, mientras Eros se ríe y da un sorbo a su bebida.

Mantengo la postura, no puedo dejarme intimidar, mientras Lion sigue bromeando sobre el estado en que he dejado a Artho.

— ¿Recuerdas lo que te dije la noche de la graduación de Artho? — pregunta Eros, de pie a mi lado mientras los demás se distraen con las bromas.

Sé de lo que hablas, pero le pido que hable.

— "Te dije que, de ser así, volveríais a veros— murmura Eros para que sólo yo pueda oírlo.

— Artho aún no ha decidido si quiere volver conmigo — confieso.

— Te quiere y nunca te ha olvidado, dale tiempo. Todo lo que pasó por la ruptura fue jodido. Me sentí culpable durante años por apoyarte y no decirle la verdad.

— No fue culpa tuya. Y entiendo cómo te sentiste en ese momento. No querías que tu mejor amigo perdiera grandes oportunidades por una aventura —susurro, sin saber si puedo mencionar lo que pasó entre él y Raquel o si aún es demasiado para Eros.

Asiente y puedo ver la tensión en su mandíbula. Eros Giordano no es alguien que se sobreponga a la pérdida.

Después de que sus amigos se burlen de él como si fuera un grupo de universitarios, Artho me acompaña a la pista de baile.

— Siento lo de los arañazos— susurro, sintiéndome culpable.

— No hace falta que te disculpes, me ha encantado verte más salvaje— dice y esboza una sonrisa, mostrando sus caninos.

Rodeo sus hombros con mis brazos y bailo con el hombre más guapo y apuesto del club.

Veo cómo le miran las chicas cada vez que me alejo. Sólo lleva sus pantalones negros, un par de botas, la cadena que le regalé hace muchos años colgada del cuello y sus tatuajes. Es aceptable que las mujeres babeen. Me siento orgullosa de estar con él, como en la universidad.

Artho es el hombre más increíble que he tenido el placer de conocer.



Después de la discoteca, volvemos a mi piso. Tras ducharnos juntos, beso con cariño cada

uno de los tatuajes.

Artho me masajea el cuero cabelludo mientras recuesto la cabeza sobre su pecho, hasta que me duermo.

Me despierto cuando me trae café a la cama.

— Tengo que irme. Ayla ha dormido en casa de una amiga y tengo que ir a recogerla, pero no quería irme antes de que te despertaras— me dice mientras me besa la frente.

Tomo un sorbo del café fuerte que Artho ha preparado y como un bocado de la tortilla.

— Me encantaba cuando dormía en tu casa y me despertabas con una bandeja de desayuno— le digo mientras le da un sorbo a su mate.

— Y me encantaría despertarte— dice y se pone serio.

Odio no saber lo que está pensando. Termina su mate y yo me como los huevos en silencio, luego aprieta sus labios contra los míos y se va, con una camiseta de Batman que ha cogido de mi cajón.

El domingo vuelve unas horas, me folla a muerte y se va. El lunes viene, igual que el viernes, y trabaja en mi piso, pero no habla de nuestra situación.

Mi mente crea innumerables teorías sobre lo que va a decidir.

El martes, me despierto hacia las nueve de la mañana con su llamada. Artho me invita a comer en un centro comercial.

— Si no tienes otra cita— dice.

Sé que no debería estar siempre a disposición de un hombre, pero no es cualquiera. Es Artho, y ya hemos pasado por bastantes cosas como para andar con juegos. Además, no tengo otros compromisos.

— Me lo llevo— digo entusiasmada.

— Ayla también viene, ¿vale? Lleva pidiéndome verte desde la semana pasada.

— Por supuesto, me encantaría comer con ella.

Capítulo 46



Martes, 22 de diciembre de 2026

— ¿Has hablado ya con ella, papá? — pregunta impaciente Ayla desde el asiento trasero.

— Todavía no— le respondo mientras miro fijamente sus ojos azules por el retrovisor.

— ¡Papi! — protesta ella. — ¿Por qué no le has dicho a Charlotte que necesito que me ayude a hacer la compra?

Me detengo en el carril amarillo junto a la entrada del edificio de Charlotte y la veo acercarse.

Lleva vaqueros y un top rojo a juego con su pintalabios, así como sandalias de tacón.

Veo a dos hombres en la acera que se giran para mirarla. Toco la bocina en señal de protesta, haciendo saltar a Charlotte. Bajo la ventanilla, me quito el cinturón y me inclino hacia ella.

— Dejad de mirar a las mujeres de los demás— grito. Uno de ellos mira hacia atrás, pero sigue andando.

Charlotte niega con la cabeza y se ríe.

— Aquí no se puede aparcar— me corrige, "y mucho menos insultar a todos los hombres

que me miran.

— Sí, puedo— digo.

— Hola, Ayla. ¿Qué tal estás? — saluda mi hija.

— Estoy bien. ¿Has visto que ya te llama *mi mujer*? — comenta Ayla. — Tengamos fe en que este matrimonio saldrá adelante.

— ¡Hija! — le digo y le lanzo una mirada de advertencia. — Nada de bromas.

Sé lo mucho que sueña con tener una madre. Ayla no se acuerda de Charlotte, era demasiado pequeña cuando nos separamos, pero de alguna manera tienen una conexión, y eso está jugando con su mente creativa.

No quiero confundirte, pero no creo que haya forma de evitarlo. Sólo intento mantener la cabeza fría y tomármelo con calma, para que ninguno de los dos acabe herido.

Tanto Ayla como yo ya hemos sufrido por echarla de menos una vez, y debería tener más cuidado, pero aquí estoy, llevándolas a comer como si Charlotte y yo volviéramos a tener una relación.

— ¿Ahora soy tu mujer? — pregunta Charlotte bromeando.

Necesito pensar más en nuestra situación, pero mi mente no acepta la idea de dejarla libre por otro hombre. Y eso es lo que pasará si no me doy cuenta de lo que siento, si no me arreglo.

— Sí, lo eres —murmuro, sacando el coche a la calle—. Y nadie tiene derecho a mirar lo que es mío.

Ayla se ríe en el asiento trasero.

— Nunca he visto a nadie más celoso— dice. — ¿Me dejas, Charlotte?

— Él finge mandar y nosotros fingimos obedecer —responde Charlotte, mientras se inclina para mirar a mi hija—. Al final, le doblamos.

— ¡Sí!" Ayla está de acuerdo. — Siempre lo doblamos. Le pedí que hablara contigo, pero no lo ha hecho. Quería que me ayudaras a elegir ropa, ¿te importa?

— Claro que no, mi amor— dice Charlotte. — Tengo la tarde libre.

— "Bien, así no tendré que pasar horas esperando, cargando bolsas, yendo de una tienda a

otra— digo, aliviada.



Me engañaron. Eran dos y me hicieron sentar y esperar impaciente mientras elegían ropa. Un desfile interminable de prendas. E incluso me hicieron dar mi opinión, elegir qué vestido me quedaba mejor, qué color me sentaba mejor.

Ayla estaba eufórica, porque era la primera vez que salía de compras con alguien que no fuera yo y nuestra ama de llaves, y aceptó todo lo que Charlotte le sugirió con una amplia sonrisa.

Al cabo de unas horas, los dos estaban satisfechos y me hicieron ir a meter los paquetes en el coche. Cuando volví, imaginando que íbamos a ver una película juntos, los encontré en un salón de belleza.

— Será rápido— dice Charlotte y me guiña un ojo. — Solo vamos a recortarnos las puntas del pelo.

— Y arreglarme las uñas— celebra Ayla agitando las manos delante de la cara.

Quiero enfadarme, pero no puedo. Es genial ver a mi hija feliz, divirtiéndose con la mujer que siempre he amado.

Me he enamorado aún más de Charlotte.

Cuando terminan, llevo a mis dos hijas a cenar. Hablan y juegan entre ellas como antes de la ruptura. Es como si no hubieran pasado los años.

— ¿Puedes dormir en mi casa? — le pregunto a Charlotte mientras subimos al coche para irnos.

Se muerde el labio y mira por encima del hombro a Ayla, que bosteza, agotada en el asiento trasero.

— ¿Estás segura? — pregunta Charlotte. Sé que no habla sólo de acostarnos, sino de ir más allá.

— Debo de ser muy tonta para volver a enamorarme de ti— bromeo. — Pero sí, estoy segura. Mañana te vas de viaje, así que quiero disfrutar de cada minuto contigo.

— Volveré para que pasemos juntos Nochevieja, si quieres— dice y me pasa las yemas de los dedos por la mandíbula.

— La última vez que me sentí así fue la Nochevieja que pasamos en Florianópolis, ¿te acuerdas? Ayla me llamaba papá y tú habías aceptado mi proposición y todos los problemas que conllevaba —susurro. — Después de dejar a Bento Gonçalves, pensé que nunca volvería a sentirme tan feliz.

— Ahora soy yo quien te pide que te cases conmigo— susurra Charlotte. — ¿Quieres volver a ser mi novio, Artho Becker?

— ¡Acepta! — Ayla vibra desde el asiento trasero. — Se está enamorando de ti.

Charlotte se ríe.

— No hace falta que respondas ahora —susurra para que sólo yo pueda oírla—. Dame la respuesta cuando vuelva de viaje.



Cuando dejo a Charlotte en su edificio, me pide que espere en el coche y vuelve unos minutos después con una caja.

— Te he escrito algunas cartas a lo largo de los años. Me gustaría que las leyeras para que entiendas mis sentimientos —dice Charlotte, me entrega la caja a través de la ventanilla del coche, aprieta sus labios contra los míos y me da la espalda.

Espero a que entre hasta que se pierde de vista y luego conduzco hasta la urbanización donde vivo. Ayla me pregunta varias veces qué hay en la caja, pero acaba quedándose dormida antes de que llegue a casa.

La cojo en brazos y la llevo dentro, con la caja de Charlotte bajo el brazo.

Pido a Aneliza que recoja la compra del coche y acuesto a mi hija. La tapo y me voy a mi habitación.

Primero me doy una ducha, mientras organizo mis pensamientos, antes de empezar a leer las cartas.

Me siento en el balcón de la habitación con una botella de cerveza en la mano y abro el tapón.

Respiro hondo cuando veo el montón de cartas atadas con una cinta de raso roja. Deshago el nudo y cojo la primera del montón.

Cuando leo lo de la sábana y la funda de almohada que guardó para conservar mi olor, se me aprieta tanto el corazón que siento la tentación de correr inmediatamente a sus brazos. Me duele la garganta cuando descubro que se arrepintió de haber roto, que deseó que yo no fuera orgullosa y suplicó una segunda oportunidad.

— Lo entiendo todo, mi pequeña— susurro al llegar al final de la carta.

Una parte de mí desea con todas sus fuerzas retroceder en el tiempo y arrancarle el dolor que sintió, pero eso es imposible. Ni todo el dinero del mundo puede comprar una máquina del tiempo.

Me seco las lágrimas y respiro hondo antes de empezar a leer el segundo.

Otro golpe me da de lleno en el pecho cuando leo lo sola que se quedó tras la marcha de Raquel.

No puedo imaginar la soledad por la que pasó. No puedo creer que la odiara tanto cuando Charlotte era la que había sido abandonada, no solo por mí, sino por todos con los que estaba acostumbrada a vivir.

Me pregunto cómo se quedó delante de la verja de nuestra antigua casa, la casa club, repasando las cosas que pasaron allí.

Incluso echaba de menos a Darth Vader.

— Nunca te he olvidado— digo mientras leo la tercera carta.

Puedo ver lo preocupada que estaba por Ayla, lo mucho que la echaba de menos.

Siento que los pedazos de mi corazón se rompen aún más cuando Charlotte me dice que ha conocido a un chico. Contengo el aliento y solo lo vuelvo a soltar cuando me dice que ha roto con él.

Cuando leí su última carta y me di cuenta de lo mucho que se esforzaba por encontrar la misma pasión que nosotros teníamos en otro hombre, me di cuenta de lo cerca que había estado de perderla para siempre.

Tuve mucha suerte de que nunca se enamorara, pero soy consciente de que esta suerte no durará toda la vida.

Acabamos de reencontrarnos, pero no voy a aplazarlo más. Charlotte sufrió por mí y yo sufrí por ella. Por supuesto por las razones equivocadas, pero hoy puedo ver que todo lo que pasó entre nosotros era necesario y estoy agradecido de que el destino la pusiera de nuevo en mi camino.

Ahora quiero darle toda la felicidad del mundo.

No dejaré que nada ni nadie vuelva a separarnos.



Miércoles 30 de diciembre de 2026

Odio a Artho Becker tanto como le quiero.

Es la primera Navidad que no cumplo con la tradición de escribirle una carta a Artho desde nuestra separación en 2018.

Guardé todas las cartas en una caja y nunca las envié, pero decidí dárselas antes de irme de viaje.

Le pedí que las leyera cuando estuviera solo. Era una forma de hacerle comprender lo intensamente que le quería, incluso sin verle.

Imaginé que me llamaría después de leerlo, incluso fantaseé con que Artho cogería un avión y vendría a buscarme a Santo Antônio dos Missõe, pero no fue así.

Me dejó sin noticias durante otra semana.

— ¡Gilipollas! — Le maldigo mientras miro mi móvil y veo que no hay ningún mensaje suyo.

El avión acaba de aterrizar en el aeropuerto de São Paulo y los pasajeros empiezan a recoger sus pertenencias para desembarcar. Me siento en mi asiento, intentando controlar la respiración, odiándome por ser tan ilusa.

Esperaba que viniera a recibirme con una respuesta a mi propuesta, pero a ese patán de Escorpio le encanta hacerme sufrir.

— Cuando vuelva a perseguirme— murmuro, "y sé que lo hará, me tocará a mí poner el freno. Probarás tu propio veneno, Artho. ¡Ah, sí!

Me levanto y busco mi bolso en el compartimento situado encima de mi asiento cuando el movimiento de los pasajeros se ralentiza.

— ¿Señorita Charlotte Castro? — Oigo que me llama una azafata.

Abro mucho los ojos y me quedo mirándola, con el corazón acelerado.

— ¿Soy yo? — mi discurso sale como una pregunta.

— ¿Puede esperar un momento en su asiento? — pregunta la azafata.

Sacudo la cabeza lentamente.

— ¿Ocurre algo? — pregunto con voz débil.

¿Encontraron algo en mi equipaje? No puede ser, no he hecho nada malo.

Me dejo caer en el asiento y se me sale el corazón por la boca. Se me revuelve el estómago.

Espero impaciente nuevas instrucciones.

Cuando todos los demás pasajeros se han ido, el piloto aparece al final del pasillo y me saluda con una inclinación de cabeza.

— "Puedes bajar, Charlotte— dice y hace un gesto con la mano hacia la salida.

No confío en su sonrisa. Alguna mierda pasó, de lo contrario no me habría llamado por mi nombre.

Respiro hondo y me obligo a levantarme. Las rodillas me flaquean y temo que no puedan sostenerme mucho tiempo. Me acerco al piloto, que sigue esperándome con una sonrisa abierta.

Llevo la mano al pecho y me la froto sobre la blusa, mientras aprieto la correa del bolso con la otra mano.

— ¿Ha pasado algo? — pregunto, pero no contesta.

Me giro para salir del avión y la brillante luz del día me nubla la vista. Pongo el primer pie en la escalera y empiezo a bajar, parpadeando varias veces para que mis ojos se adapten a la luminosidad. Entonces le veo.

Artho está de pie al pie de la escalera, lleva pantalones negros y una camiseta blanca, y se le ven los antebrazos tatuados. En la mano lleva un ramo de rosas rojas. Siento que el corazón me da un vuelco. Sólo me ha regalado flores dos veces: en mi decimonoveno cumpleaños y en el único San Valentín que pasamos juntos, en Bento Gonçalves.

Varios hombres con los que salí e incluso con los que salí después de él me regalaron rosas, pero nunca me sentí así.

— ¡Gilipollas! — Le maldigo en voz baja mientras bajo los escalones con piernas débiles.

Hace que me tiemblen las manos cuando me sonríe, mostrando su hoyuelo.

— "Hola, mi pequeño— dice Artho y me encanta la forma en que su nuez de Adán se mueve por su piel, en medio del tatuaje.

— ¿Cómo te han dejado entrar aquí? — pregunto, poniendo el pie en el último escalón.

Me guiña un ojo, me da las flores, se pasa la lengua por el labio inferior y se mete la mano en el bolsillo del pantalón.

Le veo sacar una cajita roja. Se me corta la respiración cuando se agacha y pone una rodilla en el suelo.

— ¡Ay! — susurro.

Me doy cuenta de que le tiemblan las manos y rezo con todas mis fuerzas para no equivocarme.

Artho abre la caja y veo los anillos.

Levanta la cabeza y me mira a contraluz, lo que hace que sus ojos se vuelvan verdes.

— ¿Quieres casarte conmigo, Charlotte? — oigo que me pregunta su voz profunda y aterciopelada.

Parpadeo, invadida por una euforia mayor que nunca.

— ¡Sí, mi amor, quiero hacerlo!

Tengo que contenerme para no saltar cuando nos ponemos los anillos.

Me arrojo sobre su pecho, sin molestarme en aplastar las flores, y lo beso apasionadamente en cuanto se levanta. Me rodea con sus cálidos brazos tatuados. Le abrazo con fuerza la nuca y espero que no sea otro de mis sueños traicioneros.

— ¿Cómo has entrado aquí? — pregunto.

— Dinero — explica brevemente.

— ¡Dios mío, estamos comprometidos!

— Dijiste que sí— susurra, con los ojos brillantes.

— ¿Por qué no has llamado en todo este tiempo? — le pregunto.

— Quería darte una sorpresa.

— ¡Lo has conseguido! La azafata casi me mata cuando me pidió que esperara a que bajaran los demás. ¡Estoy tan contenta!

— Me alegro de que hayas dicho que sí, porque te quiero demasiado. Intentar olvidarte fue lo peor que he hecho en mi vida, no soportaría volver a pasar por ese dolor.

— Nunca volveremos a separarnos, porque te quiero con todo mi corazón— le respondo, rodeándole con mis brazos mientras caminamos hacia el coche que nos espera. — ¿Has leído todas las cartas?

— Sí, lo leí todo al menos diez veces— confiesa Artho. — Me pediste que me casara contigo, pero tuve que responderte con una propuesta de matrimonio.

Sonrío aún más y camino con la cabeza apoyada en su hombro, mientras admiro el anillo en mi dedo anular.

Capítulo 47



Domingo, 11 de abril de 2027

Me encanta la libertad que siento cuando voy a lomos de la moto de Artho.

Ahora tiene una Harley—Davidson negra, y está absurdamente guapo conduciéndola con una chaqueta de cuero.

Extiendo los brazos, con los muslos apretados contra sus caderas, y observo la salida del sol por el horizonte. Salimos de casa temprano, antes de los primeros rayos de sol.

Sólo llevo una mochila con una muda, vamos a Campos do Jordão a pasar el día y volveremos antes de que anochezca.

Todavía es muy temprano cuando llegamos al hotel donde Artho ha reservado. Detiene la moto en el aparcamiento y se quita la chaqueta. Lleva una camiseta sin mangas, pantalones y botas negras. Del cuello cuelga el cordón que le regalé por su vigésimo tercer cumpleaños.

Hoy no parece un abogado de éxito, sino el chico malo que era en la universidad, con la chaqueta colgada del hombro.

Le cojo del brazo musculoso y tatuado mientras se registra, y luego caminamos de la mano hasta el restaurante del hotel. La mayoría de las mesas están ocupadas y veo que varias

cabezas se giran para mirar a mi prometido.

Levanto la barbilla, orgullosa de estar a su lado.

Las mujeres miran los tatuajes de su brazo y me encanta la idea de que sólo yo pueda tocarlos ahora, porque este gilipollas es sólo mío.

El desayuno es de autoservicio.

Recuerdo la época en que Raquel y yo comíamos cuatro galletas de nata y una taza de café cada una, para que el paquete nos durara todo el mes.

Lleno mi plato con todo lo que me corresponde: quesos, pasteles, pan, jamón, huevos. Artho también amontona la comida en su plato. Los dos sabemos lo que es pasar privaciones.

Estoy comiendo un trozo de queso cuando siento que se me revuelve el estómago.

Intento que se me pase el antojo tomando unos sorbos de yogur, pero las náuseas no hacen más que aumentar. Siento frío en las manos y corro hacia los lavabos antes de que sea demasiado tarde.

Lo saco todo y me arrastro hasta el lavabo. Me lavo mientras me aseguro de que el ansia no vuelve. Solo entonces salgo del baño.

Artho está delante de la puerta con cara de preocupación.

— Odio no encontrarme bien— murmuro.

— No es la primera vez que enfermas— dice. — Ayer apagaste todo tu desayuno.

— Creo que fue algo que comí.

Entrecierra los ojos y me observa, como si me estuviera perdiendo algo.

Me llevo la mano a la boca en cuanto me doy cuenta. Pero no quiero engañarme.

— ¿Crees que puede ser? — le pregunto, sintiendo que se me acelera el corazón. — Llevo unos días de retraso, pero eso siempre pasa.

— Espérame en el dormitorio, voy a buscar una farmacia para comprar una prueba —dice Artho con voz tranquila.

— ¿Esperar en el dormitorio? ¡Estoy demasiado nervioso para esperar!

— Ven conmigo— me dice y me coge de la mano.

Artho recoge su mochila y su chaqueta de las sillas donde estábamos sentados y me acompaña a nuestra suite, que tiene vistas a las montañas.

Me siento en la cama y él se agacha para hablarme.

— Volveré pronto, mantén la calma.

Asiento con la cabeza, segura de que no voy a calmarme.

Le veo salir de la habitación y espero. Estoy tan ansiosa que no sé si podré soportarlo.

Camino de un lado a otro de la suite hasta que vuelve.

— Dime que no soy yo el que está nervioso— pregunto.

— Yo también, pero uno de los dos tiene que mantener la calma— me dice, llevándome al baño.

Hago lo que dicen las instrucciones de la caja y abrazo fuertemente a Artho mientras espero el resultado.

Llevamos teniendo relaciones sin preservativo desde diciembre, pero sé que es más difícil quedarse embarazada cuando quieres.

— Cálmate, no pasa nada si es negativo— susurra Artho.

Huelo su olor a madera y beso la suave piel de su cuello, con el corazón martilleándome contra los oídos.

— Seguiremos intentándolo— añade. — Tener sexo es lo que mejor se nos da, mi pequeño.

Me río de tu forma de hablar.

— Lo sé, mi amor, pero eso no me impide ser así— le respondo.

— ¿Quieres saber el resultado? — me pregunta. Está de cara al lavabo, donde está el palo, y yo de espaldas.

— No sé si estoy preparada— le digo. Le pongo la mano en el pecho y siento que su corazón late deprisa. Me inclino hacia él y le miro.

Mi pulso sube aún más cuando sonríe y sus ojos brillan.

— Artho..." susurro y él asiente.

Me doy la vuelta y veo que es positivo.

— Vamos a tener un bebé. — grito saltando de alegría. — ¡Voy a ser mamá!

Me detengo, con las dos manos sobre la boca y los ojos muy abiertos.

— Dios mío, ¡voy a ser madre! — repito, dándome cuenta del poder de estas palabras. Se me humedecen los ojos. — Madre de tu propio hijo...

— Necesitas un análisis de sangre para estar seguro, pero estos análisis de farmacia casi siempre aciertan— dice Artho y me levanta.

Le rodeo los hombros con los brazos y beso la corona de laurel de su cuello mientras me lleva a la cama.

Me coloca en el colchón y se tumba a mi lado. Cuando se inclina sobre mí, me baja la blusa y me besa la parte inferior del vientre, siento que mi corazón se hincha y duplica su tamaño. Jadeo de emoción al darme cuenta de que estoy embarazada.

Paso un largo rato adaptándome a las nuevas emociones, pensando en todo lo que hemos pasado hasta ahora, mientras Artho me acaricia con cuidado.

— Hay una vida creciendo dentro de mí— susurro, sorprendida de cuánto amor puedo llevar dentro de mi corazón.

— Un bebé que hemos hecho los dos— dice Artho y me sujeta la cara entre las manos.

— Sé que aún me falta el análisis de sangre, pero... — Me llevo la mano al estómago y siento que se me escapa una lágrima. — ¡Me siento tan feliz!

Jueves 10 de junio de 2027

— "En una de tus cartas me preguntaste qué historia había detrás de mi nombre— susurra Artho mientras aparca el Jaguar junto al BMW en el garaje. Mi Audi está aparcado delante.

— "Sí, no recuerdo que me lo dijeras— respondo, pasándome la mano por el vientre apenas visible. Aún no me he acostumbrado a sentir los temblores.

Estoy en la decimoctava semana de embarazo y hoy nos hemos enterado de que vamos a tener un niño. El piso en el que vivía no era mío, así que terminé el contrato de alquiler y me mudé con Artho en enero.

— No hay ninguna historia detrás tan interesante como tu nombre —dice—. Mi madre debió de leerlo en una revista o algo así.

Niego con la cabeza y le acaricio el pelo. Estoy tan emocionada que a veces lloro con sólo mirar a Artho. Volver a estar a su lado me hace tan feliz que temo que la alegría se me vuelva a escapar de las manos.

— Oye —me dice mientras me sujeta la barbilla, sabe exactamente lo que siento con solo mirarme—, no tienes que tener miedo de perderme. Estoy aquí y nunca volveré a alejarme de ti. Ya somos adultos, tenemos nuestras carreras, no necesitamos separarnos.

— Lo sé —digo y respiro hondo—. Es que te quiero mucho. Te quiero a ti, al bebé y a Ayla. Creo que me moriría si os perdiera a uno de vosotros.

— Shiii —susurra Artho mientras me presiona el labio con el dedo índice. — No hables así, no te pasará nada malo, porque no lo permitiré. Ven y siéntate en mi regazo.

Me quito el cinturón y me siento entre él y el volante.

Me levanta la blusa e inclina la cabeza para besarme el estómago.

— Ahora es pequeña, pero en unas semanas se estirará, ya verás— murmura Artho.

— Estoy deseando que nazca. Aunque estoy muerta de miedo. He soñado con ello toda mi vida, pero ahora tengo miedo de no ser una buena madre. ¿Tú también tienes miedo?

— Sólo un poco— dice. — Tenía mucho más miedo cuando no tenía dinero para nada, cuando ni siquiera podía permitirme un parto privado. Ahora podemos proporcionarle todo lo que necesitará nuestro bebé. Además, estamos juntos, nos tenemos el uno al otro. Todo saldrá bien, ya lo verás.

— Pensaba coger la baja por maternidad solo al final del embarazo y volver al trabajo en cuanto acabara.

— Aneliza ayudará a cuidarlo cuando ambos estemos trabajando, estará bien. Hemos cuidado de Ayla antes, ¿recuerdas?

— Sí, tenía que llevarla en autobús después de la guardería porque no tenía coche, ni siquiera sabía conducir. A veces me subía a un autobús abarrotado. Por suerte, siempre había

alguien que cedía su asiento. Me sentaba con Ayla mientras ella cantaba las cancioncitas que había aprendido en la guardería.

— Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. Fueron tiempos de vacas flacas, pero estudiamos mucho, trabajamos duro y ahora tenemos una vida cómoda. Todo va a ir bien.

— Sí, lo harás— susurro, sin dejar de acariciarme el vientre.

— ¿Has pensado en un nombre? — me pregunta.

— Pensé en Nicolás. Era el nombre de mi padre— respondo.

— Es un nombre precioso — dice Artho y vuelve a tocarme la barriga. — Hola, Nicolás. ¿Me oyes? Soy tu papá.

Me río, me encanta cómo hasta un gilipollas pone voz de tonto cuando le habla a un bebé.

— No puedo creer que vaya a tener otro Escorpio en mi vida— bromeo.

— ¿A qué te refieres?

— Me quedé embarazada en Carnaval, en aquel viaje a Paraty, y nacerá en noviembre. Hay muchas posibilidades de que nazca en el signo de Escorpio.

— Mi cartel es el mejor— dice Artho.

— Como si no fueras vengativo, tuvieras una lengua afilada y no fueras amante de la confusión.

— Sé que soy un buen amante— dice Artho mientras cambia de tono.

— ¿Convencido también?

— No soy engreído— susurra roncamente.

Veo cómo me quita la mano del estómago y empieza a desabrocharme el cinturón.

Trago saliva.

— ¿Qué te parece si nos casamos cuando sea lo bastante grande para llevar los anillos? — pregunto con picardía.

— Sí, es una gran idea— responde Artho. — Ahora guarda silencio y pon las manos a la espalda.

Obedezco, porque me encanta cuando me da órdenes así, me encanta cuando me desea

tanto que no puede esperar a que estemos en el dormitorio.

Artho me mira con ojos desorbitados y, quitándose lentamente el cinturón, me ata las muñecas a la espalda y las engancha al volante del Jaguar.

Mi respiración se acelera cuando me levanta la falda y gimo cuando me acaricia por encima de las bragas.

— Hoy no puedes gemir— dice roncamente, antes de sacarse la polla de los pantalones.

Me muerdo el labio con fuerza, no creo que me canse nunca...

Artho

Viernes 19 de noviembre de 2027

Hace dos días que nació Nicolás.

Me contuve durante todo el embarazo, sabía lo mucho que Charlotte quería ser madre y lo insegura que se sentía, así que no podía mostrarle lo aterrorizada que estaba bajo ningún concepto.

Camila murió cuando nació Ayla, y era imposible no considerar la idea de que algo malo le ocurriera a Charlotte.

Pasé noches en vela comprobando a cada momento que estaba bien, que respiraba, como si fuera un recién nacido. En los últimos meses, cuando su barriga era demasiado grande para perturbar su sueño, hice todo lo que pude para que estuviera más cómoda.

Fingí ser fuerte, pero sólo yo sé el miedo que pasé, sin poder correr a sus brazos y pedirle que me consolara. No podía dejar que se me notara.

Cuando tuvo sus primeras contracciones, la puse en mi regazo y la llevé corriendo al hospital.

Sentí el mayor alivio del mundo cuando Nicolás lloró por primera vez y pude ver los ojos azul grisáceo de mi mujer y estar seguro de que estaba bien.

Ahora estoy aún más feliz de tenerlos en casa.

Charlotte hace una mueca de dolor porque le duele el pecho cuando mama.

— Esto es algo que no puedo resolver— me lamento, acariciándole el pelo.

Ayla no fue amamantada, tengo experiencia con cólicos, baños, cambio de pañales, pero no con esto.

— Pronto te acostumbrarás— dice mi suegra mientras deshace las maletas que hemos traído del hospital. — Los primeros días siempre son más complicados.

Charlotte cierra la mandíbula y asiente, pero veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

— Ya pasará— susurro.

Estoy de rodillas junto al sillón donde está sentada. Acerco mi mano a la cabeza de Nicolas. Tiene el pelo del mismo color que el mío y los ojos grises como los de Charlotte. Incluso tiene un agujerito en la barbilla, como ella. Incluso tiene un agujerito en la barbilla, como ella.

— Lo sé— dice suavemente y me lanza un beso.

Ayla se pasea de un lado a otro, chasqueando los dedos ansiosa por tener a su hermanito en brazos.

— Cálmate, o acabarás hundiéndote en el suelo —bromeo con ella, tendiéndole la mano para que venga a sentarse a mi lado, mientras Charlotte sostiene al bebé frente a su pecho para que eructe.

Oigo los ladridos de Darth Vader, sentado junto al catre, con el pecho levantado en la pose respetuosa de un perro de trece años.

— Ven aquí también, grandullón— digo chasqueando los dedos.

Viene corriendo y acerca su hocico a la cabeza de Nicolas para olisquearlo.

— La familia ha crecido— le digo acariciándole el pelaje.

— ¿Quieres cogerlo ahora, mi amor? — le pregunta Charlotte a Ayla. — Ya ha eructado.

— Sí, por favor.

Me levanto y cojo a Nicolas del regazo de Charlotte, mientras Ayla se sienta en otro sillón. Le acerco al bebé y veo que sus ojos azules se llenan de lágrimas.

— Cuidado con la cabeza— dice mi madre al entrar en la habitación, trayendo un té que ha preparado para Charlotte.

— Lo sé —dice Ayla en voz baja, con su hermano en el regazo—. Charlotte, de mayor te llamará mamá. ¿Puedo llamarte así también?

La pregunta sorprende a todos los presentes. Las dos abuelas se miran y Charlotte abre mucho los ojos.

— Claro que puedes, mi amor —le dice a Ayla—. Siempre has sido mi hija de corazón.

Siento un nudo en la garganta por tener ahora una familia completa, pero la emoción se ve interrumpida por la respiración agitada de mi madre.

No dice nada, pero sé que la vuelven loca de celos.

Niego con la cabeza y le guiño un ojo, que pone los ojos en blanco.



— No hemos hablado de ello, pero ¿qué te parece bautizar a Nicolás? — le pregunto a Charlotte, cuando por fin estamos solos en nuestra habitación. Las dos abuelas lechuza se turnarán para traerlo cuando se despierte.

— Es una buena idea— está de acuerdo.

Está viendo una película en la tele, con la cabeza apoyada en mi pecho mientras le acaricio el pelo.

— ¿Quién quieres que sea la madrina, porque yo quiero que Eros sea el padrino? — pregunto y me río, anticipando su respuesta. — ¿Raquel?

— Le va a encantar. — dice Charlotte e inclina la cabeza para mirarme. — ¿Crees que ella y Eros son capaces de estar en el mismo ambiente sin matarse el uno al otro?

— Ya son bastante grandes, se comportarán— bromeo. — A lo mejor por fin se portan bien.

— Lo dudo— dice y se ríe. — Pero confío en ti para suavizar las cosas si empiezan a pelearse como niños. Siempre encuentras la manera, mi amor. Por eso te quiero tanto.

— Yo también te quiero mucho. Gracias por no rendirte nunca conmigo.

— Nunca renunciaría a la mejor persona que ha entrado en mi vida.

Se inclina hacia mí y me besa los labios apasionadamente, es una pena que, debido al encierro, no podamos ir más allá.

Pero no desespero, tendré el resto de mi vida para demostrarle toda mi pasión.

Le beso la frente y la abrazo mientras Charlotte apoya la cabeza en mi pecho.

Epílogo



Dos años después...

— Estoy oficialmente casada— murmuro mientras me siento a la mesa con Nicolás en brazos.

Ha caído la noche, está dormitando, lleva pantalones negros y camisa blanca, así como pajarita.

Después de su misión de llevar los anillos hasta el altar, Nicolas fue libre de correr y jugar por toda la propiedad de la casa que compramos recientemente en Jurerê Internacional, en el paseo marítimo cerca de Eros, donde Charlotte y yo nos dimos el sí quiero justo antes de la puesta de sol.

Eros tiene la cara atada, hasta que su hija pequeña se retuerce en su regazo y le tira de una oreja.

— Ouch — dice Eros. — Mi bebé, papá todavía necesita tus oídos para oírte llorar por la noche.

— ¡Ven aquí, Bananita! — Lion estira la mano para cogerla del regazo de Eros.

— "Te dije que no llamaras patata a mi hija— se queja Eros mientras entrega a Lion a la

niña de un año.

— Cuando llamaste a Ayla Patatita, no me importó— bromeo.

— Sí, lo hizo— respondió Eros.

— Intenta llamarla Patatita ahora— dice Gabriel, dejando su copa de champán sobre la mesa.

— Sólo si está loco, dijo Dimitri. — Llamé así a Ayla delante de sus amigas y me fulminó con la mirada.

— ¿Te ha asustado? — pregunta Gabriel, riendo. — ¿Asustó Patatita a Dimitri Romano, el tipo más duro del Club de Canallas?

— Sí. No sé qué les pasa a los adolescentes de hoy en día — dice Dimitri. — Yo nunca fui así.

Los cinco estallamos en carcajadas. Irónicamente, Dimitri siempre fue el peor de nosotros.

— Dos de nosotros ya han sido masacrados — dice Natan. — ¿Quién será el próximo gilipollas que se convierta en padre?

Nos miramos mientras hacemos apuestas mentalmente.

— Estoy seguro de quién será — empieza a decir Lion, pero Nathan le interrumpe.

— Mira a todas las mujeres reunidas para ver quién coge el ramo — dice Natan y señala con la barbilla.

— Da miedo verlo. — Eros se encoge de miedo.

— Ni siquiera bromees con algo así — Dimitri está de acuerdo.

— No quiero ni mirar— dice Lion y vuelve la cara en dirección contraria a Charlotte.

La novia más guapa que he visto nunca se sube a una silla y juega con el ramo que tiene en las manos.

Las invitadas, con elegantes vestidos, se agolpan a su alrededor.

— Hagan sus apuestas— dice Gabriel.

Justo en ese momento, Tomaz, mi cuñado, se detiene junto a nuestra mesa y observa la

escena.

Charlotte mueve los brazos y se lanza el ramo por encima de la cabeza.

— Mira ahí— dice Tomaz y se vuelve para mirar a uno de mis amigos.

— Creo que te has jodido— bromea Natan.

Entrecierro los ojos y veo que Oiapoque levanta el ramo como si fuera un trofeo.

Todos en la mesa se ríen.

— Rachel fue la más rápida — observa Lion, con el bebé de Eros en su regazo.

— Sí, se lo merecía— asiento y aprieto el codo contra el brazo de Eros.

— Que te jodan— dice frunciendo el ceño. — No voy a casarme sólo porque tu mujer aceptó tirarle el ramo directamente a las manos.

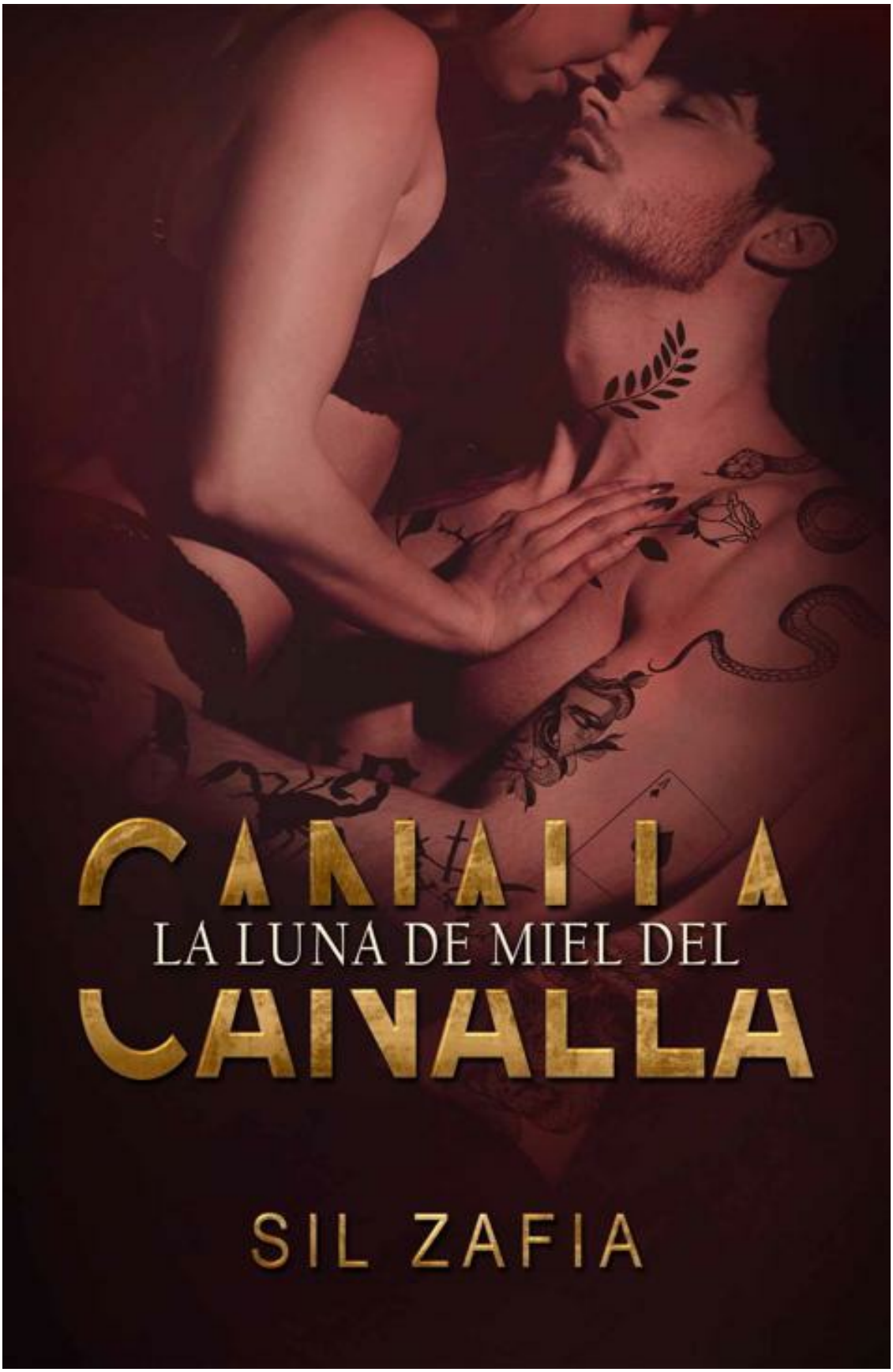
— No fue un trato — se defiende Tomaz. — Yo lo vi claro. Raquel fue la afortunada.

Eros intenta mantener la pose, pero acaba riéndose.

— Iros a la mierda, canallas — insiste, como si volviéramos a ser niños. — Va a ser vuestro turno, y voy a ver cómo caéis uno a uno.

— Si cae uno, caerán todos —convengo, preguntándome para qué boda nos juntaremos la próxima vez.

Sigue leyendo el relato de ***La Luna de Miel de Artho***.


CANALLA
LA LUNA DE MIEL DEL
CAINALLA
SIL ZAFIA

CANALLA

LA LUNA DE MIEL DEL CANALLA

SIL ZAFIA

SINOPSIS del cuentro

Era un eterno chico malo.

Ella, antes tímida e inocente, se había transformado en una mujer impresionante.

Una pareja que se enamoró intensamente, pero a la que la vida separó durante muchos años.

Ahora, juntos y casados, el fuego que los consume parece aún más intenso.

En "La Luna de Miel de Canalla", tenemos la oportunidad de pasar unos días más con la pareja que ha conquistado miles de corazones en ARTHO - CLUB DE CANALLAS.

Antes de lo reencuentro

Capítulo 1



Viernes, 21 de diciembre de 2018

El piso era bueno, en un barrio de lujo, en el mismo edificio donde vivían León y Dimitri.

Dos suites, una sala de estar, cocina, lavadero e incluso una zona gourmet. Y hasta admitían perros. Claro que era un huevo comparado con la mansión en la que vivíamos en Bento Gonçalves, pero para los estándares de una ciudad como São Paulo, era perfecto, mucho más de lo que podía esperar, e incluso estaba amueblado.

Todo financiado por mi nuevo trabajo en el Grupo Editorial Giordano.

Todo es perfecto...

Pero no para mí.

Odiaba el blanco de las paredes, porque eran del mismo color que las paredes de su habitación. Odiaba el barniz de las puertas, porque eran del mismo color que las puertas de mi habitación en el club de canallas, donde dormí con ella los últimos meses.

Odiaba la forma en que las cajas estaban dispuestas por la habitación, porque me demostraba que la vida que llevaba, en una relación seria y estable con una chica de la que estaba totalmente enamorado, ya no existía.

No quería cambios, no quería lo nuevo. Deseaba con todas mis fuerzas que los últimos días fueran sólo un

mal sueño, que la patada en el culo fuera sólo un mal sueño.

— Papá, echo de menos *a Chalotti* —dijo Ayla con un tono de voz triste, sentada en una caja de juguetes donde León acababa de ponerla, mientras Darth Vader dormitaba junto a sus pies.

Sentí los ojos de León clavados en mí. Dimitri, que llevaba las cajas marcadas como —habitación de Ayla — a la suite más pequeña, también se detuvo al oír *su* nombre. Ambos esperaron a que reaccionara, tal vez imaginando que iba a derrumbarme en el suelo y llorar como un niño pequeño.

— Papá también está aquí, mi princesita —respondí, intentando sonar mucho más fuerte de lo que era. — Pero nos mudamos, ahora vivimos en São Paulo y ella no vive aquí.

Oí la respiración agitada de León y quise poner los ojos en blanco.

— ¿No podemos *volver*, papá? — quiso saber mi hija.

— No podemos. Papá tiene que trabajar aquí— respondí y la vi hacer un mohín. Dejé la caja que pretendía llevar a mi nueva habitación y me acerqué a ella para apretarle las mejillas esponjosas. — Pronto irás a un colegio nuevo y harás muchos amigos. Te encantará estar aquí.

Era un suplicio intentar parecer feliz y emocionado cuando lo único que quería era volver corriendo a Rio Grande do Sul, llamar a la puerta de Charlotte y arrastrarme a sus pies, rogándole que volviera conmigo.

Se me cerró la garganta y me escocían los ojos, pero me contuve mientras besaba la parte superior de la cabeza de Ayla, oliendo el aroma a azahar de su champú.

— Vamos a ello —murmuré a los dos, que seguían observándome como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar en cualquier momento.Esta casa no se va a arreglar sola.

— Ya pasará, amigo— murmuró León.

— Puede que tarde un poco, pero algún día pasará— dijo Dimitri.

Miré de uno a otro. En la cara de ambos estaba claro que era un dolor que no les había pasado, pero intenté dedicarles una sonrisa amarilla.

— No pasa nada —dije y me encogí de hombros.Volvamos al trabajo.



Cuando terminamos de deshacer las maletas, Dimitri y León se fueron. Era viernes por la noche e iban a una discoteca. Todavía no había visto a los gemelos porque ayer mismo habían viajado a pasar las Navidades con su familia en Bento Gonçalves. Y Eros siempre estaba retraído en esas fechas, así que sabía que no aparecería.

Solo estábamos mi niña, mi perro, yo y nuestro nuevo hogar.

Pedí comida japonesa e intenté concentrarme en enseñar a Ayla a usar los palillos, pero tiró todo el sushi, así que improvisé un adaptador con una goma elástica para que pudiera comer.

— Papá Tutú, ¿no viajo con Papá Celso? — quiso saber, después de masticar un panecillo caliente, con la barbilla embadurnada de salsa.

— Este año no, princesa —respondí, cogiendo una servilleta de papel para limpiarla.Estamos solos.

Frunció el ceño. Estaba claro que estaba tan descontenta como yo con el cambio, y tenía que hacer todo lo posible para contentarla.

— Justo después de Navidad, vamos a contratar a una canguro para que te cuide cuando papá esté trabajando— le expliqué.

— Me gustaba *Chalotti*— dijo, con los ojos azules grandes y brillantes y la boca rosada cerrada en un mohín.

Tragué saliva, no sabía cómo explicarle que Charlotte ya no formaba parte de nuestras vidas.

Terminé de comer, la levanté y la llevé a lavarse los dientes y a ponerse el pijama. No quería dormir sola en su nueva habitación, así que la llevé a mi suite.

Ayla apoyó la cabeza en la almohada frente a la mía, cogió el borde de la manta y se lo llevó a la nariz, olisqueando la tela mientras me acariciaba la mejilla.

— Te quiero más que a nada— le susurré.

— Yo también te quiero, papá Tutu— dijo, bostezó y se le cerraron los párpados.

Besé el espacio entre sus ojos y la observé durante unos minutos, hasta que estuve seguro de que estaba dormida, entonces busqué el móvil bajo su almohada y miré las notificaciones.

Una parte muy estúpida de mí esperaba que ella enviara un mensaje, pero no había nada. De nadie. Ni siquiera de mi madre, que estaba demasiado dolida para querer saber nada de la mudanza.

Abrí la galería y empecé a repasar las miles de fotos que tenía con Charlotte, mientras sentía como si el filo de un cuchillo presionara la herida abierta de mi corazón.

Entré en WhatsApp y escribí Mujer Maravilla en la búsqueda, había bloqueado su contacto, pensando que no quería saber nada más de ella.

La desbloqueé y vi que estaba en línea. La ansiedad se apoderó de mí y el corazón me latió dolorosamente en el pecho.

¿Con quién estaría hablando? ¿Con Oiapoque? ¿Con su familia? ¿O con un chico nuevo? No podía lidiar con esa última opción. Yo había sido su primera en todo, besar, tener sexo, conocer, salir... Era demasiado doloroso aceptar que no sería la única.

Mi pulgar se deslizó por la pantalla mientras las lágrimas corrían por mi cara. Casi toqué el botón para hacer una llamada. Quería enseñarle mi nuevo piso, decirle que sería vecina de Dimitri y León, que São Paulo en esta época del año era mucho más cálida de lo que pensaba, preguntarle si me ayudaría a preparar la cena y montar una decoración navideña para que Ayla se emocionara un poco más con el piso...

Volví a preguntarme qué estaría haciendo Charlotte en Internet, si cabía la posibilidad de que también estuviera mirando la pantalla de mi chat en ese mismo momento, deseando que la llamara.

Mi pecho se estremeció con los sollozos y Ayla abrió los ojos.

— ¿Papá? — preguntó, preocupada al verme llorar, casi llamando a la mujer que no quería saber nada más de mí.

Mi hija me abrazó con fuerza y enterró la cara en mi clavícula, quedándose dormida poco después.

Bloqueé la pantalla e hice una nota mental para salir al día siguiente y comprar otro dispositivo y otra tarjeta SIM, porque iba a romperlos y no volvería a ver ninguna de sus fotos.

Con el cuerpo cansado por la mudanza y el corazón oprimido, me quedé dormido.



Al día siguiente, en cuanto Dimitri se despertó a eso de las diez de la mañana, dejé a Ayla en su piso y me fui con León al 25 de Março a comprar adornos navideños. Aunque mi corazón era un trapo viejo, tenía que darle a mi princesa las vacaciones que se merecía.

Compramos un árbol, varios adornos, luces y un muñeco de nieve que sabía que le encantaría.

Mientras compraba mi nuevo teléfono móvil, León me enseñó fotos de chicas que quería presentarme, a las que yo no tenía ningún interés en conocer.

Sabía que tenía que pasar página enseguida, volver a ser el canallas que era hace año y medio, pero no quería empezar a hacerlo ahora.

Asentí y estuve de acuerdo con todo lo que dijo sobre las chicas de las fotos.

— Cuanto antes empieces a salir, mejor— dijo León con la convicción de alguien a quien también le rompieron el corazón ese mismo año. — ¿Recuerdas la promesa que hicimos?

— Claro que me acuerdo— respondí.

— Si la hubiéramos conservado, nada de esto habría ocurrido— añadió.

— Si no me falla la memoria, tú fuiste el primero en romper, porque seguiste con la chica que te estaba prohibida —le recordé.

Respiró hondo y apretó la mandíbula. Era fácil hablar de superación, lo difícil era demostrar que realmente lo había hecho.

— Fuiste el segundo en romper la promesa, sólo que tu ruptura fue mucho más fuerte, Charlotte y tú salíais en serio. — León me lanzó la responsabilidad, mientras que la vendedora terminó mi registro.

— Eros también salió con Raquel. Dimitri volvió con Giulia en noviembre del año pasado. No era el único.

— Y todos nos follamos muy bien— bromeó, pasándose la mano por el pelo.

— Los gemelos fueron los únicos que cumplieron nuestra promesa —dije.Tenemos que darles algunas lecciones.

Justo entonces, vi cómo la dependienta se bajaba la blusa abotonada, dejando ver sus firmes pechos a través de la abertura. Levanté la vista y me quedé mirándola, *pero ¡qué coño!* No era mi Mujer Maravilla.

Aparté la mirada para no hacerme ilusiones.

Volvimos a casa y montamos la decoración navideña, pareciendo Tres solteros y un bebé. Al menos Ayla estaba contenta y le encantaba el muñeco de nieve.

Cuando se hizo tarde y los chicos volvieron a sus pisos después de varias cervezas, y mi hija ya estaba dormida, saqué mi viejo móvil, miré por última vez las fotos de la galería y tuve la tentación de volver a abrir su conversación de WhatsApp.

El desalmado estaba en línea. Hice clic en la cámara y grabé un vídeo de la habitación decorada, pero lo borré sin enviarlo. Si no quería saber cómo estábamos, no iba a humillarme enviándole noticias.

Puse el móvil en el suelo y me dispuse a romperlo con la suela del zapato, a machacarlo para que se destruyera como mi corazón. Levanté el pie y lo bajé muy deprisa, pero no pisé el aparato, era demasiado cobarde para deshacerme de tantos buenos recuerdos en esas fotos.

Lo recogí del suelo y miré nuestras conversaciones. Aún conservaba el primer mensaje que le envié:

Yo: *Buenas noches, Mujer Maravilla. Iré a la fiesta contigo el sábado.*

Apreté los labios con fuerza y borré la app, eliminando todas las conversaciones que habíamos intercambiado entre el 7 de agosto de 2017 y hace tres días, cuando me envió el último mensaje pidiéndome que le devolviera el resto de sus cosas.

Darth Vader me miró con lástima y emitió un gruñido bajo, como si comprendiera por lo que estaba pasando.

Saqué la tarjeta SIM del móvil y la tiré a la basura. Guardé el viejo teléfono en una caja de madera, junto con la camiseta de Mujer Maravilla, las bragas que había roto durante la segunda semana de Charlotte en la universidad y el cordón que me había regalado, en el que había hecho grabar Artho Becker en una placa y Club de

Canallas en la otra.

Mis fotos de graduación aún no estaban listas. Un colega de la universidad me las enviaría cuando las recibiera. Probablemente las guardaría en la misma caja, junto con sus otros recuerdos.

Cerré la tapa y prometí que haría todo lo posible por olvidar. Recogí toda la rabia que me había provocado la ruptura y seguí con mi día.

Capítulo 2



Viernes, 15 de febrero de 2019

Habían pasado dos meses desde que rompimos y no entendía cómo su olor seguía impregnado en mi piel, en mi ropa, allá donde iba.

Dos meses sin tener sexo, sin besos, sin ser acariciado por una mujer. ¿Qué coño me hizo Charlotte?

Antes de las vacaciones de Carnaval, Eros tuvo que ir a Bento Gonçalves para arreglar algunas cosas de la editorial y me invitó a ir con él.

Estuve a punto de aceptar. Sabía que iba a empezar el cuarto curso de Derecho. Podía pasarme por su edificio o por el Departamento de Humanidades para ver cómo le iba.

Tal vez incluso almorzar en el restaurante de la Universidad, sentarme en la misma mesa que Charlotte y charlar, como los adultos que éramos, pero no tenía la madurez para mirarla a los ojos y no destruirme. Si la viera ahora, sería mucho peor.

— Aún no puedo irme— le dije a Eros, mientras almorzaba con él en un restaurante cercano a la escuela donde estudiaba Ayla. — Si al menos mi madre me hablara... Pero no tengo motivos para volver allí.

— Lo entiendo, sólo voy porque no tengo otra opción.

— Creo que nunca volveré —murmuré.Nunca tendré el valor de volver a entrar en nuestro club, porque prefiero quedarme con los buenos recuerdos, los recuerdos de lo felices que éramos allí. Si vuelvo a entrar, sólo recordaré cómo acabó todo.

— Sé perfectamente lo que se siente —dijo Eros, dándole la vuelta a un trozo de lasaña con las púas del tenedor.Por eso tampoco me gusta entrar en casa, a menos que sea estrictamente necesario. Es complicado, ¿verdad? Allí pasamos los peores y los mejores momentos de nuestras vidas.

— Fue allí donde Ayla me llamó papá por primera vez, pero también donde Charlotte rompió conmigo — confesé en voz baja, deslizando el trasero por el asiento hasta quedar prácticamente tumbado, como solía sentarme en la universidad.

— Fue allí donde recibí la noticia de la muerte de mis padres y fue también allí donde Raquel rechazó mi proposición de matrimonio —recordó Eros, sorprendiéndome al mencionar cosas de las que nunca hablaba con nadie. Creo que era la primera vez que tocaba el tema por su cuenta. — Cuando entro ahí, siento como si las paredes quisieran tragarme, asfixiarme hasta convertirme también en un recuerdo.

Tragué saliva y respiré hondo. El restaurante estaba lleno, un mal lugar para que mis ojos estuvieran así de húmedos. Levanté la cara y vi a Eros con la mandíbula apretada, el ceño fruncido y los labios apretados, mirando fijamente la lasaña pero pareciendo distante.

No recordaba si le había visto llorar desde el funeral de sus padres, intenté refrescar la memoria... y nada. Era mucho más duro que yo.

Volví a respirar hondo y me froté los ojos con el dorso de la mano izquierda, secándome la humedad. Nunca se lo había contado a Eros porque no me dio la oportunidad de abordar el tema, pero aquel pensamiento y el remordimiento me habían acompañado durante cinco años.

— Si no hubiera sido por mí, Gustavo y Elena seguirían vivos —dije en voz baja, pero lo bastante alta para que me oyera.

Fue el turno de Eros de levantar la vista y mirarme fijamente.

— ¿De qué coño estás hablando, Artho? — Dejó el tenedor y se enderezó en la silla.

— Las drogas que le había quitado a mi madre estaban en mi bolsillo, iba a pasárselas a Dimitri para que las vendiera, pero la policía nos pilló. Esa es la única razón por la que tus padres volaron. Estaban aquí en São Paulo trabajando, cogieron un avión para arreglar la mierda que había hecho —solté las palabras por primera vez y no me importaron las lágrimas que brotaron, porque no le debía nada a ninguna de las personas de aquel restaurante, excepto a Eros. — Una vez que todo estuvo arreglado, volvieron volando. Fui responsable de la muerte de tus padres y, sin embargo, nunca me diste la espalda.

— Sécate la cara y deja de decir gilipolleces —dijo Eros con rostro serio.¡Por el amor de Dios, Artho! ¿Te ha arrancado Charlotte el corazón, la dignidad y el juicio? Fue un accidente, una fatalidad de la que nadie tuvo la culpa. Sobre las drogas, el ayudante del sheriff ya estaba enfadado con nosotros por lo que le pasó a Dimitri, por

no haberle dado la información que quería hace años, el polvo que encontró en tu bolsillo fue sólo una excusa. Y si me entero de que Dimitri también siente la más mínima punzada de responsabilidad por la muerte de mis padres, les parto la cara a los dos. Nadie tuvo la culpa.

Me pasé una mano por el pelo, intentando asimilar las palabras de Eros. Quizá tenía razón, el ayudante del sheriff nos odiaba de verdad, no solo a Dimitri y a mí, sino a los seis.

Tragué saliva al recordar aquella terrible noche y sentí que Eros me daba una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

— Por eso los dos dejasteis de fumar —lo dijo como si fuera una acusación, y luego bajó la voz—. Incluso dejasteis el cannabis. Pensé que lo habías dejado después de que Camila quedara embarazada, pero fue antes, porque te sentías culpable.

Me encogí de hombros, era lo menos que podía hacer.

— Dimitri también se detuvo al mismo tiempo — continuó Eros en el mismo tono. — Pensé que era por el tiempo en el reformatorio. Hijo de puta, no me puedo creer que lleves cinco años con eso.

— No lo llevaba encima. Hacía tiempo que no pensaba en ello, porque cuando murió Camila, tuve otra muerte de la que sentirme culpable— confesé. — No sé Dimitri, pero por la forma en que le gusta cargar con la culpa de las cosas, probablemente sienta lo mismo.

— No es sólo a él a quien le gusta asumir responsabilidades que no son suyas —gruñó Eros, entrecerrando los ojos para fulminarme con la mirada.Tú no fuiste responsable de la muerte de mis padres ni de Camila, ¿entiendes?

Cerré la cara y miré el plato de raviolis que había sobre la mesa.

— ¿Lo entiendes, Artho?

—Vale— murmuré. — No voy a pensar más en ello.

Siguió mirándome fijamente, como si tuviera varios años más que yo, tratando con un niño enfadado, y luego se relajó.

— ¿Por qué nunca me lo mencionaste? — quiso saber Eros.

— Porque es la primera vez que hablas abiertamente de tus padres.

Capítulo 3



Sábado, 7 de marzo de 2020

Charlotte cumplía veintiún años. No sabía si sentirme idiota por acordarme todavía o sentirme orgulloso de tener tan buena memoria.

De todos modos, llevé a Ayla a probar los pasteles y dulces para su fiesta de quinto cumpleaños, que tendría lugar en unos días. Me senté en una mesa con un trozo de tarta de chocolate, porque sabía que a Charlotte le gustaba ese sabor, y le deseé un feliz cumpleaños en mis pensamientos, esperando con todas mis fuerzas que, estuviera donde estuviera, se acordara de mí en ese momento y sintiera la misma opresión que me oprimía el pecho.

No estaba orgullosa de ello, pero tampoco me regañaba.

La seguía queriendo, no importaba que hubieran pasado casi quince meses.

— Creo que por fin voy a crear un perfil de Instagram —susurré para mis adentros, mientras la anfitriona del bufé le mostraba los dulces a Ayla. — A lo mejor me encuentra y me manda un mensaje...

Domingo 12 de junio de 2022

No creí que los humillados se agotasen nunca de verdad, pero allí estaba yo, mudándome a una mansión en una finca de ricos, que había comprado por unos cuantos millones de reales.

Exacto, hice el cambio el día de San Valentín porque no tenía nada mejor que hacer en esa fecha. Salía con

una chica, pero ella cometió el error de llamarme *cariño*. En aquel momento, no entendía por qué me molestaba tanto. Sólo más tarde me di cuenta de que sólo una mujer me había llamado así.

Rompí con la chica. No podía vivir con ella y de todas formas no quería novia.

Ya sea por ironías del destino, por estupidez o por nuestra determinación de cumplir nuestra promesa esta vez, todos los canallas estaban solteros en esa fecha.

Tenía dinero suficiente para pagar a una empresa que organizara mi mudanza, pero me gustaba ocuparme de mis propias cosas.

Con la ayuda de sus amigos, trasladó sus cosas del piso a la nueva casa.

Aproveché la cita para darle una novia a Darth Vader, una perra de la misma raza que él, a la que llamamos Padmé.

A Charlotte le habría encantado saberlo. Por su culpa, ya no veo Star Wars ni ninguna película de superhéroes.

Esa noche, después de que Ayla se hubiera ido a dormir y los chicos se hubieran marchado, abrí la última caja de mi habitación y encontré la caja de madera donde guardaba sus recuerdos.

Me reí mientras me tumbaba y me golpeaba la frente con el puño cerrado. Podría estar con una mujer de carne y hueso, pero iba a pasar la noche de San Valentín acurrucado con una camiseta de Mujer Maravilla y los recuerdos de la chica traviesa que me destrozó el corazón.

Pero era la última vez. Me acababa de mudar, merecía un descuento.

Sí, esa fue la última vez que me permití pensar tanto en Charlotte.

Cuando saliera el sol, iba a meter esa camiseta en el fondo de la caja, esconderla en el armario y no volver a pensar en su existencia...

Nacimiento de Nicolás

Capítulo 4



Miércoles, 17 de noviembre de 2027

No podría explicar lo aliviada que me sentí cuando llegamos a la maternidad y el obstetra sugirió que Charlotte aceptara una cesárea, porque su dilatación era pequeña, las contracciones la estaban castigando y Nicolás ya había cumplido sus semanas de gestación. Tenía que nacer pronto.

Una cesárea habría salvado a Camila, la madre de Ayla, pero en un hospital público intentan seguir adelante con un parto normal.

No quería que Charlotte corriera riesgos, que sufriera, pero no podía influir en su decisión. Era su cuerpo, ella tenía que elegir, a pesar del miedo que sentía en el corazón.

— De acuerdo —respondió ella, con cara de decepción, porque quería que Nicolás viniera al mundo de la forma más natural posible.

— Todo va a salir bien— le dije, cogiéndole la mano con fuerza.

— ¿Te quedarás conmigo? — quiso saber Charlotte por milésima vez.

Sólo tenía veinte años cuando asistí al nacimiento de Ayla, por supuesto que estaría con Charlotte, incluso con todos los horribles recuerdos de aquel día cada vez más frescos en mi mente.

— Sí, lo haré, mi pequeña— respondí, acercando su mano a la mía y besando sus nudillos.

Seguí todo el proceso, pero no pude soportar ver cómo le cortaban el vientre. Me concentré en sus ojos azules, le acaricié la mejilla y le cogí la mano con fuerza, secándole las lágrimas que brotaban.

Mi corazón se llenó de amor cuando oímos el llanto de nuestro bebé al ser arrebatado de la comodidad del vientre de su madre.

— ¿Cómo es? — quería saber Charlotte, con los ojos muy abiertos por la expectación.

— Es perfecto— murmuré al ver el cuerpo pequeño y sucio de aquel bebé fruto de nuestro amor.

— ¿Quiere cortar el cordón umbilical? — me preguntó el médico, y yo asentí.

Me temblaban las manos, pero conseguí hacerlo sin pasar vergüenza.

Seguí los primeros procedimientos, antes de que trajeran a Nicolas para que Charlotte pudiera verle por primera vez.

Le besó la cabeza, con el rostro bañado en lágrimas, y le susurró lo mucho que le quería.

— ¿Te quedarás con él hasta que pueda ir a mi habitación? — me preguntó Charlotte.

— Sí, lo haré, Mujer Maravilla— bromeé, besándole la frente, antes de seguir a Nicolás a la guardería, dejándola a solas con el médico para que le diera los puntos.

— Te quiero— me dijo. Pude ver la ansiedad en sus ojos, sabiendo que aún tendría que esperar para volver a tener a nuestro pequeño bebé en brazos.

— Yo también te quiero —dije.Te veré pronto.



El médico me había explicado que en aquel hospital, para los partos por cesárea, solían dejar al bebé con el padre durante unos minutos, como primer contacto familiar, mientras la madre pasaba por el postoperatorio.

Acepté sin pensarlo. La enfermera me pidió que me quitara la parte superior de la ropa utilizada para asistir el parto y me la entregó.

Apreté a mi hijo contra mi pecho, su delicada piel en contacto con la mía, y le besé el pelo con cuidado.

— Nunca te haré daño —exhalé las palabras lo más bajo que pude, como hice con Ayla cuando nació.Seré todo lo que necesites que sea, te amaré con todo mi corazón y daré mi vida por la tuya, si es necesario.

Me detuve para secarme las lágrimas antes de que cayeran sobre él.

— No he tenido el cariño de un padre, pero te prometo que lo daré todo para ser el mejor del mundo para ti, mi amor —continué—.

El mejor ejemplo de buen padre que tuve, antes de serlo, fue Gustavo Giordano, el padre de Eros, porque mi propio padre era una basura, y yo tenía marcas por todo el cuerpo, ocultas por decenas de tatuajes, de las cosas que me hizo. Por eso, le prometí a otro bebé que lo protegería del mundo, igual que no me protegieron a mí cuando era pequeña. Sería para Nicolás todo lo que yo no tuve, le daría todo lo que no pude darle en los primeros años de vida de su hermana mayor.

A diferencia de Ayla, habría tenido a Charlotte y no habría vivido el caos que experimentó mi hija cuando vivía con mi madre, antes de recibir tratamiento por su adicción a las drogas.

Daría mi vida por hacer felices a mis hijos y a mi mujer, porque eso es lo único que me haría feliz a mí también.

Charlotte

No podría explicar la emoción de ser mamá en estas líneas. Amaba a Ayla con todo mi corazón, y llegué a pensar que no me cabía más amor en el pecho. Pero aquí estaba yo, con el corazón hinchado, creciendo para albergar tanto amor.

Creí que iba a estallar cuando me lo trajeron en brazos por primera vez después de la operación.

Artho estaba mareado y le brillaban los ojos.

— ¿Probamos a darle el pecho, mamá? — preguntó la enfermera con voz suave, entregándome aquel trocito de gente, envuelto en una manta.

— Mi hijito— susurré, mientras me ayudaba a abrir su camisón. Me incliné y le olisqueé la cabeza. — Cariño, ¡qué bien huele! — dije, asombrada.

— Sí, lo es— asintió Artho.

Mi pecho quedó al descubierto y sentí cómo se frotaba la cara, buscando el pezón. Hice una mueca cuando Nicolás lo chupó. Me dolió un poco, pero intenté disimularlo.

La enfermera me explicó cómo hacerlo y mi madre, que también estaba en la habitación, intentó enseñarme lo que sabía. Me olvidé del dolor cuando vi que funcionaba, que estaba amamantando a mi bebé por primera vez.

Estaba muerta de miedo por el futuro, pero me sentía la mujer más feliz y completa del mundo.

Nicolás terminó de mamar y Artho le cambió hábilmente.

— Cuando estés lista —dijo cogiendo al bebé en brazos—, hay unos chicos que quieren venir a conocerte.

Me guiñó un ojo. Sabía cuánto esperaban sus amigos el nacimiento de Nicolás. Le pedí a mi madre que me peinara antes de que entraran los chicos.

— ¿Viene una nueva cosecha de canallas? — preguntó León en cuanto vio al bebé en brazos de Artho. Se

acercó a mí y me besó en la frente. — Enhorabuena, Mujer Maravilla.

— Gracias— le contesté sonriéndole.

Eros y los gemelos me saludaron enseguida, mientras Dimitri recorría la habitación y pedía coger en brazos a Nicolas.

Artho se lo entregó con cuidado, y el bebé parecía aún más pequeño en sus brazos, el más alto de los seis amigos.

— Soy el siguiente— preguntó Eros.

— No sé si tengo valor— dijo Gabriel, volviéndose hacia Dimitri y besando la cabeza de Nicolás.

— Entonces no lo intentes— dijo Artho. — Si derribas a mi hijo, te daré un puñetazo.

Me reí mientras se miraban como si realmente fueran a pelearse.

— Felicidades, maldito imbécil.

— Cuidado con lo que dices de mi nieto— regañó mi madre a Gabriel, provocando la carcajada de los demás.

— ¡Enhorabuena, Charlotte! — dijo Dimitri y esbozó una de las pocas sonrisas que le he visto.

— Tiró de ella— dijo Nathan mientras se acercaba para besar también la cabeza de Nicolás. — Es precioso.

— Suerte que no tiraste de papá, ¿eh, nena? — bromeó León. — Mamá es maravillosa, pero papá... Ya no podemos decir lo mismo.

— Vete a la mierda... — empezó Artho, pero recibió una mirada de reprimenda de su suegra.

— Ahora me toca a mí— preguntó Eros. — No me puedo creer que vuelva a ser tío.

— Yo fui la primera —dijo Ayla al entrar en la habitación, con voz animada y una amplia sonrisa.Dios mío, ¡qué guapo es! Voy a ser la hermana más tonta del mundo.

La madre de Artho no tardó en decir que la sala estaba demasiado llena, pero los chicos la ignoraron.

Luego entraron Celso y mi hermano.

Tras una hora de habitaciones abarrotadas, las abuelas echaron a todos los visitantes para que pudiera descansar.

Sólo quedaban Ayla y Artho.

Se parecía tanto a su padre, aunque tenía los ojos azules. Tuve mucha suerte de tenerla como hija. Temía que se pusiera celosa cuando nació Nicolás, pero parecía tan enamorada de su hermano...

— ¡Te voy a mimar mucho! — dijo mientras lo miraba dormido en su cuna. — Voy a ser la mejor hermana mayor del mundo.

Artho sonrió y me guiñó un ojo. Compartimos nuestro alivio en esa mirada, felices de saber que nuestros hijos estaban bien.

Luna de miel

Capítulo 5



Noviembre, de 2029

Estamos oficialmente casados, pienso una vez más, mientras bailo el vals nupcial con ella. Le tiemblan las manos y sus ojos, normalmente grises, están más brillantes y azules que nunca, debido a las lágrimas que insiste en contener.

— Han pasado tres años desde que nos volvimos a ver— dice Charlotte suavemente, —pero aún siento como si te me fueras a escapar de las manos otra vez.

—Nunca he escapado de tus manos, pequeña mía— le susurro cerca del oído, mientras ella intensifica la fuerza con la que entrelaza nuestros dedos, en señal de ansiedad, pareciéndose mucho a la chica que conocí doce años antes. — Me abandonaste para que pudiera seguir mi carrera. En cierto modo, creo que siempre te esperé. Nunca te abandonaría.

Beso la piel sobre la abultada yugular de su cuello, por el nerviosismo de estar sobria y tener todos los ojos de la fiesta puestos en ella. Aunque es una jueza importante, sigue teniendo algo de esa novata a la que yo llamaba Mujer Maravilla en sus primeros semestres en la universidad.

Noto el latido de la vena y me entran ganas de agarrarle el cuello con la mano y apretarlo hasta que pierde

el aliento. Nuestras caderas se aprietan mientras bailamos al son de una versión de *All Of Me* tocada al piano, y ella puede sentir lo que le ocurre a mi polla dentro de mis pantalones a medida.

Sus ojos azules se abren de par en par y parecen acusarme.

— ¿Aquí? — pregunta Charlotte, como si no me conociera.

Inclino la cabeza para mirarla y me muerdo el labio. Antes de que pueda responderle, me aparto de ella y la hago girar. Su vestido de novia se arremolina a su alrededor y su ondulado pelo castaño se mece con el movimiento.

— ¿Por qué la sorpresa? Es nuestra boda, ¿de verdad crees que no ardería de lujuria por ti? — le susurro al oído mientras ella vuelve a apoyarse en mi pecho.

Se estremece contra mi cuerpo cuando mis labios rozan el lóbulo de su oreja, lo que hace que mi polla se ponga aún más dura. Hace días que no tenemos sexo, porque tuve que irme de viaje dos semanas para ver a un cliente.

Cuando volví, tres días antes de la boda, me enteré de que dormiríamos en habitaciones separadas hasta que nos casáramos, idea de nuestras madres, que Charlotte aceptó sólo para torturarme.

Sabiendo perfectamente el estado en que me encuentro, suelta un gemido corto y bajo, pero es suficiente para despertarme aún más.

— La única razón por la que no te digo que vayas al baño ahora mismo es porque no quiero estropear las nupcias —digo con voz ronca.Pero me lo devolverás con intereses.

Suspira y entonces me doy cuenta de que la canción ha terminado. Los invitados aplauden y Charlotte mira a su alrededor con una hermosa sonrisa, como si no acabara de despertar un volcán con un solo gemido.

La estrecho entre mis brazos un momento más, porque no quiero alejarme de su cuerpo, ahora que nos hemos jurado amor eterno.

— ¿Tienes idea de lo enamorada que estoy de ti? — te pregunto.

— Yo sí, porque también estoy totalmente enamorada de ti— murmura, con sus pechos apretados contra mi pecho.

Me inclino y le beso la punta de la nariz, luego deslizo mis labios hasta el hueco de su barbilla, para luego tomar su boca en la mía.

Incluso después de tres años, sigue pareciéndome un sueño tenerla conmigo.

— ¿De verdad tenemos que quedarnos más tiempo en la fiesta, Mujer Maravilla? — pregunto en voz baja y Charlotte se muerde el labio.

El corazón me late más deprisa y el estómago se me revuelve de expectación, pero tengo que dejarlo pasar.

Tenemos que dar a los invitados la atención que se merecen.

Charlotte

Mi respiración se acelera al subir a la limusina. Llevo unos días hecha un manojo de nervios, con los últimos preparativos de la boda y la espera del viaje de luna de miel.

Ahora que por fin ha terminado la fiesta, intento respirar aliviada de que todo haya salido según lo previsto, pero sigo ansiosa.

Me acomodo en el banco, mientras Artho se sienta a mi lado.

— ¿Se ha ido todo nuestro equipaje al hotel? — pregunto chasqueando los dedos.

— Sí, mi pequeña, no tienes que preocuparte por eso— dice pacientemente y me coge las manos.

Lo miro fijamente mientras siento el contacto de sus cálidos dedos y jadeo. En los últimos días ha tenido que viajar para ultimar un trabajo antes de irnos de luna de miel, y le he echado muchísimo de menos.

Tu ausencia me ha enamorado aún más, como si nos volviéramos a encontrar. Te miro profundamente a los ojos y siento mariposas en el estómago. Mi corazón se acelera y me encanta la emoción.

— ¿Tienes idea de cuánto te quiero? — susurro mientras extiendo la mano para tocar su corbata y acercarlo a mí.

— Yo también estoy muy enamorado — Artho susurra las palabras contra mis labios mientras el coche empieza a moverse hacia el hotel donde pasaremos los esponsales.

Cuando Nicolas tenía un año y empezamos a hacer los preparativos, pensé que esa noche no sería tan importante porque ya vivíamos juntos, pero fue un error.

Aquí estoy, sintiendo mariposas en el estómago y el corazón subiéndoseme a la garganta, esperando consumar nuestro matrimonio.

Artho roza sus labios con los míos y yo le correspondo besándole sin pudor, como llevaba días deseando hacer. Cuando regresó de su viaje de negocios, nuestras madres le sugirieron que durmiera en una habitación separada de la mía, para crear expectación ante las nupcias. Acepté, sin saber hasta qué punto funcionaría.

— Es una suerte que el hotel esté cerca— dice contra mi boca. — Si estuviera lejos, te follaría aquí mismo. No podría esperar.

— ¿Con el conductor escuchando nuestros gemidos? — bromeo, sujetándole el traje y mirándole con deseo.

— Sinceramente, no me importaría mientras pudiera meterme en tu coño lo antes posible— responde. Me encanta cuando hablas así.

Aprieto los muslos y dejo que mi mano se deslice por mi pecho hasta llegar a la cinturilla de mis

pantalones.

Un gemido cachondo se le escapa de la garganta mientras le paso los dedos por el bulto.

— ¡Aquí no! — le regaño, al tiempo que le doy un masaje por encima de los pantalones, tan ansioso como Artho.

— No sabes las cosas que quiero hacer contigo en esta luna de miel— dice, con la voz escapándosele del fondo de la garganta. — Si yo fuera tú, no me tomaría el pelo así.

Pero no le hago caso, le aprieto la polla con ambas manos y me inclino para lamerle la corona de laurel tatuada en el cuello. Su nuez de Adán se mueve bajo mi lengua mientras Artho intenta recuperar el aliento.

Me separo de su cuello y le muerdo el labio inferior mientras le bajo la cremallera de los pantalones. Con un movimiento rápido, libero su polla de los pantalones, la deslizo por el hueco y bajo los hombros. Sin apartar los ojos de él, dejo que mi saliva gotee sobre su glande. El glande palpita en mi mano y lo masajeo lentamente.

Miro hacia la pequeña ventanilla que nos separa del conductor, asegurándome de que está cerrada, y bajo aún más hasta rozar sus labios.

— Joder... — susurra Artho mientras chupo la cálida, suave y deliciosa cabeza, dejando que mis labios resbalen en la saliva.

Sus manos intentan meterse bajo las faldas de mi vestido blanco, pero se pierden entre tanta tela. Maldice y yo sonrío ante su frustración. Retiro la boca y la vuelvo a meter en el pantalón.

—Mi pequeña, no está hecho— protesta Artho echando la cabeza hacia atrás para apoyarla en el asiento, con el pecho subiendo y bajando al compás de su respiración acelerada. — Por qué te encanta tomarme el pelo así?

— Porque soy tu putita— respondo.

Capítulo 6



Cuando se abren las puertas del ascensor para que subamos, Artho me pone sobre su regazo, haciéndome soltar una risita.

El empleado del hotel que nos recoge las maletas también se ríe, pero discretamente.

Mi marido me sostiene en brazos hasta que entramos en la suite. Sujetándome con un fuerte brazo, consigue dar propina al empleado y, cuando nos quedamos solos, me lleva por la habitación llena de velas y pétalos de rosa hasta la cama.

Me encanta cuando se tumba encima de mí y nos besamos, por fin solos.

— Antes tengo que ducharme— le advierto, mientras sus manos vuelven a buscar el dobladillo de mi vestido.

— ¿No puede ser más tarde? — murmura Artho con mirada atenta.

Asiento con la cabeza, le empujo los hombros y me siento para que me ayude a bajar la cremallera de la espalda.

Sus largos dedos tantean los pequeños botones y empieza a refunfuñar.

— ¿Puedo romperlo todo? — pregunta Artho.

— No te atrevas, es mi vestido de novia y quiero conservarlo para siempre. Ten paciencia.

— Sabes que no —protesta soltando un fuerte suspiro, pero luego se calma. Me besa los hombros mientras el vestido se desliza por mi cintura. — Dijiste que tenías una sorpresa para mí, ¿qué es?

— Lo sabrás cuando llegue el momento— respondo, intentando sonar sexy.

Cuando me levanto, el vestido resbala por mi cuerpo y caigo al suelo. Camino solo en bragas, mientras su mirada me sigue. Cojo una toalla y me dirijo a la ducha.

— ¿No puedo ir contigo? — me pregunta Artho mientras cierro la puerta. Asiento con la cabeza y le mando un beso. — ¡Me estás pagando!

Me doy una buena ducha, manteniéndome peinada y maquillada, y vuelvo al dormitorio en bata, donde estoy a punto de ser devorada.

Artho entra también para ducharse y yo aprovecho la intimidad para sacar el gel lubricante de mi bolso. Me extiendo crema hidratante por todo el cuerpo, me pongo el perfume que más le gusta y me pongo las bragas de encaje y la camisola de seda, ambas blancas, que he comprado para la noche.

Cuando mi marido sale de la ducha, ya estoy lista, con los labios pintados de rojo a prueba de agua, apoyada en el respaldo de un sillón, respirando deprisa como si fuera mi primera vez.

La nube de vapor entra por la puerta del baño y rodea su musculoso cuerpo. Jadeo, mirando sus formas expuestas, porque no lleva nada más que los tatuajes, la alianza en el dedo y la cadena de plata alrededor del cuello para cubrirse.

Me lanza una mirada provocativa, con el rostro serio, con el aspecto del chico malo que era en la universidad, sólo que ahora está mucho más bueno, tras años de boxeo y ejercicio. Mis ojos recorren sus muslos, su culo firme y su ancha espalda cubierta por el cráneo, mientras se da la vuelta y se acerca al mostrador, donde hay una botella de champán en una cubitera.

Abre el precinto y sirve dos vasos, luego se acerca a mí, mirándome fijamente como si fuera su presa. Mi corazón se acelera cuando Artho se acerca.

Me muero de calor cuando me pasa la copa, me encanta el olor a jabón de su piel. Golpea la copa contra la mía y rápidamente doy dos sorbos generosos. Siento cómo el champán baja por mi garganta y me calienta el estómago.

— Tírate al suelo, zorrita— ordena con voz áspera, deteniéndose a unos centímetros de mí. Mis piernas ceden y me arrodillo sobre la alfombra, levantando la cara y sacándole la lengua. — Chúpamela como sólo tú sabes hacerlo.

Le agarro la polla con una mano y las caderas con la otra, antes de chuparle el glande, haciéndole soltar un gemido bajo.

Sujeto la base y escupo sobre su longitud, masajeándola con firmeza y trazando las venas con la punta de la lengua. Me encanta cómo me agarra del pelo y empuja sus caderas contra mi cara, frotándose contra mí,

mirándome como si fuera mi dueño.

—Chúpala bien, anda— me pide Artho y yo obedezco, chupándosela con ansia mientras le acaricio los testículos, frotando el dorso de mi mano contra ellos, provocándole gemidos menos discretos.

Noto cómo su erección crece contra mi boca, así que me inclino y le muerdo la cadera, mientras mi mano se desliza entre sus muslos. Me toco por encima de las bragas y noto el encaje húmedo. Me encanta la sensación de acariciarme mientras él me folla la boca.

Entonces Artho se pone en cuclillas, aún sujetándome el pelo, me hace ponerme a cuatro patas y me da una palmada en el trasero, antes de hacerme gatear hasta el centro de la alfombra.

Apoyada sobre las rodillas y los codos, siento su calor detrás de mí. Sus manos me separan la camisa y me pasa la lengua por el culo, haciéndome estremecer de deseo. Cuando desliza su mano entre mis muslos y me acaricia el coño, me pongo tan cachonda que apenas puedo ver bien.

— Estás toda mojada— murmura, jugando con el elástico de mis bragas.

Me doy la vuelta, mareada de deseo, y lo empujo hacia abajo hasta que se sienta en la alfombra, con la espalda apoyada en el sillón. Me arrodillo entre sus gruesos muslos y le sujeto con fuerza la barbilla para que se quede quieto mientras le lamo lentamente la boca y el cuello.

Artho desliza sus dedos dentro de mi lencería y me los mete. Gimo, ansiosa por que me folle. Le muerdo el hombro y luego le agarro la polla con fuerza, colocando las rodillas alrededor de sus caderas.

— Necesito tu polla dentro de mí ahora— le susurra al oído. — No aguanto más.

— Es todo tuyo— responde Artho. Le miro a la cara y, con los labios entreabiertos, se pasa la lengua por los dientes. — Siéntate, mi pequeño.

Sus dedos separan aún más mis bragas y lo sitúo en mi entrada, sentándome de inmediato. Su polla me llena por completo y él gruñe por el ajuste perfecto.

—Joder, Charlotte— murmura. —Tienes el coño tan duro.

Contraigo con fuerza y Artho echa la cabeza hacia atrás, soltando un rugido que hace que su nuez de Adán resalte sobre el tatuaje.

Me relajo un momento y vuelvo a contraerme, antes de empezar a darme la vuelta.

—Joder— maldice entre dientes, golpeándome el culo con su pesada mano.

Con la otra mano me baja el camisón, sin el menor cuidado, y uno de los tirantes se rompe. Mis pechos quedan al descubierto y el jersey se desliza alrededor de mi cintura. Me estremezco ante la delicadeza de la tela en contacto con mi piel, pero suelto un grito desesperado de placer cuando me agarra uno de los pechos y me lo chupa. Su lengua en mi pezón es una de las cosas que más me excitan.

— Artho — gimo su nombre mientras él chupa con avidez. Me revuelvo más deprisa, frotándome contra él, con mi clítoris hinchado presionando su piel, sintiendo cómo se acerca el orgasmo con voracidad, lamiéndome el interior de los muslos. Aprieto su polla mientras me contraigo con más fuerza, cuando él mueve sus caderas muy deprisa, follándome tan fuerte como me gusta.

— Ven, mi putita— suplica. Sus sucias palabras son la gota que colma el vaso.

Gritando su nombre como una zorra, clavo mis uñas en su pecho y me corro intensamente, como llevaba días esperando.

Pero Artho no deja de moverse y sigue penetrándome sin darme tiempo a recuperarme.

— Por favor, déjame respirar— le ruego con la garganta seca, sabiendo que si no se detiene, me correré de nuevo y perderé las fuerzas.

— ¿No puedes respirar con mi polla enterrada en ti? ¿Y así? — pregunta con voz cruel, yendo aún más rápido, levantando una de sus manos y presionando mi cuello, hasta robarme el resto del aire. — ¿Ves lo malo que puedo ser? Sólo te dejaré respirar cuando te haya llenado el coño con mi polla.

— Oh, joder— grito, con el corazón a punto de estallar y la erección golpeándome con toda su fuerza. No puedo resistir oírle hablar así, pero sé que tengo que parar. De verdad que quiero... — Para, por favor, Artho. Quiero que me folles el culo.

Mis últimas palabras le detienen de repente, me suelta el cuello y me mira sorprendido, como si intentara asimilar lo que le he dicho. Sé cuánto desea esto. Nunca lo hemos hecho, porque no me sentía preparada, pero me encantó la vez que bebimos demasiado, unos días antes de tu viaje, y me la chupó por la espalda. Fue tan bueno que me corrí en su lengua de una manera que nunca imaginé que lo haría.

—Dilo otra vez— exige Artho, volviendo a poner su mano en mi garganta.

— Cómeme el culo— digo y me muerdo el labio, deseando que llegue el momento. — Eso es lo que quieres, ¿no? Es mi regalo de bodas para ti.

Por un momento, se queda mudo, luego me levanta las caderas y me hace ponerme a cuatro patas otra vez.

— Tus deseos son órdenes— murmura, antes de darme otro azote.

Jadeo por el dolor, pero me encanta cuando Artho se pone así, tan excitado que no puede contenerse. Me gusta mi culo salvaje.

Se inclina sobre mi cuerpo y empuja mi cuello hacia abajo hasta que mis pechos descansan sobre la alfombra. Me meto un dedo en la boca y me lo muerdo cuando su cálido aliento golpea la parte posterior de mis muslos.

Sus manos me abren el culo y su lengua se desliza por el encaje de mis braguitas. Oigo su respiración e

imagino que me está olisqueando.

No puedo explicar cuánto me afecta.

Me muerdo el dedo mientras me baja las bragas y me rasga los dos lados a la vez. Recibo otra bofetada, antes del primer lametón.

— Así— susurro mientras me chupa el culo. — No pensé que sabría tan bien...

— Estás buenísima— dice.

Sus dedos encuentran mi clítoris y lo masajean, haciéndome palpitar de deseo. Su boca vuelve a chuparme, como si tuviera hambre de mí.

Estoy delirando de excitación, arrancándome la camisa de los hombros, clavando las uñas en la alfombra, sintiéndome como una auténtica puta, siendo chupada en el suelo del dormitorio por el hombre más salvaje que jamás he conocido.

Cuando se detiene y aparta la boca y los dedos de mis partes íntimas, reúno fuerzas y vuelvo a ponerme a cuatro patas.

— He traído lubricante— murmuro, con el corazón acelerado de nuevo.

Artho encuentra rápidamente la botella y se vuelve hacia mí.

— ¿Quieres ir a la cama? — sugiere. — Está lleno de pétalos de rosa.

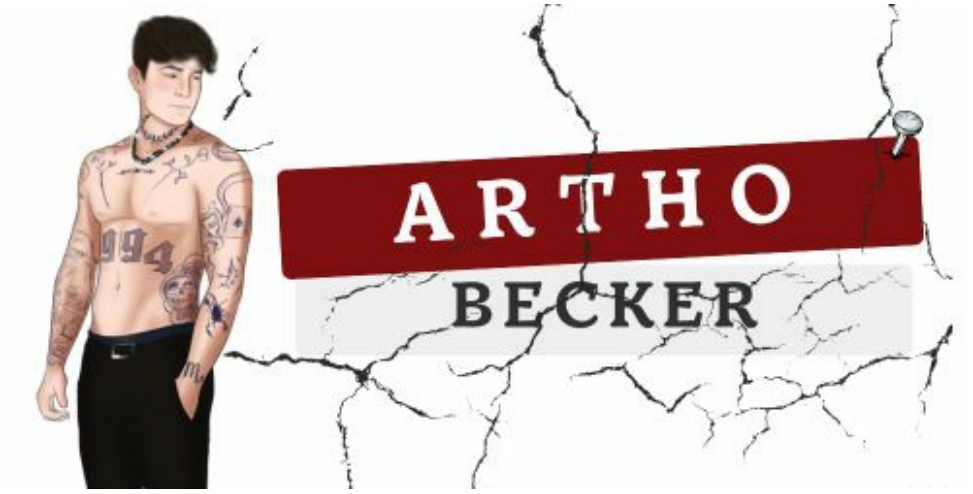
— Entonces, ahora quiero que me metas tu gruesa polla por el culo hasta que te corras, llenándome de semen, aquí en el suelo, porque así es como me gusta. Soy tu putita, ¿no?

— Joder, Charlotte, me he casado con la mujer más caliente y guarra del mundo —murmura.Túmbate y saca el culo para mí, y te follaré como tú quieras.

Obedezco, me tumbo boca abajo y dejo que mi culo cuelgue, estremeciéndome de anticipación.

Siento el frío tacto del gel lubricante mientras lame mi entrada más estrecha. Artho se tumba encima de mí y encaja su polla entre mis nalgas. Se mueve y su aliento me llega al cuello. Me encanta la suavidad y el calor de su lengua en mi nuca, el peso de su cuerpo contra el mío. Me gusta más que nada la sensación de pertenecer a él.

Capítulo 7



Deslizo el brazo por debajo de su cuerpo y le alcanzo la garganta para que se quede quieta mientras me escucha.

— Sabes cuánto tiempo hace que no me corro en ti, ¿verdad? — pregunto, manteniendo tu cuello atrapado entre mis dedos, mi boca contra el lóbulo de tu oreja.

— Sí, lo sé— murmura con dificultad, sin aliento. — Desde antes de tu viaje.

— Así que, mi pequeño, sé bueno y coopera conmigo. Me muero de excitación, pero quiero aguantar todo lo posible. Ya sabes cuánto lo deseaba. No me fastidies más de lo que ya lo has hecho.

— Puedes hacerlo, mi amor —dice, inspirando profundamente.Sé que puedes. Ahora fóllame bien fuerte, porque yo tampoco aguanto.

— Como te he dicho —murmuro entre dientes, soltando su cuello para colocar mi glande contra el orificio que nunca he penetrado—, tus deseos son órdenes para mí.

— Artho — me llama por mi nombre cuando empujo unos milímetros, se echa hacia atrás y me agarra por la nuca, abrazándome con fuerza.

Ahora soy yo la que pierde el aliento. Tu canal me aprieta tanto que casi me expulsa.

Deslizo la mano bajo su cadera y encuentro su coño hirviente. Froto mis dedos contra su resbaladizo clítoris y penetro unos milímetros más.

— No cabe— murmura Charlotte. — Eres demasiado grande.

— Sí, así será. Sabes que haré que encaje— le digo contra la oreja y le paso la punta de la lengua por

detrás. — Relájate, mi amor. La cabeza está dentro.

Jadea ante la información, pero no me suelta el cuello; al contrario, tira de mí aún más.

Chupo la piel cálida y perfumada de su cuello y deslizo dos dedos en su coño.

—Sí, por favor— pide Charlotte, rodando sus caderas contra las mías.

Dejé escapar un rugido ante el movimiento.

—Joder, qué rico tienes el culo— digo, sintiendo que se acerca mi corrida.

— Mete otro dedo, por favor— me pide con voz aguda y socarrona. Obedezco su petición e introduzco el tercer dedo, su clítoris palpitando, hinchado, contra la palma de mi mano, siendo castigado también. Charlotte empieza a mover las caderas, dejando escapar otro gemido. —¡Eso es, vamos! Fóllame, estoy lista.

Aprieto los dientes contra su hombro, mordiéndole la piel, y muevo los dedos mientras ella magrea mi polla, que invade su culo.

Gimo, perdiendo el aliento, intentando controlarme para no correrme todavía. Ahora le muerdo el cuello. Estamos ardiendo. Sus paredes se contraen, tanto contra mis dedos como contra mi polla. Ella también va a correrse, me doy cuenta por cómo grita.

— Joder, qué rico— dice y gime con fuerza, moviendo las caderas más deprisa.

Sujeto su cuerpo y tiro de ella para que se tumbe de lado. Deslizo el brazo libre por debajo de su hombro y le agarro uno de los pechos, pellizcándole el pezón con la punta de los dedos.

Mi polla entra hasta el fondo y le acaricio el cuello, chupando con fuerza la piel.

— Artho — grita mi nombre con desesperación mientras empiezo a follármela. — Artho...

— ¿Qué pasa, mi putita? — pregunto con voz ronca, metiéndole la polla y los dedos.

— Me vas a matar de placer— respondió Charlotte. — Joder, esto es tan bueno...

— ¿Quieres que te llene el culito de semen? — te pregunto.

— Sí, por favor. Ven conmigo, no puedo más — suplica y da un grito, que imagino se oye en todo el hotel.

Charlotte inclina la cabeza y su boca busca mi brazo, que la mantiene pegada a mi cuerpo.

La follo con fuerza mientras ella se retuerce, gime, grita y se estremece. Yo tampoco puedo aguantar más, no con ella corriéndose así. Llego a mi límite y libero toda mi erección dentro de ella, estrechando su cuerpo contra el mío en la corrida más violenta que he probado nunca. Hundo los dientes en su hombro y reprimo un gruñido, hasta que saboreo su sangre en la lengua.

—Joder— digo. Aunque tengo la vista borrosa, puedo ver las marcas de mis dientes y las gotitas escarlatas que manan de donde mis caninos la han herido, y solo entonces me doy cuenta de que me arde el brazo. Ella también me ha mordido con fuerza.



Mi estómago se queja, vacío, pero mi cuerpo se ha relajado tras el baño caliente. No creo que vuelva a salir de esta cama, no mientras tenga tu cuerpo acurrucado contra el mío.

— ¿Tienes alguna pomada? — pregunto, deslizando la punta de mi dedo índice alrededor de la piel lastimada por mis dientes. — ¿Le duele?

— Está bien, mi amor. No te preocupes, yo también te mordí.

— Pero tú no tienes caninos afilados como los míos —murmuro, sintiéndome culpable por haber clavado mis dientes con tanta fuerza en tu delicada piel. — Me disculpo.

— No hay necesidad de disculparse. A mí no me importa. Es mejor así, todo el mundo verá lo salvaje que es mi marido —bromea y se ríe.

Froto mi mano sobre su muslo doblado y retiro un pétalo que se ha pegado a su piel, luego agarro uno de sus pechos y tiro de ella más cerca, acurrucándola antes de que se duerma.



Tras más de treinta y seis horas de vuelo, con escala en Dubai, conexión en Bangkok y dos horas en lancha rápida, llegamos a Kor Phi Phi, una de las islas más bellas de Tailandia.

El sol se pone mientras nos instalamos en la suite donde pasaremos los próximos días. En nuestra habitación hay una piscina infinita privada con vistas al mar.

Nos espera una copa, pero tengo demasiada hambre para beber alcohol. Me quito la ropa, me baño en la ducha exterior de la terraza y me meto en la piscina de agua caliente.

Mi mujer la sigue, zambulléndose con los brazos extendidos hasta alcanzarme.

— ¿Esto es el paraíso? — pregunta, rodeándome la cintura con las piernas. Miro la puesta de sol, que deja las pocas nubes anaranjadas en el cielo.

— ¿Te ha gustado? — Pregunto yo. Fui yo quien eligió nuestro destino de luna de miel.

— Creo que la energía caótica nos sienta bien— bromea, sonriéndome con labios carnosos.

Me chupo el culo y siento cómo mi polla empieza a palpitar dentro de mi ropa interior.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que no veo otras suites desde donde estamos, y me bajo las bragas para frotarme contra su coño caliente.

— ¿Tienes hambre para beber, pero no para follar? — pregunta con voz socarrona, deslizando la mano entre nuestros cuerpos hasta llegar a mi polla y la masajea, antes de empujarla ella misma contra su entrada.

—Nunca se folla demasiado, Mujer Maravilla— susurro, mientras ella echa la cabeza hacia atrás y gime.



En nuestra primera noche en la isla, cenamos en el restaurante del hotel, bajo las palmeras y las luces amarillentas del candelabro que ilumina la piscina más grande del complejo, pero debido al huso horario, nos acostamos pronto y no salimos a ver los lugares de interés por la noche.

No nos despertamos hasta la 1 de la tarde del día siguiente, y después de que Charlotte me montara y me arañara el pecho como una gata salvaje, salimos a ver un poco el centro de la isla.

Tenía razón, la energía caótica del lugar nos sienta bien.

— Joder, cómo llamas la atención— me dice al oído, con su cuerpo pegado al mío, mientras caminamos por el abarrotado mercado.

Llevo una camiseta colgada del hombro, pantalones cortos, chanclas y gafas de sol. Aquí hace mucho más calor y humedad de lo que imaginaba.

— Es porque tengo el pecho lleno de arañazos por tus uñas— le digo.

— Por supuesto. — ironiza Charlotte. — Las mujeres babean por tus arañazos, no por tus tatuajes y tu cuerpo sexy. Joder, hasta los hombres te miran.

Me da la risa. ¿No se da cuenta de las miradas masculinas sobre su cuerpo, sobre el vientre plano expuesto por la blusa corta y sobre sus muslos torneados, expuestos por los minúsculos shorts vaqueros que lleva?

La sujeto con más fuerza por la cintura y le beso la mejilla, para que todos los que me miran sepan que soy su dueño. Charlotte me rodea el cuello con el brazo y me besa la boca con deseo en medio de la acera. Cuando me suelta y retrocede, la atraigo rápidamente hacia mi pecho, abrazándola por detrás. Mi polla choca contra su culo y ella se da cuenta de que necesito su cuerpo para ocultar la erección que asoma a través de sus finos pantalones cortos.

Se ríe con maldad, como si no fuera culpable.



Por la noche, vamos al festival de fuegos artificiales de la isla y Charlotte se emborracha con los cócteles

que sirven en el bar. La cuido pacientemente y, de vuelta al hotel, pido a un empleado que le compre todo lo que suele tomar cuando se levanta con resaca.

Tal como pensaba, se despierta el otro día, haciendo una bonita mueca ante el desayuno servido en nuestra piscina. Le beso el pico mientras chateo con Ayla por videollamada.

— Echo de menos a los niños— se queja Charlotte.

Es la primera vez que está tanto tiempo lejos de Nicolás, además está muy unida a Ayla y, por mucho que esté disfrutando aquí, sé que la va a echar de menos.

— ¿Tienes alguna medicina para los cólicos? Te bajará antes de que volvamos— le pregunta a Ayla, que no es su madre biológica pero la conoce mejor que yo.

Tenerla de vuelta fue lo mejor que pudo pasar, tanto para mí como para Ayla. Cuando volví a encontrarme con Charlotte, Ayla estaba a punto de cumplir doce años, empezando la pubertad, y no sé cómo me las habría arreglado sin ella. Mi hija necesitaba una mamá, y Charlotte asumió ese papel, hasta el punto de que incluso sabe el día en que Ayla va a tener la regla, y deja preparadas las medicinas, los dulces que le gustan, porque Ayla se pone insoportable con la tensión.

— Sí, mamá. La medicina está en el cajón.

— ¿Y los bombones especiales? — Charlotte quiere saberlo.

— Están en el armario de arriba, donde los escondes para mis ataques de síndrome premenstrual— responde Ayla. — Viviré, pero vuelve pronto. Las abuelas se afanan en cuidar de Nicolás. Ayer rompió un jarrón muy caro que trajiste de tu último viaje, papá.

— Pero no estaba herido, ¿verdad? — pregunta Charlotte rápidamente, antes de que pueda verbalizar la pregunta.

— No, él está bien. Te echa de menos, pero está de una pieza. Ya sabes lo animado que está.

— Tú también— le digo y le guiño un ojo. — Me he dejado llevar un poco menos.

— ¿Un poco? — pregunta Charlotte. — ¿Estás segura? Ayla era un angelito comparada con Nicolás.

— Verás, mi madre me conoce, sabe que siempre he sido dulce —bromea Ayla.Y me han mimado Charlotte, Raquel, mis abuelos y todo el club de canallas.

Estoy de acuerdo, Ayla era un poco mocosa, pero nada comparado con Nicolas. Si hubiera sido mi primer hijo, no habría podido criarlo yo sola cuando me mudé a São Paulo sin Charlotte.



Por la tarde, cuando Charlotte se encuentra mejor, alquilamos una moto acuática en una de las playas cercanas al muelle y, con el depósito lleno, salimos en busca de un lugar desierto.

Me detengo cerca de la orilla y me equilibro para quedar frente a Charlotte. Me quito primero el chaleco, luego el suyo, y los cuelgo en el manillar. Toco la parte de abajo de su bikini y alejo la parte de arriba con la boca hasta encontrar su pezón. Lo chupo, probando su sabor salado y cálido.

— ¿Aquí? — me pregunta, con la cara quemada por el sol y los ojos reflejando el azul del agua.

—Aquí— respondo, arrastrando mi boca hasta el otro pecho.

— Artho... — gime mientras le chupo un pezón y le aliso el coño, deslizando los dedos por debajo del bikini.

Acaricio su suave clítoris con la punta del dedo corazón y su cuerpo se estremece. Su mano se dirige a mis calzoncillos y me toca.

— Levántate— le exijo, y obedece de inmediato.

Levanto uno de sus muslos y lo apoyo en mi hombro, manteniéndola firme para que no pierda el equilibrio, y tiro de los nudos de su bikini, liberando su coño ya mojado. Levanto la boca y se lo chupo todo, succionando con fuerza su clítoris, y luego lo mantengo entre los dientes mientras ella suelta una palabrota y me clava las uñas en los hombros.

— ¿Y si aparece alguien? ¿Si pasa un barco? — pregunta, pero me agarra del pelo y me obliga a bajar la cabeza, rozándome la boca.

— Verán lo putita que eres— digo y rozo con mis dientes su pubis, intentando no morder demasiado fuerte y hacerle daño.

Charlotte se da la vuelta mientras se la chupo de nuevo. Mi polla palpita por follármela, pero me encanta retrasar el momento, haciendo que mi erección crezca.

Cuando ya no puedo más, me bajo los calzoncillos y el tanga a la vez y le meto la polla hasta el fondo del coño. Ella me traga y me aprieta mientras se retuerce, se apoya en mis hombros y me cabalga sin pudor.

A la señal de que está a punto de correrse, le levanto las caderas y me mira con el ceño fruncido.

— Me doy la vuelta, pido y Charlotte lo hace.

Ella se apoya en el asiento y yo empujo su cuerpo hacia abajo, entonces es mi turno de montarla.

— Así— murmura con la cara pegada al asiento de la moto acuática. — Fóllame como a un animal.

Es lo único que quiero oír. Le aprieto el cuello y me siento a horcajadas sobre ella, chupo uno de sus hombros y empujo muy deprisa, metiéndole la polla hasta el fondo del coño y haciendo que mis testículos golpeen su culo.

Me encanta el sonido de nuestro sexo violento, la intensidad de sus gemidos y cómo se hacen más fuertes a medida que llega al orgasmo. Su coño me aprieta violentamente y yo también me corro, mientras la moto acuática se mece con los movimientos y el sol abrasa nuestros cuerpos en llamas.

Capítulo 8



La isla de Phi Phi es mi nuevo lugar favorito del mundo. Aquí es donde me llevo los mejores y más salvajes recuerdos de todos.

Practicar sexo mientras contemplo la más bella puesta de sol, ser follada en una moto acuática en una isla desierta con el riesgo de ser sorprendida por los turistas, exhibir a mi ardiente marido en las calles y bares del centro de la ciudad mientras veo cómo lo codician, pero sabiendo que es sólo mío. Me siento la mujer más afortunada del mundo.

El cuarto día de nuestra luna de miel, practicamos snorkel por primera vez. El mar tailandés es rico en especies marinas. Vimos una enorme variedad de peces, medusas, tortugas y serpientes marinas. No puedo describir con palabras lo emocionante que es vivir esta experiencia. Sé que nunca olvidaré este viaje.

El quinto día, cogemos un barco de una compañía brasileña y recorremos las islas más famosas, como Monkey Beach, donde multitud de monitos vienen a subirse a nuestras cabezas. Artho se queda quieto mientras le hago fotos con dos monitos sobre los hombros.

La última isla que visitaremos es la laguna de Pileh, donde hay gigantescas paredes de roca y una enorme laguna donde podemos navegar en kayak.

Antes de partir, con el barco amarrado en una parte más profunda de la laguna, saltamos desde la terraza y nos zambullimos en el mar azul, una aventura que hizo correr la adrenalina por mi cuerpo.

Artho y su energía realmente encajaban en el lugar, y no podría haber elegido un destino mejor para nuestra luna de miel.

Pero fue en nuestra sexta noche en Phi Phi cuando el viaje se hizo realmente inolvidable.

Tras una tarde en el spa del complejo, decidimos conocer un poco mejor la vida nocturna tailandesa.

— Ponte un vestido corto y sexy— sugiere Artho. No sé exactamente lo que tiene en mente, pero le sigo la corriente.

Con el cuerpo relajado y descansado por los masajes del balneario, me pongo un jersey por primera vez desde que llegamos.

Lleva unos pantalones de sarga y una camiseta sin mangas, ambos negros, y la cadena de plata colgando del cuello, así como las botas que completan el look de chico malo que me encanta.

Vamos a una calle llena de bares y clubes nocturnos, donde chicas con poca ropa invitan a los turistas a entrar para ver espectáculos para adultos.

Después de comer marisco en un bar, Artho elige un club nocturno donde actúan strippers. Elige un sofá frente a uno de los tres escenarios con barra de caña y nos acomodamos.

Pedimos bebidas a una camarera que sólo lleva sujetador y una microfalda que le deja medio culo al aire.

Cuando nos trae las bebidas, Artho me pregunta en inglés si puedo subir al escenario y bailar en la barra. Ensancho los ojos sorprendido al entender su pregunta, pero me siento desafiado cuando la chica me mira como si no tuviera valor para hacerlo.

Me responde que puedo utilizarlo, pero con un tono que deja clara su incredulidad.

— Sólo parezco un santo— murmuro en portugués, consciente de que no me va a entender, y estiro la barbilla, poniéndome de pie.

Artho se ríe de mi descaro y da el primer sorbo a su bebida, mientras la camarera nos deja solos.

Sólo uno de los escenarios, el más alejado de nosotros, está ocupado por un bailarín.

Casi todas las mesas de la discoteca están ocupadas, hay mucha gente alrededor y suena música sensual a todo volumen por los altavoces.

— ¿De verdad vas a hacer este espectáculo por mí? — me pregunta Artho, mientras me bebo la copa de un trago.

— ¿Es eso lo que quieres? — Me burlo. — ¿Vas a dejar que me exhiba delante de todos estos hombres?

— Dejaré que miren, pero sólo yo puedo follarte— dice con voz ronca. De repente se pone serio. Debe de estar excitado por la expectación. Doy un paso hacia el escenario y me agarra la muñeca con fuerza. — Me perteneces, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, eres mi dueño— respondo y me inclino sobre su hombro para pasarle la lengua por el cuello, sudoroso por el calor de la discoteca.

Me da una palmada en el trasero, ajeno a la gente que le rodea, y luego desliza la mano bajo mi vestido y me baja las bragas.

Mis labios se abren en una O de asombro.

— Vas a bailar para mí sin bragas —termina de quitárselas, luego huele la tela antes de metérsela en el bolsillo del pantalón.

Lo miro incrédula, con la respiración acelerada. La chica que era cuando le conocí nunca haría eso, pero estoy lejos de casa, aquí no hay conocidos, nadie lo sabrá nunca. Además, acepté casarme con un canallas, y a él le encantan las experiencias así.

Me muerdo el labio y me armo de valor.

Me dirijo al borde del escenario, pongo las manos en las caderas, mirando a Artho, con los muslos apretados para ocultar mi sexo, y me pongo de pie.

Me subo al escenario y sostengo el poste, sintiendo el frío metal contra mis cálidas manos. Intento olvidar a la gente que me rodea y concentrarme en el único hombre que me importa. Subo a la barra y ofrezco mi actuación, procurando que no se note que no llevo bragas.

Lo peor es que tampoco llevo sujetador, y los pezones de mis pechos asoman a través de la seda de mi vestido negro de tirantes.

Mientras bajo, con la cabeza gacha, me doy cuenta de los hombres que se han reunido alrededor del escenario para observar.

Artho sigue sentado en el sofá de cuero, con los brazos estirados sobre el respaldo y el vaso de bebida en la mano. Observa la escena con semblante serio, el rostro tenso y los dientes apretados. Me doy cuenta de que está enfadado, poseído, porque me codician tantos ojos. Pero eso es lo que quería, ¿no? Me trajo aquí para vivir la experiencia de volverme loca de celos.

Me doy la vuelta en la barra, de pie, y ruedo lentamente al ritmo de la música. Enrollo los muslos alrededor de la barra y ruedo hasta que mi trasero toca el suelo, sin dejar de mirarlo. Me levanto de nuevo, excitada por la sensación de la barra contra mi sexo, y camino alrededor del escenario. [2]Echo un rápido vistazo a los hombres que me observan y veo a un hombre de unos treinta años que me hace señas con unos billetes de *baño*.

Me río al darme cuenta de que el hombre quiere pagarme por el espectáculo y miro a Artho. Le miro fijamente, comunicándome con él a través de mi mirada, esperando su aprobación. Él asiente una vez.

Su mandíbula está tan tensa que podría romperse fácilmente los dientes.

Bajo tan sensualmente como puedo y me pongo de rodillas en el suelo. Me arrastro hasta el hombre y le ofrezco el tirante de mi vestido para que meta el dinero. Le doy las gracias con una sonrisa y miro a mi dueño.

Mi pecho sube y baja rápidamente, los latidos de mi corazón martillean contra mi oído. Puedo ver el odio en sus ojos, Artho está a punto de explotar de celos, lo que me vuelve loca.

Le deseo tanto que podría abrirme de piernas para él aquí, delante de todos.

Miro a mi pequeño público y veo que algunas mujeres también se han acercado a mirar.

Otro hombre me ofrece dinero, y me siento como una puta cuando dejo que me ponga los billetes *de baht* en el otro tirante del vestido.

Cuando vuelvo la cara para buscar a Artho, se está acercando al escenario. Mi cuerpo se llena de adrenalina. Levanta el brazo y me tira del escenario por la cintura.

Le agarro el torso con los muslos y él me sujeta la garganta con la mano libre.

— Fóllame fuerte —suplico contra su oído, sin aliento, no sólo por el agarre de su mano, sino por la locura del momento.

Entra conmigo en uno de los aseos. No dice ni una palabra mientras me empuja hacia una de las cabinas. Apoyo la cara en el azulejo mientras él aprieta mi cuerpo contra la pared. Oigo cómo se abre la cremallera de los pantalones y empujo mi culo hacia él. Tiemblo de excitación. Cuando Artho me agarra por la cintura y me mete la polla, noto que él también tiembla.

Los billetes resbalan por los tirantes de mi vestido y caen al suelo del cuarto de baño.

— Eres mía— dice con un tono de voz letal. Su mano se desliza entre la pared y mi cuerpo, hasta mi garganta. — Y nunca volverás a bailar para otras personas.

—Sí, mi amo— susurro, antes del primer gemido. — Fóllame el culo ya, por favor.

— Ah, puta— gruñe contra mi pelo.

— Por favor— repito, moviendo las caderas contra su polla.

Hace lo que le pido, saca su pene de mi coño y lo coloca en la entrada trasera. Siento su glande presionándome, me duele, pero también disfruto del dolor.

Agarro su mano contra mi cuello y gimo ante el torbellino de sensaciones, forzando mi culo contra él.

Artho estira la mano que tiene libre y me toca el interior de los muslos.

— Fóllame el coño con los dedos, vamos —susurro, sintiendo tu cuerpo caliente contra el mío.Haz que me corra tan bien.

Suelta un gruñido, me penetra de golpe y me folla brutalmente. Estoy muy cachonda y me agito contra su polla y sus dedos.

Si hubiera sabido lo bueno que era, lo habría hecho antes.

Artho es el hombre más sexy y provocador que he conocido. Es salvaje, rudo y le encanta demostrarme a

quién pertenezco.

— Tu culo es solo mío —gruñe contra mi hombro, donde la herida de su mordisco está cicatrizando. — ¿Entendido?

—Sí, es sólo tuyo— le respondo.

Pongo los ojos en blanco y me muerdo el labio con fuerza, aferrándome a sus brazos, temiendo no poder soportarlo, cuando un violento orgasmo me golpea, llevándoselo también a él.

Es intenso, animal y demencial, pero es sólo el principio.

Tenemos toda la vida por delante para cumplir la pasión que nos quema el cuerpo y nos hace girar la cabeza.

Es sólo el principio...

Próximo lanzamiento:

Eros – Club de Canallas

1 de deciembre de 2024

[1] Para leer el segundo libro de la serie, EROS — CLUB DE LOS CRETINES, haga clic aquí.

[2] Moneda tailandesa.